

César A. Candanedo
La otra frontera



Tristán Solarte
El ahogado

La otra frontera



El ahogado

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.
•••••

César A. Candanedo
La otra frontera



Tristán Solarte
El ahogado

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría editorial

*Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla*

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho

Impresión y encuadernación

Cargraphics s. A.

P.
863 Candanedo, Cesar A.
C2161 **La otra frontera/** Cesar A. Candanedo.— Panamá:
Autoridad del Canal, 1999.
186 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Na-
cionalidad)
Contenido: **El Ahogado/** Tristán Solarte. 120 págs.

ISBN 9962-607-10-8
1. NOVELA PANAMEÑA
2. LITERATURA PANAMEÑA—NOVELA
I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios
de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
sin permiso escrito del editor.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista
de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999**

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

César A. Candanedo
La otra frontera



“Hay montañas, pero también hay manos. Déseme la autorización y la obra será realizada. Si no falta la solución, no faltan los medios; las Indias a las cuales se hace camino, los proveerán. Para un Rey de España, buscando las riquezas del comercio indiano, eso es posible y tan fácil”.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
(1512-1572)



“A juzgar por las actuales apariencias, la grandiosa idea de abrir esta vía comercial para beneficio de todos los pueblos y naciones del orbe, se ensombrece más cada día, para ser reemplazada por una concepción profundamente egoísta y por los métodos más arbitrarios... La idea predominante ahora parece ser la de convertir la Zona del Canal en campo de negocios para empresas privadas, desatendiendo por completo los grandes intereses que Panamá sacrificó en la esperanza de mejorar sus condiciones de vida y establecer con los Estados Unidos relaciones perpetuamente cordiales”.

EUSEBIO A. MORALES

El consejero

Grandes nubarrones inmóviles descansan en el espacio. A intervalos y por entre las hendidias del cielo nublado, penetran los rayos de un sol cáustico, hiriente.

—Sol de agua hoy también... Malo esto...—anotan los que pasan rumbo a las huertas.

Aunque noviembre avanza, no hay señales de que el invierno cese. Cielo oscuro, tormentas amenazantes, aguaceros violentos e interminables, casi a diario, tierra encharcada y ríos desbordados lo atestiguan.

Algunas personas suben, una tras otra, la cuesta desde donde vigila, silencioso y humilde, el rancho de don Cruz Albán, Ño Cruz, como todos le conocen a la redonda.

Frondosos frutales rodean la vivienda. Los tallos se extienden más adelante en el predio dividido por la quebrada que se precipita tumultuosa y alegre en un declive del terreno.

Ño Cruz, hombre viejo, moreno, lampiño, de edad indefinible, solo —sin mujer— y de cierto trasunto indígena, descansa y fuma sobre un banco recostado a un horcón. Desde allí, sin levantarse, invita a entrar.

—Pasen... pasen... métanse, no se ruceen...—insiste con tranquilidad a medida que otras personas aparecen bajo el alero que aún gotea apresurado.

Los que llegan se acomodan en bancos y tablones rústicos de poca altura, afianzados contra la pared.

—Parece que estamos completos...—apunta el mocho

Rodríguez. Y pasando revista inventarial al grupo, vuelve a hablar.

—Pero no: Falta Marcelino Portillo... ¿A qué se deberá tanta demora? ¿Le sucederá alguna cosa? ¿Todavía no habrá salido del monte? La suerte anda tan mala que uno no sabe ya... De todo se duda.

Una pausa prolongada hace más denso el silencio que cae en la penumbra de la habitación, más sombreada por la oscuridad del exterior.

—El agua vuelve... Demora bien poco...—alguien anota.

—¿Y Llerena...? Tampoco vino... Bendito sea! —pregunta y respuesta simultáneas.

Nuevo silencio, como de siglos, para el hombre roído por la angustia.

—Ño Cruz... los frijoles se van en vicio... el bosque está así de alto. Las habas no pueden sembrarse ya porque se ahogarían; el maíz no dará nada, vano; el abejorro, la chinilla y los gusanos ya están apareciendo ¿Y no vio el amanecer de hoy? Todas son señales de que el agua sigue... —el Mocho habla de nuevo.

—Las bestias están sufriendo ya... se les está cayendo el pelo y no aguantan las piedras en los cascos, *espiadas*; las vacas y los puercos enflaquecen; las gallinas no ponen; los perros ni laten al pie del fogón. Sólo los pastos y los ríos crecen y crecen de contentos. Y no hay que pensar en salir afuera. Para Matachín, Gorgona, Emperador y Culebra, no hay paso. En la tienda de Girón poco queda que comprar. El alumbrado, los fósforos, el jabón, el tabaco, la pólvora, y el plomo escasean. Y de medicinas ni qué hablar pues ni para los resfríos y los dolores de muela queda ya... si sigue, así, como está el tiempo ahora, ni cocinar se va a poder... los ojos de agua revientan al pie de los fogones... —explica Portillo, quien llegó después, sin saludar, para no interrumpir al que hablaba.

—De todos los ríos: el Pequení, el Culebra, el Ancho y el de Piedras, no dan vado. Y encima de todos, como jefe y dueño de la situación, el Chagres, de monte a monte... Vieran cómo están las

Dos Bocas! ¡Qué palizadas las que bajan agua abajo! ¡Y qué culebras, y qué daños!

—Es mala señal la salida de la manada de puercos de monte... estuvieron en la huerta de Pancho Cutarra, dañándolo todo. Señal de que en la montaña las cosas andan feas hasta para los animales cimarrones que ya buscan la compañía de la gente... y con los puercos el tigre siempre anda cerca, a la vista, calculando dar su golpe. Sin pólvora ni plomo acabará con los animales que nos quedan. ¡Y qué oscuridad y qué tronido en dirección a la montaña! —otro asistente.

Después de escuchar en silencio el inventario de problemas y malas situaciones que le expusieron los vecinos que buscan dirección y consejo, Ño Cruz preguntó:

—¿Y qué es lo que esperan de mí, pues?

—Que Santa Catalina se acerca. Tenemos miedo, por la cara que tiene el tiempo, que el cordonazo pase este año, cuando ya ni nos acordábamos de él. Si rompe por el cañón del río, entre los chiflones de los cerros, por la bajaría, los tallales quedarán panza arriba porque tienen la pata blanditica en tierra suave. El mangazo de viento echará la arboleda encima de las casas... No queremos que esa desgracia nos aflija, si podemos ponerle remedio al mal, Ño Cruz... Como en otros años de tiempo atrás, ya lejos, hay que buscar la contra, la cura... El halconcito se para, volando en el aire, y canta cara abajo... Mala señal también... Agua, más agua, largo, quiere decir eso... —interviene Llerena, que llegó cuando el grupo deliberaba.

—Ya debiera estar secando, y, sin embargo, vea usted que seguimos a medio invierno... Ya no se soporta el agua de todas partes... Nos quedaremos sin comida y con desgracias... La tagua, que es plata segura, se caerá antes de tiempo, sin que se pueda aprovechar, dañada —otro del grupo.

—Queremos que como otros años atrás, salga a buscar el cambio de tiempo... Por donde vamos de noviembre y el agua no amaina —el Mocho razona nuevamente.

Ño Cruz guarda silencio, como inmerso en lejanas cavilaciones. Finalmente, alzando un poco la cabeza, mira a todos deteniendo la vista, como repasando uno a uno... Habla, y su voz sale con lentitud segura, abriéndose paso en la maraña de preocupaciones y angustias que envuelve a todos.

—¿Y quién se arriesga de aquí a Gatún como están los ríos y el mal tiempo? Es temeridad jugar con la muerte cuando la tenemos tan segura como la sombra... Acuérdense que el trayecto es largo. Vean la negrura que hay para Palenque... En fin, si hay buenos botes y mejores bogas... Buenas cantadoras, para que sea como antiguamente, como las de otro tiempo, que no tengan miedo al agua ni al mal tiempo, mujeres muy hombres y hombres más hombres... Si eso se consigue, se puede pensar en bajar. Ustedes piénsenlo con cabeza... Yo estoy aquí sin irme... Piensen, vuelvo a decir... Son tiempos malos y el hombre íngrimo, sin defensa, como cuando le echan al mundo, esnú de todo... sin náa.

Todos callan ante el tamaño de la empresa con que tienen que medirse. Ño Cruz Albán habla de nuevo.

—Vengan pasado mañana a ver si ya tengo contesta segura...—se levantó tambaleándose, ladeándose, rumbo a la salida.

Cubriéndose bajo cueros extendidos, los vecinos bajan la cuesta resbalosa donde se suspende el rancho del consejero, mientras la lluvia reanuda su caída violenta que se estrella sobre el piso cenagoso.

No hay cambios visibles en el mal tiempo. Todas las madrugadas Ño Cruz se asoma al día que comienza a despertar. Contempla el cielo, avisa el horizonte, oye el viento, mira los árboles, huele la tierra, escucha el eco y se detiene a observar atentamente el curso de la corriente que pasa continua, incesante como el tiempo. Y al atardecer repite la observación, apela a las fórmulas de su saber práctico, recurre a experiencias que le permitan fundamentar su diagnóstico. Pasado el plazo y cuando los vecinos regresan, allí lo encuentran con el mismo aspecto humilde y profundo, ro-

deado de un silencio estatuario, monolítico.

—¿Qué nos tiene...? —uno, después del saludo.

—Vuelvan mañana...— lacónico, preciso, seguro, lleno de voluntad.

Al morir la tarde los resplandores rojizos del poniente lejano se filtran a través de la capa densa que tiende la borrasca.

“Poniente colorao
verano establaio”.

—piensa, mientras sonrío, satisfecho.

Ahora, rodeados de una lluvia tenaz, amontonados en los botes que se delizan sobre la corriente sucia y veloz, descienden en medio del estruendo de las aguas que se despeñan con furia.

Los vecinos retornan de la orilla a las casas, preocupados, temerosos de lo peor, haciendo ruegos por el éxito de la peligrosa empresa. Su confianza radica en la sabiduría, en la pericia de Ño Cruz Albán, comandante de la expedición en busca de la bonanza.

—No regresen sin la brisa... Nos perdemos si no cambia...— es la última súplica que se escucha a medida que las embarcaciones se alejan, impetuosas.

De los bordes más altos a lo largo de la rajadura del río se desprenden afluentes provisionales que agrandan el volumen líquido turbulento. Cataratas de agua sucia se asocian al tronido que amplifican los ecos en los bosques del contorno, asombrados, silenciosos y ateridos.

Desde la cabina o toldilla que los protege de la intemperie, ante los ojos de los viajeros pasa fugaz e inquietante visión de estampas terroríficas: lotes de tierra socavada en trance de una caída agónica; ciegas palizadas a la deriva, próximas a estrellarse contra salientes orilleros; paredones de acantilados verticales y profundos donde las olas mueren con estrépito; remolinos de espirales siniestros que atraen hacia el vórtice mortal; remansos plácidos, acogedores, y también descensos abruptos, inesperados y traicioneros.

Impedidos por la violencia de la corriente impetuosa, in-

creíblemente pronto llegan a Gatún, término de la jornada azarosa. Allí Ño Cruz, a través de una sutil ciencia meteorológica que sólo él conoce, encontrará los secretos de dominar el mal tiempo; bajará a la zona de los misterios, invocará a los genios protectores, arrancará el poder necesario y volverá de las sombras con la ansiada victoria en manos.. De ahí despegará, de regreso, con el remedio que allá todos esperan ansiosos: cambiar el tiempo, volver a la bonanza.

•••••

—Vienen los rieros... ¡Con qué tiempo viajan, Jesús...! ¡Gente loca, queriendo asustar a la muerte. Pero gente de valor. Que le demos suerte es lo que buscan... Buscan la sequía... Creía que se habían olvidado de los viejos ritos y misterios... Santa Catalina en la proa...! ¡Cuándo el hombre estará conforme? —apenas distinguen los botes que asoman al terminar la última curva del río.

—¡Corran todos, que llegan los rieros! Suenen las campanas para que se sepa que hay algo importante, algo grande en el pueblo, como en los tiempos viejos, antiguos...—recomiendan los más ancianos.

Asegurados los botes, desde la playa hasta las primeras casas en constante aumento, el grupo que rodeara a los viajeros avanza al ritmo de la música, en actitud festiva, alegre, fiel al rito tradicional.

—¡Claro...! Así quién no cumple, quién o llega, quién no gana, si el jefe es Ño Cruz...—los comentarios se hacen a gritos, descubierta la figura fantasmal del guía. A que con otro no se atreven.

—¡Viva Ño Cruz Albán...! ¡Vivan los rieros...! ¡Viva Santa Catalina, que es mucha Santa!

—Viva Ño Cruz Albán, que es mucho hombre, casi santo...!

—Sólo la tempestad los saca a ustedes del monte... Sólo así, en el peligro, se les ve la cara... Salen como los puercos del monte, aporriados de la borrasca, de la intemperie y del tigre...—voces.

Abrazos, apretones, gritos de contento espontáneo; campanadas, fuegos, bullas, fiesta, fiesta, fiesta,... De casa en casa, expansivos, de puerta en puerta, en brazos, Santa Catalina presidiéndolo todo.

—¡Cuidao con la santa! —algunas mujeres intervienen afectuosamente.

La caja, el acordeón, el violín y la guitarra siguen las voces que entonan la alabanza a Ño Cruz Albán, mientras las parejas se forman en el bullicio febril del baile.

En la plaza alumbran las fogatas. Puercos y aves chillan, sacrificados.

Ño Cruz se alejó solo, playa abajo... Al anochecer, mojado, espectral, con signos de fatiga pero con pasos seguros, regresó al poblado, la seguridad interior retratada en la faz.

—¡Viva Ño Cruz...! —al verlo reaparecer.

—Mañana cambia... La luna está hecha... —sentencia calmoso.

Toda la noche el lugar se estremeció de fiesta. Cada vecino participó del general regocijo, en tanto que Ño Cruz disolvía su borrosa silueta en las sombras, concentrado, hacia dentro, sin mirar siquiera el humo que su pipa extendía en cambiante cortina fragante.

Jubilosa despedida: abrazos, promesas, juramentos. Todo el pueblo acudió, citado a la playa, a despedir a los viajeros, a verlos partir en feliz retorno, seguros de haber aportado entusiasmo y fervor.

Y al regreso de los comisionados el tiempo ha cambiado. Los aguaceros se alejan; el viento jadea entre las ramas y las hojas al desprenderse caen inclinadas al sur; los pájaros están alegres y al anochecer la luna sonrío desde arriba. El buen tiempo, la bonanza, ha retornado de lejos, muy lejos. Ahora todos gozan la fiesta, seguros de haber alejado al sañudo fantasma de la muerte.

Todos comen, cantan y repiten la alabanza a Ño Cruz Albán por su proeza, su última hazaña, que un poeta desconocido ha compuesto para recuerdo.

CÉSAR A. CANDANEDO

Ya llegó Ño Cruz Albán
con la brisa de los mares,
brisa que calma pesares
de la gente de San Juan.

Las nubes vienen y van
trayendo los aguaceros,
causa de nuestros males
pues queman los sandillales,
dejando los lodazales
y verdor en los potreros.
En cambio nos deja en cuero,
sin habas y sin maizales
y nada que echarle al puchero.

A nuestra Santa Catalina
le pedimos con fervor
que nos haga ese favor
de servirnos de madrina
para que venga el calor
y lleguen las golondrinas
por cientos y por millares,
haciendo nido en los techos,
parándose en los helechos,
en la loma y los pajares.

Viene llegando el brisón
que nos avientan los mares,
llevándose un nubarrón
a morir en otros lares.

Se acabaron los pesares
que malas lluvias nos dan.
En medio del ventarrón

con el vestido de Adán
y música de acordeón,
llegará Ño Cruz Albán.

El 21 de noviembre,
fecha en que llegan los vientos,
ha invocado su talento
el viejo que sabe de todo:
hombre de polvo y lodo
a nadie le ha de temer;
debe implorar al arcano
para que cese de llover
y tengamos qué comer
implantándose ya el verano.

Como otra veces, una vez más, Ño Cruz sirve a su pueblo. Y como otra veces, el pueblo sabe agradecerle. Fiestas estruendosas; aclamaciones, agradecimientos, júbilo. En el momento oportuno ha disuelto el peligro, ha alejado el espectro del terror que torturaba a todos. Pero el Consejero se ha perdido, ha vuelto a su tranquilidad humilde y sola; ha regresado a su rancho y a su huerta.

De las horas amargas sólo queda el sedimento depositado en las reconditeces de la memoria, como mal sueño que nadie quiere remover ni agitar. En todas partes trabajo, gozo y paz. Todos siguen la vida de actividad, de lucha apegada, unidos a la tierra que les corresponde con generosidad maternal para una comodidad modesta y digna.

Realmente nadie conocía la procedencia de Ño Cruz. Se sabía que había llegado chico al lugar, con su padre y otros familiares, poco después de fundada la comunidad. Cuando algún curioso, algún contemporáneo suyo le pedía más informes de su vida, solía responder en forma elusiva, difusa, incompleta.

—Nací por ahí... A mi papá lo conocieron... y mi mamá fue la tierra, que también es de ustedes, que nos alimenta y cobija... por

eso todos debemos ser como hermanos...

La fiestas quincenales se cumplen con regularidad, sin trastornos ni impedimento, pues los duelos se registrarán a una feliz larga distancia... San Juan es alegre, tranquilo, laborioso. Tiene hombres.

Silencioso y embargado, Ño Cruz discurre como una sombra buena, sin sentirse.

•••••

La luna llena derrama mantos de luz sobre el agua. Un bote que sale de las sombras de los árboles que inclinan sus brazos nervudos y flexibles sobre el curso inquieto, remonta con rapidez al empuje de las palancas que se apoyan en las piedras, en las raíces y en los salientes orilleros.

Desde el borde del agua del desembarcadero el camino nace y se estira penetrando, como una herida, el costado del caserío. Un tripulante salta a tierra y otro cuida, sentado en la embarcación.

—¿Ño Cruz está, amigo?— pregunta al primero que encuentra.

—Toda la tarde la pasó cocinando jabón de lejía en el patio allá... Aquél del alto es su rancho...

—¿No estará porque no se ve luz prendía, verdad?

—Es que poco enciende... Ve en la oscuridad como los murciélagos y los conejos. Es hombre muy rutano. Ahí está, llame y verá. Sale poco de noche.

Se acerca a la empalizada. La voz resuena con tonalidad solemne en las capas del silencio.

—Ño Cruz...Ño Cruz... —repite, espaciado.

—¿Quién es...?

—Soy yo, Ño Cruz...

—Soy yo no es gente...

—Lorenzo Arias le habla.

—¿Quién es tu papá, muchacho?

—Pedro Arias, el de El Vigía, abajo.

—¿Y qué buscas a estas horas?

—Que a Mamerto lo picó una culebra y papá quiere que vaya

a verlo o le mande remedio seguro, bueno pa la picá.

—¿Y a qué hora lo picó?

—A la prima.

—¿Está muy malo, muchacho?

—Echa sangre por los vellos y la pierna se le está poniendo negra de la *cangrina*.

Ño Cruz se levanta, enciende la vela prieta empotrada en el hueco de un horcón. Mira con cariño su machete, su compañero, que descansa cerca de la cabecera junto al tablón que sirve de cama al hombre. Luego alcanza el sombrero que cuelga de la cerca de caña. Oleadas de aire fresco, fragante, manda la noche al interior de la habitación.

—Baja lo más ligero que dé tu fuerza... y que tu papá le ponga este sombrero al muchacho; amárrele este pañuelo en la picá. Dénle bananos al amanecer, maduros, 2 o 3, en ayunas y que descanse. Pasado mañana bajo a bañarlo. —le dice a Pedro.

—Pero Ño Cruz si el muchacho quedó malo, vea...

—Váyase pronto, amigo, háganle lo que le mando y no pregunte más, que quedo trabajando acá... Dése prisa... Déle a la palanca...

•••••

La cosecha de la tagua se aproxima. Los hombres trabajan en el desmonte de las parras. Los espinales, las pencas, los matojos y las basuras son quitados. Ni el tigre se atreverá acercarse ahora. Pero queda el riesgo seguro de las víboras negras, pequeñitas, que se ocultan bajo una hoja o disimulan su fino cuerpo alargado en el borde de una ramita seca, confundiéndose.

Al terminar la limpieza, antes de iniciarse la recolección, llaman a Ño Cruz, quien mediante procedimientos ocultos, que sólo él sabe, aleja a las culebras de los taguales. Con la varilla flexible de una rama verde y recta, solo, va sacudiendo las parras y matojos donde se esconden los habitantes enemigos. Avanza entre las matas, atraviesa los trillos, pronuncia palabras que no se entienden, como rumor de oración difusa. Y al terminar, sudoroso, con-

fiado, seguro de los efectos de la labor realizada, vuelve al grupo que espera inactivo.

—Ya pueden comenzar sin riesgo ni miedo, muchachos. No queda nada que les impida... Acuérdense que Pizza quiere más frutas este año.

Los casos, la experiencia viva, contundente y aleccionadora, han escrito que año de cosecha sin el auxilio del Consejero, es año de mordidos en los taguales.

Dejando de lado a Matachín, Cruces y Bohío, San Juan es la comunidad más importante de la zona de los ríos. Más gente, más productos. Además, allí reside Don Cruz Albán, el sabio natural, el hombre misterioso que a todos falta y que muchos veneran.

•••••

Todos los años, antes de que los ríos reduzcan al mínimo sus aguas, llega un bote grande, de toldilla, con enfermos del doctor Indio que envía a Ño Cruz para su curación. Son “enfermos de la cabeza”, según la denominación que se ha hecho familiar.

Sobreavisado, antes de que los enfermos aparezcan, el sabio se interna varios días, montaña adentro, solo, armado únicamente de su viejo machete de hoja angosta y filuda, que apoda el *escotilla de muerto*, además de sus secretos poderes. Entonces los días pasan, los vecinos se alarman, aterrados por la ausencia, y cuando ya preparan comisiones para la búsqueda, aparece oculto bajo el fardo de hojas, bejucos y raíces con los cuales prepara secretamente sus bebidas terapéuticas milagrosas, que vuelven el juicio ausente.

—Ya íbamos a buscarlo... Temíamos que le hubiera pasado algo. Un encuentro con el tigre que lo hubiera encontrado mal puesto, ahora que anda golosiándose lo que alcanza, sacándose hasta los animales de los encierros. No podemos dejarlo que se arriesgue tanto... —explica Francisco Hernández, saliendo a su encuentro, al verlo aparecer bajo la carga vegetal.

—A mí no me para el tigre... Oí este paso que tuve con uno:

años atrás me salió uno al tope. Me hice a un lao del trillo. Me miraba, se lamía las barbas, se echaba contra el suelo haciéndose un jilo... y meniaba la cola... Esperé, sin moverme, midiéndolo. Poco a poco pelé el *escotilla de muerto*... Agachó la cabeza, echó pa atrás las orejas y empinó el salto... Se echó contra el suelo otra vez, se alzó, calculándome... De pronto saltó sin tocar tierra, en el aire mismo... Le saqué el cuerpo y “suaz”. En el mismo joyuelo le quedó hasta la cacha... Se fue de bruces, patalió, bramó, se incorporó para juir... después se voltió, se estiró y fue quedando con los dientes pelaos... Y naá menos que de la pinta menudita. En el rancho tuavía tengo la piel...

—Pero no salga lejos solo, Ño Cruz... Usté sabe que en la montaña hay peligros y secretos que el cristiano no conoce, aunque tenga mucha malicia y práctica. En el pueblo estamos obligados a cuidarlo porque sin usté pasaríamos distinto... Usté es como parte de todos nosotros, como si nos perteneciera un pedazo de su vida a cada uno.

—Si a mí no me pasa naá... Cuando el cristiano conoce su fuerza y su camino, lo domina todo... Los ríos, la montaña, los animales y sus peligros. Y también al otro animal más peligroso: otro hombre, la peor fiera... A los animales ni se toman en cuenta... a los otros animales... juyen al paso de uno... sólo ese tigre imprudente y las manás de puerco de monte... Todo lo que se mueve bajo el cielo lo pone a sus órdenes, a su uso, el que conoce... Hasta los males, si sabe usar la cabeza, que no sea pa apartar las orejas, sépalo. Cuando entro montaña a pique por varios días, no dejo de caminar... y camino seguro, resguardao. Al presentarse la noche ya tengo visto el palo que me sirve, donde me voy a quedar... entre las bambas y horquetas me acomodo, descanso y duermo, como en mi tucó en el rancho. Y para más confianza, aquí tengo este cabo... con él me amarro, para el caso de un mal sueño... Para que vea que no le converso bajera...—y toca la sogá arrollada en torno de la cintura.

La carne escasa en el pueblo. Los *cañizos* ya no aprisionan

peces. Se bajaron con el cambio de estación, aunque la *satra* comienza a caer... La Navidad ha consumido los animales de los patios. Pescado, sólo el de agua salada, saliendo hasta la playa.

—Hay que pedirle a Ño Cruz que saque la maná. Es lo que queda que hacer, si queremos hebra... Hace tiempo no se usa este remedio porque no ha habido necesidad, pero ahora obliga...— resuelven los del grupo.

—Prepárense para el sábado... Salgo el jueves, pero desde ahora les advierto: no tiren el guía, no lo tiren que es el cacique. Ya saben: si desobedecen, no cuenten más con el Viejo Cruz. Secretos...—se anticipó a los que le informaron.

El día señalado no amaneció Ño Cruz en el poblado. Todavía de madrugada se internó montaña adentro, en dirección de Palenque, solo, como siempre, salvo la compañía de su viejo y angosto machete.

El día fijado para salir, desde temprano todos estaban listos. Las escopetas limpias, aceitadas, cargadas, los cotejos y pertrechos en las bolsas prestas. Doce escopetas en manos de cazadores hábiles, de bien probada puntería, nerviosos e impacientes, aparte de los macheteros. A las diez se oyó el primer grito del hombre, señal de que estaba cerca, seguido de la manada.

—¡Vienen los puercos...! —corrió la voz.

—Todos al paso del Corotú, junto al callejón... Unos que se vayan a la loma para que cojan la salida de atrás cuando entren, y los otros a la boca de este lado... Que quede bastante carne, buena hebra.

Por el camino que lleva a los trabajaderos cercanos y que se estira como túnel hasta la misma montaña alta, aparece Ño Cruz Albán.

—Alísten los fusiles... y no tiren el guía... —recomienda a los primeros que encontró. Todavía vienen averaos. Tienen tiempo de acomodarse...— y siguió rumbo a su casa, ajeno a lo que se preparaba.

Los hombre armados corrieron en dirección a la entrada de la

montaña; se apostaron en los sitios mejores y —contenido el aliento— esperaron el avance, que ya se oía cuando el viento echaba oleadas a favor. Pasado algún tiempo, comenzó a distinguirse claramente el ruido característico del tropel arrasador. Un gruñido prolongado, colectivo, integrado por muchas voces savajes unidas en una, llegaba como en oleadas intermitentes. El chasquido de las mandíbulas ya se precisaba nítido, sin dudas. Las matas que bordean con su adorno la reja que parte el cerro, se estremecieron, agitadas. Las piedras rodaron impelidas por palancas invisibles. La invasión avanza lenta y firme. Nada con vida se salva del grupo arrasador.

De pronto aparecen las primeras cabezas. Y ante todo, de avanzada, el guía que orienta. El callejón es la vía más fácil y ocupándolo todo, la partida se adelanta, avanza, invasora.

Ya a medio trayecto, desde los bordes altos de la abertura, de lado y lado, las escopetas dejan oír su voz mortífera. Los animales sorprendidos comienzan a caer. El guía gruñe, desesperado; retrocede en medio del montón; los que quedan ilesos se recuperan, pasados los primeros instantes de confusión y sorpresa. Bien orientado, levantada la cabeza greñuda, el guía ordena la huida desesperada. Aún distantes se oyen, en las apresuradas ráfagas, girones del bramido de los que se alejan. Y en medio de la rajadura del cerro quedaron veinte animales tendidos —cosecha del plomo— para dar carne abundante para todos.

—A Ño Cruz se lo debemos...— decían los cazadores, triunfantes, después de soplar el humeante cañón y contemplar los animales inmóviles, tendidos y sangrantes.

—Con las buenas palabras hasta las fieras se sacan del monte. El misterio y el poder que esconden las palabras... ¡Hay que ver!— sentenciaba en el pueblo, cuando fueron a informarle.

• • • • •

—¿Y cómo anda la huerta, Ño Cruz...?— inquiriere Hernández al verlo pasar tan temprano.

—Allá voy... Tengo trampa puesta. Algún desvergonzao me está robando... Se está acostumbrando a cosechar lo que no sembró. Voy a saber quién es la criatura esa.... Espero ver, saber...— avanzaba.

Se alejaba, y sus palabras también, sobre pasos cansinos rumbo al conuco, como solía llamar su labranza. Primero inspecciona las habas para cerciorarse de cuándo debía enramarlas; pasa luego al piñal a ver los daños de la zorra y la gente; se encamina al frijolar para apreciar los efectos de las lluvias de los días recién pasados. Todo lo palpa, acaricia y huele. Finalmente avanza hacia el rancho en cuyo lote crecen lozanos los tallales y las cañas amarillas.

A medida que se acerca, algo extraño atrae su atención despierta. Mientras avanza, en su pensamiento se diseña el cuadro completo de lo que espera, de lo que sucede en esa parcela de su predio labrado con amorosa devoción, y que ahora se extiende, mansa, ante su vista.

—Bien sabía yo que no era de este lugar...— dice calmosamente. Venir de Tabernilla a robar, se necesita pecho. Así quería ver al desvergonzao... Aguántalo, MARGARITA, hasta que llegue gente, vea y sepa y diga la verdá que vio con sus propios ojos... —se dirige a la culebra que ataja al hombre.

Encharcado de sudor pegajoso, con la desesperación tallada en el rostro que pretendía esquivar, un campesino joven se ampara tras el tronco de un calabazo. De frente, a pocos pasos, tiene una enorme víbora de rameada cinta. El sol vivifica las tonalidades de terciopelo, los dibujos simétricos, y sabios de la faja viva extendida, semejante a un floreado lienzo, flexible y largo como un bejuco silvestre. A intervalos el reptil dobla en espiral el extremo del cuerpo, yergue la cabeza dominante, centro de su letal y maligno brebaje, clava los ojos en el hombre y saca la lengua negra, horqueteada. Cada vez que eleva la cabeza se contrae, tratando de eludir el golpe con que la culebra amaga... Pareciera simplemente hacer una advertencia de estar lista, presta a reducir

la primera señal de protesta del intruso.

Ño Cruz continúa su tranquila inspección. Ahora busca y rebusca las casas de las arrieras que con frecuencia se aventuran a pelar los naranjos. En los linderos vecinos, aún lejos, aparecen algunos hombres que caminan en dirección de donde él está. Los reconoce y volviendo sobre lo andado, camina hacia el rancho.

—Ahí les tengo la prueba, para que sean testigos y lo cuenten en todas partes, como para castigo... Véanlo bien... conózcanlo y sepan que es ladrón... Mi policía hizo la prisión. Por suerte no es de nosotros, no es del lugar, que sería verguenza, que habría que echarlo, sacarlo de la familia...— afirma el sabio.

—Pero, Ño Cruz, la víbora puede matarlo cualquier rato. Cabeza de sapo, de las que no fallan el golpe... muerte segura... Es de las que come hojas de raisilla. Donde pega, tumba...¡Pontencia!

—Descuiden, no hay temor, muchachos.. Si no se lo ordeno, no ataca. Si proyecta zafarse el desvergonzao, entonces sí es muerto. Para que vean y sepan... MARGARITA, deja al desvergonzao... Ven acá, arrímate...— se agacha, sombrero en mano invita al reptil. Después intenta cubrirse, pero el animal no deja espacio; colmada la copa, la cabeza sobresale, triunfante. Luego la culebra se duerme tranquila, mansa, dominada por la caricia de la mano experta, amistosa.

Y volviéndose al grupo para advertirlo, para que escuche:

—Usté, que quería vender barato, coja su machete y lo que ha robao; échese al hombro y siga al pueblo para que lo vean y sepan que usté roba, mete la mano...y camine adelante averao, para que lo distingan bien, y no disponga juir porque MARGARITA se encarga de castigarlo...

Y así entraron en la calle principal, a la vista de todos. Así exhibió el ratero su mala acción, los racimos del trabajo ajeno, tomados por cuenta propia.

—Baje ahí la carga... Váyase y tenga por sabido que no se puede jugar con todos los hombres... desvergonzao... Abandone ligero el pueblo y refiera por allá, entre sus socios, lo que le pasó

cuando proyectó robarle a Cruz Albán, que a la redonda no hay otro del mismo nombre... Sálgase, que ofende más...— en voz alta, frente a su casa.

•••••

Cielo azul oscuro, sin lunas ni nubes. Las estrellas lucen desde arriba, inquietas.

—Esta semana salgo a la ciudad... Alístate para que me acompañes, Juan Cancio. La otra para Colón.

Tengo que ver a Patiño y a Tejada. Sacar los productos antes que los precios se acaben de echar al suelo... y que vengan otros cosecheros que ni cultivaron... hablaba mientras se preparaba afanoso.

Los productos cosechados crecían, amontonados, en el interior de la vivienda antes de ser trasladados al bote que los llevaría a la ciudad, al mercado. Como otras veces, Juan Cancio ayuda.

•••••

Ahora el bote cargado avanza sobre la superficie tersa, impulsado por el canaleta cuyo golpe se agranda en la soledad de la madrugada. Río Grande coopera con el declive de sus aguas, en la quiebra de la marea.

—Cuando estaba chico, más chico que tú, conocí estos ríos. A cualquier hora acompañaba a mi padre, que trabajó en el canal francés y vio mucha cosa buena de esa gente. Después que se salió viajábamos, como ahora, a vender donde pagaran más. Entonces, eso era lo que uno hacía... vendíamos en Pedro Miguel, en Corozal y en Río Grande, pero en La Boca nos gustaba más. Teníamos amigos y compradores seguros... Los precios pagaban y sin mucha molestia. ¡Cómo conocí yo ese tiempo...! Me parece que lo estuviera viendo todo, como era antaño... Entonces los extraños no mandaban aquí, ni se comían lo más espeso del chicheme dejándonos las brucas; sólo había panameños, aunque era en tiempos de Colombia... Ahora váyase usted al mercado de la rampa, pague, pague, pague, pague y cargue al hombro y cami-

ne a ofrecer su carga para que, cuando mucho, le den la mitad de lo que pide... Eso pasó desde que perdimos La Boca... es lo mismo de Colón... Es la triste verdad, Juan Cancio, ahijado...— la voz desmenuzaba recuerdos, mientras el bote cargado avanza trabajosamente, luchando contra la terca corriente que resistía, aguantando en la proa.

—¿Y usted conoció todo eso...?— se atrevió a preguntar favorecido por las sombras. ¡Siempre le tuvo tanto respeto!

—¡Claro, muchacho...! Los pobres estábamos mejor que hoy. Más holgura... Podíamos caminar la tierra sin que nadie nos parara para decirnos que no se puede pasar... En cambio hoy, alambradas, cercos, y si usted pasa por ciertas partes, le tiran bala y muerto se queda, tirao como perro sin amo que reclame, y por gente de afuera que es la que manda de verdad en la tierra de usted... Antes no era así... Era otro tiempo mejor, me creo.

La espesa malla de un largo silencio cayó entre el hombre y el muchacho, que seguían bogando. El amanecer no anda distante. Se oye el rodar lejano de los vehículos.

Mi papá vio cuando pusieron a andar el primer ferrocarril, me contó antes de morir... el tiempo aquel... —evoca—. Trabajaba entre Cruces y Chagres con pasajeros. Arruinao quedó cuando llegaron los de afuera con sus máquinas... muchos más también lo perdieron todo... Tanto bote bueno, tanta mula y tanto caballo... Se metió después a Pequení, que acababa de nacer; trabajó la tierra y crió hasta el fin de su vida... Allá tengo enterrao al pobrecito... me contaba la pelea de la media sandía y cómo mataron gente de esa, esa vez, gente de afuera... Y eso que el pueblo estaba desarmao... Fue a puro pantalón, pero es que en aquel tiempo había hombres, hombres rayaos... Los de ahora lo hicieron con miasos... Nunca se me olvidaron las otras cosas que me contó... Perdimos la tierra, que todavía no acabábamos de perder... perdimos La Boca y Colón, Manzanillo como así se llamaba entonces, que ha sido como perder la sangre, que es lo que da vida a la tierra y al cuerpo... Perdimos los negocios... Perdimos los pantalones...

Perdimos las mujeres... Perdimos todo lo que más apreciaba la gente de aquel tiempo... lo que más vale lo perdimos para ganar poca cosa... Calles de cemento y agua limpia... Y no para la pérdida. Hasta este río matarán más después, el pobrecito que nos ayuda... Ahora hay que hacer gente de otra clase, diferente a la de ahora... Gente que reclame como hombre y que no se deje robar más sin peliar... —el fresco mañanero colaboraba en las confidencias que por primera vez oía Juan Cancio, que Ño Cruz no hacía tan fácilmente, siempre tan hermético como era... El muchacho guardaba silencio pero las palabras penetraban como la buena semilla en la tierra húmeda, acogedora y maternal.

—¿Mejor aquel tiempo, padrino? Ahora tenemos chivas y más cosas...

—Se vendía barato, pero se compraba barato y bueno... Había más palabra y se le podía creer a los hombres... Ya dije: hay que hacer gente de otra clase, usar otra clase de padrotes... y capar a los garañones de hoy, para que no hagan más hijos podrios antes de nacer... Ya me queda poco; cuando me acabe ya serás hombre y me entierras sin caja, en el suelo pelao, debajo del guayacán del patio. Coges mis cositas para ti... Tú seguirás viviendo por mí, Juan Cancio... Vivo eres y entiendes, lo veo.

—Como diga usted... Pero falta mucho tiempo todavía.

•••••

De regreso alguien esperaba a Ño Cruz Albán. Siempre esperaban de él... Siempre presto a dar sin recibir. Así es su corazón.

—Llegó...—se adelanta al ver al anciano.

—¿Te pegaron...? peliaste pues, según se ve... ¿En qué fiesta?

Una semana entera lo había martirizado el dolor. Tenía la sensación de que la mandíbula y las piezas habían crecido, y al menor roce, al mínimo contacto, el sufrimiento hacía su triunfal aparición.

Al fin decidió poner término a tanto dolor y comparecer ante Ño Cruz, en función de dentista.

—¿Qué busca, amigo? —interroga al verlo acercarse a la talanquera.

Con el índice apuntó hacia la parte hinchada por el buche que acababa de sorber. Luego arrojó el líquido embolsado, amarillento y tibio.

—¡Está larga... Es la punta que no me deja dormir... Corrimiento...! Así creo, pero no consigo fruta para ponerme. Fruta de corrimiento.

Se sentó, abrió la boca y recogiendo los pliegues sueltos del rostro, mostró la dentadura, el empedrado de muelas, camino del precipicio del tragadero.

—Sale fácil... —diagnosticó, experto.

Entró y volvió provisto de una delgada y fina aguja de madera, de corazón, labrada, en uno de cuyos extremos pendía la cuerda blanca, lavada y fibrosa, de pita estirada, recién torcida.

—Abre bien... —conmina y pacientemente pasa la cuerda alrededor de la pieza afectada, auxiliado de la aguja que separa como cuña interpuesta. Al fin la muela queda firmemente prisionera.

—Ven, acércate para que me des canto... —de nuevo habla, y con el extremo libre de la cuerda entre manos, avanzó hacia el horcón más cercano. Ató el hilo al madero dejando un espacio libre entre el rostro y el poste.

Fue a la cocina; avivó el fuego y seleccionó el tizón más llamante.

—¡Voy...!— anunció desde adentro, con voz distante.

Con paso acelerado, casi a carrera, desemboca por la puerta de la cocina y alzando el leño humeante, inesperada y violentamente lo acerca al rostro del hombre amarrado.

Ante el ataque sorpresivo, sin comprender el significado del conato de agresión, retira el rostro con presteza, dando un impetuoso tirón hacia atrás, aterrorizado, bien abiertos los ojos.

Silencioso, temblorosas las manos, el paciente, libre de la atadura, contempla cómo su muela de cuatro patas, cuatro raíces, cuatro dolores, cuelga con sangrantes oscilaciones, de la

cuerda movediza, a lo largo del horcón.

—Ya viste, muchacho... Amarrao tengo tu dolor... Corrimiento era...— anota, triunfante, el original odontólogo.

—Coge salmuera, sal...— recomienda, mientras se aleja a sus ocupaciones.

•••••

Cualquier día —¡mal día!— inesperadamente apareció en el lugar un individuo extraño, desconocido, de afuera. Alto, musculoso, blanco, cabello castaño y los ojos verdes, en buen español proponía comprar tierras en el lugar, pero juntas y bastantes. Para una finca grande. Inspeccionó los alrededores, bajó al río, viajó a la montaña, estudió la calidad del suelo, según dijo. Finalmente propuso comprar a varias que colindaran. Tierras bajas, de preferencia.

Sin saber su nombre completo, que no parecía interesado en revelar, la gente terminó designándolo, identificándolo con el apodo del *Extraño*, el extranjero, derivado práctico para localizar lo ajeno, lo malo, lo de fuera.

—Mala sombra... Mal ave... Mal agüero... Por gusto no viene. Algo le interesa contra nosotros... Algo sabe y calcula... Mensajero de desgracia... Extrañero hasta en el modo de caminar... Nadie venda nada de su suelo... Será la perdición si no oyen, si les tientan las monedas. Aguanten, que la plata la hace uno... —Ño Cruz aconseja a los que fueron a consultarle de las proposiciones del desconocido.

—Parece hombre que puede...— alguno anota.

—Mirá, escuchá: no hay luna que no tenga su menguante.

Un día, de manos a boca, el *Extraño* se encontró frente a frente a Cruz Albán, que pasaba, como si no viera, desdeñoso, camino de su monte.

—¿Y su tierra no la vendería? Ya la conozco —a manera de saludo, atajándolo casi.

—No... —tajante y frío, continuando la marcha.

—Pero... Bien... ¿Al menos se podrá hablar con usted? — reclama.

—¿Hablar qué...? Hablar compromete... Por la boca murió el pescao.

—Hablar sin temor es propio del hombre libre... Modo natural del que cuenta con una conciencia tranquila, en paz.

—Más útil es pensar para adentro, para lo hondo... y hacer después... Y muchas veces hablar es un mal modo de hacer. El que sonsaca el bien ajeno con promesas brillantes, el que engaña con palabras dulces que esconden veneno y mentira, el que calumnia o amenaza... Hablar, hablar, perjudica como la peste, peor que la peste... Perro que no se le conoce no se le toca el rabo... —caminando.

—Correcto, tal vez... Hacer es lo que más me interesa.

—No todo hacer es bueno...

—Posible... Razón puede tener

—¿Qué tiene esto que ver con la tierra?

—Hablando el hombre se entiende... Preciso de su ayuda.

—Se compromete o se aleja más porque las palabras, si no esconden mentiras, si no ocultan trampas, dicen una intención buena o podrida... ¿Cuál es la suya? ¿Qué cara tiene la verdad suya...? Enseñe el pelo de sus intenciones.

—Usted es hombre sabio y acatado... Con utilidad para usted, bien podría colaborar conmigo para poder comprar algunas tierras, a buen precio y como negocio. Tierras bajas, primero que todo, etc. Parece que aquí nadie quiere dinero; quieren más la tierra... Raro es porque a todos les gusta la plata, y dólar primero. Usted es atendido, muy consultado, ya lo he averiguado bien... Es el consejero de todos... Su palabra, una palabra suya es casi mandato para esta gente... Colabore conmigo... Dinero limpio... Su voz espero yo, Consejero...

—¡Dinero limpio...! Todo es sucio. Ya nada hay limpio por él. Llaga que destruye lo mejor del alma... Con el tiempo todo montón de oro es manantial de lloro... Sus palabras lo descubren a usted

y descubren su mala intención... Intención de color negro, fea... Uno puede vender con razón lo que hizo con sus manos o descubrió con su pensamiento, siempre pensando pa adentro... ¿Cuándo el hombre hizo tierra? La aumenta con sus guesos el día que lo entierren... Perder la tierra, venderla, es poner la sogá en el pescuezo, la esclavitud... No le dije que las palabras unas veces visten y otras pelan la intención, una ambición sin fin, un mal pensamiento... No lo dije... ya sé qué es lo que quiere del lugar.

—Pensé que por ser viejo, podíamos entendernos mejor.

—Mal calculó porque no es sana su intención.

—Me ofende... Vea, comprenda que soy fuerte y que la paciencia puede terminar en cualquier momento... Y entonces no sé qué pasaría. ¡Me basta ya saber que es enemigo!...

—Aunque amenace digo la verdad... No tengo fuerza bruta, de animal, pero si razón y ánimo... Su pensamiento lo enseña de lejos y no puede ocultar su intención. Somos opuestos, agua y grasa que no se juntan. No se juntan la intención suya con la mía porque van por caminos distintos. El gavilán y el pollo no se ponen de acuerdo. Usté quiere imponer lo suyo, su dinero, para sacar a los de aquí con intenciones y cálculos escondidos, que no descubre... Yo defendiendo lo que es de mi tierra, lo de los míos que no comprenden el veneno de muerte que esconden unas palabras, ciertas palabras que se dicen como si fueran inocentes... Aquí estoy para hablar por todos ellos. Soy el cuidador, el vigilante de ojo abierto de esta tierra.

—Pronto verá el resultado de su rebeldía...

—No me mete miedo, no me asusta... Estamos de frente, listos... La muerte anda detrás de mis talones pero mi ánimo, mi enseñanza, mi lección, mi consejo no caerán... Y el pueblo no muere y triunfará sobre usté o lo que usté representa, que tiene señales de podrido, jediondo. De cosa que agoniza aunque parezca sano, fuerte y colorao... Ni en sueños estará libre del espanto de la muerte que huela la sangre, que no la deja correr, que la paraliza, si sigue aquí tratando de imponerse...

—No más palabras viejas... Basta ya... Veremos quién vence, si su alma, su espirrituuu o mi poder, fuerte y saludable, mis dólares.

—Estoy en lo mío, sobre mi tierra... Está en lo ajeno, lo que ya es abuso.

—Basta, dije... ¡Guerra...! Soy ingeniero...

Después de la entrevista, nadie vió más al *Extraño* en San Juan.

•••••

Viendo al *curruaco* en el extremo de la rama altísima; viendo el pico veteadado casi tan grande como el resto del cuerpo del ave, Ño Cruz medita...

—Puntería la que tiene Juan Cancio... Pone el ojo y pone el plomo... Mano buena...

•••••

Malas noticias interrumpen la humilde felicidad de los pueblos de los ríos... Los que salen traen las noticias de trabajos nuevos que se abrirán pronto, de buena plata que se pagará y en forma ambigua se habla otra vez de la desaparición, bajo el agua, de los poblados de abajo, más cerca de La Línea... Los recuerdos se dirigen a Matachín, que antes de perderse ya había sufrido el martirio de un incendio en razón de los gérmenes de una epidemia que mató mucha gente; a Cruces, a Gorgona, a Juan Grande, a San Pablo, a Obispo, a Tabernilla... sin olvidar a Emperador, Culebra, Río Grande, Miraflores y otros más.

De San Juan de Pequení nada se dice... Sus pobladores están seguros. Pero... la duda, siempre la duda deja su sedimento amargo, escondido. No puede ser, sin embargo. ¿Cuál es el pecado de los que viviendo tan natural como los árboles, los ríos, los barrancos y las nubes que se disuelvan o pasan de largo? La desgracia no puede castigarlos, así, inocentes, de modo tan implacable y severo.

Mil veces no... no puede ser... es preciso y justo rechazar la idea fatal pues debe haber error... por desgracia cierto es lo de

Cruces, Gorgona, Matachín, Obispo, Tabernilla y Juan Grande... ¿Cómo podemos olvidar lugares hermanos, compañeros nuestros? Los últimos que salieron a la ciudad lo repiten porque lo oyeron a personas que sí conocen, que sí saben. En la zona de los ríos, los rieros no lo creen, nadie cree; dudan que el bien los abandone cualquier día; de la noche a la mañana, sin explicación ni justificación, pues piensan que el hombre tiene que pedir y reclamar explicación al destino. “No puede ser: hay que esperar y confiar en Dios”, es el razonamiento que hacen para darse seguridad, confianza y ánimo.

•••••

Los meses pasaron... Un día la noticia llegó en un bote con motor, que de lejos se anunciaba en las vueltas del río. En San Juan todos tenían botes pero sin motor, de palanca y canaleta solamente, de andar esforzado y tardío.

Cuando el motor calló en el desembarcadero, aparecieron otros hombres extraños, muy parecidos al *Extraño* y cuyo recuerdo, ya ido, aparece ahora en forma de memoria siniestra.

—Queremos trabajadores... Pagamos buen salario y el trabajo no es lejos de aquí... A dólar y medio el día... Es aquí en Dam, abajo... Lo que ustedes llamaron Alajuela... Ya se llama de otro modo, con otro nombre... El de ahora, que le pusimos, es mejor... El trabajo comienza dentro de una quincena... Ya tienen el aviso... Prepárense... volveremos dentro de una semana más. Queremos saber con cuántos se puede contar, cuántos se apuntan... A ganar buen dinero, dólares sanos, que buena falta hacen en este tiempo, cuando hay tantas cosas buenas que comprar... ¡Cómo están de llenos los Comisariatos! —otro en buen español.

Y el motor volvió a gemir en las curvas del río, menos forzado, pues el descenso aliviaba el trabajo de la máquina.

—Ni el nombre de los lugares dejan, para que todo se borre. ¡Desgracia...! —anotó Juan Cancio, que ya pinta en bozo, oiolo el relato.

Cuando fueron a consultarle a Ño Cruz respecto a los trabajos anunciados, se limitó a decir, alzando los hombros, desdeñoso:

—Los veo muy entusiasmados a todos... Siempre la plata. La otra vez los defendí del *Extraño*, que quería echarlos y ahora se entregan. Consulten con su corazón y su cabeza. Eso tiene mala cara y lo advierto a tiempo, para que no se quejen después... Ilusiones, brillo.... Después malo, malo y más malo más para adelante... No se quejen, les digo, si la hembra les sale hueca... —y se alejó del grupo, ocultándose bajo los tallales que el viento agita de pasada, con desdén, indiferente.

Olvidando las advertencias sabias, muchos hombres bajaron a trabajar en la construcción de la represa. En medio del trajín de las escuadrillas, en el apuro de las jornadas agobiantes encontraron a muchos de los que vivieron en los viejos poblados hundidos cuyos restos se disuelven bajo el légamos del fondo de los lagos artificiales, en unos casos, o los restos ruinosos que todavía emergen del agua como testimonio angustioso, acusador, de lo que fue, de los antiguos afanes del hombre para abrirse paso a través de su destino, en lucha que no acaba, sin tregua.

Y sobre el borde del Chagres todavía quedan en pie, desafiando el poder del conquistador y la fuerza corrosiva del tiempo, vestigios de lo que fue Cruces, la de las posadas, la que tenía el viejo camino empedrado como amarrado al ombligo, sobre cuyo empedrado lomo resbalaron las herraduras de las mulas que transportaban a Portobelo el oro succionado a la tierra —¡también testigo!— por los que sufrieron hasta la muerte liberadora bajo la férula de capataces sin entrañas, embrutecidos por la codicia y la crueldad; Cruces, la del desembarcadero y los almacenes estancos; la de las calles que soportaron forasteros de todas las tierras del globo y cuyo aire recogió infinitas voces extrañas, no entendidas, cuando la avalancha de aventureros oleaba hacia las playas doradas de California, la de las minas famosas del 800 y pico...

De Matachín, Gorgona, Bohío, Juan Grande y San Pablo sólo

quedan recuerdos que en lo más escondido de su alma transportan hombres que nacieron y crecieron en los lugares inmolados por el extranjero, abatidos por un hado maldito... Hoy ellos transitan de un sitio a otro a la deriva, con el alma a medias, partida, y una secreta congoja en el corazón.

La fatal noticia llegó un día negro... La condujo sobre su corazón apresurado Pedro Girón. Mientras sesteaba, un alto en la faena, después del almuerzo, otro obrero le dio la desgraciada nueva.

—A tu pueblo también lo van a hundir los de afuera, los extraños, cuando terminemos la represa. Con las manos de nosotros hacemos la desgracia, la fabricamos nosotros mismos, como está viendo. No se salvarán; quedarán como quedamos nosotros, los de allá, por mucho tiempo; sin tierra donde pisar, sin base, en el aire y rotos por dentro... Cuando tranquen bajo el puente, al subir el agua se tragará todo lo de ustedes: casas, trabajadores, animales y también a la gente que se descuide, que se duerma y no salga a tiempo... Todo quedará en el fondo líquido disolviéndose... Ahí quedarán hundidos, presos, los entusiasmos, las alegrías, las esperanzas y los deseos de trabajar de todos... Es la dura verdad... La desgracia de algunos lugares, las zonas... a donde llegan ellos arrasan con todo... Nada queda en pie, nada nos dejan, para imponer y alzar lo de ellos, para que eso valga.... Que de nosotros no queden ni señales... Ya ve que ni los nombres de los lugares... Después podrán decir: “eran salvajes... no había nada”...—terminó el discurso.

—¡No puede ser!... No han dicho nada... Imposible eso... Tenemos títulos que valen, dados por el gobierno... Como a ustedes los fregaron, se los tiraron ya, ahora quieren asustarnos, vernos iguales... ¡Qué va! —la réplica.

—Anda acostumbrándote al pensamiento de que pronto no tendrás nada de lo tuyo, de lo que hicieron tu manos, nada fijo, salvo tus pies, las huellas que marcan después de cada paso... No lo dicen porque así son de hijueputas. Los dueños de este negocio, buen negocio, que les deja, esperan que ustedes poco

a poco, con lo que van oyendo hablar, se convencen de cuenta de ustedes mismos, de que no tienen remedio que los salve. Si les preguntas, te contestan: *I don't know... I don't know...* Esperan que se maduren ustedes mismos y entonces ante lo fatal, sin componte, piensan que ustedes dirán: “Del ahogado aunque sea el sombrero”. Entiendes: por eso no dicen nada pero ellos, ya saben todo y todo lo calculan para el lado de ellos, barriendo siempre pa adentro... Así tendrán que pagar poco cuando en el pensamiento de ustedes se fije bien la idea de lo que ya tienen pensado hacer y nosotros mismos nos encargamos de suavizarlos, de ablandarlos, todo pa beneficio de ellos... La verdad... Y lo que es Vigía correrá la misma suerte... Acuérdese de esto: quieren pagar poco por lo que a ustedes les costó tanto... Y faltan más pueblos pa igual suerte. No son los únicos: faltan más, y ¡quién sabe hasta cuándo...!

—Pero si nosotros vivimos de la tierra y en la tierra de uno. ¿Cómo los de afuera van a echarnos así...?

—No hay razón pero así nos pasa a nosotros con los de afuera. No tenemos quien hable... A todos les cocieron la boca con dólares. Y todavía ponen en los periódicos “el Canal de Panamá”. Todas estas desgracias se las debemos a ese negocio: y lo que es peor: nos obligan a trabajar aquí, engañaos por que no hay dónde ganar real... afilar cuchillo para el pescuezo de uno...

Así se tuvo la evidencia de lo irremediable, lo que esperaba, a corto plazo, a San Juan, de su próximo sacrificio, de la destrucción de ese conjunto de esfuerzos de tantos hombres... prueba de lo que pueden la vida y la muerte, siempre en pugna, de peleas... Ahí están las pruebas de tantas esperanzas, de tantas ilusiones caras... En una palabra: la obra del poder del hombre traducida en el lenguaje duro de los hechos de amor y odio, vida, en suma.

¡San Juan también debe desaparecer...! Es el destino de los pueblos que colindan con los negocios de los extraños.



A pesar de todos los augurios, todos los días los botes descienden para remontar, en la tarde, los ríos de la vasta zona que entrega muchos de los obreros que lentamente levantan la muralla que nace en el fondo de las aguas, bajo el puente estupendo, muralla que domará las corrientes impetuosas en su correr anhelantes hacia el mar, amargo, ilímite y siniestro...



Los días de pago se recibe dinero que se derrocha alegremente, sin pensar lo que venga después... Ño Cruz se aleja más cada día... Como si ya no lo necesitaran... Muy poco se le ve ahora, hosco, retirado, solo.

El tiempo sigue su curso irremediable, venturoso algunas veces; trágico otras.

La obra se acerca a su término. Pronto se harán los primeros ensayos. Antes hay que avisar, recorrer los pueblecitos desprevenidos de la hoy, para evitar desgracias innecesarias a los pobladores. Será una prueba de inundación en pequeño, limitada. Pasados los primeros ensayos y comprobada la resistencia de las compuertas y de toda la estructura, la noticia de lo de San Juan se dio abiertamente... También sería sacrificado, ahogado en aras de los grandes principios, de las “necesidades” del Canal... Hay que alimentar el lago para que los barcos del progreso no sufran, no encallen. El nivel de las aguas baja, aseguran ellos, los dueños del negocio...

—Los barcos, el peaje, los millones... ¿y para nosotros, qué? Basuras... Razón tenía, vieja razón, Cruz Albán... Es el castigo por no oírlo, por no atender su recomendación... Ya es tarde... Hemos trabajado para la perdición... Y se llenan la boca: *PRO MUNDI BENEFICIO*... Desgracia y más desgracia... —se lamenta el Mocho Rodríguez.



El motor fatídico —¡heraldo de desdichas!— volvió a bramar en las curvas de los ríos que se acercan a San Juan. Y nuevamente aparecieron los *extraños*, pero armados esta vez, protegidos de guardias y soldados, también visiblemente armados.

Se hizo reunión de los vecinos, en un grupo compacto y triste, unido por la misma pena. El Representante oficial explicaría.

—La porpentosa obra —dijo— que tanta prosperidad nos ha traído, demanda algunos sacrificios más que debemos soportar con entereza y patriotismo... No olvidemos el lema de nuestro escudo. *PRO MUNDI BENEFICIO* es un gran pensamiento, un programa mismo...

Se detuvo: miró en torno semblantes coléricos, unos, y sombríos los otros. Volvió a mirar pero esta vez en dirección a los hombres cuyas armas relucientes estaban a la vista para el empeño protector. *PROMUNDIBENEFICIO*... la frase insistía cruelmente en salir de los labios...

—Aquí tengo los papeles de estas tierras; aquí sabemos los propietarios —apretaba el legajo— pero queremos ser justos. El gobierno quiere ser paternal... Estas tierras deben ser utilizadas en esa obra que nos ha dado a conocer al mundo entero, que nos ha colocado a la cabeza de los pueblos civilizados del orbe, llenándonos de gloria... —toma un respiro.

—Y de desgracia, y hambre, también... —la voz salió del grupo.

—¿Entienden ahora...? Ahí está lo que buscaba el *Extraño*. Sabía y quería cobrar buena plata... para eso quería comprar... ¿Entienden ahora...? —anota Ño Cruz.

—Ustedes comprenderán que no podemos detenernos ante lo que haya que hacer para completarla... El gobierno tiene empeño y compromiso de cederles a ellos —señala con el dedo—, pero quiere comprar los títulos que les dio, los productos y las casas que levantaron... Venimos pues a hacer con ustedes el avalúo de lo que cada uno tenga... También proponerles que piensen en trasladarse al nuevo pueblo que se va a fundar con el mismo

nombre, agregando sólo la palabra *Nuevo*, en memoria de éste, el Viejo, que tendrá que morir con gloria, sacrificado por la obra portentosa que ustedes conocen —finaliza el funcionario.

Una pausa se intercala.

—¿Y cuánto van a pagar por finca? —alguien pregunta.

—Lo que valga, según el catastro... Aquí están los papeles. Lo que no esté se avalúa, si vale algo... ¿Un rancho no vale mucho, verdad?

—Para usted y sus compañeros no, porque no lo hicieron...

—Ño Cruz arguye.

—Bueno, hay que avaluar y a eso venimos... Trabajemos...

—Conmigo no hay avalúo ni molestias porque de aquí no saldré. Aquí estoy como panameño y aquí me comerá la tierra... Vaya el que quiere que le roben... ya no se puede pensar ni en otra cosa. Para eso mataron, temprano al Cholo Victoriano... Para que no levantara a los pobres... Aquí me quedo y hagan lo que quieran. De mi tierra nadie me mueve y menos por un puñado de sucios reales... Me come la tierra pero no salgo de lo mío... mi tierrita...

—Ño Cruz se separó del grupo silencioso, rumbo al rancho medido entre los árboles. Nunca se le oyó tan claro. Volviendo la cara, gritó:

—Veníte, Juan Cancio... Cuando seas más hombre serás el desquite. En ti la esperanza no muere.. Tienes fibra, lo sé bien... Serás la revolución... ¡Y la puntería que tienes!

El trámite, se reanudó pero, finalmente, quedó inconcluso, en suspenso.

—Que se quede el que quiera... Dar unos realitos flacos a cambio de tantos años de trabajo y cariño, de vida, entregados a la paciencia y el sufrimiento, como aquí hay varios, es no pagar nada... —alto.

—Muy cierto... Desbaratar casas que no se pueden pegar después porque se hacen de una vez hasta que duren... Salir a vender animales para que le digan a uno que un rancho no vale nada; que un sitio de árboles pariendo no es una mina de oro...

¿Eso pa qué sirve? —Otro.

—La verdad... —coro anónimo.

—En la tierra todo cuesta lo que hay encima. Nada nace solo... Tumban un palo, hacer un limpio, picar un camino, sembrar y levantar una mata, aclarar una trocha... Todo cuesta y dicen que qué vale eso. La tierra da pero hay que darle... sudor, fuerza y vida. Hay que peliarle a la sequía, a la tierra cansada, a las malas yerbas, a las arrieras, a las plagas, al fuego y a los animales dañinos... Y eso coge años de trabajo diario, cansao... Poco a poco la tierra se lo come a uno antes de morirse, antes de que lo entierren al fin.

—La fuerza, la sangre y la salud... Lo deja a uno como bagazo, cascarón, viejo, cansao, que pa na sirve...

—La gente que hemos criaio aquí, en casi cien años de ocupación. ¿Cuántos entraron cuando el pueblo se fundó; cuántos quedan en el cementerio ese, pero cuántos nacieron y quedaron para hacer producir la tierra... y producir gente y más gente...? Tampoco eso vale. ¿Cómo quedan después que no han conocido otro mundo? Gente hay aquí que ni siquiera conoce Panamá, que no salió del lugar... Y eso no vale... Qué vale entonces? —la protesta crece.

—Y todo eso para complacer al extranjero, al de afuera, como si primero no fueran los de la casa... Todo al revés: venir a preciarle —y pura porquería— el trabajo de años. Acaso estos rastrojos se hicieron solos, los sitios crecieron por su cuenta, los cultivos se hicieron con viento y los animales los pusieron en flor los palos silvestres... Todo es pulmón y sangre... Nada se hace solo... —insisten.

Nueva larga pausa. Los funcionarios, los guardias y militares estudian los papeles, planos, escrituras. Paralizados los comentaristas, se reinicia la diligencia.

—Vicente Ayarza, venga usted... El catastro dice quince hectáreas. ¿Qué más tiene?

—La tierra no está de vacación, de lujo, dormía desde que me la dieron a esta parte... La casa, de pencas verdá, pero madera

seca de corazón, cortá en menguante, de doce varas en cuadro, cimentá en el piso. Ocho aguacates que producen; cinco pixvá parías, de las buenas, rayás; tres almendros de sombra; doce naranjos en parición, de buena clase; seis palmas de buena pipa; tres mameyes de los grandes... Y el platanal, el trapiche con sus cañas; los rastrojales pa el otro año; los animales de casa, gallinas y puercos... Todo eso entra en cuenta por-que es trabajo... y eso son ocho años aquí... Y soy de los menos...

—¿Cuánto pide pues...?

Después de un rato de indecisión y cálculo.

—Como barato pasa de mil... Como para que no quede reclamo. Arrancao uno de su tierra con todo lo que ha lograo juntar... Eso no lo meto en cuenta... Regalo mismo...

—¿Está soñando? ¿Sabe lo que dice? Mil... No faltaba más... por un rancho y otras porquerías... No es para tanto, amigo... Se lo quiere llevar todo... Hágase a un lado, mientras despierta y piensa bien... Usted, José Girón, venga.

—Yo también defiendo lo que me costó más de veinte años aquí, sudando y padeciendo... Nosotros no estamos haciendo Canal; no tenemos apuro de salir del lugar que es de todos. El que quiere que salga con los trastos en la cabeza, que pague lo que vale eso... No estamos pidiendo limosna, señor... Acaso perdemos poco... Viejo uno a comenzar de nuevo en tierra que no conoce... Yo que ya tengo añales, me acuerdo cómo quedaron sin norte, rotos por dentro y por fuera, los de los otros pueblos que ya hundieron, ahogados... Usté, Hernández, que es de mi tiempo, no se acuerda cómo andaban los de Matachín, y Gorgona, cuando nos reíamos de ellos? El solar, los montes trabajaos y las demás cositas que son de uno... Pero el pueblo es de todos... La plaza, los caminos, el río, el cogedero de agua, el aire, los vecinos, las amistades y hasta las peleas y disgustos y los saludos, todo éso que ahora se desploma y acaba, cuesta y duele... y quiere que uno reciba contento cuatro reales nada más... No, así no... Yo pido cuatro mil pesos y es poco por lo que pierdo... Es para no regatear...

—Escasos ochocientos le podemos dar... Bien pagados... No hay que querer aprovecharse... Vea... —el funcionario.

—Eso no cojo yo... ¿Acaso es baratillo o remate...? ¿O acaso lo llevan a uno condena para presidio, que tenga que regalarlo y tanto que le ha costao amontonarlo...?

—Hágase a un lao... Cítelo para que salga también.

—Lorenzo Hernández... Sea razonable... —La voz se alza de nuevo...

—¿Regalando lo mío, que tanto me costó reunir? Lo mismo que Girón. Para poder comenzar en otra parte, ya viejo, sin molestar, deme tres mil, perjudicándome, perdiendo...

—¡Ahora sí... Se pusieron todos de acuerdo... Avérese. Cítelo.

—Pedro Arias... Esta es su escritura... Correcto... Está en ley... Lo suyo sí es regular y todo cultivado... Ya es algo... Zinc en la casita... Pero sin exagerar, que no se puede.

—Pero sin robar tampoco... Cinco mil, nada menos.

—Ya eso es delito... Guardia, no lo deje ir para que siga con nosotros.

—Se suspende la diligencia de reparaciones y pagos. Todo se hará en Panamá, por falta de respeto... Se les notificará para que se presenten, antes de salir del lugar, antes de que le echen agua.

Los otros afectados no fueron mencionados siquiera.

—Todos a Panamá, cuando se les notifique. No me expongo más...

Avalúo y paga fueron para todos, al precio impuesto, menos para Cruz Albán, que no cedió en nada. Desde ese día se alejó de todos, salvo de Juan Cancio... A nadie volvió a hablar ni durante la despedida, pues horas antes de amanecer abandonó el poblado, indignado y solo.

Los comentarios no cesaron.

—A los Girón les pagaron sólo 800... Otros dicen que 1.000... A los Arias 500... A los Hernández con tres buenas huertas, potreros, nada más que 700... A los Galván, con cañales, frutales y rastrojales, apenas 1.500... Y éstos fueron los principales. A

los otros poquita cosa... chi pi... —rodaban los rumores.

—Aquí no me quedo... Salgo obligao... Si me meto en otro lugar por ahí, con los años vuelven a decirme lo mismo... que hay que dejar la tierrita por ésto o aquéllo... No me quedo... Con lo que me dieron me voy lejos para la otra frontera, para Chiriquí. Allá no alcanza esta gente... Tengo que hablar con Juan Cancio, que es de los resueltos y piensa igual... —Francisco Hernández.

—Yo también...igual... Bueno sería ponernos a la voz todos los que así andamos... y nos vamos juntos para la otra frontera. Tierras buenas, me dicen, lejos, eso sí... Por allá no llegan éstos ni su buen negocio... su Canal de Panamá...— afirma Pérez.

—No se metan en esas loqueras... Yo me voy pa Santa Rosa, aquí abajo, no lejo... ¿Para qué ir a buscar lo que no tenemos guardao allá, en la otra frontera? “Grulla en tu tierra, aunque sea en una pata”... —Juan Galván aconseja.

—Nosotros estamos resueltos... Nos vamos para Chiriquí. No hay más palabras que pronunciar... Apenas juntemos las cositas que nos quedan de la catástrofe, viajamos... Barcos hay todas las semanas donde Pinel, el de las bucerías.



Se fijó la fecha de abandonar el poblado. Les permitieron llevar cuanto pudieran. Materiales, casas desarticuladas, animales, cosechas...

La inundación fue acordada para el 4 de febrero. El 3 todos debían haber salido. A todos se les avisó y se insistió en que no se asumirían responsabilidades después del último aviso.

En las casas todos dan vueltas, perdido el norte, rotas las conexiones de la vida regular, habitual. Las conversaciones son apenas murmullos confusos, bajos, a media voz... Las personas se miran a los ojos, interrogantes algunas veces, suplicantes otras. No hay valor para hablar de lo que oprime y acongoja. Hasta los chicos callan, sin comprender de qué se trata pero sintiendo que algo malo aflige a todos, testigos mudos de un

dolor común, igualitariamente repartido.

Al fin el dique no soporta más el ascenso, la presión.

—Dejar mi casa, mis flores... perder todo; llevarlo a pedazos, destruidas las cosas con las mismas manos que se hicieron. Maldición, desgracia es... Aquí nacieron mis hijos... Nuevecitos, sin cría, escoteritos, acabaditos de juntar, entramos Martín y yo... — los suspiros y el llanto se unen.

—La mala le ha caído al lugar, a todos... Dura hasta diez años.

—Tengo mis tatas enterraos aquí. Tener que dejarlos y encharcaos...

—Yo yo varios hijos, algunos mal paridos. El último finado que se ahogó, Alberto...

—Juntémonos todas y vamos a rezar al pantión... ¡Cómo vamos a salir sin despedirnos de los difuntos... ahora que los de ajuera les van a echar agua y a nosotros también, si nos quedamos remisos... El pobre Ño Cruz que no saldrá... La terquedad...!

—Y el hijo de Flora enterraos enantico. Con los hombres no podemos contar... Todos en la cantina hasta acabarla... y con razón... Lo que pierden... Volver a comenzar, desarticulados... Por eso ni hablan. Beben... beben... en silencio... Mudo el corazón.

—Y hay que llevar flores... Las últimas que tendrán los pobres... Ya ni el Día de Difuntos... Después de muertos y enterraos, suplicio... Y por los de afuera... ¡Bendito Dios...!

—El Canal perjudica hasta a los muertos... Hasta ellos han salido perjudicados, hasta con ellos se meten. Los de afuera...

—Eso es Canal... Eso es lo que nos ha dejao.

—Pura miserableza...

—Llamemos a todas las que faltan y vamos al pantión a ver a los muertos por última vez, que ni en la tumba hallan calma por los de afuera... Y después... sólo agua encima...

—Traigan el libro de las oraciones... A rezar todas... Rezar por los muertos y por los vivos... para que les pase algo a los de afuera...

El 2 Juan Cancio se entrevistó por última vez con Ño Cruz.

—Eres uno de los pocos que no le entró la broma, la polilla.

El comején se comió a los demás... ¡Picaos...! No aceptes y arráncate de estos parajes... Lárgate para el occidente, que la vida apenas te comienza... No te acompañe porque estoy gastao, no sirvo ni aguanto. Y de carga no... Quiero prepararte porque sé que vales, que serás muy hombre... Serás mi sombra justiciera. Te animaré hasta después de muerto yo... Acuérdate de Cruz Albán y tendrás fuerza... Te entrego mi escopeta, que nunca use... Guárdala para que defiendas tu tierra, y lo que sientes que es legítimo... Toma esto otro y guárdalo... Veelo después que te hayas ido de aquí.

La entrevista se prolongó horas, sin testigos. Al final las últimas palabras.

—Su voluntad es mi ley... Si me acompañara, si fuéramos juntos, mucho mejor. Yo comienzo de hombre pero me falta todo lo que usted sabe... Usted sería la cabeza, el que piensa, y yo el que ejecuto, hago... Los dos seríamos como uno solo... Abandone el lugar y nos vamos en el mismo grupo. Le propongo... Si se queda, no faltaré a la palabra que le di... Mi boca no se abrirá para decir lo que hablamos... Secreto de verdad...

—Para no vernos más, Juan Cancio... A ti te creo... es la esperanza... Trabaja con brazo y cabeza... No descanses... Hay que correrlos, hacerles la vida difícil... Lo demás tú lo sabes, Juan... —indentificados— pasado y porvenir —en una misma inquietud, en un solo pensamiento, los unió un abrazo prolongado... Luego se alejaron trémulos.

Aún el 3 los agentes oficiales recorrieron la zona afectada, la zona de la desgracia, para comprobar si todos habían salido. Sólo encontraron a Ño Cruz que se negó a escuchar las razones aducidas con relación a su vida... A nadie respondió y como para no escuchar inútilmente, se alejó en silencio, perdiéndose entre matorrales.

—Por ahora me ganó el *Extraño*... Después perderá... Ya Juan Cancio es hombre... ¡Y qué puntería tiene el indino! —soliloquio.



A las siete de la mañana del 4, ante autoridades y público invitado, dejaron caer las compuertas bajo el puente de concreto, montado sobre nuestro río.

—Cómo sube el agua... —después de silencio extático.

Comenzó el ascenso constante. En las piedras, en los árboles, en la vegetación, en todo lo que se tomara como referencia, se constataba el aumento, a veces violento y otras con fuerza mesurada.

Los bajos, las zanjas, las depresiones, se perdieron muy pronto. Luego fue el turno de las peñas más altas, los árboles poco crecidos y finalmente las colinas. Donde antes la corriente estallaba con estruendo, donde el río descendía en forma rápida, ahora adquiere apariencia de lago. Las reventazones y saltos fueron perdiendo su voz agreste, enmudeciendo en medio del estupor. Se escucha el traquido de una fantástica serpiente que despertara sorprendida después de un sueño de siglos.

Las basuras, las ramas, los troncos levantados, desprendidos de las raíces muertas, sujetos a la tierra por los bejucos; maderos trozados, todo comienza a flotar.

Animales agrupados comenzaron a salir empavorecidos, lanzando lamentos, al huir, desesperados. Algunos daban vueltas, trastornados al trepar a una elevación y comprobar que el agua seguía su avance sin tregua. Bandadas de loros volaban y parlaban, confidentes, de árbol en árbol, incesantes, como atraídos y maravillados por el espectáculo.

La masa líquida subía en carrera siniestra, de muerte... Y el río se fue sosegando, perdiendo su antigua fiereza. El empuje de la corriente amainó para adquirir la apariencia mansa, tranquila, de una superficie líquida, horizontal.

El avance de la inundación alcanza las cercanías de Pequení. El valle de los cultivos más hermosos, comenzó a perderse. Rápidamente los tallales fueron rodeados, sin escapatoria posible. Y como si un guía invisible orientara, el líquido ciego se metía en todas

partes, registraba todo. Pronto apareció en los pisos de las primeras casas abandonadas, vecinas al que fue desembarcadero. Totumas, bateas, cajones, morteros y vasijas dejados con dolor, comienzan a nadar, a balancearse, sacudidos.

Un silencio de muerte, inmenso, se imponía en todas partes. De rato en rato se percibía la fuerza expansiva, constrictora, del agua que cumplía su tarea siniestra, que vencía todas las resistencias, todas las vallas y accidentes que la misma naturaleza creara.

Cruz Albán, que salió de la montaña cuando el poblado quedó desierto, vacío, sin persona viviente en el contorno, pone en libertad a todos los animales. Primero las tres vacas, despedidas en forma afectuosa. Antes de separarlas le pasó la mano cariciosa sobre el lomo y la panza. Los cerdos salieron del encierro y recibieron la última ración espléndida, sin límites. Las gallinas volaron, espantadas, libres, sin comprender... Sólo la perra pintada, *Libre*, se negó a partir.

Desde la elevación sobre la que el rancho se alza solitario, el sol, ya de caída, no cesa de alumbrar, dorando ese contorno. Ño Cruz contempla sereno el avance del agua. Algunos ranchos ya han sido levantados.

Los más afortunados tienen el agua en la cintura; algunos más muestran el techo sin desprenderse, sin naufragar del todo. Los menos felices fueron zarandeados y deshechos sin dejar señal... El embudo de algún remolino debió tragárselos. La onda se precipita disputándose las depresiones de los estribos de los cerros.

—Hasta el río mataron ya... —Ño Cruz en la entrada del rancho. Hasta el río les molestaba... Ni el nombre le dejarán ya...

Ahora pareciera que el agua ha tomado un descanso. Todo permanece en reposo. Podría pensarse que ha cubierto la medida, el nivel más alto... El silencio continúa extendiéndose, agrandándose. Hasta el viento pareciera colaborar. A intervalos cruzan algunos cuervos seguidos de otras aves acuáticas. Exploran su nuevo mundo, creado con otros fines. Sobre la masa líquida flotan espumas y palizadas dormidas.

Pareciera que el sol de la tarde bajara con más lentitud, con paso más corto que otros días, como dando una oportunidad pos-trera al hombre, iluminando el valle silencioso. Lejos se oye el canto de algunos pájaros que presagian las sombras del anoche-cer. Pero no se oye un grito humano, un ruido que identifique al hombre. La muerte —y la nueva vida oculta— ejercen su domi-nio completo. Pronto se manifestarán muchas vidas nuevas, innúmeras, mínimas vidas —¡el agua! —invisibles, vendrán a po-blarlo todo.

El anciano irreductible, contempla extático la obra devastadora de la inundación. Trata de identificar el rastro de los caminos que tantas veces y a todas horas pisó; quiere localizar las fincas, los trabajaderos; las entradas de la montaña; las huer-tas; el cementerio donde tendió a su padre... Todas esas cosas que tanto se confunden con la vida del hombre, casi formando parte de su sustancia misma.

—Si sirviera, si me quedaran fuerzas, me iría para la otra fron-tera. Donde nadie conozca ni mi nombre... Aquí por este lado vivía Anacleto; allá los Girón; por aquél lado los Llerena; más al oeste los Hernández; por allá arriba los Arias, en fin, tantas cosas de Pequení, pueblo de los buenos... —la voz sale firme, sin aso-mo de temor.

El agua, que parecía detenida, de pronto recibe refuerzos y se apresura en forma violenta. Las oleadas corren desesperadas, dis-putándose la holgura de una depresión trepada en el parapeto de una colina. Cruz Albán comprende que le queda poco tiempo de vida. Sin embargo, el agua se detiene de nuevo, como si pensara salvar al hombre dándole oportunidad de modificar su decisión final. La calma se impone de nuevo. El hombre que se había reti-rado al interior a cumplir su instancia definitiva, posa sobre una piedra a la entrada, con *Libre* a su lado, que aúlla nerviosa, olfatea estirando el pescuezo, se asoma al agua invasora, mira la cara del anciano, como si le consultara.

Se rompe la calma de nuevo. El agua se apodera del cementerio.

—Los muertos a nadar o a tragar agua... Y hasta los palos de aquí quedarán como los de allá abajo: sin hojas, con el agua al pecho, muertos, podridos, cayendo a pedazos... Como en Cruces, Gorgona y a todas las bajerías de las montañas más buenas que dañaron haciendo charcos y bañaderos para los barcos... Aquí también quedará el palerío muerto, fantasmas sobre el agua, echando candela de noche para asustar a los de miedo... —el soliloquio revive visión conmovedora.

Lo que pasó antaño con otras tierras inundadas por iguales causas, sujetas a un parejo destino. Miles de esqueletos de árboles con brazos abiertos, carcomidos, implorando al sol, reclamando al cielo. Permanecen enhiestos, erguidos sobre el agua inmóvil, protestando, y a veces parecen gigantes que caminaran sobre la superficie yerta, representantes de un infinito mundo vegetal que ha muerto.

Pero la lucha sigue terca, constante. Fuerzas misteriosas, hijas de la tierra, no se dejan vencer por el hombre. Muchos árboles se niegan a morir, a someterse a un destino impuesto por malos hombres con conciencia de piedra y lodo. No se dejan domar. Retoñan siempre, viven sobre la muerte, superiores a la tragedia, airoso, imponentes en medio de tantos cadáveres, de tanto aniquilamiento.

Y como protesta, como expresión de lucha acérrima, con los despojos, con los restos de los sacrificios, con los vestigios de los inmolados por los de afuera, por sus obras, surgen otras vidas integradas por tantas partículas a la deriva que se juntan, unificándose en el dolor. Así nacen los islotes flotantes, adheridos a un tronco muerto, que poco a poco se visten de vegetación, de flores y semillas, en un desafío audaz a la muerte.

Y en las noches solitarias, cuando las estrellas riegan su luz, los navegantes escuchan voces extrañas, incomprensibles a sus oídos porque son las almas de los árboles que protestan y que maldicen.

—¿Por qué Dios hace ésto con nosotros? ¿Por qué la justicia

nos abandona, así, íngrimos? ¿Qué hemos hecho para merecer tanto rigor, tanto azote? ¿Por qué cambiar por un sucio puñado de reales las tierras que nos dieron para nacer, trabajar, sufrir y morir? ¿Por qué clase de justicia debemos dejar lo poco que el hombre pudo juntar honradamente en compañía de la tierra, sin hacer sufrir a nadie? ¿Qué tenemos que ver los rieros con esa obra, con las guerras, con esa basura de gente, los *extraños*? ¿Por qué perjudicarnos así? Son la ruina; nos dejan flacos para ellos engordar... Se comen la fruta y nos dejan la cáscara... De Cruz Albán hablarán mucho tiempo... Soy el vigilante de estas tierras... soy la justicia airada que maldice... la voz que enseña la verdad... Ni el hundimiento, ni la muerte me apartarán de aquí... Reviviré en Juan Cancio... Maldigo su obra, la de los *extraños*, sus guerras, su plata... Que de esta tierra que ahogan a la fuerza, broten chuzos que los perforen; enfermedades sin cura; que crezcan mosquitos y culebras que los hieran, sin dejarles reposo; que todos los días nazcan hombres, fuertes enemigos que desde la luna, desde la tierra, desde debajo de la tierra, les ataquen, les destruyan sus obras contra los hombres... Por los bandidos que ni Dios detiene ahora, la muerte me cerca y acorrala... Casi cadáver, casi frío de agua, todavía quedo panameño completo; hombre que desprecia la miserable bolsa de plata extranjera, que prefiere lo más duro sin abandonar esta tierra ni este cielo que me cobija, indiferente. Después de muerto saldré como los fantasmas, asociado a los árboles muertos, a asustarlos en las retenes, en los caminos, en las orillas del agua, a enfriarles la sangre, a pararles el corazón... —casi delira.

Otro ataque de la inundación rodeó la piedra donde el hombre desafiante maldecía a los *extraños*, a los culpables, mientras *Libre* alarga sus aullidos. Ahora el agua alcanza la rodilla del anciano. El animal está indeciso; no quiere dejar al hombre, pero mira inquieto hacia la tierra firme distante.

—*Libre*, aléjate, que el fin llega ya; vete, sálvate, que tú también tienes tu trabajo, tu misión... —como si comprendiera la

intención del compañero, el animal nada hacia la orilla lejana, seguro de no ser alcanzado por la avalancha.

El agua cubre la primera parte de la casa y sigue subiendo con seguridad. Y en el nuevo lago, sobre el pueblo sumergido, las grandes palizadas se estacionan en un sitio y a veces ruedan a la deriva, arrastradas por pequeñas corrientes ondulantes.

Los gallineros desaparecieron y dentro de las casas que se mantienen en pie, el agua arriba, bancos, cajas, y tablones, se mueven, zarandeados de un sitio a otro.

Con gesto firme, sin asomo de vacilación —“desde la faja hasta la mortaja”— entra, después de mirar a la redonda, como queriendo llevarse una imagen completa, postrera, del lugar de sus afectos. La sonrisa extiende los labios... En el borde de la tarima humea la pócima de las raíces cocidas. Irreductible, asiste a la batalla final; cumple la promesa de no salir de San Juan, de su tierra. Nada lo detendrá; tampoco nada detendrá la invasión. Trepa y espera a media escalera el golpe del agresor. Con mano firme empuña la tasa, pero antes de beber, habla por última vez.

—Juan Cancio, no te pareces a los demás... Sé que cumplirás mi mandamiento... Mi ánimo te dará fuerzas, te infundirá pasión... Ahora, muerte, para vivir con más vida, en vida joven... Porvenir... Panamá... —extiende la mano y comienza a morir.

Al segundo día ya nada queda libre, salvo las últimas ramas de los árboles. Llegó al tope; no sube más. Descansa calmada y silenciosa. Nada altera la lámina tersa. Los maderos flotantes se balancean suavemente agitados por el soplo acariciante que tiende sus alas leves. De la casa de Cruz Albán, empotrada en el cerro, apenas quedan afuera pocas pulgadas. Sobre la cumbrera pajiza, los gallinazos husmean y miran de lado.

•••••

Daños sin explicación en las obras reclaman constante vigilancia; muertes misteriosas en la zona ocupada, entre los *extraños*, siguen a la de Cruz Albán. Botes hundidos y soldados ahogados...

Disparos en caminos y retenes... y el fantasma de una perra furiosa que ataca donde menos se espera, que corre, y aúlla de noche sobrecogiéndolo de espanto.

—La herencia de Cruz Albán... —Los enterados afirman.

Los despojados se diseminaron por distintas rutas, arrastrados por los signos de su destino, siempre en busca de nuevas esperanzas.

Falso título español

“Continuando las reformas procuróse en las relativas a las órdenes religiosas refundir unas y regularizar otras; disminuyéndose la variedad de jurisdicciones; se abreviaron los trámites de la administración de justicia; fueron perdonados los atrasos de alcabalas, cientos, millones y servicio ordinario y extraordinario, etc”..

Hay constancia de que en 1705 un viejo Capitán español, provisionalmente separado del ejército colonial, funda en lugar prodigioso— el Hato de las Ánimas. El fundador es un protegido del Juez don Pedro de Zúñiga, el mismo funcionario que hizo efectiva la orden del gobierno peninsular enajenando a perpetuidad todas las tierras de la Provincia de Veraguas, mediante documento notable que más adelante transcribimos porque así conviene para mayor entendimiento de esta historia.

Así asentó el letrado peninsular: “Por cuanto de conformidad con el Poder Real dado a mí por Su Majestad, a quien Dios guarde, yo doy y concedo a la Provincia de Veraguas todas las tierras dentro de sus linderos y jurisdicción para tener en propiedad sin gravamen alguno o impuesto al Tesoro Real ni al Fisco. Sus habitantes y los pobladores de ellas podrán disfrutarlas como señores y propietarios a perpetuidad. Estas tierras están y en lo futuro estarán a la disposición de los Concejos de las tres ciudades de que se compone la Provincia, para su división, concesión o donación. Aquéllos que deseen ocupar las tierras públicas desocupadas harán petición de ellas a los Concejos Municipales ahora o en el futuro, y las tierras serán divididas a voluntad del Concejo

con la aprobación del Gobernador y del Capitán General que lo sea o pueda serlo en el futuro sobre dicha Provincia, con cuya aprobación ellos vendrán a ser propietarios y señores de las tierras que sean así parceladas para ellos, en la manera que hoy son dueños de tales tierras aquéllos que las poseen y ocupan, porque han contribuido proporcionalmente al pago de dichos 3.000 pesos y costas de las órdenes y títulos. Y el actual Gobernador y sus sucesores, con ayuda de los Concejos, determinarán los linderos de cada una, colocarán mojones y otras marcas para distinguir aquéllos que son ahora títulos válidos y para conocer aquéllos que han sido solicitados por petición a los Concejos. De igual manera, dicho Gobernador indicará los linderos de las aldeas de indios con el objeto de que puedan ser conocidos, y serán indicados con monumentos o mojones de conformidad con mi orden, de modo que las tierras puedan ser disfrutadas según la voluntad de Su Majestad Real. De igual manera, con el objeto de que se sepa que tierras se hallan fuera de sus linderos y qué tierras ocupan los que han contribuido o habrán contribuido al pago de dichos 3.000 pesos, estas tierras serán limitadas, ya sea por los nativos o por habitantes de los poblados de los Municipios de las ciudades referidas, tal como se ha dispuesto. Es entendido que aunque sólo tres pueblos dentro del área de la ciudad de Santiago de Veraguas son mencionados, es la intención que sean mantenidos todos aquéllos del distrito de la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios y todos aquellos del distrito de Santiago de Alanje, exactamente como está expresado en mi Decreto a los presentes inserto. Se declara que en esta concesión no están incluidas ninguna de las islas del Mar del Sur de dicha Provincia, ni ninguna de las cordilleras que se extienden hacia el Mar del Norte, ni tampoco el título de Suay y Mariato que el Sargento Mayor Juan de Monroy ocupa en propiedad por mi título porque le ha sido previamente concedido a él”.

“Pero todo el resto de dicha Provincia, desde las costas del Mar del Sur hasta las cordilleras, los campos, los bosques, aguas,

pescaderías, árboles, alamedas y todo lo demás que pueda haber dentro de los linderos de dicha Provincia, desde el punto en que se divide de las tierras de la ciudad de Natá y de la Villa de Los Santos, hasta su mayor alcance y extensión, doy a esta Provincia y a las tres ciudades mencionadas en dicha Provincia, en señorío y propiedad perpétua, con el fin de que puedan disfrutarlas sin embarazo ni impedimento alguno”.

Así —en prosa notarial— terminó el mandato judicial del funcionario de la Corona.

El 14 de octubre de 1855, don José de Obaldía, Diputado a la Asamblea Constituyente del Istmo de Panamá, presenta informe sobre el proyecto de Ley de deslinde y adjudicación de tierras comunes o indultadas. El proyecto determinaba el área de las tierras que comprendía la Provincia de Veraguas. Exceptuaba —en forma clara y expresa —las de Suay y Mariato, concedidas por la Corona al Sargento Mayor Juan de Monroy, según Cédula del 10 de diciembre de 1705.

Sin embargo, por causas que no podrían precisarse de modo expreso pero que se comprenden fácilmente, la Ley 14 de 26 de enero de 1878 —por primera vez la excepción— incluye los terrenos del Hato o Sitio que fundara el viejo Capitán de milicias españolas en 1705.

Este es el punto de partida de desgracias y litigios afrentosos.

Ninguna noticia de los cambios ocurridos con relación a los anteriores propietarios del Hato a lo largo de varios lustros. Finalmente se sabe que ha pasado a ser propiedad de don Nicolás de Sámano —\$8.510.40 —sin encontrar registro de otras circunstancias en que lo hubo. Consta, sí, que a mediados de 1845 el señor de Sámano, viejo, viudo, entristecido y gotoso, tal vez presintiendo un final próximo, asienta en su declaración testamentaria su libre voluntad: “Declaro que poseo por mía propia una hacienda nombrada Las Ánimas compuesta de más de 3.000 cabezas de ambos ganados, ubicada en el Cantón de Alanje, Provincia de Veraguas. Item: declaro que en la villa de David, capital

del Cantón de Alanje, poseo por mía propia, una casa de teja y quincha situada en la Calle de Los Gallegos”.

Más adelante reafirma su voluntad en esta excerta:

“Y del remanente que quedare de todos mis bienes, derechos y acciones instituyo y nombro por mi única y universal heredera a mi legítima hija doña Manuela de Sámano y Melgar, para que con la bendición de Dios y la mía, los haya, goce y herede, en atención de no tener, como no tengo, ascendiente y descendientes que con mejor derecho puedan ni deban heredarme”.

A posteriori el testador añadirá:

“Al tiempo de mi matrimonio con doña Josefa Melgar poseía cerca de 50.000 pesos, y al tiempo de la otorgación de este testamento tengo, además de la casa en que vivo, una casa en David, dos bodegas en Paita, Perú, dos barcos que navegan en el Mar del Sur, uno de los cuales se llama el Las Animas, y varios miles de pesos en efectivo”.

Pasados algunos años, muerto el señor de Sámano, abierto el testamento que había reposado lacrado en el fondo del arcón, conforme procedimiento y prácticas de la época, la autoridad civil ordena que doña Manuela de Sámano y Melgar, pase, de hecho, a ejercer la posesión de los haberes que le dejara su progenitor finado.

Los frecuentes pronunciamientos militares —típica herencia española— y las guerras civiles que agitan a América durante el siglo XIX, repercuten hasta lejanas tierras señoreadas por el olvido.

•••••

Aquello era privilegio, excepción de la naturaleza. No podía pedirse más. Todo lo que el esfuerzo reclamara había sido puesto con espléndida largueza.

El territorio estaba naturalmente dividido en dos porciones bien distintas, con funciones propias, balanceadas. En el norte, lo más dilatado, bajaba de las faldas cordilleranas, descendía en de-

clives suaves, uniformes, casi armoniosos. Se experimentaba, de pronto, la visión de que la montaña atacara al llano, acorralándolo, disparando en retaguardia mediante montañuelas que surgían aquí y allá, en forma de comandos. Abruptamente lo empujaba hacia la costa.

La sabana corría verde, interrumpida en bajos y hondonadas profundas, manchadas de monte alto que semejava islas negras en medio de un mar de pasto tembloroso.

Durante la sequía y sus calores bochornosos el ganado emigraba a la montaña. Los bejucales de retoños verdes, la *paira*, la *chichica*, y las frutas de higuerón y corotú a todo caer, lo mantenían durante la temporada. También bajaba a los ríos y con el agua al costillar, metía la cabeza y arrancaba la fresca “pasacarne” alimenticia, la vegetación que crece ceñida a las piedras, sacudida constantemente por la corriente inquieta.

Al caer los primeros aguaceros, cuando el llano reveredece y el tábano verde acosa incesante en la selva, los rodeos vuelven a la querencia... Y entonces muchas vacas braman largo y lastimero, o mugen desconsoladas, la ubre redonda, goteando las tetas. Es que los hijos murieron en la montaña.

Las crías merman en la montaña porque los murciélagos engordan; las culebras matan; los lagartos comen; los tigres y leones barretiados hacen abundante cacería.

Sabana, montaña, bebederos, todo era intocable. Antes que el hombre estaba el derecho natural del ganado y de su amo...

Del ható heredado vivían parasitariamente, estirando sólo la mano, las familias de linaje, señorío y clase, el saldo de la colonia, las aristocracias feudales cuyos descendientes, con el devenir de los años, ya empobrecidos de holganza, evocarían los “tiempos de la patria vieja”.

Acogidos a supuesto título español y a las vacas de las llanadas, aducirían —sordos a la historia— escudos, pergaminos y leyendas. Las *sacas* gordas mantendrían en colegios lejanos a falsos estudiantes que no consumirían tiempo y mesada en meditacio-

nes y textos sino en bohemia y fácil holgar.

De los hatos saldría, con la Independencia, la estampa de la reacción de Diputados Departamentales, Prefectos Escribanos y Alguaciles, que con un vaqueril ME ARREBIATO conquistarían en buena lid el meritorio haz de alfalfa.

•••••

Al fin llegaron los pocos que partieron a occidente, los naufragos de la vieja desgracia, Juan Cancio entre ellos.

—Esto sí es tierra, lindas tierras... Continente mismo... ¿Quién iba a creer lo que decían? Lejos sí, es lo único malo. Valía la pena que nos corrieran de allá... Mejor... —todos exclamaron, alegres, apenas llegados.

—Debió ser antes, la verdá dicha sea... —Hernández solo.

—Y nos dijeron que ocupáramos el lao que nos pareciera... Buenos son... Aquí nadie la pelea... Lo que falta es gente... casi íngrimos... Ahora vida larga es lo que nos falta... Así uno se siente a gusto, se siente gente... —Juan.

—Pero andamos solos, sin guía... Perdimos al difunto.

—Antes de retirarme cumplí lo más que pude. Por desgracia aquí no hay extraños para cumplirle más.

Comenzó la alegría del trabajo en suelo propio. La esperanza circuló de nuevo en todas las almas...

•••••

Cada rodeo tenía su marca de sangre, de modo que una res se identificaba mirando sus orejas. *Tronza, rabisacá, ojete, punta de espada y hoja de higuera* — eran las más comunes... “Esa res del rodeo del Bajo del Cerro”, sentenciaba el vaquero con solo verle las orejas.

•••••

La casa principal, *la de adentro*, de teja y madera, permanecía largas temporadas silenciosa, ausentes los amos. En el inte-

rior, las camas de vaqueta con cabeceras altas en forma de altar, los catres, las hamacas tendidas en los ganchos; el arcón para joyas, caudales y cosas de valor; los taburetes, forrados de cuero peludo; las mesonas lisas trabajadas por el chumico lijoso; el tinajero con sus totumas sedosas, bien labradas y abajo su piedra de loza con *cuenco* para las goteras desprendidas de las tinajas mal *curadas*; el ropero oloroso a alcanfor y *platanilla*; el botiquín con los medicamentos de Grimault, laudano, esencia de clavos, flor de azufre, árnica, chirrisqui, parches porosos, curarina, bromo-quinina y la ipecacuana para los vomitivos.

La casa del mayoral, polvosa, más chica, baja, el techo ennegrecido por el humo; los tablones, las camas y los cueros secos de dormir en el suelo; asientos, silletas, bancos y tucos; las *tamugas* de sal sobre el fogón, siempre humeante; las goteras que pudren el limatón; el horquetero de *jagua* para la tinaja; el *zarzo* para la vajilla; las *seretas* para vaciar la cuajada; la piedra de moler con sus “*manos*” y en un rincón la *tumba* para quebrar el maíz ya nacido, propio para la chicha; el pilón con su “*manos*” y *bateas*; el *tabanco* para los granos y los tendidos para la ropa.

Luego, separada, la bodega con su enciclopedia de aperos de uso obligado en el ható. Monturas y albaradas; *jáquimas*, frenos y espuelas; tapasillas, sogas de cuero, pioleras, encebadas, dóciles; tijeras y desgunasadores de cacho fino, para rabo y ombligo; la *caraña*, los tapaojos y descolchadores; los tendidos de *majagua*; el zurrón de cuero, dividido en compartimientos para kangarú, alquitrán, cabima y aceite de coco, para gusaneras y heridas; los serruchos y *mochas* para despuntar el ganado valiente; los herretes en letras, números o figuras para la marca de fuego; los cuchillos afilados para la marca de sangre; la carretilla para hilar la crin escarmenada y limpia y muchos otros objetos que la práctica impone.

Al otro lado, detrás, la caseta que guarda yugo y carreta para transportar la estaquería cortada en menguante, las grapas y el

alambre para “mangas” y portillos. Y muy cerca los postes de corazón, lisos, para amarrar los caballos de silla.

También la hornilla para cocinar el *jabón del país*, cuadrado, oloroso y prieto, de cebo y lejía de cortezo; los portales empedrados; los “palones” acogedores, de húmeda sombra; los gallos de pelea, en trabas, al sol, cuidados; los caballos en cuadra, adelgazándose; la cuadra de yerba del Pará; las matas para la caña picada; los frutales y el camino al cogedero de agua; las palomas y loros cosechando la frutilla de higo y *palomo*; los gallos y cigarras en competencia de cantos; las mujeres y chicos hacendosos en sus quehaceres, y la vida desenvolviéndose en un mundo de paz, sereno y armonioso.

No faltaba en el hato la compañía de los perros adiestrados para la habilísima zorra, para conejear y para detener de nariz o jarrete a las reses cimarronas, mientras el vaquero llega.



El feudo pasó a varias manos. En 1839 se sabía que contaba “con 1.640 cabezas de ganado de capellanía”, más las 3 casas del hato.

Mandadores y vaqueros, gente indisciplinada, supersticiosa y bravía, discurría negligente, sin apremio inmediato exigua y tardía la paga, entre labores temporales rudas —las corraladas y *sacas*— y ocioso tiempo muerto consumido entre bulla y jolgorio.

Castrar terrenos para comer *creadillas* asadas, *iguanear* en rastrojos y arenales; perseguir con perros el conejo pintado en madrigueras y *taponés*; pescar con *cañizo* o *leche de barrabá*; aguaitar venados en los pasaderos o en el salitral; los juegos de sabana o de *pepitas* en Cuaresma, días de guardar, sin tasajo, con pescado salado y *habas pallares*, bellamente pintadas o con porotos boqui-amarillos; beber *vino* de palma fermentado, que juma, o *echar* chistes y puyas durante las tardes tibias o en las noches de luna llena, eran carnaval y diversión preferida de las familias vecinas que se juntaban, de visita. A veces se tomaba ponche batido con molinillo, leche y anís.

Tío Mela fue personaje celebrado a la redonda, en hatos hermanos, algunos distantes: El Roblillo, El Francés, El Macano, El Higo y Cocabaru...

Vivía aquerenciado, como él decía, en Las Ánimas donde tiene lugar esta crónica. Su nombre verdadero era José Malanio Cuestas, pero después de un inesperado regreso, todos le reconocieron con la amable deferencia de Tío Mela.

Muchacho vaquero de un viejo hato de los tiempos de Mosquera, se enroló en la guerra civil al lado de los liberales, más que todo por afán de aventuras y novedades. Desertando algunas veces pero siempre reincorporándose, participó en muchas acciones cruentas de aquella lucha sin cuartel entre hermanos. Buenaventura, Tumaco y el Cauca le eran familiares.

Al fin, inservible para la guerra, quedó abandonado en algún lugar escondido “del Cauca bravío”. Muchos años después, cuando nadie lo recordaba o se le creía muerto viejo, un día apareció como salido debajo de la tierra. Preguntando, indagando aquí y allá, mucho le costó localizar descendientes de parientes cercanos ante quienes tuvo que desmenuzar su genealogía y referir su historia pues después —como ya se ha dicho— no era conocido y menos recordado.

Negro negro no era, sino color de tabaco, oscuro, patojo y de caminar ladeado; cabezón, pelo liso, muy pocos pelos esparcidos en el rostro hinchón abotagado, hacían de bigotes y barbas salteados... La boca sesgada, desolada casi, lograba retener la pipa que siempre quedaba desnivelada y desigual.

Después de fumar largo tiempo, sacudía la pipa en la palma de la mano y de un rápido golpe depositaba la ceniza que la lengua mezclaba, saboreaba con deleite, mientras guardaba en el sucio bolsillo, despreocupado, el aparato caliente aún.

Se le tenía como mueble de poca utilidad pero se le trataba con cariño, pues solía hacerse interesante personaje en la imaginación infantil de las gentes a las que refería, con animación y encanto, historias y aventuras en que había participado.

Narrador consumado, solía hacerse rogar como para poner más alto precio a su faena. Ya al terminar las labores, cuando señales de la tarde anunciaban la vecindad de la noche, no sólo los chicos ansiosos lo rodeaban conminándolo a “echar cuentos”, sino los mayores que pedían el dulce pan de lo fantástico antes del apetecido descanso que el cuerpo apremiaba.

El tema predilecto eran las acciones militares en que había participado en tierras lejanas, pero también hacía incursiones en otros campos.

Apremiado, miraba hacia otra dirección, distraído, encendía la pipa pegando el tizón al tabaco que asomaba en el cuenco, chupaba apresurado dando salida a bocanadas de humo.

—Conocí este hato cuando era de Las Medina... A mediodía salían los tigres a coger ganao.

Los impacientes circunstantes requerían:

—Tío Mela, así no. La historia de los Siete pares de Francia, las Guerras de Carlomagno... o lo que le pasó a su Sacarrial Majestad con Quevedo...

—No... —respondía y el silencio continuaba.

Bostezaba, se estiraba todo, se metía en el patio a orinar, mientras los impacientes miraban, esperando que volviera.

—Las cabrillas a medio cielo... tiempo de socolar y después, pa marzo, a iguaniar... gordas de comer jabales y con el gueverío...

—¿Qué le pasa esta noche, Tío Mela...? —insistían en coro.

—Dicen que es malo contar las estrellas porque si se tropieza con la de uno y la cuenta, se le apaga el resuello... Bueno, uno chiquito y no me pidan más, que hoy tengo mala la cabeza... Taba Tío Conejo descansando en un bajo al pie de un espavé esperando que cayera la *jabilla*. De pronto vido a Tío Tigre encimita y sin poder huir... Así era que quería verlo, díjole... Muy tranquilo, sin moverse, respondióle: toy viendo aquellas vacas en el cerro, pintá, josca y amarilla... y con la carestía... Usté que es de fuerza podría... Póngase usté aquí con los brazos bien abiertos, yo las jondeo y usté las agarra pa los dos... Trato, dijo el Tigre, y abrió los bra-

zos y esperó... El Conejo salió brinca que brinca y como es astuto y de fuerza también, le mandó una piedrota, que vaca no había, que machucó al Tigre dejándolo cojo y muy triste. El Tigre se dijo: el Conejo me la va a pagar... Pasó el tiempo, el Tigre se ponía viejo y ná que se topaba con el Conejo. Iba a las fiestas de los otros animales pensando encontrar al Conejo que tanto le gusta el baile y la chicha... y el tiempo pasa que pasa hasta que un día el Conejo se bañaba en un charco... En un descuidón llegó el Tigre que se lambía los bozos. Esta vez no se me escapa, comenzó diciéndole. Asómese y vea díjole el Conejo... Eso que blanquea allá en el charco es queso con dulce... Se le aguó la boca al Tigre y preguntó: ¿y cómo hizo? Muy fácil, dijo el Conejo: me amarré una piedra en el pescuezo y me tiré... Así conseguí... Amárreme a mí, el Tigre estiró el pescuezo. Entonces el Conejo que era bien sabio, torció un bejuco, le apioló una ñoma y empujó al Tigre, y tomó el portante. Chorriando, vomitando el agua, medio muerto, el Tigre salió cuando el Conejo ya estaba bien lejos... Me la pagará, volvió a pensar el Tigre... y pasan que pasan los tiempales hasta que un día el Conejo sudaba en unos rastrojales sacando unos bejucos... No te escaparás, le dijo el Tigre muy alegre... Si supiera lo que va a pasar no me diría nada... el mundo se va acabar hoy... viene un huracán y el que no está amarrao, adiós... Eso estoy haciendo... El Tigre se quedó pensando mientras el Conejo seguía cortando y bujiando... Entonces el Tigre le dijo: me amarra a mí también... Y el Conejo lo amarró al pie de un guásimo y le dió la vuelta pa asegurarse, se puso al lao del viento y le metió candela... Cuando los bejucos se quemaron pudo soltarse el tigre y too chamuscao, muy triste siguió por el monte esperando vengarse... Y los tiempales caían y el Tigre camina que camina y ná de conejo. Pasando por un monte la mano se le hundía y tocó algo blanditico. El Conejo sabía que era el tigre... Se sopló y retunbando la voz hasta estremecer la tierra dijo: “¿Quién me toca los güevos?” Al oír aquello el Tigre se averó sin hacer bulla, mirando pa atrás esperando ver el turro de fiera... Y pasa que

pasa el tiempo hasta que un día el Tigre vido güellas del Conejo que se metía al yucal de un hombre a robarse las yacas... Aquí anda cerca, se dijo. Se acostó en el camino, las patas pa arriba y los dientes pelaos haciéndose el muerto... Las moscas lo piso-teaban too hasta que se presentó el Conejo... Pasito a poco se fue acercando. ¡Aay!, cómo se ha muerto Tío Tigre, comenzó a decir con voz fuerte... Tan buen amigo que era... Ahora qué dirán Tío Gallote y Tía Noneca... Ta muerto fresquito porque parece vivito... Pobre Tío Tigre, tan bueno que era... Si se suelta un peo es que está bien muerto Tío Tigre... Y entonce el Tigre que no sabía pensar... fffuuuu le soltó un follao y viéndolo el Conejo salió brinca que brinca monte adentro... Dejo otro piaso pa más después... Lo que le pasó al Conejo con el hombre que sembraba yuca... cuando se hizo llamar el Forasquil del Monte pa engañar a Tío Lagarto... cuando Tía Zorra contaba a los amigos lo que le pasó a Tío Armao y el Conejo pasó y dijo: óiganla, oiga usté a Tía Zorra y con ese culito que tiene... y juntó la punta de los dedos... Mesmamente que si el chico de peso y tamaño usa cabeza y malicia, le puede al de juerza y medio tontón... y se lo llevó el viento... Ná más...

—Cabe ser... —dijo uno.

—Cera y pabilo... —otro.

—Fuerza de cosas, vea... —sentenció.

Otra noche el viento soplaba y las estrellas encendieron luces.

—Conocí a un dueño de hato, Ño Nolberto, muy rico en plata y ganao... Potreros, cercas de piedra de cajón, dobles, pero tacaño y miserable el hijueputa... Ni comía... una cuarta de carne de cuatro riales le duraba medio mes... Zapatos no conocieron esas patas. Vestía como limosnero y cuando vendía *sacas* de novillo pa Bocas y por tierra, sacaba cuentas con granos de maíz... y nunca le faltó nada... Taba cojo, descoyontao de la cadera, tumbao de toro... Mujer, que es el gusto del hombre, creo que no conoció ese cuerpo... Tenía una mulita mansitica y la gente le acumulaba... Bueno, asunto del... Dormía en el plan de una canoa vieja, montá sobre tucos, y de aseríco tenía piedra de río, forrá con

trapos viejos... Escondía plata en distintos guecos: al pie de los cepos de un corral, en un rastrojil oscuro, en un palo grande con gueco en la pata, tapá con hojarascal; enterrá en tierra misma tenía otra poca y echaba también en la tembladera de la Tolloza... Unos del lugar le aguaitaron y le robaron gurbia de un sitio... Trepaos en palos siguieron aguiatando a ver dónde se metía, para ná... “Guarrro, los puñeteros se robaron unos centavos... la que es plata de verdá la cogerán cuando retoñe... Jua, jua, jua”... se reía el puta.

Tío Mela encendía la pipa, chupaba ansioso el carrizo y bocanadas de humo salían de las comisuras en movimiento, en forma de aletas. Salivazos redondos se estrellaban contra el suelo y cogía de nuevo el relato, siempre chupando la *gargajosa*, como llamaba a la pipa.

—Y una hermana era pior. Con plata también y dueña e ganao... y vendía... Pa cuaresma la sacaba a asoliar en curaos, mojosa. Pura morrocota y peso colombiano... Cuidaba ella misma, como cuidan cuerao de arroz... “No siáis trujano, muchacho”, contestaba si alguno pasaba y le decía: “Ña Carmelina pa semilla me mierca unos granitos”. De Ño Nolberto decían que no comía pa no dar del cuerpo... un pichicate completo... y a la madre también la sacaban a asoliar, de vieja... pasaba de los cien... Como tacaño y miserable, igual que don Refugio Calzamina, ricacho al que serví en el Cuca, que le dolía la plata... Metía la mano en el bolsillo y dejaba caer la plata... rial a rial me pagaba... le dolía...

—Y Ño Nolberto...?

—Lo mató el piojillo...

—¿Y Ña Carmelina...?

—De basca sería... ni comía... Miserableza...!

Cambiaba de tema con facilidad en medio del desorden con que trataba los asuntos.

—Y pa los que están ya grandes, con voz de puerco, les doy el secreto: pa rabiarse mujer no hay como gueso e capacho...

—¿Cómo...? Diga, Tío Mela... vuelva a decir... —apurados.

—El que quiera amontonar mujer, pal vierne santo, sin hablar con gente, mata el pájaro y lo entierra... Pone seña... A los 15 días se saca y se lava el gueserío en la quebrá y se le hace punta a toos... Después se coge yegua alborotá y se puya, uno a uno... Cuando el alimal añungla las orejas, rabea, tira patás y se pee,.ai... tañése es...

—¿Y después...?

—Pá que preguntai loqueras... Después... a recostar el pecho ¿qué más? Y en la guerra no necesitaba queso nó más que el otro... ¡Cómo le caía a las mujeres!; Jesúuuuju...!

—¡Tío Mela es que sabe cosas...! —exclamaban.

Nuevo silencio.

—Pasó la floración... Ta too cuajao... Satra y jabilla a too caer. La *tuerce cabello* y el *tebujo* tan ya de coger, redondos... Mielaza... paisana y conejo, pura manteca... y el peje bajando con el agua que merma... Si yo sirviera, ya vieran... ahora nó más que ver el cañizo, pa coger con la mano lo que no puede juir. A esta situación no debe llegar el cristianismo... De viejo sólo pal gancho de Judas... patentación...

Silencio expectante. La nube de humo lo envuelve.

—Ya las cabañuelas no pintaron buen tiempo pal año... Marea honda... afíjense en los ojos del micho... ¡Cómo tiraba jonda corriendo pájaro en... Estí... Pulso...! Ahora ni Pedro Animal con su saber, que es mucho, me compone... Pa ná sirvo... El pajarerío... y ese alacrán negro ya mata... los siete anillos del rabo... siete cabrillas... siete clavos... y las siete jodas de Egipto... —distráido.

Bartolo, lejano pariente, zalamero y malicioso, se anuncia. Como mentiroso, exagerado y tallerero se le tenía.

—Una vez rumbiaba en Los Nísperos, lugar de tigre... Llegué a la primita, paso pa Casita e Piedra, a ver al hombre de Pinola... Hacía venir gente con sólo clavarse a pensar... piensa que piensa y cuando acordaba aí taba el cristiano... Hasta decían que era marisón... Me quedé a pasar la noche... me dije, voy a tomar leche de mañanítica, antes de coger camino... y lejo que era... Llevaba el cantante, calientico lo tenía debajo de la cabecera... Promediaban

las nueve; ná más oí gggguueeeé; lo quebró, me dije... y así, pa unos naranjos onde lo había amarrao, le mandé la pepita al bulto. Se me vino encima el gato en la agonía de la muerte, me jondió un viajazo, le saqué el cuerpo, y se llevó una astilla del horcón en las uñas, como a tres varas de así... en la mitá del pecho se la puse... Cuando amaneció, aí taba el muerto asomao...

—¿Se acabó...?

Cambiaron miradas y sonrisas de entendimiento; pusieron los sombreros boca abajo, de común acuerdo, a una señal.

—No me la tape... no me la tape... Positivo es... —insistía.

—¡Tiene fábrica... Cómo las acomoda...! —Jerónimo Cubilla.

—¡Y pulso... Tino de hombre, vea...! —otro.

—La legítima era... —volvía Bartolo.

•••••

Tío Mela camina bajo los árboles, mirando hacia arriba, a las ramas más altas.

—Busca *tebujo*...? —el chico.

—Avispero, conguito hay aquí, vea... —otro.

—Cuidado que lo pica... —el primero.

—Voj no sabeí na puej... —Tío Mela.

Desabotona la camisa, pasa la mano derecha extendida bajo la axila y con paso medido y seguro se acerca al matojo. El brazo se introduce entre las ramas y hace pases alrededor de la frágil casilla, con avispas que caminan en las combas y otras que vuelan en el contorno... Seguro, desprende la rama, se aparta y lentamente separa las capas con las celdillas que esconden la miel blanca y azucarada.

—Mucho sobaco enberracao, Tío Mela... —uno de los acompañantes.

—Brujería que es... —el otro.

•••••

El amo pasaba temporadas en el hato, la familia en el pueblo, los hijos en la escuela. Sólo, en la casa de adentro, se hacía servir de la familia del mandador, señora e hijas.

El café negro, caliente, tempranito, a bordo de cama; el platico de cuajada con miel, los panecitos asados en hoja de higo, el bollo de cuajá envuelto; el pinol humeante y los alfajores con jengibre, en tiempos de llovedera; el arroz con leche, el queso cortado con cuajo, el bienmesabe; la tisana de sauco, orozú y yerbabuena para la frialdad y las toses, todo, igual que *levantar* la cama, correspondía a ellas o a la comadre Hermelinda...

—Te tengo señalada una novilla sarda, rayando ubre... —el primer anuncio de que se había *fijado* en la niña. Ella miraba al suelo, hacía rayas en el piso con los dedos desnudos. Temblorosa, aterrada, al principio, dejaba caer los trastos y se perdía en la cocina, toda asustada.

El asedio seguía, mudo, sin protestas.

—Este dedal, esta agujeta y el anjeo para que aprendas hacer tu nombre en colores... a marcar... y la novilla sarda, rayando ubre para que comiences tu ramito de ganao... —cuando regresó del pueblo. Y se apoderó de la mano, temblorosa y fría.

A veces en el hato no había muchachas pero había que conseguir las para *atender* al señor.

Como se presentaban situaciones diferentes y con frecuencia solía ser médico y padrote, voz grave y barba flotante, variaba de estrategia.

—Bajita de sangre, hija.... Clorótica misma... Calenturas? *Canchalagua*, fierro Girard, cápsulas de Morroull y después vino dulcito, de palma sangrá, pero con baño temprano, si no se brota... Anemia, o a lo mejor mal impuesto... o los amores, tal vez...

Se levantaba ceremonioso y calmado.

—Enséñeme... —arisca, recula... Pero acercándose paternal, el pulgar plegaba el párpado inferior donde hacia la primera pesquisa clínica, y ratificaba, solemne: Bajítica... vicio tienes... sal... ceniza... trapo será.. Te voy a curar...

—El agua, posible... —ella.

—Todos los días tempranito...

Los vaqueros que conocían, reían con malicia.

—¡Botánica...! —las carcajadas.

Los runrunes seguían, y de pronto, el comentario audaz, atrevido.

—Mirar juyitivo... amarilla...nalgas esplayás... pechos caídos, golpiando... ná de *puerco muerto*... y con basca a cá rato... Delgaditica que era... —comentarios.

—¡Botánica...! —otro

—¡Cogía en el más...!

—¡Cutacha! —cada uno hacía su apreciación.

Y algunos que debían ser hermanos solamente, también eran hermanos-primos; en la familia las que debían ser hermanas solamente eran, a la vez, hermanas cuñadas.

El zoco Ricaurte, pendenciero y mal hablado, intervenía con alguna historia que decía guardar en el rico haber de su experiencia.

—Taba yo en Antón pa esa época una mañanítica se me acerca el mayoral y nos juimos conversando... Lo noté emjabao, como que algo no le funcionaba. Se paró y me dijo:

—“Mi culito... Prieto, como caimito mauro soy ella... y un día la mujer me parió un hijo blanco, sin ser blanca ella... perro da perro... gallo no da pato... el palo tiene que parecerse a la semilla... negro no da blanco... una sucia, mi culito...

—Mi culito... Prieto, como caimito mauro soy... y Lino:

Procura ser querido

pero de mujer casada

por si sale preñada

la suerte es del marido...

—Me la zurra, mi culito... buena su ayuda... —me dijo”.

—Me puse serio y le dije: vainas sosisten en el cristiano que no entiende... pero hay... Mujer empreñá si ve gato, cara e gato le sale... Mujer empreñá juye de los feos.— Mujer empreñá mata

picao o culebra... Pa qué verlo a usté, mi culito... ¡Montaña! De tanto ver el amo jué y no se aflija, que a lo mejor es su suerte... mi culito

—“Uuuujjjúuuu—resignado”.

—Y ahora me digo: Botánica jué... de casualidad, a lo mejor uno mismo y como cantando muy libre y jumiando, escondió...

•••••

Como desquite inconsciente, sin intención de revancha, natural, el mozo encargado de enseñar a *montar* a la niña, más tarde confesaría, jactancioso y ufano:

—Me la puse en peco...

•••••

Del injerto de amo y sirviente, del cruce, saldría el elemento coadyuvante y eficaz que desencadenaría el hundimiento final...

Hijos de hogar, de ley, e hijos del ható no coincidirían. Éstos, levantados en el trabajo duro y riesgoso, no reconocerían legitimidad ni primogenituras... Insurgencia, pleitos largos y ruinosos despedazarían el feudo.

Vientos nuevos sacudirían de raíz la estructura colonial de la cual el ható era estampa veraz... Nacían los nuevos derechos.

Aparece un místico

“Cuando la ley y la vida están en contra posición, que sucumba la ley y palpite la vida”.

Se habituó a hablar en voz alta, casi gritando, desde que trabajó, aún muy joven, desconocido todavía, primero como capataz en una hacienda de café de un país centroamericano donde pronto se dio a conocer. Apreciadas sus habilidades y de cuánto era capaz, fue ascendido a jefe de contabilidad de una gran empresa, con la responsabilidad de numeroso personal subalterno.

En posesión de su nuevo cargo, ya nadie se atrevió a gritarle al mote de “extranjero derrotado” que antes oía indiferente y que era una débil forma de responder a sus frecuentes brutalidades.

Los métodos siempre rígidos y a veces crueles que empleaba para extraer el mayor rendimiento de los trabajadores mediante jornadas extenuantes y sin tregua, todo en beneficio directo de la empresa que lo tuviera a su servicio, le valieron el aprecio y la confianza de gerentes, accionistas y hombres de empresa que tuvieron su palabra en categoría de norma. “Si el señor Palmer lo dice”, así es. O bien: “Lo que diga el señor Palmer”.

En consecuencia, su celo por los intereses de aquéllos a quienes representaba le fue recompensado con sueldos crecidos, vacaciones suntuosas y posiciones destacadas, ascendentes.

Cabalgando sobre largos y apresurados pasos, solía llegar a las oficinas con bastante anticipación a la hora de iniciar labores. Con los pulgares apuntando hacia afuera, metidos en la pegadura de los tirantes y la pretina, se colocaba en posición de observar

cuanto acontecía en el contorno, particularmente la llegada de empleados y obreros. Todo este desvelo era gratuito, sin obligación, pero calculado, para mérito posterior.

—Y esa es su hora de trabajar? Responda, que con usted hablo... —fija la mirada iracunda sobre la víctima, bramaba su voz metálica, en buen español, cayendo sobre los tímidos empleados retrasados que inútilmente trataban de escurrir el bulto, perseguidos por el vehemente fiscal de la Compañía.

En estas circunstancias se sabía, por vieja experiencia, que en el pago siguiente el descuento sería ejecutado con infalible precisión y rigor.

“Míster Descuento”, le habían apodado las víctimas, y repetían el mote achicando la voz siempre que pasaba mirando alto, de frente, frío, medido e inhumano, sin soplo de cordialidad. Fuera de empresarios, gerentes y accionistas con quienes intimaba, jamás ganó un gesto de simpatía, pues donde intervenía hasta con sus ademanes dejaba huellas de resentimiento, de innecesaria dureza, manchas de dolor, siempre lastimaduras y exigencias sobre pobres y pequeños.

Abandonó la población como resultado de un serio percance en que puso la vida en peligro bien conseguido, conquistado. Una tarde, sigiloso y con quedo paso gatuno, desliza su corpulencia contra el muro del secadero grande e intenta sorprender a obreros dedicados a transportar el grano a la instalación del beneficio, quienes después de cada recorrido, agotados por el esfuerzo realizado, hacían un alto en la faena agobiadora para secar con la manga sucia el sudor que mojaba el rostro, instante que les servía también de leve descanso, de respiro breve.

—¡Ehy... Ehy...! Ladrones... holgazanes... Robando siempre el tiempo que pagamos por su sucio trabajo. Todo he de descontarlo, hasta el último minuto, en el otro pago. Merece el desprecio esta cochina gente que afrenta a la raza... Linaje de granujas...

Los hombres se miraron aterrados no atinando a reanudar la faena, confusos, abatidos, interpelados de manera inesperada.

—A ustedes, piedras, animales, les hablo. Todavía seguir perdiendo tiempo que pagamos en oro. —Más tiempo... y caminé hacia el grupo, amenazador, crujiente de ira, el rostro encendido en rojo apoplético.

Los hombres se miraron de nuevo en consulta inconsciente, confrontados a una situación para ellos inexplicable por la elemental necesidad de tomar un instante casi inmedible de descanso, ya que hasta las bestias disfrutaban de esa mínima consideración, de ese pequeño derecho de todo ser viviente, que la misma tierra se toma al negar su fertilidad.

—Míster Descuento... Perdón... perdón... míster, que no era mi intencion... míster Palmer, que es su nombre... perdón... —balbució, nervioso, confundido, en lamentable intento de explicación, temblorosa la voz, débiles las manos.

—¡Perro atrevido! Tómalas, para que respetes. Confianzudo... —y la bofetada estalló vigorosa macando surcos rojizos en el rostro enjuto, pegajoso y salino. Después, palidez intensa, saliva sanguinolenta, palabras contusas.

Los instantes pasan como siglos... negras eternidades.

—Hijuepuerca... Ya estamos cansados de vosss, por Judas. Esta tierra es de nosotros —uno, repuesto de la sorpresa.

—Ideay... extranjero cabrón... Esperá, ya verás... —el agredido se abalanza puñal en mano, encendido de odio, resuelto a devolver la agresión con mayor eficacia.

—¡Escandón! ¡Escandón! ¡Corra!... Métase... Me asesinan... Corra... apresúrese... —la voz trémula clamaba mientras la mole blanca retrocedía apresurada hacía la salida, los ojos bien abiertos del espanto inesperado.

Algunos hombres del grupo volvieron a recoger sus aperos de trabajo, dispuestos a reiniciar la labor.

—¡Apúrese y llame inmediatamente a la guardia— ya imponía, a tiempo en que el interpelado se colaba, conciliador y oportuno, frente al atacante.

—A este hijuepuerca hay que virarlo... curarlo de jodedera o

que se largue pronto a la pila de los infiernos... —amenazaba en voz alta.

Días después, al regresar a prima noche procedente de la ciudad, un misterioso disparo de escopeta que no acertó en el blanco, fue la sumaria advertencia definitiva, capaz de contener los desmanes y tropelías de quien había impuesto el abuso como ley de aplicación rutinaria.

De nada habían servido quejas y reclamos elevados de la gerencia, por empleados y obreros. La empresa se limitaba a débiles recomendaciones: cordura, comprensión, etc., que en la práctica significaban “dejar las cosas en el mismo sitio”.

Frente a la silla de trabajo y al fácil alcance de su mirada azul, sus manos largas habían colocado dos retratos, fijos a la pared, enfrentados como dioses tutelares, unidos en las secretas intenciones del contable. Uno de mirada cínica y bigotes fuertes. Otro, afeitado, amplia frente y mirada aguda, insistente.

Siempre que visitaban accionistas y gerentes de filiales o le correspondía por recomendación expresa, de arriba, atender visitantes de importancia, solía hacerse comunicativo, hasta cordial. Su rostro de madera cepillada, sin barnizar, se soltaba para adquirir apariencia humana.

—Estos pueblos no se dejan civilizar... Nunca están conformes. Otro sería el signo de Centro América sin ese crimen indígena, el estúpido asesinato de este hombre. ¿Para qué decir su nombre? Fue el verdadero precursor de nuestra lógica expansión hacia estas comarcas; el visionario de nuestra actual grandeza; lo tenemos injustamente olvidado, por un falso sentimiento de decoro o por una débil consideración de falsa política... Otros menos que él tienen estatuas, el nombre de muchos se recuerda en plazas y avenidas en todas partes del mundo, pero para él nada, nada... Un verdadero crimen indígena... ¡Asesinos cabales! Torpes criminales lo mataron en día de mengua para todos estos pueblos... Ahí tenemos el ejemplo del país vecino. Todo en orden... Progreso de buena ley. Made in U.S.A. Si este otro gran hombre

no actúa —señala al de los bigotes— estaría todavía como éstos: guerras civiles, robos, barbarie completa. Tenemos que cumplir nuestra manifiesta misión rectora, dirigente, que la mano de Dios nos ha escrito... Hay que curar a estos pueblos de su salvajismo español indígena: la ineptitud y la anarquía y la pereza. El respeto a la propiedad, al trabajo. —Enseñarles a lavarse: es lo que más necesitan, como comida y quinina— la lengua se soltaba en un tardío filosofar melancólico.

•••••

Bien equipado de dólares, seguido de una opulenta biografía de extorsionador; provisto de excelente hoja de servicio como agente ejecutivo de grandes empresas extractivas, las COMPANYS; capitán de injusticia y crueldad; alma inhospitalaria y reseca para el bien, a principios de 1912 llegó a estas tierras inocentes, cándidas, aún en la virginidad de los tiempos. Vivíamos un poco salvajemente o con la inocencia de la niña boba que no conoce las argucias de los hombres.

Roído por una ambición tenaz: ser gran propietario, cuyo ejercicio había iniciado como comandante de ajenos intereses, apetecía emprender resonantes conquistas, realizar grandes empresas, famosas hazañas, para su provecho, para que perdurara su nombre.

La riqueza se había pues convertido en su ideal supremo, en su meta final.

Instalado provisionalmente en una capital provinciana, anunció: “Compro tierras, bastantes para una gran empresa; pago de contado, se entiende”. Y amarilleaba su sonrisa metálica, forzada, que intentaba ser agradable.

La ingenua fantasía rural echaba a correr rumores e historietas que crecían, que no se detendrían, pero que el tiempo, con la elocuencia de los hechos, se encargaría de destruir, de echar al suelo.

—Rico, riquísimo en su país. Pero los impuestos lo comen

todo. Quiere invertir aquí. Regar dinero. Gran beneficio. Trabajo. Dinero, dinero que tanto falta. Hay que darle oportunidad, facilitarle lo que pida... —afirmaban algunos para referirse al recién llegado.

•••••

—Los Manrique tienen tierras indicadas para sus propósitos. La materia prima está reunida, como usted la quiere. Tierra en grande... Montañas, sabanas, madera, ríos, esteros y albinas. Las casas del hato, potreros, eso sí, arruinados; ganado con comején en el cacho, con matapalo también, a miles de cabezas, y yeguas, muchas cimarronas de no ver gente... También cuidadores y vaqueros. Un distrito completo, enterito... —le informó un viejo gamonal empobrecido, que siempre soñaba con los tiempos de “las vacas gordas”.

Vencidos los meses de espera, sumido en la lamentable inactividad de la vida formal y gris de Pensión que lo arrastró al borde mismo de la desesperación, Míster Palmer, tan consagrado y tan activo, adquiere, por compra de los sucesores de Manrique, el antiguo hato que 207 años antes fundara el viejo capitán de milicias reales españolas.

En el documento de venta previsoramente asientan: “que venden todos los derechos que nos corresponden en los terrenos denominados Las Ánimas, alinderados así: norte, cordillera de Los Andes; sur, el mar; este, río Pito; oeste, río Mulato, oeste la cordillera hasta la confluencia con río Saldaña y el mismo, desde esta confluencia hasta el mar”.

Extensión calculada, 46 mil hectáreas; precio de venta 60 mil pesos.

•••••

Desoyendo consejos de los nuevos amigos, prefirió viajar en lancha costera, solo, sufrir molestias y trastornos del mal tiempo y las mareas, en lugar de hacerlo como otros, en varias jorna-

das descansadas y a lomo de bestia, acompañados, como la generalidad prefería. Para él la embarcación tenía el atractivo de la soledad adecuada para los pensamientos íntimos, y el mar que tantas cosas sugiere al hombre. El viaje marítimo le entregaba la sensación de sentirse prominente, o tal vez algo más importante: conquistador de tierras vírgenes. De nuevo los recuerdos del pasado lo perturban, visitándolo, y también estimulado frente al proyecto que acaricia, la gran empresa que adquiriría formas claras, delineadas en la fértil imaginación.

El mar con su lámina rutilante herida por el sol, la superficie quebrada por las ondas que se encrespan y corren, en permanente juego, hacia la playa. Las manchas azules distantes del archipiélago que espera mar afuera; las costas con sus esteros que semejan abiertas arterias, todo eso lo abarca con alucinante visión futurista, lo estremece la fiebre de grandeza, de poderío... Volvía así a ocuparse de cosas grandes: su empresa, hija del Canal, para el Canal que ya termina.

—Todo lo que veo puede ser mío... —en alta voz, consigo, mientras los marineros se volvían, asombrados.

También pensó en el arribo al puerto colmado de curiosos que bajarían al borde del desembarcadero, como el encuentro de un adalid. Bajaría solo, único, sin mirar a nadie, sin compartir el goce de sentirse admirado, inscrito en la imaginación de los circunstantes, tema de comentarios y especulaciones, con el homenaje inédito de aquellas gentes. Y volvió a pensar, a recordar sus sombras tutelares, sus retratos centroamericanos: “mirada cínica y bigotes fuertes... afeitado, amplia frente y mirada aguda, insistente”.

—“El nuevo propietario del hato... Míster... Rico debe ser; cara de eso tiene... pensaría la gente”... —él pensó.

•••••

Hace poco tiempo recibió toda su compra. Gastó varios días en recorrer a caballo los linderos cordilleranos dejando para más

tarde los límites con el mar. Quería ver todo, los lugares más importantes primero; las fronteras, los límites. El ganado fue reunido trabajosamente en los corrales diseminados, como los sitios de rodeo. Con la yeguada apenas comenzó porque muchas manadas desaparecían a toda carrera en presencia de gente. Numerosos caballos viejos pudo ver sin castrar, sin domar —salvajes— y sin prestar servicio al hato. Por eso tantas crías inservibles, pensó, la misma visión que le dieron cuidadores y vaqueros... Castrar todo se imponía. Pero ya todo se arreglaría con la nueva administración.

Ahora, desde el atalaya del balcón de la casa principal, batida por el sureste, perdido en las sombras que cuelga la noche en las orillas de la selva, solo, alejado de la esposa que espera su llamado, míster Palmer medita en el futuro.

JUAN BELLACO, estrella polar de los viajeros extraviados que se arriesgan montaña adentro, permanece en el este con su mole negra imperturbable, adusto y señero, soportando la tajadura de los rayos, el suplicio de los huracanes y las confidencias de las nubes.

El viento azota con furia la arboleda desgarrada mientras crece el rumor del mar que se estrella inútilmente contra morros y acantilados y riega la blancura de sus espumas deshechas.

Ha detenido los pasos calmosos que extendía a lo largo del pasillo circudante, lleva la mano a la barba, medita y proclama en voz alta: “Dueño de 46 mil hectáreas, con la posibilidad cierta de duplicarlas, gran riqueza dentro de los límites actuales y la construcción del Canal que se acerca a su fin triunfal. Dos océanos inquietos, listos a juntar sus aguas distanciadas desde principios del mundo por el espinazo del Istmo que mi gente ha quebrado, dominándolo todo, todo, proclamarán mañana la prueba irrefutable de la energía de mi raza comisionada por el destino para mandar el mundo. El mundo, todo. Los franceses, latinos de flaco ánimo y sin dinero, perecieron en un pobre proyecto. Yo seré el cónsul... No, el ministro de la grandeza de mi país... Mañana, cuan-

do mi empresa florezca, diré también: “en mi tierra no se pone el sol”. Esto, en pequeño, será otro Canal. El oro, el ganado, la madera, los productos todos y los hombres, todo será hijo del Canal... Porque al hombre hay que cambiarlo; quitar de aquí gente escuálida y sin valor, como sus bestias, sus ganados... Hay que implantarlo todo nuevo. Colonos vendrán... Los depósitos bancarios crecerán... Títulos en la bolsa. ¡Nueva York...! Viajaré por el mundo entero, representante de mi país y de mi raza...”

Marejadas de fantasías ambiciosas y ardientes se mezclan, lo agitan hasta el extremo. Largo tuvo que luchar para conciliar el sueño. Sin embargo, desde que amanece está en pie, paseándose majestuosamente a lo largo del balcón donde las pisadas se alargan en acompasado resonar.

•••••

Diariamente, al levantarse, no cesa de observar en dirección de las chozas diseminadas, que reconoció cuando recibió la compra. Lo preocupa la situación porque no quiere a nadie dentro de sus linderos. Bien claro: a nadie... Es más: secretamente ya espera estirar los límites de lo que había adquirido; las tierras de primera que vio durante la entrega, que fácilmente podrían ser suyas, colindantes, que no era lógico que quedaran fuera, expuestas a otro derecho. ¿Quién con más justicia que él? ¿Cuántas nuevas tierras obtuvieron los otros para su Canal? ¿Acaso no pedían más siempre, por cualquier motivo, “nuevas necesidades de la obra”?

—“Son indios que nunca quisimos molestar porque no dañan, no perjudican pues ni el monte tocan. Siembran guineo cholo y maíz colorado, en poquito... Pescan, montean y cogen iguanas... De eso viven. Son como los pájaros que pasan sin sentirse” —el que entregaba hacía la explicación.

El viento seguía deshilachando el llano. Míster Palmer monologaba:

—“No; no lo permitiré, el sentimentalismo no debe dominarme: no debo ceder... No permitiré a nadie en mi propiedad... Les

notificaré que se vayan y será hoy mismo.

Pero un revés espera al propietario de regreso de su viaje temprano. Estudiaba sobre el terreno los proyectos para transformar el Hato en una gran empresa moderna, digna hija del Canal. Ha pensado sustituir poco a poco el ganado criollo, cachón, pequeño y arisco, con ganado fino extranjero; la yeguas cimarronas con otras mansas, de raza, buena cría, aptas para pistas; hacer nuevas *mangas* de potrero importando nuevos pastos de Jamaica o Bermudas; nuevos corrales, mejor ubicados. Ya piensa organizar el cabal aprovechamiento de las riquezas madereras — caobas gigantes, cedros y muchos otros — escondidas en los extensos bosques del latifundio. También en utilizar los excelentes ríos que circulan ociosos en la extensa región: ellos — los ríos — deben producir, hay que ponerlos a trabajar, darles ocupación. Pero lo impostergable es cambiar al personal de servicio — que heredó al comprar —, vaqueros y peones de vida parasitaria y holgazana, sin sistema, sin asomo de orden. Tal vez vengan colonos extranjeros, preferiblemente de su propio país...

Nada escapa al escrutinio minucioso. Todo hay que cambiarlo, renovarlo en función del Canal y de sus grandes sueños.

•••••

Iracundo, rojo, próximo a estallar, fuera de sí, míster Palmer se ha tirado sin siquiera utilizar los estribos. Durante el recorrido de la mañana vio las picas y posteaduras, indicios de una próxima ocupación de las tierras que más le interesaban, que tenía en mente incluir en su título español. Proyectaba de hecho incorporarlas a su reciente compra. Ya le habían informado que en otros lados, próximos a sus linderos, otros se metían en tierras de medianía, pero fuera. Dupí, El Burro, Guayabal y La Tigra, han sido ocupadas. Aunque no desea vecinos, le interesan menos tales tierras, a pesar de su buena calidad.



—“El Registro se niega a reconocer el título de Las Ánimas. No ha surtido efecto la apelación interpuesta”... —su agente le informaba en el correo que encontró al regreso.

Los dos golpes seguidos rompen su dominio, su seguridad.

—Título español, legítimo... De la Corona. Abuso; se ha visto mayor estupidez... Me obligan a pelear con todas las armas... Tal vez recurra a la Embajada, a mi gobierno... —arroja con violencia los papeles que vuelan en desorden sobre el piso.

¡1914...! La gran obra ha terminado. Suez tiene su hermano. Las rutas se acortan. Todos los caminos del mundo. Los hombres y sus ideas se aproximan. Contrastan la riqueza ofensiva y la miseria desnuda.

Las distancias se acortan pero los males se alargan, se profundizan.

Por el momento abandona los trabajos comenzados, ya emprendidos con ánimo triunfador: las nuevas *mangas* para el ganado fino que desalojarían al miserable ganado criollo que —afirmaba míster Palmer— se parecía a los vaqueros y peones que encontró en el hato. Urge salir: pelear en los despachos cara a cara con funcionarios renuentes a reconocer la corrección de sus derechos... Hacerlo perder tiempo cuando la gran empresa espera, los sueños de potentado que reclaman todas sus horas, absolutamente todas. Y vuelve a recordar que los franceses, latinos, no terminaron la gran obra.

Ahora definitivamente ha decidido no aceptar vecinos. Peleará contra todos, en todos los frentes, por todas las tierras, incluidas o medianeras, ya se trate de Dupí, el Burro, la Tigra o cualquier otro límite... Todos fuera de ahí, de su gran empresa en ciernes.

—¡Squatters, squatters...! ¡Perturbadores... Intrusos...! —termina golpeando fuerte, a puño cerrado.

Se sofoca, se asfixia, próxima la crisis... Necesita aire, aire.

—Vuelva donde éstos y notifíqueles de nuevo: que se vayan. Y si no se deciden, dele fuego a los ranchos por orden mía... Exten-

dido el brazo señalaba a las diseminadas chozas indígenas, apenas repuesto del colapso.

Clavado en el suelo, el peón mira indeciso. Tal vez no comprendió bien la orden recibida; o su juicio está mal como consecuencia de las recientes fiebres que apenas se le han cortado... Vacila incrédulo.

—Mis órdenes se cumplen como las doy... Como ha oído: quemame los ranchos de éstos... Mando yo. Vengo a a poner orden aquí; que se larguen de mis tierras... —la voz mandante del hombre indignado lo sacó de dudas.

—No, señor, éstos son de aquí... No puedo hacer lo que manda. No hacen mal, inocentes... Mejor nos vamos todos, del todo... —se atrevió, tras larga pausa, los ojos hacia el suelo.

—Debió ser antes... No sé cómo no lo comprendí antes. Todos son conspiradores; han podido asesinarme. Seguramente que lo pensaron, sólo que por haraganería no me han matado... Denunciarlos: ¡criminales, todos criminales! Raza de perros, de los peores perros. Aliados de los intrusos para estar contra mía. Espías... larga... larga... larga...

•••••

Eran tiempos diferentes; mejores tiempos, sin duda.

Arriba aún había pulcritud: la ley podía cumplirse sin presiones superiores, sin otra preocupación que una posible interpretación errónea, un artículo que se prestara a duda, un principio ya superado o un recurso insuficientemente razonado. La influencia del crimen mayor no había penetrado todos los planos.

Míster Palmer ha sido sancionado algunas ocasiones por irrespeto. En una oportunidad soportó 72 horas de cárcel incommutable, penado por desacato. De estas encrucijadas salió con acrecentado encono contra hombres e instituciones, y con la renovada convicción de haber errado al dejar Centro América.



Paralizadas las obras de explotación y cría destinadas a culminar en la gran empresa trazada que lo colocaría en la jerarquía de los potentados; tras 7 años de dilatados y ruinosos litigios judiciales y de apelaciones diplomáticas; de incontables inspecciones oculares que consumieron kilos de papel sellado escrito; cansado del constante ir y volver de fatigosos viajes que posponían más y más los planes de ambiciosa grandeza; concedidas oficialmente varias adjudicaciones en tierra de los linderos de su hato; sin comprobar la existencia auténtica, nítida, del alegado título español ni el fundamento diáfano de sus acciones y recursos; la ganadería considerablemente mermada por la sangría de las frecuentes *sacas* que míster Pizza trocaba en montones de dólares consumidos por agentes y representantes tomados a su servicio y reemplazados con presteza, tachados por Míster Palmer de prevaricadores, apenas perdían una acción o una instancia; abrumado por las frecuentes denuncias de cruel, inhumano y arbitrario que recibían las autoridades y que ya los periódicos se atrevían a insertar; desanimado, consciente del peligro de los interminables pleitos que tendría que afrontar en la aventura de comprobar supuestos derechos incuestionables; sin el vigor de los años mozos, después de pensarlo mucho, Míster Palmer piensa renunciar su vieja aspiración de ser propietario famoso de dilatadas tierras, dueño inequívoco del hato y resuelve celebrar contrato opcional de venta con paisano de su confianza: míster Wright.

Primera: 136.000 de contado.

Segunda: 224.000 a 6 años de plazo.

Tercera: 320.000 a 8 años de plazo.

Ya no se cuenta en pesos como cuando sacó los 60.000 centroamericanos para comprar el hato: ahora son dólares.

Cinco años tiene ya la gran obra de perjudicar *PRO MUNDI BENEFICIO*.

Pesarosamente Míster Palmer vuelve a recordar sus mejores tiempos centroamericanos.

Consulta a prominentes hombres de leyes de su país, quienes le responden: “Los títulos no son valederos”; míster Wright renuncia las opciones y Míster Palmer reinicia, con renovado y juvenil vigor, su batalla contra la justicia y también contra la ley.

—Tengo que aplastar a esas cucarachas... A todas, oígate bien, ¡a todas! Unos pícaros... —aseguraba, apretando dientes y puños.

Ingenieros, agrimensores, peritos, secretarios, abogados y declarantes, a todos moviliza Míster Palmer que planeó con rigor matemático la nueva estrategia judicial, dispuesto a pelear con todas las armas y a vencer sobre todas las cosas, sobre todos...

El nuevo itinerario de la batalla recoge su pensamiento:

1.—Reconocimiento de la validez del título español.

2.—Expulsión de intrusos y perturbadores.

3.—Ayuda diplomática y militar de su país, para lo cual había establecido los necesarios contactos.

4.—Crear la gran empresa de sus ambiciones, hija legítima de la gran obra que terminó en 1914.

Cuando piensa serenamente, sin encono, en la lucha que debe afrontar, reconoce que erró de cálculo; debió quedarse en Centro América; no debió comprar derechos a particulares sino, como hizo Míster Cooper, que con mejor talento y sin problemas posteriores construyó desde la base la gran hacienda moderna, hacienda no hato colonial, la mejor de la región. Pero ya es tarde y su perspectiva no es otra que la lucha sin descanso.

•••••

¡Extraño negocio! Comprar muertos... Treinta y ocho mil por Landon... Veinte mil por Smith, más barato... ¡Pero muertos caros!

Y siempre se tasaba en dólares, pagados de contado... Ya no se habla de pesos... No cuentan los pesos...

•••••

El bajareque ha golpeado con intensidad toda la zona. La gran

cañada del valle, la cordillera del fondo, las del contorno azulean como nunca, lavadas por la lluvia y sacudidas por el filo cortante del viento frío. El desfile de nubes hacia abajo ha sido incesante mientras el sol no ha enseñado su cara sonriente, plácida. Todo está entumecido, agobiado. Sólo el río salta bullicioso.

Al anoecer, las calles parecen grandes rejas retorcidas para dejar las grandes piedras en su sitio, calles desoladas, envueltas en negruras, casi desiertas. A grandes intervalos crujen en el pedregoso pavimento las pisadas de algún comprador retrasado que, como alma en pena, regresa aterido a los pueblos del alto.

El frío que atenaza a la ciudad ya tiene fama de ser de los más intensos registrados en el rugoso calendario de la memoria.

En el almacén *CHICAGO* los compradores se han retirado hace tiempo y los empleados acomodan los artículos expuestos en mostradores, para vista del público. Al acercarse la hora del cierre, cada uno quería volver pronto a casa a protegerse contra los elementos desatados.

—Hasta mañana, Míster Dudley... —resonó en una sola voz grande, las voces fundidas de los que se retiraban

Sólo una hoja de la puerta del lado quedó entornada. Por la abertura, una sesgada espada de luz hería la noche. El tic tac del reloj de pared, que miraba desde su altura serena, interrumpía el silencio del local. Míster Dudley leía en el gabinete aislado, empotrado en la pared, abrigado. Afuera las gotas dejadas por el viento, agazapadas en las hojas, lanzaban su mensaje de luz. En el jardín, fiesta de mil flores abiertas a la noche, y más alejado el rumor del Caldera, con sus aguas siempre saltarinas, montando sobre piedras filosas y agresivas, regala a los ecos su canción agradable.

Míster Dudley interrumpe la lectura de su magazine preferido, *THE SATURDAY EVENING POST*. Tirados esperan *TIMES Y WEEKLEY*. Respira profundo, estira piernas y brazos, bosteza y luego, serenado, escucha atento: al oído se afina, tendido, captador. Alerta, pareciera que intenta —¡ejercicio maravilloso!— perci-

bir los más leves movimientos y resonancias; seleccionar con finura todas las tonalidades audibles: la caída de una gotera estrellada sobre una superficie metálica, los pasos desiguales de una bestia errante que mordisquea las yerbas silvestres, escasas; el vuelo de las lechuzas; el roce del viento; la rama desprendida, hendida del tronco; la piedra que rueda, suelta la tierra o desprendida la cuña; en fin, todas esas cosas que sólo entiende el que mucho se ha enfrentado con su alma, el silencio y la noche.

Ahora va y regresa, en espera, a lo largo del corredor pavimentado, solitario, desentumeciendo los miembros prisioneros por la larga jornada en el despacho, tras el escritorio, frente a cuentas, planillas, cálculos, facturas y precios.

Por fin, tranquilo, seguro de estar solo, apaga la luz. Instantes después su redonda corpulencia se mueve, a tientas primero, luego con la seguridad de quien conoce cabal el lugar. Los pasos caminan hacia la barranca del otro lado de la vía donde el terreno desigual diluye las líneas difusas de una edificación. Vacilante, se detiene ante la valla que ataja la huerta, mira en contorno y los ojos expertos intentan penetrar la noche. La mano se alarga para retirar el pestillo y la barra de hierro que asegura el portón. En ese instante otra sombra que protege la oscuridad se aproxima cautelosa y hiere firme, punzante, el costado.

—¡Ayyyyyyyy! —se desplomó, desarticulado, sacoso, mientras el agresor se retiraba presto. Por algún tiempo, sus pasos acelerados repercutieron en la inmensa y fría soledad.

•••••

—¡Grave...! Hemorragia interna, profusa. Vísceras nobles seccionadas... Peritonitis que corre, acelerada, además... Milagro de resistencia..— Parecen inútiles todos los esfuerzos, pero mientras exista vida en el cuerpo, estamos obligados a actuar... Procedamos con urgencia... —frente a colegas e instrumentos, el cirujano movió la cabeza, pesimista, mientras calzaba los guantes estériles, preparándose para actuar.

La junta de médicos reunida apresuradamente, sentenció de igual manera... “Imposible vivir”... La coma preludia el fin.

La fina lámina penetró profunda, sin encontrar la resistencia, en el prominente abdomen blanco, rubicundo.

•••••

Las escaleras, los pasamanos y los pisos traqueaban, cediendo a la presión de los corpulentos hombres blancos, calzados de fuertes, gruesas y pesadas botas de trabajo, los finqueros enriquecidos y altaneros, los *sureños* de la región, como algunos los designaban. Afuera, sujetas a las estaquerías alambradas, las mulas esperaban pacientes.

—¡Horrible crimen...! we need protest to him our Minister... I su pose that... —se solidarizaban con la víctima.

Una docena de hombres blancos, rudos y corpulentos, acaudillados por Míster Palmer, consideró la situación creada por el nuevo asesinato de un súbdito blanco y del acto, calificado de salvajismo, de prueba de “falta de garantías”, surgió la protesta violenta del grupo quejoso. El reclamo de los hombres blancos que hablaban inglés se publicaría en los periódicos importantes, acompañado del telegrama remitido al Embajador para insistir en la protección militar y reclamar el castigo ejemplar, de escarmiento, por la muerte de míster Dudley.

Diligencias, interrogatorios y detenciones preventivas habían sido evacuadas; rumores, indicios y pistas posibles fueron agotados. A las 36 horas del hecho, misterio cerrado cubría la identidad del matador. Los pocos detenidos recuperan la libertad, clarificada su situación.

Cálculos, comentarios, rumores, inferencias y chismes, lógicos unos y absurdos los más, tejían su maraña viscosa y espesa, alrededor del impetuoso y acaudalado comerciante y finquero. En reuniones y grupos, a voz baja, de incógnito, sin identificarse, se especulaba en torno a motivos y personas.

—¿Y no será el hombre de la zarza? —avanzaba una sospecha.

De seguido toda la historieta del reciente altercado entre míster Dudley y un trabajador, también extranjero, radicado en una de las fincas del ahora difunto.

—“Es zarza de mi finca... Te la robas y luego me la vendes. Me vendes lo mío... Robo, robo, robo... No quiero más tu trabajo y abandona en el acto mi finca” —referían que gritó delante de muchos.

—“No es de su propiedad sino sacada en Horqueta... Dios me dio estas manos para no robar... *Trabajo* y no necesito ni de los ricos, lo ajeno... Si no quiere mi trabajo, me arregla lo que alcanzo, el saldo que tengo, y me largo... Y si la zarza fuera de su montaña —y no es— ¿quién con más derecho: usté que no la sembró o yo que me arriesgué a que me picara una culebra al sacarla? Pero es de Horqueta, que tiene mucha, vuelvo a explicarle”... —refieren que contestó con firmeza, como hombre.

—“No quiero más palabras... Tírala en el rincón porque me pertenece, toma la puerta y no pises más esta casa que no es iglesia de pícaros, te ordeno... Y lárgate ya... ahí está la puerta a tu espalda... Mírala” —y desde el otro lado del mostrador le arrebató el bulto de raíces secas, dobladas, que lanzó a la trastienda, enrojecida la cara por el esfuerzo realizado. Así fue la respuesta, se comentaba.

—“Abusa porque está en su casa... porque es rico atropella... Métase su trabajo en... Mi trabajo se lo dejo para misas... —¡A que no se atreve a salir!”...—así termino.

•••••

—El Presidente prometió al Embajador que se hará justicia, publican los periódicos... Él está en relación con los que investigan el crimen... —el Alcalde comenta a la entrada del despacho.

Los grupos se forman sin motivo aparente. Donde hay dos, otros se agregan hasta formar pelotones. Hay consternación, sorpresa y temor. Se adelantan hipótesis, juicios y los comentarios se prolongan al pasado; bucean y sacan a la superficie detalles, incidentes; se avanzan interpretaciones, y se refieren pormeno-

res de otros crímenes, ya viejos, medio olvidados, evocados ahora por la muerte nueva.

—Unos dicen que no hay muerto malo y otros que no hay muerto bueno. Uno no sabe... Aunque el caso es remoto, dicen que el muerto sacó mucha gente de las que hoy son sus buenas fincas... A lo mejor están cobrando esa cuenta ya muy atrasada por la que no pagó premios... Vueltas que da la vida de un hombre... y cuando menos acuerda, ahí está como esperando largo tiempo... —alguien supone.

—El dicho dice que lo que aquí en tierra se hace, en tierra se paga.... Pero no se niega que el muerto era medio bueno. La torre estaría en el suelo sin su plata... También en el puente metió la mano con su ayuda... Verdá es que su café es el que más lo usa, pero otros también pasan... Y también regalaba medicinas a los cosecheros de abajo...

—¿Y con éste, cuántos van...? —inquiriendo.

—Depende de cuándo comience la suma. Si comenzara desde que fundaron el pueblo, cuando los de Dos Ríos fundaron el pueblo y se bajaba sólo a pie por los trillos de las serranías, sería larga. Cuando el camino se aclaró, con la ley comenzaron a echar a los que entraron primero, caminando como chivos. Cuando el tigre andaba suelto entre la gente... ¿Cuánto cobrarán por éste? Por un sargento, en Colón, pagamos treinta y ocho mil, bien regatiao... —otro.

—A un tal Carnot le metieron con la venaera, con bala cargá al salir a ver unas gallinas, casi a la prima... Había titulao tierras ajenas, de los del lugar... Como nadie leyó los avisos publicados escondidos en los periódicos, de pronto los notificaron para que salieran de lo ajeno... “Salir de dónde”... la gente respondía y pelaba los jos... —otro informante.

—“Las tierras son tituladas, de míster tal...” —les contestaban.

—“Ajenas estas casas, estos frutales, los cultivos, los potreros... Y los que nacimos aquí y ayudamos a hacer lo que hay, ¿también somos ajenos...?” —volvían a preguntar, sin tomarlo en serio.

Y el clamor se alzó en el Juzgado que ventiló el lanzamiento de los intrusos... ¡Otra vez los intrusos!

—“Es la ley, señores... Somos agentes de la Ley... Los títulos de propiedad”... — la fría respuesta que dió la boca de la ley...

Los frecuentes comentarios eran siempre de parecido linaje.

Sin embargo, frente a los litigios emanados de la posesión de la tierra, algunos atribuían la mala situación a un destino aciago, a la suerte contraria. Se resignaron, vendieron lo realizable, trasladaron lo movable y como la ley, la mala ley en malas manos resulta siempre despiadada y sin corazón, los afectados se fueron a fundar otras esperanzas en otras tierras lejanas, desconocidas de ellos, creyendo perdurar. Pero otros resistieron para perder al final. “La justicia no está de parte de ustedes... No hay ya apelación ni recurso. No hay donde ir porque todo está cerrado”... —volvió a hablar la mala ley.

Vencidos ante lo escrito y no entendido, se escondieron en lo pasional: destrucción de las cercas; matanza de los animales; incendios, todos los recursos que la razón pone en las manos calientes de los débiles. Y sobrevenían las quejas y reclamaciones de los propietarios... y también la respuesta auténtica: el atentado, la muerte, como la mejor y última justicia.

INTRUSO, vocablo recién incorporado al derecho de los mandantes, se usó y abusó en aquellos tiempos ominosos. De intruso se calificaba al que resistía al atropello legalizado, defendiendo su derecho palmo a palmo, a veces salvajemente; intruso el que como mendigo iba de puerta en puerta, en los despachos oficiales, asido a la frágil ancla de la existencia de un amparo, una norma protectora de validez incuestionable...

Míster Dudley sigue muerto... Sorpresa... misterio... incertidumbre.

•••••

—Han apresado al mandador... Le encontraron ropa con sangre. El conocía, como de casa, los movimientos de míster Dudley... la noticia circuló con rápidas alas fantásticas.

Expectativa... ¿Qué...?!!!

—La sangre es mía... El pati-blanco de la cuadra me dio un cabezaso, curándolo de la hormiguilla... ¿Por qué hacerle daño a míster Dudley? Ni loco que me hubiera puesto... La camisa no me la quité, sin malicia. No sé nada de la muerte. Me cogen por gusto pues soy inocente... Con Matías Jurado estaba en la cantina a esa hora... que le pregunten.....

Pero hay un detenido formal, el último de quien había una afirmación que hacer, “Sangre en la ropa”, y una sospecha que ventilar. Una nueva pista, no aclarada un nuevo detenido sobre el cual ya se posa el ojo acusador.

•••••

La última nueva sacude a la ciudad. Cuatro detectives de la Zona llegaron. Se están moviendo, averiguando todo, revisando el expediente... Tachando lo actuado.

—Pobre Rito González... Exigen la entrega para juzgarlo allá... Por menos ahorcan... y tratándose de un míster... Dígame... —es el comentario frecuente y el juicio generalizado.

En efecto, cuatro detectives y un intérprete habían llegado. Los *sureños* se anotaron el triunfo momentáneo. No se separaban de ellos, atendiéndolos, informándolos, orientándolos... Todo. En la cárcel pretendían interrogar al detenido, apoyados por los levantiscos y quejosos hombres blancos que hablan el inglés. Indecisas, las autoridades solicitaron instrucciones rápidas ante el inaudito procedimiento que se pretendía imponer. Los hombres blancos, corpulentos, no cesaban sus amenazas con la Embajada; presionaban en todos los flancos, utilizaban recursos extremos e insoportables.

—Llévenlo... Llévenlo, éste es el asesino... Mató para robar... Doble es su crimen... dos crímenes... dos sentencias de muerte... que se castiga muy bien en mi país... Aquí falta nuestra justicia... Deben juzgarlo en la Zona... y a la horca... ¡Nada de Gamboa... Hay quedar ejemplos morales. Mañana la nueva víctima podría ser cualquiera de nosotros... ¿Dónde están las garan-

tías de su gobierno... señor...? Llevarlo... No lo dejen al asesino ladrón... Tenemos que armarnos porque entre esta gente curiosa que lo mira todo, que está metida en todo, hablando, hablando, hablando siempre, seguramente que hay otros muchos criminales... Véanles los rostros: el delito se les descubre a simple vista... Criminales lo que produce esta tierra. Pediremos que nos proteja nuestro propio gobierno, de la misma Zona de nuestro Canal. Vean todos, aquí están nuestras armas... ¡Nada de palabras...!— con aire desafiante e insolente así declaraban en las oficinas, en la calle, en cualquier parte y con igual tono.

Las instrucciones llegaron al fin, terminantes, vigorosas y claras: “Exteriores ha elevado protesta enérgica por abusos refiérese su telegrama. Detectives Zona no tienen otra misión que la de simples ciudadanos dentro de las leyes. Imposible entregar detenido que debe ser juzgado jurisdicción y leyes panameñas, si hay mérito. Si es necesario usar fuerza mantener prestigio nuestras instituciones, no vacile hacerlo contando total respaldo Ejecutivo. Informe ampliamente la ciudadanía acontecimientos insólitos esa región. Manténgame constantemente informado novedades vayan presentándose”.

Las instrucciones copiadas fueron difundidas con rapidez increíble. Con prontitud magnífica se creó COMITÉ DE PROTECCIÓN A RITO GONZÁLEZ, y grupos de voluntarios armados de palos, piedras, machetes y escopetas se dispusieron a poner medida a los abusos de los corepulentos hombres blancos que hablaban inglés. Así, en forma creciente y rápida, se formó una activa milicia defensiva y previsor, dispuesta a responder a los desmares a la medida “y una cuarta más”.

—Que vengan los detectives y los místeres a sacar al hombre... Para que les sepa a mierda misma, si no han probao. ¡Aquí hay güevo! —firmes, seguros, desafiantes, a veces.

Nuevas quejas. Querían forzar una decisión de la Embajada, definitiva y final, que fuera un canto de victoria... Una declaración o cosa parecida.

Estamos amenazados... Nos asesinan en cualquier momento, indefensos. Pedimos garantías verdaderas: protección para nuestras vidas y bienes”. Una comisión lo visitará para exponerle la crítica situación de la colonia”, así publicaban, con firmas, en los periódicos importantes.

Sin embargo, en las protestas no estaban los nombres de trabajadores y pacíficos ciudadanos que no se sentían amenazados: Hogden, Archer, Staton, Gorley, Robinson, Brown, Wood y mucho más, al margen de las intrigas.

Las diligencias, protestas, cartas, telegramas, publicaciones y otras actividades, eran atribuidos a Míster Palmer, a quien se señalaba alma de la conspiración, apuntando hacia fines ulteriores muy interesados.

Míster Palmer ha hecho un alto en su batalla contra la justicia y la ley en el caso de Las Ánimas. Ahora acumula todo el material inflamable que le entrega la muerte de míster Dudley y sus relaciones con los demás místeres, como armamentos efectivos en la lucha que plantearía contra las decisiones oficiales en su largo litigio.

•••••

—¿Y saben lo de Palo Alto...?

—¿Otro muerto, tirao?

—Un hijo del cosechero Serracín, de Zambrano, se ha perdido. Con otros vaciaba la jabada de café en el montón, a medio cafetal; se apartó un poquito, como a miar, y no lo han visto más. Ya va pa tres días... Lo buscan en toda la finca, el río, los barrancos, la montaña vecina y nada... sin resultado. Ya mandaron abajo, afuera, a ver si se había salido y nadie lo ha visto, mandaron a decir. Algunos creen que el tigre lo encontró mal puesto y se lo echó... O que se lo alzó alguna águila del Peñón... Otros piensan que encanto... que han visto las huellas... que lo han visto... que lo han llamado y que lo han seguido tratando de agarrarlo por la falda de la camisa... Y ya madaron a buscar al padrino a ver si es

encanto pues con él saldría... Ahora dicen que a media noche oyen el grito del Salvaje de Montaña, que han visto las huellas de las patatas y que a lo mejor se lo ha llevado... —la noticia se mezcla con la muerte de míster Dudley.

•••••

Un hombre blanco, rubicundo, baja de su caballo moro frente al Juzgado y se acerca a la autoridad, paso firme, sombrero en mano y flamante la chaqueta que lo protege del frío.

—Hay aquí un irror, señor... Iso no puide sir... Mi conoçir ise hombre... sir una persona sana... No matar... no... no matar... No puide hacir ise crimen... Siguro hay un irror, señor... —Míster Talby, labios rojos, cabellos desordenados, inocente, se aparta humilde. Es conocido el jinete del caballo moro que enseña la Biblia, el activo pastor de almas.

De noche, inclinado hacia adelante, apretado el sombrero, a trote apresurado, soporta las rachas gimientes del viento lluvioso y frío que golpea despiadado.

—Se estima su opinión, Pastor... —la autoridad responde.

—Venga, Pastor... quiero hablarle...— los tres hombres se alejan—. Comprenda usted que hay una evidencia, un sospecho lógico contra ese detenido... La sangre también... Su coartada de que a la hora del crimen estaba con otros sólo ha sido confirmada por otros criminales... Comprenda usted, Pastor. El asesino a no dudarlo... Espere un poco. Un frente de hombres blancos, usted lo daña. No es moral, y usted es hombre que la predica, que la justicia se burlada.... Si eso se permitiera en este caso, el crime sería el jefe... Piénselo bien, Pastor de almas... Ahora que estamos amenazados por los criminales, no es prudente hablar como lo hizo ante ese malo juez... Conoce que nuestra justicia siempre tiene un crimiall, un culpableee. La ley no puede pereeder... ¿Por qué no imponer aquí igual principio, señor? A poca distancia esta nuestra Zona, nuestro Canal, no olvide usted, señooooorr.

Míster Palmer habla enfático, imperativo y rotundo.

—Así no puede hablarse de justicia... Esa justicia muy práctica suya, ya vio... señor Palmer... Mi no creer su eficacia... Mis principios condinan toda violencia donde se ejerce. Mi sabi qui esi hombre es inicente y Dios me impone deber de salvar la virtud, señor Palmer... Impedir si comita injusticia sufrió nistro Señor... Mi igual decir usted, señor.

—Puede estar en lo cierto, señor Talbot, sea ese pobre diablo, alguno de los intrusos de mi hacienda o cualquiera otro, ¿qué importa? No se pierde porque no hay valor que salvar en esos: nada. ¿No hay que destruir la basura? Todos son criminales... —Mister Palmer ataca.

—Me sorprendí, señor, su extraño concepto de la justicia. Me pensar otra manera muy diferente... Justicia y virtud muy distinto sus opiniones, señor... No entiendo esa manera de pensar así. Me no aceptar su filosofía práctica... no criminal... Buena persona es... No criminal... In acuerdo con usted, señor.

—Ya hay un criminal y que la justicia cumpla su trabajo. Si éste no fuera y después apareciera el verdadero matador, ¿qué importaría...? Se castigaría también... Mejor, mientras más caigan... Y nada de Gamboa! La justicia debe seguir con su criminal de ahora, pues no puede ser burlada... Repito: si otro apareciera mañana, que caiga también... Si pudiera mezclar en esta muerte a los intrusos de mi propiedad, no vacilaría... Cincuenta años sería la pena menor que merecerían todos los que me perturban... Sé que con usted no podemos contar, mister Talbot... No nos acompañe pero al menos, como paisano, no proteste, no diga, no reclame, no aclare.

—Solo por el bien de los hombres todos pueden contar mi cooperación... y también usted, mister Holmes...

•••••

Los comentarios seguían en la vivienda, la calle, el cafetal, el trapiche, donde quiera que una actividad o una relación reunía al hombre. No se agotan los decires, y las palabras siguen cum-

pliendo su misión comunicativa cierta, falsa o fantástica. Pero la palabra se mantiene en su señorío, irreductible y afanosa.

—Con eso de los títulos a muchos han virao. La tierra ajena. Si alguno la hiciera, bien sería, por el trabajo que le costó... hacer tierra... el hombre haciendo tierra, sentao haciendo tierra... vania. Pero quitarle la tierra el que la hace valer... que no sigan en eso porque la matadera no se parará.

—¡Desgüeve...!

—Yo digo que si matan extranjeros por la tierra, a otros ladrones, de aquí, hay que aplicarles la medicina porque son tan perros como los de afuera.

—¡Descojonación misma...!

—Por ahí anda Pedro Bajeras...

—Bien pensao... buena ley... ley de vardá... pasa que si el muerto es de afuera, ponen el grito en el cielo — Pancho Flama.

—Y entonces muerto caro... A los de aquí no le hacen propaganda. ¿A cuántos no les han virao ya las patas? Y la lista es chica todavía. En Panamá y Colón han pagao mucho muerto caro... ¿Cuánto pedirán por éste...? La lista hay que aumentarla, ponerle más nombres. Así aprenden... — el maestro expone.

—Por allá está otro de afuera persiguiendo gente del lugar. Y ahora se ha metido a hacer bulla aquí... Queja pa aquí, queja pa allá; denuncia pa arriba, denuncia pa abajo; que los intrusos, que las mensuras, que las garantías... ¡Pura mierda...! Ya ése tiene derecho a que le apliquen la ley de que hablamos... Darle pase para curarle la jodedera. Está pasándose de maduro, de cosecharlo, de ponerle ungüento de tierra.

—Digo que si nadie hizo tierra, el mejor dueño es el que la ocupó primero y con su trabajo la pone a producir... Pero nadie debe vender tierra... Si ya no le interesa, déjala para otro... El título debe ser por trabajo hecho: ¡Un certificado! Lo que el hombre puso encima con su trabajo y su cabeza... Así sí es título... Ya hasta para que lo entierren hay que pagar tierra... Si usted no tiene tierra en el pantión, está jodido el día que Dios le pide

cuentas... Pagar tierra después de muerto... — nuevamente el maestro.

Míster Dudley no pierde actualidad después de muerto. Su muerte parece mentira... Tan lleno de vida, tan poderoso, tan considerado... Ya se olvidaron de la pérdida del hijo del cosechero Serracin, pero de míster Dudley...

—¿Quién pensara que se atreverían con un hombre tan imponente...? — resumen de lo que se piensa.

—A lo mejor esta muerte se queda como la del difunto Morel... Misterio... Que nada sabe... ¡El hombre!

—Se habla mucha güevada... La cosa, el misterio se está aclarando... A éste hay que sacarlo de la suma... Es ajeno y ya querían ustedes apuntarlo en la lista, ponerlo en la cuenta... Güevada... Es ajeno... — uno que no había dicho nada, ni había opinado.

Pasados los días de las impresiones fuertes, el razonamiento vuelve a direcciones más lógicas. Ya se esboza la pregunta de ¿qué papel ha desempeñado en la tragedia la esposa ofendida, desdeñada, que regresó a su país amargada, indignada porque el esposo no canceló las relaciones con la otra mujer según promesa, y, en cambio, le ha dado nuevos hijos y completo establecimiento comercial? En su puerta, en la entrada del huerto, asido al portón, quedo muerto, herido por mano misteriosa que se confundió con las sombras...

—Ni el mandador... ni el hombre de la zarza... Misterio... — varios vecinos.

La dama abandonó el país rumbo al suyo, para no volver, poco antes del dramático suceso, arrastrando tras de sí a la pequeña Little Charlott...

•••••

Los que salieron cuando salía el lucero de las cuatro a pescar o aprovechar la marea para alcanzar hasta las islas del sur, regresaron, volviendo espaldas, a todo canalete, trayendo la extraña nueva.

—Del estero sale mucha gente; se apea de un barco grande fondeado afuera porque no cabe... Todos vestidos de verde... ya están en el muelle... ¿Vendrá la guerra...? —la voz temblaba. Luego carreras, gritos, puertas cerradas... Silencio.

En efecto, los tablones viejos del desembarcadero comenzaron a crujir, resentidos, ya averiados por el trabajo exigente y asiduo. Numerosos hombres, todos vestidos de verde, saltan de pequeñas embarcaciones acoderadas al muelle, unidos a su equipaje viajero, de campaña, que se reúnen en el tembloroso entarimado. A sus voces extrañas, incomprensibles, los pájaros se alejan, temerosos... y gritan en el aire, al volar sobre el grupo: “desgracia... desgracia”...

Las aguas turbias del estero tiemblan, confundidas, asustadas al registrar en la lámina tiesa las imágenes extrañas, no vistas antes.

Eran los 130 hombres del Regimiento 33... los hombres verdes del 33.

En exigente formación, como conquistadores, los invasores avanzan, avanzan... ¡Es la nueva inundación, la inundación verde...!

Míster Palmer está feliz... Rara y extrañamente feliz, a pesar de la muerte de Míster Dudley, su amigo y aliado... Su muerte le sirve a sus planes, pero no todos los muertos son como Cruz Albán.

Patios ferrocarrileros, casas de vecindario y lotes cercanos fueron desalojados para acomodar a los “garantizadores” que llegan. Las tiendas de campaña que levantaron su cónica estampa aceitunada, suplen la falta de algunos locales.

Se instalaron abastos, sanitarios, teléfonos y alambradas de púas. Se establecieron líneas de reserva militar, áreas restringidas; vigilancia, retenes y toques de queda. Todo militarmente.

Ingenuos muchachos desprevenidos, madrugadores, provistos de aperos para bestia o en pos de vaca para la leche tibia hogareña, fueron abatidos por no atender con rapidez militar rigurosa, el ALTO instantáneo de lengua extraña, del borroso centinela difuso en las sombras. El argumento del plomo, la concluyente bala

les había impuesto la garantía del ALTO prematuro y definitivo: una muerte no esperada, no buscada ni merecida. Así, envuelta en dolores y sangre la crónica diaria de los “garantizadores” que sufrió un pueblo inocente.

•••••

—Ahora sí... ahora van a hacer... Ahí los tienen... A ver, ¿qué dicen? Sus garantías... sus garantías de mentiras... Las garantías que había reclamado con empeño y tenacidad... Pero ahí están... Ya los tenemos por nuestros propios puños... Se acabaron los crímenes... Gané la batalla pero disparando muchos tiros... No quisieron reconocerme mis derechos, derechos limpios... Ahí los tienen... que se metan con ellos... Murieron los abusos... los atropellos. ¿Por qué no me encarcelan ahora...? ¡Me la pagarán los perturbadores y los intrusos...! ¿Por qué no matan a otro míster Dudley?... — Míster Palmer eleva los brazos como si empuñara bandera. El triunfo ha sido suyo, sin duda, pero no será el triunfo final... Ha explotado todos los recursos, los incidentes más nimios; ha exagerado; ha mentido a plena convicción, a sabiendas de mentir.

Y finalmente la muerte violenta de míster Dudley también ha colaborado en sus propósitos de querrela y descrédito. En una palabra: en nada se ha detenido, ha utilizado todas las armas. Ahora es feliz, inquieto y efusivo... Frecuentemente echa en cara de los agentes de la ley sus inventivas insolentes, irrespetuosas, jactancioso y audaz.

—Ahí los tienen... ¿Qué dicen ahora...? —repite y señala en dirección del campamento militar.

•••••

Asociados en los mismos intereses, unidos por iguales intenciones, Míster Palmer y el Mayor Alligator —¡el jefe del 33!— se anotan nuevos triunfos en el desarrollo de su agresiva estrategia.

Presionado en todos los flancos, remiso al principio, utilizan —dosificados con eficacia diabólica—, sonrisas protectoras, promesas difusas y amenazas implícitas, cuando no insolentes. Así que el jefe provincial se traslada, en comisión, al terreno de los hechos a garantizar los supuestos derechos del tenaz reclamante.

• • • • •

¡Y fue en febrero!

El anciano permanecía en el interior de la habitación en el límite angustioso de sus fuerzas; doblado, anémico, dominado por la hemoptisis fluyente del día anterior. A ratos goteaban sorbos de líquido cordial reparador. El mal cumplía una etapa de su viejo proceso aniquilador.

Afuera el verano lamía la humedad mañanera y las hojas despegadas, inquietas, rodaban sin destino.

Al comenzar la mañana un hecho insólito sorprende a todos... Cuatro soldados custodian la casa, silenciosos, las armas en descanso, intercambiando miradas de inteligencia, interjecciones monosilábicas en lengua extranjera.

• • • • •

En el distrito serrano el jefe completa la minuciosa pesquisa en despachos subalternos. Después, agasajos, reuniones, consultas, problemas, comisiones en solicitud de cargos, quejas, servicios, traslados. La monotonía ruinosa devora el horario.

—Vengo a llevarme al jefe de los perturbadores... —había confiado a uno de los acompañantes, mientras Míster Palmer, el Mayor y soldados descansan y esperan en las casa del ható.

El teléfono repica, insistente: un soldado anota instrucciones que recibe del distante extremo de la línea. Luego habla el funcionario local. Las manos nerviosas no aciertan a empuñar con firmeza la bocina.

Sí... oigo, señor... pero se que está enfermo, en cama... no se

para... parece débil... Delicado, sí, señor... Como usted lo ordene se cumplirá... pero ya sabe: enfermo de verdad.

En la reunión las representantes oficiales dialogan, animados.

—No es fácil el problema de los indios... Los alcaldes indígenas tienen razón al oponerse al Comercio de afuera en la sierra. Son espeluznantes los atropellos que narran... Claro que acá éstos los niegan, pero usted sabe las cosas que pasan en los pueblos distantes. Aquí todos cojean del mismo pie... Además, casi siempre están emparentados, de modo que todo queda en casa... barren para adentro, como se dice. Su justicia no resulta muy justa... —el jefe.

—Cuando están en el mismo bando, unos estimulan y apadriñan, bajo cuerda, sin enseñar la mano, las quejas contra los socios... Entonces los despachos se colman de sumarios, quejas con caracteres de anónimo. “Se dice, no me consta, pero a lo mejor...”

—También la venta clandestina de licor en las balserías. Tanto golpeado es el saldo que deja... y después, averigüe usted... Gente que no entiende español, sin nombres, muchos... Pancho Sirbanco, Jalicito, Carpintero... Jiménez, Guantore... Felipe... y así. Y como si fuera poco, ¿cómo se descubren en la sierra? Un cholo se confunde con otro cholo. Los cholos y la sierra se ayudan, se ponen de acuerdo... Así, ¿qué justicia se cumple?... Será cualquier cosa pero pelo de justicia no tiene.

—Lo más importante, doctor: no me parece prudente la orden telefónica de esta mañana... El Mayor y Palmer quieren ganar a la brava antes de tiempo... He venido a investigar cargos de abusos cometidos por los soldados contra campesinos, e indígenas... Casas quemadas, individuos tirados, violaciones, golpes, violencias intolerables contra los débiles... Esto no es colonia aunque pareciera... El Hato no es tierra extranjera... Excútese al mayor... Decline... Le aconsejo cuidado... Rechaze las presiones insolentes... No podemos ceder en todo... Hay que defender también a los nuestros... Deje el asunto en mis manos y decline, excútese ante el Mayor... No acepte más... —el funcionario.

—Le di mi palabra que resolvería así... Quitarnos de momento el problema... Por otro lado, el artículo 896 del Código no vacila: ¡Confinamiento...!

—¿Confinamiento proyecta...?

•••••

El oficial irrumpe, prudente, en el aposento donde yace el enfermo.

—Lo siento, señor... Lo veo mal, lo hice ver así a los jefes. La orden de detenerlo y conducirlo al puerto para trasladarlo al cuartel de allá... Veo todo, su estado, pero insisten en la orden superior... El Mayor llama a cada momento desde el hato... pregunta siempre si ya salimos...

—Ni de pie ni en bestia... No me mantengo de pie... Moribundo, no asustado... Véame, vea mis manos... Cumpla sus órdenes... máteme. —o me arrastran porque no camino... La muerte sólo llega una vez.... Si ya es hora, estoy listo...— la cabeza se dobló, extenuada.

Militarmente fueron reclutados diez hombres para conducir al anciano indefenso, casi exámine.

—Déjelo ahí y llévenos a todos los hombres de casa...— los hijos, llamados de urgencia. Llévenos a los cinco.... y a ella que es hermana, también... aquí están las manos: amárrelas como quiera...— Súplica.

—Es matarlo...

—Valor, padre... Iremos todos...— anhelantes.

Ahora el grupo avanza con pausada lentitud rodeado de agentes y soldados, listas las armas, hacia el fin del largo trayecto que los separa de donde la lancha espera.

Ha sido forzoso un alto en la marcha: un colapso preludia una etapa más crítica en la condición del detenido. Frío, tembloroso, el semblante mortal...

—Me orino... bájenme, hijos, que me muero... cuiden a la vieja.... ¡Ayyyyy!

—Death...— un soldado.
—I don't care...
—Take eassy...—Mayor Alliguator... míster Palmer... pí... pí
—Shit...
—Sigan ustedes...— se dirige a los hermanos. Cuiden.
—Rápido, brincó sobre la bestia y a galope tendido se perdió en las sombras.

•••••

Casi silencio: murmullos de voces distantes, leves rumores se asocian a la oscuridad que ronda las siluetas de los árboles que rodean la casa... La cena ha terminado... Luces en el interior y la penumbra en el portal

Los hombres —sombras— conversan sin animación, quedo, los asientos en descanso... Las jornadas a caballo han sido agobiadoras.

Tuc... tuc... tuc... pasos acelerados avanzan sobre el tablado. Se paran de pronto, y a continuación la voz...

—Mire, doctor... él viene preso por orden suya... ha quedado grave en el camino... no, puede ir... se muere... Cambie la orden por nosotros cinco y mándenos amarrados, esposados, como usted exija... pero que él vuelva a casa, se lo suplico...— tiembla la voz.

—Jovencito, la orden impartida no puedo revocarla... Asumo las consecuencias... Es el jefe de los que intraquilizan la administración en este sector. Se ha negado a acatar una orden legal... Imposible lo que pide, jovencito.

—Duele que no estén Palmer y su Mayor... Ellos. ¡Desgracia!
El control, la voluntad, el pensamiento, todo se hundió, naufragó.

Un disparo ha sonado... Uno solo... Humo, precipitadas carreras.

El hombre se incorpora del asiento, unos pasos vacilantes y se desploma en medio de abundantes golpes de sangre... ¡Muerto!

—Es un producto más de las garantías...— un funcionario consternado. Y Palmer y su Mayor decansan en el hato.

—¡Inocentes...!— resumió otro.

•••••

—Amárrenlos a todos... regístrenlos... todos... todos... todos... que no conversen.... y tirar a matar al que intenta huir...— orden a policías y soldados.

—Fuera los zapatos... Y trae las muñecas...

Apretado, que no son suyas...— orden, los brazos, pareados, contenidos hacia la espalda.

—Look... look very interest...— el soldado muestra el corta-plumas.

—El muerto de la hamaca que también siga...

•••••

Se trabaja duro, pero la tierra corresponde de buena, gana, espléndida. Jamás en Pequení se hicieron cosechas tan ricas, ni en los mejores años de abundancia.

El grupo hace un alto en la faena.

—¡Vea qué finura de arroz...— Hernández.

—¿Por qué le pondrían La Tigra? Somos tigreños... Tigra hembra... Tigre sería más hombre...— otro comentario.

—Hoy qué te pasa Sombra, que no hablas... Raro... Hablando eres el primero...— mira hacia los rastrojos que se extienden bajaría adentro.

—Juan Cancio, Sombra ahora, demora pero no olvida la palabra. Sombra soy de un gran hombre, que voy a decir su nombre... Cruz Albán, que no hay otro que se le parezca... Soñé con el difunto, que me reclamaba, que no estaba contento porque, no le cumplía... Soy de su ley pero aquí no hay como seguir cumpliéndole... No se ven extraños...

El galope de una bestia los hace volver la cabeza. Sobre el hilo rojo del camino que bordea el monte, Palmer inspecciona y husmea...

—¡Calamidad...! ¡Desgracia...! ¡También extraños aquí...! Ese era el mal sueño de anoche... El ánimo del difunto que me recordaba... Tenía derecho... Ya tienes trabajo otra vez, Juan Cancio, al que ustedes llaman la Sombra...

•••••

Cabalgaban diariamente en función punitiva recorriendo linderos, los límites sin límites de míster Palmer; caminos reales, senderos y los pasos de los ríos... Cinco hombres verdes, cinco pistolas al cinto, cinco carabinas al arzón que cumplen su garantizadora misión. Cinco caballos, cinco hombres verdes, extraños verdes... ¡Fatalidad de número cinco!

Los caballos bajaron al río, apremiados por el talón.

—¡Ocupiers...!— fué el alerta, el santo y seña, la consigna.

La mujer en avanzado estado de preñez fué violada por la patrulla verde en riguroso orden jerárquico: primero el Primero, el Jefe.

Abandonada entre las piedras, abortó y murió desangrada. El marido alcanzó la ribera opuesta, pero alcanzado por las balas, destruídos nervios y tendones del brazo derecho, rodó entre bejucales. Los ranchos de la indiada se volvieron pavesas y carbones que el viento esparcía... La candela salió hasta el llano arrasando pasteaderos y achicharrando numerosos indiecitos sorprendidos por el vendaval flamígero...

—¡“Brazo de Gancho”...!— le llamaron desde entonces cuando pasaba o se acercaba en solicitud de auxilio: “Una humilde limosna para el lisiado”.

El que se apartara del camino real que lleva de uno a otro distrito era militarmente reprimido, como en tierra de reserva.

—¿Dónde está su permiso para talar árboles en esta finca...? Tírelo... Dejarlo... Es ladrón mismo... Y la próxima vez, sepa...— acaricia la empuñadura del arma, mientras el hombre arroja la vara que se balanceaba en el hombro.

En otra ocasión la cuestión fué con cazadores de lejos. El bulto aparecía, se ocultaba en las ondulaciones del terreno y aparecía de nuevo.

—¡Es extraño....! ¡Un momento....!— recostado a la baranda, con el larga-vista a dos manos sobre los ojos alargados, escruta la lejanía. Ya sé: llevan un animal, una pequeña res que han robado... Perturbadores... Ocupiers...

Afanosamente bajaron y partieron a todo galope, empuñadas las carabinas además de las inseparables pistolas pegadas al cinto. Sin parar los caballos, alcanzando a los hombres, dipararon...

—¡Criminales...! ¿Su permiso para cazar? —con el venado colgando de la vara asentada en los hombros, jadeantes, entre la muralla de los dos jinetes, las armas preparadas.

—Dejar ese animal mal adquirido o seguir detenidos al hato... Entregar esas armas fuera de la Ley... Pasarlas de culata, rápido.

—Cazamos lejos, en otras tierras, en El Burro.... De allá venimos. Las escopetas las compramos con plata de estos bolsillos... Nadie las regaló ni la recogimos en el llano... Trabajando fue...— vacilan, sin decidirse al apremio.

—Nada de argumentos... Este es el argumento que entienden...— las carabinas apuntando.... El Burro también es de esta finca... Obedecer.... Basta de palabras suyas... ¿¿Entendido...!?!— y los disparos dirigidos a los pies hicieron saltar pedazos de tierra y paja.

Los hombres se desprendieron de todo dejándolo en el suelo, sin entrega... Tanto sueño que les había costado la cacería, desvelados, en el aguaitadero. Se alejaron sobre la línea rojiza y ondulante, a ratos volviendo la cabeza... Los jinetes desandaban el sendero.

De cacería, cazaron a Vital Rosas mientras camaroneaba. A medio río quedó y habría muerto si no pasa, de casualidad conocido suyo que lo montó sobre la bestia y lo condujo casi moribundo a casas distantes.

•••••

—Es así como entienden, muchachos... ¡Buen trabajo...! Escarmiento necesitan... Bueno... muy bueno, muchachos... ¿Les

queda whisky...?— palmadas afectuosas golpeaban con cariño las anchas espaldas de los hombres verdes.

Sin embargo, mister Palmer denunció que a pesar de las garantías los perturbadores habían destruido gran parte de su finca mediante incendios criminales.

Nuevos éxitos siguen apuntándose los hombres verdes.

—Bala... bala..., la consigna.

En La Tigra soplan fuertes vientos de inquietud. Los hombres verdes, los cinco, a la vista las armas, pasaron... pasaron... pasaron.

—Volveremos...— aire desafiante, esta vez disparos al cielo solamente....

—Mermarán... — lacónico, Juan Cancio, La Sombra.

—Mal agüero... anuncio de muertes... calamidad... desgracia... desgracia....! Esto sí duele porque ésto sí paga... y qué tierra para dejarla...!— Hernández, recordando el pasado.

—¿A dónde no habrá extraños...? ¿Quedaré algún lugar...? Pidamos conferencia con El Malo... Mandinga presta plata y sabe... A lo mejor quiera ayudarnos... Junto al carrisillal está el higuérón viejo para la cita... ¿Quiénes se atreven...?

—Con el jedor de azufre...

—Y ahora es peor... Allá fue agua... inundación—... Aquí es carabina... Bala misma... Santo Cruz Albán, vuelva a nosotros... Será bala contra bala Porque yo digo que mermarán...—

Juan Cancio respondía.

—La tuerce nos ha pegao otra vez.

•••••

—Alto ahí, criminal... Te esperábamos...— se oyó la voz verde inconfundible. El hombre prepara el arma, presto a encararse al jinete. Pero otro verde oculto dispara con precisión y destreza; las astillas de la culata saltan y el resto del arma sale de las manos sacudidas por el impacto.

—Entrégate perro, o tiro a tu cabeza... Conmina. Las cinco carabinas apuntan a poca distancia, efectivas.

Atadas las manos hacia la espalda, sacudido por el que lleva el extremo de la cuerda; echado a andar adelante; empujado por los cañones apenas tropieza o acorta el paso largo, con Juan Cancio a sogas, el grupo avanza rumbo a las casas del hato.

Encerrado en el depósito que ahora utilizan de cárcel, le espera sentencia al regreso de Palmer. Bien trancada la puerta, claveteada por fuera la ventana que mira al campo, suda copioso. Las horas mueren alargadas, y Juan Cancio, piensa, piensa, piensa.

—En ese árbol puede... Es a propósito... O en el de la puerta del corral grande... Ramas fuertes tiene y sogas no faltan...— el jefe conversa afuera.

—No mucho waight...— verde.

La noche cae sobre los restos del día. La sed tortura y alucina. También el hambre... Los ruidos cesan y también las carcajadas de los verdes instalados en la casa principal.

El temor —¡perdida el arma!— la inquietud de lo que sospecha, torturan. Duelen las muñecas por las ataduras en la carne viva. Y piensa en lo que dijeron los verdes.

—Te suelto para que puedas rascarte... Si intentas escaparte, te mato... ¿Sabes? ¿Está claro?... Mira ésto, perro...

•••••

Todo duerme. Varias veces probó la seguridad de la ventana: la presión insistente ablanda los clavos que ciñen el listón que ya cede lentamente. Se aquieta porque se oyen gargajeos y toses. Pero apremia, urge ganar tiempo... Algo importante también: ya sabe dónde viven, si escapa, piensa que Cruz Albán lo acompaña o lo espera...

Los gallos ya cantaron la segunda. La madrugada camina y la selva no está muy lejos. Esperó la puesta de la luna. Y de pronto, a la última presión del hombro, la ventana ha cedido por completo. El cielo estrellado, la vía láctea bien diseñada y el fresco de la noche lo ayudan a pesar de los eructos. El estómago que brinca, torturante. Se achica, mide los segundos, la respiración lo atora, agitada.

Escucha de nuevo y finalmente trepa achicado, leve, sobre el marco que traquea. Cae con ruido de piedra... Primero se aleja desliziéndose con paso de gato, luego a toda carrera hacia la selva protectora.

Al verlo pasar un caballo imprudente relincha amistoso.

El jefe despierta sobresaltado. Se tira rápido y pistola en mano desciende la escalera para comprobar —; la ventana abierta!— lo presentido.

—¡Maldición...! a perseguirlo... a matarlo... Frank, Georges, Charles, William... rápido todos... a caballo... a seguirlo... Usted, George, por este lado... Al camino real, Frank... Venga, ocupe esta posición y observe muy atento... Usteed me acompaña... A galope todos... Y disparar a matar... Nada de juegos...— dispone el plan de acción, la cacería.

Galopan todos y las carreras desiguales repercuten en las hondonadas.

Juan Cancio ya no corre, seguro de no ser alcanzado al ganar la montaña. Pensó mal. Exhausto, los eructos a flor de labio y el estómago martirizándolo, descansa en un claro de un árbol gigante. Pensaba cómo enfrentarse a la montaña con las manos vacías, perdida el arma. Se ha quedado quieto: escucha mientras el alba asoma apresurada y soñolienta. El rocío perla las hojas quietas, ateridas por el fresco verde de la selva. De pronto, carreras encima, que se acercan, convergiendo fatalmente. Se yergue pero no atina hacia dónde coger, indeciso el rumbo.

—Eheee, criminal...— la detonación alarga su estampido selva adentro.

Cayó el sombrero, también cayó el hombre pero logró huir, casi arrastrándose, a lo más espeso de tupidos bejucales protegidos de barrancos Huyó... huyó.... huyó... huyó bastante tiempo sin noción, lejos... lejos... Mientras huía seguía oyendo los disparos.

Ahora un ardor quemaba la frente.... Tocó y miró sangre. La bala pegó en la frente pero corrió hacia atrás, En curva, dejando una línea sangrante, sin cabello, en lo vivo.



Juan Cancio se siente seguro... Arma nueva, efectiva. Recuerda cuando Ño Cruz decía entusiasmado:

“¡Qué puntería! Donde pone el ojo pone el plomo”...

Piensa si en La Tigra habrán conferenciado con Satanás, el uñilargo...

—El jedor a azufre... Esperando que la flor caiga a media noche en sábana blanca...— que decía Hernández.



La correvenado, la avispa larga, cintura de mujer bonita, con líneas blancas, de apariencia tonta, mansona, es temible.

Atacar su casa, muy simple y casi sin protección, es arriesgado. Una leyenda famosa en las Historias de Tío Conejo, explica por qué la nombraron *correvenado*. Su picada causa hinchazón y fiebre. Molestada, agredida, es casi tan furibunda como la avispa solitaria, azul y grande, que ataca al hombre y que al picar deja clavado un pequeño dardo que urge extraer del montón tumefacto y rojizo. De los efectos de la picada también se duerme la lengua, como picada de alacrán negro de siete marcas en la cola... Algunos han muerto de la picada, pero los médicos al ver el paciente sólo atinan a diagnosticar:

—“Septicemia”.

Son curiosos e interesantes algunos episodios de la vida silvestre. Esta avispa azul, solitaria, desciende a tierra y ataca a la araña negra, peluda, entablándose un terrible duelo a muerte que puede durar horas con la decisión final de la muerte pareja de las contendoras.

Entre las avispas venenosas muy comunes en el campo se destaca la apargatero. Azul también, pero más pequeña que la solitaria. Construye su casa en la parte inferior de las ramas altas, gruesas, adheridas a la piel de los árboles. A veces unen varias casas que forman avisperos alargados, blancuzcos, de población azul muy abundante.

Si se les apedrea, ponen una guardia permanente que vigila. Al rumor de voces o cualquier otro ruido causado por el hombre, se alborotan y sale derramada, la avalancha azul, compacta, dejando tras de sí un sonido peculiar: rrrrrrrrrrr, como rasguído. Entonces es necesario huir, ocultarse, buscar refugio contra la acometida agresora.

•••••

Del entendimiento de míster Palmer y el Mayor Alligator nació la fórmula ideal: Hombres verdes del 33 con un Sargento experimentado, con dominio del español, acantonarían en el hato. De allí, fórmula y hecho, partieron muchos acontecimientos lamentables.

•••••

—Uno verde menos...— bajito, se comenta en La Tigra. Juan Cancio no se encuentra. Se le supone en las faldas del tocayo *Juan Bellaco*. Conoce bien las curvas de sus rocas protectoras.

Míster Palmer ha regresado y reinicia las actividades de sus proyectos que ha estado postergando. Pero a pesar de las garantías, de todo, no se siente tranquilo... Signos malos lo perturban... Además, la señora insiste en que abandone todo.

Sorpresa... terror en el Hato.

—Otro menos...— corre la noticia.

—La merma... ya lo había dicho...— comentan en La Tigra.

•••••

Los apargateros han puesto sus casas en los árboles que sombrean el baño del río que los verdes suelen usar. También en los pasos y sitios que frecuentan. Han sido alborotados misteriosamente. Ya ni en silencio podían pasar sin riesgo.

A pesar de los reveses sufridos, los tres se acercaban a gritos, excitados por la bebida.

—Rrrrrrrrrrrrr— y un compacto ejército azul, inesperado, se lanza al ataque. Las bestias nerviosas bajan la cabeza, sacuden la cola, patean, tratan de huir, estiran con fuerza el hocico y al no

conseguirlo corcovean, tumban la carga y huyen, se alejan, desesperadas, ladeadas las monturas o con los aperos bajo la panza, zurrándose contra los árboles que encuentran.

—¿What hell is it...?— enderezándose, sacudiendo la cabeza, tirando manotones para apartar a los agresores que bajaban ágiles y rencorosos... Bad sprits...— habló de nuevo.

—¡Abejas silvestres...!— El Sargento humedecía constantemente el labio inferior, tumefacto y rojizo... ¡Fiebre...!

—Big mouth...

Ojos, labios, orejas, manos y espaldas, todo sirvió de blanco.

Cuerpos febriles y descompuestos, sin bañarse, uno tras otro.

Mientras estos sucesos se desarrollaban, el Mayor Alligator ha hecho publicar en los periódicos y fijar en las paredes de la ciudad, en forma profusa, el siguiente comunicado AL PUBLICO:

“El día 19 de enero de 1920 el Sr. jefe de los perturbadores telegrafió al Fiscal diciéndole en el sentido que los americanos estaban defendiendo su propia propiedad en el ható. El perturbador llamó esta protección de los dueños legítimos, atropellos y estado de guerra. El 27 del mismo mes, el mismo perturbador telegrafió al Sr. Gobernador de esta provincia diciéndole que los americanos continuaban protegiendo sus propiedades, pero esta vez calificó esta protección de atropello.

“Se basa toda la dificultad en la verdad que el grupo de culpables que incluye las familias perturbadoras han violado los derechos de propiedad del dueño del ható hace tanto tiempo, que ellos piensan que esta violación tiene la sanción de la Ley. En el telegrama del máximo perturbador, del 27 del último mes, dijo éste al Gobernador que si no ponía coto a la protección por los americanos a sus propiedades, entonces el público lo haría así el (‘público se encargará de juzgarlos’).

“El público conoce que una comisión fué al ható y a otros lugares en aquella parte de la provincia, para investigar el asunto de que se ha quejado el máximo perturbador. Cuando los culpables de esta

enojosa cuestión vieron que la autoridad legal estaba determinada a sostener la ley y el orden, uno de dichos culpables asesinó al Oficial en Jefe de la Comisión, llevando a cabo de este modo la amenaza que hizo el máximo perturbador en dicho telegrama fechado el 27 de enero.

“Hay algunos terrenos del hato que están en pleito. Los americanos no han entrado a estos terrenos porque están esperando la decisión de la Corte, la que obedecerán: pero mientras esto sucede se defenderán, ya que el derecho que tienen sobre lo que les pertenece, así lo requiere.

“Mi sincero deseo en esta provincia es asistir y cooperar con las autoridades locales en la ejecución de las leyes del país, especialmente en cuanto a mis compatriotas; y, si se halla que las autoridades no tienen la voluntad y rehusan la legítima protección a los ciudadanos de los Estados Unidos, o se halla impedida la autoridad en dar dicha protección por actos de violencia, lo mismo que acaba de ocurrir, entonces mi Gobierno estaría justificado en aprovechar el Derecho Internacional y dará la protección apropiada.

“Las tropas americanas permanecerán en esta provincia hasta que los señores perturbadores y otros culpables, y los auxiliares y cómplices de ellos reconozcan y obedezcan la autoridad legal y constitucional, así sea UN AÑO, DIEZ AÑO, o MAS TIEMPO la necesidad de la permanencia.

J.W. Alligator,
Mayor de Infantería 33”.

Los tres regresan pensativos, derrotados.

Otras veces, las apargateros, las solitarias, las azules, las correvenado y los conguitos, aliados, volvieron al ataque, en pelotones de colores dispares, a ejercer su acción justiciera y vindicativa, colaborando con los hombres, contra los hombres verdes, mientras otros hombres, muy hombres, trabajan, siguen moviendo fuerzas ocultas, organizando el rencor y la muerte, haciendo insufrible la vida de los invasores...



Ya no se puede... No se resiste... Y a nadie se ve...

—Nos matarán a todos, de seguir aquí... Dos perdidos ya... Ese criminal que llaman La Sombra es el autor de todo, la cabecilla del alzamiento... Da golpes como la pantera... y desaparece sin dejar rastros... ¿Quién se entiende con esa fiera en tanta montaña?... Y el cerro lo ayuda... ¡Juan Bellaco...! ¡Claro...!— reconoció, humilde, míster Palmer.

Y al amanecer, sin hablar, a medio paso— ¡paso de derrotados!—, el grupo tomó la retirada, emprendió el camino de salida... de afuera.

Otros hombres apostados sobre el mirador de una colina que el sol comienza a dorar, los vieron partir.

—Les ganamos al final, pero se van vivos éstos.. No debían salir así... ¡Viva Cruz Albán! —todos

—El fue el que ganó... Todo fué obra suya... su idea... su pensamiento...— proclamó Juan Cancio. Yo también me salgo. Mi misión es larga... el trabajo de *Sombra* no se queda aquí... Ganamos por este lado, pero falta seguir pe.liando... ¡Pa adelante...! ánimo, Juan Cancio, que Cruz Albán está contigo...

Tierra sin viento

En el pasado remoto el territorio fué asiento de densa población autóctona en estado social avanzado. De modo irrecusable lo testimonian las obras talladas en piedra, las creaciones estatuarias descubiertas, escondidas en la tierra, que son placer, sorpresa y admiración de entendidos.

La evolución intelectual se confirma, por otra parte, en la fina cerámica bien trabajada, simétrica y colorida. También la rica fauna aurífera encerrada en las guacas. Desde el águila cimera y audaz, alas extendidas en trance de emprender el vuelo, hasta el cocodrilo, pasando por una variada escala zoológica, tuvieron cabida en la concepción de los estetas nativos y formas prodigiosas en las manos hábiles y afanosas de los creadores.

Quizás la explicación primaria del asiento de la nación habría que buscarla en la existencia de ríos caudalosos que proporcionaron abundantes peces, en el tesoro de la cacería que las anchas selvas ponían al favorable alcance, en las tibias y abrigadas playas propias para recuperación, temporadas sedentarias de dulce ocio y celebraciones también.

Allí, en un recodo de la costa el mar ofrece un azul de cielo límpido y serenidad de remanso. Las grandes marejadas, los huracanes pavorosos y las tempestades horrisonas, no se conocen. Las palmípedas, el rosado, señorial y rítmico patocucharó, el pelícano tragón, el raudo y audaz patocuervo se confunden, confraternales y felices, con caracoles, conchas y caracolillos

que semejan pulidos abejorros de nácar que en amuletos y joyas usara el hombre cobrizo.

Sobran razones que explican el desarrollo progresivo integral a que habían llegado los pobladores primeros de la zona, entre otras la localización de una bien diseñada, larga y hábil comunicación terrestre que unía las tierras planas y bajas, tibias, con las del noreste, quebradas y frías, sacudidas por fuertes vientos temporales.

La tierra ubérrima, selvática, bordeada de costas, era el país de la vida, de la abundancia feraz, de la comida segura. El noreste, la tierra sagrada, la patria de mitos y leyendas guardadas en cronologías misteriosas, celosamente escondidas, de la Edad de la Tortuga que conserva los orígenes del pueblo.

En el noreste mora la Montaña Sagrada, el altar de los ritos tradicionales, perdidos en la oscuridad de edades remotas.



En las frías noches de verano, cuando se sosiega el viento: cuando la luna se ausenta a mundos lejanos y el rocío endulza la tierra, vivifica las hojas y descansa sobre las piedras blanquecinas, las tribus se congregan a ofrecer ceremonias y sacrificios al padre tutelar.

Entonces, en la calma de la noche, los hombres exóticos como bultos de piedra, contemplan la cima. Ronda el eco de estremecimientos subterráneos, recónditos, persistentes, ruedan pedruzcos precipitados. La cumbre expulsa resplandor dorado... Después del silencio atónito, una sacudida lo estremece todo. Los árboles se inclinan; las piedras ruedan; todo oscila. El resplandor se agranda y la fumarola se diseña esplendorosa.

El silencio se hace de roca, compacto.

El tigre dejó de bramar en las cuevas que cercan bejucales y los pájaros nocturnos enmudecen. Sólo la tierra manda, impone, domina, dueña. Un leve ruido se deja oír: las hojas crujen, se mueven las pajas y caen como goteras de ceniza arenosa.

Fuego, fuego dorado en la cima, fuegos sagrados de los dioses aborígenes... Y la montaña sigue resoplando luces que impulsa su oculto fuelle, las luces que señalan los derroteros de los hombres selváticos.

Con la luna que reaparece apocada, cansada de su viaje mensual, bajan los grandes ventarrones que tuercen matojos, árboles y piedras obligándolos a mirar hacia el sur.

Las tribus se preparan. Gritos responden a los gritos y grupos diseminados en los flancos montañosos se congregan, citados por la llamada potente de los caracoles.

Pasaron los rituales en que todos participan. Las bebidas fermentadas alucinadoras, la música de carrizos; el baile del venado, estruendoso, violento y difícil; el del tigre, cauteloso al principio y desgarrador al final; el dulce y vivaz del conejo pintado; el de la zorra, cauteloso y lleno de astucia; el juego del mono y la captura del alcastraz. Pasó también el convite nocturno de las serpientes enloquecidas por la magia del pito de barro.

Y al final, como epílogo, Las Claridas.

Ahí está la hondonada solitaria y limpia donde huelen las hojas secas; ahí desliza la quebrada su corriente sonora brincando entre puntas pétreas que la atajan; ahí están las vasijas que guardan las bebidas fermentadas para recibir el sereno nocturno.

Por la vereda de lento declive, entre matorrales silenciosos, apoyandos en nudosos bordones, tardos y gibosos, los ancianos llegan, obedientes a llamados ancestrales.

Sentados en torno a las vasijas ofrecen, mirando al oriente. Y beben, beben y beben y sobre sus caras terrosas lame el resplandor de las fogatas que crepitan alentadas por las plantas verdes escogidas, que retorcidas por la llama azul despiden vapores y esencias embriagantes.

En la mitad de la noche los ancianos se estremecen, sacudidos por los jugos del brebaje. Beben, beben, crecen y tiemblan agitados por visiones de delirio. Cierran los ojos, jadean y al final saltan e inician una danza entre lasciva y macabra... Saltan y

danzan, saltan y danzan antes de caer presos de contorsiones, eruirse de nuevo mientras en el cerebro fluye presencia de mujeres desnudas, bellas, que también danzan con locura, la cabellera suelta entregada al torbellino de los movimientos.

Los espectros del delirio, siguen hasta que, de pronto, cesa toda actividad. En el cerebro agitado siguen fluyendo las imágenes que atormentan. Ahora aparece una mujer desnuda, triste, que recoge semillas en las parras vecinas. Oculta el rostro tras la cabellera derramada hasta la cintura... Bajo los fulgores mortecinos de las piras camina como sonámbula; se acerca indecisa y luego se inclina a tomar ceniza del borde del fuego humeante. Se endereza y danza entre los ancianos que se han incorporado, danzan frenéticos y en la noche sus golpes repercuten sobre el suelo vestido de hojas secas...

Es el baile con la Tulivieja, la que toma la ceniza, la mujer llorosa que busca al hijo que nunca encuentra.

—¡Guuuuuuuuuuuu!— suenan, espaciados, los alertas que lanzan los que vigilan apostados en el contorno, que impiden acercarse al sitio del ritual postrero.

En la alta madrugada, cuando las energías languidecen y las bebidas han cumplido su misión, los ancianos caen dominados por los estragos. Al amanecer otros hombres bajarán a la hondonada a recoger a los aniquilados por el delirio, tumefactos los pies de tanto golpear.

Las tribus avanzan entre veredas bordeadas de zarzas y matos chatos espinosos. Van a las lagunas que duermen en medio de las selvas, la superficie poblada de barquillos de hojas viajeras que el viento hace retozar de orilla a orilla. Van a los baños. Músculos agobiados, tendones retorcidos, fatiga, desaliento, todo quedará disuelto en el líquido tibio, estimulante y reparador que mana, subterráneo, de la raíz, de la Gran Montaña.

Luego viajarán hacia el sur... La dulce tierra de la comida. La tierra habitual... La tierra Sin Viento, acariciada por la brisa marina. Irán también a la playa escondida que guarnece la empalizada

negra de los manglares tupidos, a los juegos rituales de las tres noches seguidas, con la primera del plenilunio.

Y los vientos pasarán a gran altura, lejos, atajados por la mole enhiesta de la Gran Montaña protectora y por bosques auxiliares que avisan desde los empinados parapetos, defendiendo las tierras planas, ubérrimas, que llegan hasta el mar, para que las nubes despeñen sus cataratas.

•••••

Surgió un conflicto... Viejas rencillas atizadas por intriga interesada... Fuerzas invisibles movieron a hermanos contra hermanos; la guerra con sus muertos inocentes, sus dolores innecesarios y el espectro espantable de la miseria estaban allí, con presencia repugnante y espantosa.

¿Por qué...?

Tierras, fronteras... Fallos injustos... Intrigas.. Intereses ocultos... Sacrificios en aras de un personaje malvado, diabólico...

Apenas retirados los muertos, disipados los estampidos homicidas, suturada la carne fraterna herida, llegaba a la bahía silenciosa, custodiada por la empinada selva, el monstruo metálico con las fuerzas expedicionarias invasoras en función de obligar, imponer la injusticia...

Y la dulce Tierra Sin Viento de los antepasados fraguada en primaverales amaneceres de la noche geológica, sufrió extraña conmoción. Y en protesta se rajó el fondo de los abismos marinos y las montañas se estremecieron, sacudidas con violencia, en oleadas de presentimientos fatales.

•••••

Nació una nueva era. La negra era del dolor, de los racimos verdes, ácidos...

Los males llegaban simultáneo en zodíacos sangrientos. Con el monstruo de hierro también llegaba de la otra frontera un mensajero misterioso que cualquier día salió de las montañas o, más

presumiblemente, de “la costa norte”, como decían los al parecer mejor informados.

En su mula prieta visitaba las familias establecidas en la vasta zona que orilleaba la Tierra Sin Viento. Formulaba preguntas, hacía anotaciones en cifras extrañas, escribía nombres, diseñaba planos y establecía límites. Algunas veces contrató baquianos y provisto de aparatos y herramientas, brújulas, largavistas, niveles, mapas y libros, se internó en la montaña durante largos días. Recorrieron ríos y costas; anotaron elevaciones; estudiaron terrenos, rumbos y vientos, y al volver a casa, él consultó las notas, formuló otras preguntas, rectificó medidas e hizo nuevas anotaciones.

Al fin habló, después de larga preparación.

—Ya no hay guerra... El barco está ahí, que no es cosa de juego. ¿Por qué matarse disputando tierras que nadie trabaja, deshabitadas? Es tonto...

Sin razones objetivas, se adivinaba, se intuía, identidad de fines, relación oscura, entre los hombres del barco y El Hombre de la Mula Prieta, como ya le llamarían.

—Ahí está el barco... ¡Y qué cañones tiene! Hasta acá alcanzarían... hasta acá podrían... Cualquiera día me voy a bordo... EL CHICAGO se llama... —se aclaraba, mientras sonreía de manera extraña.

Sin poder afirmar juicio acerca de lo dicho por el Hombre de la Mula Prieta, sin comprender la profundidad que sus palabras escondían, los vecinos pensaban que la costa estaba a más de una jornada, que es lo que da la noción aproximada a los que no saben de instrumentos pero han vivido en estrecha relación con las distancias... “Cómo será eso... Llegar hasta acá, tan lejos” —pensaban.

•••••

El barco seguía en la bahía rumorosa.

Continuaron las visitas temporales del Hombre de la Mula Prieta.

Seguía preguntando, averiguando, rectificando datos, agregando nombres de personas y lugares, consultando mapas y dibujos sobre los cuales se mantenía inclinado, silencioso.

Si se le preguntaba por qué no seguía hacia el norte, hacia adelante, respondía sin tardanza:

—Hasta este límite es... De aquí para abajo, hasta la costa...— y extendidos los brazos abarcaba, en escala, dos puntos cardinales.

Ya familiarizados con las frecuentes apariciones del Hombre de la Mula Prieta, alguna mujer se atrevió a preguntarle

—¿Y usted es checherero...? ¿Vende...?

—No...Más bien compro... Alguna medicina... heridas, fiebres o cualquier cosa, tengo... Lo doy, no vendo...— y reía cordial. Si era necesario, daba. Pagaba buenos salarios, ofrecía cigarrros y bebidas durante sus largas incursiones tierra adentro. Pagaba alimentos y servicios sin regateo, al momento. Se hizo amistoso, casi familiar, hasta inspirar confianza.

Finalmente desapareció el misterio, se aclaró la duda.. Míster Peck, que así era su nombre, explicó su misión de meses sobre la mula prieta.

—Compro los cultivos y derechos que tengan ya que no hay títulos. Ocupan pocas extensiones pero son tierras necesarias en este continente... Libres de ocupantes las queremos...— propuso al viejo Rueda.

—No vendemos... Salimos del pueblo porque no había donde cultivar ni criar... Aquí tenemos donde ensanchar, lo que apetecemos. Aquí hay para estos chicos de ahora, mis nietos, que mañana serán hombres, cuando yo no esté en este mundo...— con calma respondía el anciano.

Como misionero que visitara a sus fieles casa por casa, así recorrió toda la extensa zona donde había alma viviente establecida. A todos dijo el mismo encargo, adujo iguales razones, calmado, sin violencia. Y salvo pocos casos, todos respondieron en parecida forma al viejo Rueda.

—Buenas son las tierras; corresponden y no queremos salirnos de ellas... Por eso nos metimos en estas soledades... Afuera no hay nada... Ajenas no hay, no sirven, cansadas o vueltas potreros... y aquí para donde quiéramos ensanchar, a lao y lao...

Por algún tiempo no se vió a míster Peck; desapareció. Se había olvidado a los vecinos su figura larga, doblada, huesuda, forrada de kaki, el casco inclinado y el cigarro humeante. Pero el barco seguía en la bahía, cuidando protector. Hastiados de la vida circunscrita del navío, salían a tierra firme a excursiones, a perseguir fieras y a gastar el tiempo que se hacía cansado, aburrido, intolerable...

Y con los militares saltaron a tierra otros hombres que no manejaban las armas convencionales de la guerra, pero que manejaban con singular maestría otras armas igualmente efectivas y mortales cuya acción completaban los otros, los militares.

Y reapareció míster Peck, el Hombre de la Mula Prieta.

—Venda amigo, que es lo mejor que puede hacer... Sé por qué se lo aconsejo... Después pagarán menos... Esto es para el americano...—y, sin desmontarse abría el libro de notas mientras la mula prieta soportaba paciente. Aquí tiene quince hectáreas... Los cultivos... Venda amigo, que es plata caliente, segura, cashhhh. Su trabajo no se puede perder... Porque más adelante, si lo deja para último, será menos plata... Es para el americano, la gente que no quiere más guerra aquí, por este lado, la gente del barco ese allá en la bahía...

•••••

No era feudo, no era latifundio, no era hacienda. Propiamente era un territorio. Vastedad, selvas ricamente pobladas de árboles valiosos, irrigación de numerosos ríos, vegas ubérrimas de opulento verdor...

Los firmes estratos geológicos estaban lejos, escondidos bajo el gordo espesor de la rica acumulación vegetal, suave y húmeda.



Ligereza, imprevisión, superficialidad, festinación de las cosas que reclaman mayor cuidado.

Profundas hendiduras en cuerpo y alma de muchos... Herencia fatal que dañará en el tiempo y el espacio...

Y encima, campanas de gloria... loas al progreso paradisiaco.... himnos a la prosperidad a raudales... pero, en realidad, infamia.

Se anunció la concesión extranjera de cruenta y negra historia.

Ni pulgada de reserva quedó... Todo embargado... ¡Error y horror...!

Y comenzó el trabajo demoledor con eficacia diabólica. Las selvas asombradas por la locura exterminadora del hombre, caían indefensas. Caían las montañas atónitas. Fué una epopeya devastadora, llena de horrores que realizaban hombres sencillos bajo el comando de capataces adustos, hombres guiados por consignas extrañas, dependientes de complacidos gerentes al servicio de amos desconocidos, lejanos, que nadie había visto pero cuyo poder se adivinaba, se temía. Amos más poderosos que los gobiernos, que los países, socios de la muerte, que reparten la muerte, tan poderosos como la muerte, de brazos tan largos que alcanzan más allá de todas las fronteras; con manos que preparan filtros enloquecedores con ingredientes letales que ocasionan tantos males peores que la muerte.

La selva vencida por la tenacidad y el encono era sustituida por las plantaciones. En medio de los cuerpos muertos tendidos, insepultos, entre los troncos calcinados, circulaban los hombres que colocaban en el vientre húmedo y feraz, la nueva semilla, engendro de las fincas de miles de matas, para millones de racimos, para miles de millones, de otros millones...

Las trochas penetrarían los horizontes para darlas a las líneas férreas que se estirarían kilómetros y kilómetros, que una vez se juntarían y otras se alejarían hacia fincas y confines distantes, para converger al final.

Donde antes había selvas milenarias alertas, casi impenetra-

bles, envueltas en neblinas permanentes, ahora todo caía. Donde antes mandaban el tigre, el macho de monte los cerdos salvajes y las grandes culebras, ahora no habita ni el inquieto mono, remontado a las lejanías. Lo que fue imponente y grandioso, es tierra arrasada, tierra de melancolía.

Es que nacían fincas y poblados, más crueles que las selvas, que las fieras todas; que las lluvias interminables del invierno; más venenosas que las víboras más malas.

Nacen poblados y fincas... fincas y poblados...

Uno es hermano de la otra. Hijos de la misma mano: iguales. Son poblados donde manda la muerte, la muerte a pedazos, en raciones cotidianas.

Y con las semillas de las grandes fincas y de los nacientes poblados en serie se echaban otras semillas! — a destinadas también — ¡Como todas las semillas dar frutos, frutos malditos de dolor y oprobio...

Como los árboles de las selvas, contrabandeados por el maderero, a millares caerían los hombres, caerían desgajados por la muerte, devorados por la empresa satánica... Caerían tantos como en el otro Canal. Caerían para que nacieran otros hombres creados por la empresa uniendo ingredientes podridos, productos suyos de desecho “a su imagen y semejanza”, que serían lanzados contra los hombres inocentes.

Las fincas, poblados seriados, las fondas, la suciez, la imprevisión, las cantinas y prostíbulos actuando como trapiche siniestro operado por un festivo Satanás, molerían al inocente para extraerle los líquidos aprovechables, los jugos positivos, y luego llevarlos al mercado... y abandonar el bagazo, la pasta excrementica de lo que fué Hombre...

•••••

Los trabajos ya no se pararían... Seguirían... seguirían.

Siguieron a ritmo acelerado ascendente, devorando hombres, que como los racimos, producirían racimos de millones.

El tendido de las líneas férreas, las líneas auxiliares, los cambios de vía, las estaciones; los puentes y canales; las plantas y tuberías de desinfección con sus estaciones de limpieza; las redes de irrigación; los galpones alargados; los establos y corrales; los caminos de balastre, largos, que se meten bajo la sombra fresca de los tallales apacibles; las fincas con sus siembras, chapias y cortes; los lotes simétricos, limpios y cespedizados de los poblados; las alamedas de tecas con hojas orejonas, movidas de lado y lado por resortes escondidos.

Colindantes con las fincas, como apéndices, los poblados. Rectangulares, cuatro frentes, cuatro líneas de edificaciones, de casas en series, de la misma estructura, iguales. Las casas de zinc y madera sobre pilotes canilludos, con sus baterías de cocinas y retretes.

Más adelante las barracas de los indios, medio escondidas, difusas, próximas a las quebradas; el comisariato, y en el centro el campo cespedizado, el “yard”, que a veces se utiliza como cancha de juego.

Afuera la ciudad.

Los grandes edificios de las oficinas de la administración, el hospital, los talleres, los patios ferroviarios, el club; la ciudad de los latinos empleados, con sus viviendas también seriadas, disimuladas entre parras y la sombra de los palones centenarios, bien atendidas, rodeadas de verde grama, recortada y limpia.

Después el campo de aviación y el arenal costero, tórrido, la densa muchedumbre de habitaciones ocupadas por multitud variada y rara, vinculada directa e indirectamente, o que intenta vincularse a las actividades de la empresa... Black Town se le llama.

•••••

Adyacente a las áreas delimitadas y precisas de la Compañía está la otra ciudad, el otro mundo, una especie de tierra de nadie.

La arquitectura es desigual y varia; las calles casi siempre sucias de malezas y basuras; la escuela larga y corpulenta, con su

patio arenoso; los despachos oficiales; las líneas férreas; el muelle hercúleo, en constante actividad; el calor abrasador; los prostíbulos y cantinas con su permanente animación; los barrios marchitos con su población harapienta y triste y, más adelante, el río que baja con una melancolía moribunda, agónico, a pocos metros de perderse en el mar.

Saliendo de un recodo asoma la faja sucia. La tierra plana, sin piedras ni elevación, rota por el cauce, muestra el débil espesor de los estratos.

El declive es mínimo. El curso baja sin ganas, perezoso y enfermo.

El agua pútrida, cenegosa, a veces retrocede empujada por la repunta que entra en el canal de la desembocadura atajada por el banco de arena que crece, bordeando un largo trecho de la ribera.

Donde el barranco orrillero crece un poco, asoman los huecos de los cangrejos, animales muertos, basuras y desperdicios. Un rastrojo polvoriento, enfermizo y hediondo, le sirve de contorno.

En el agua sobresalen los lomos podridos de los árboles que cayeron en el lecho; latas vacías, objetos inservibles y mil cosas feas más que se acumulan con la pobreza. Donde hay menos profundidad, el agua detenida se cubre de costras de limo verdoso que recogen basuras leves que flotan. Sobre estas frágiles islas donde la suciedad se detiene, las moscas descansan, beben y dejan la dinamita de su carga infecciosa.

Curso arriba, donde el agua parece más limpia, juegan chiquillos. El desnivel allí se acentúa levemente y trata de formar corriente. Aparecen los costillares de algunas piedras donde las mujeres lavan, golpeadas por el sol.

Con la gente bajan también cerdos hambrientos que buscan caracoles y almejas que pueblan el curso.

Este es un río que se torna triste apenas comienza al acercarse al hombre. Arrastra un mensaje de suciedad, miseria y agonía. Es un río confundido con los pobres que moran en las riberas.



Todo se mueve de día, de noche, a toda hora...

Constantemente se mueven los hombres en el muelle, en los barcos, en las máquinas, en las líneas, en los *suiches*, en los teléfonos, en los talleres, en los corrales, en los caminos, en los comisariatos, en las plantas, en los despachos, en las cantinas, en los prostíbulos, en el club, en las fondas, en las residencias; se mueven las líneas férreas, las locomotoras, los barcos, los mulos; se mueven los caminos, la paja agitada por el resoplido de las sirenas, los árboles entristecidos; las matas se mueven en las plantaciones apuñaleadas para que entreguen los racimos.

Todo debe moverse con movimiento permanente, como si una locura universal sobrecogiera a todos y a todo.

Y todo movimiento debe rendir ganancias, siempre ganancias, muchas ganancias para muy pocos... y pérdidas, siempre pérdidas para muchos, muchísimos...



En pos de sus propios objetivos, como halados por imanes desconocidos, hombres de todas las direcciones del globo, guiados por secretas aspiraciones, se dan cita anónima en la Tierra Sin Viento...

Llegan a millares los hombres traídos por la empresa, tomados en los sitios de enganche, en el mercado de la mano de obra barata; también llegan muchos otros arrastrados por sus propios intereses e inquietudes.

Y todo crecía...todo se ensachaba... Crecían las plantaciones, las fincas, a expensas de las montañas que morían; crecían las líneas férreas; crecían los tristes barrios con el ingreso constante de los nuevos reclutas enceguecidos por fantásticas visiones del nuevo El Dorado; crecían, sin duda, los seguros millones de racimos verdes de las fincas con sincronizada puntualidad, para grandes barcos que los llevarían lejos; y crecían, también sin duda, la sordidez, la miseria y el desamparo entre los hombres...

Y los años caerían sobre la que antes fue la dulce Tierra Sin Viento, ahora tierra de amargura, tierra de dolor...

•••••

Los barcos, los grandes barcos, con sus sirenas chillonas, sus bodegas frías y sus cubiertas de lujo para el pasaje selecto, llegan con puntualidad indiscutible. Vienen a llevarse millares de racimos que en brazos de hombres y máquinas llegan a las bodegas para irse muy lejos a puertos extraños.

Mientras los barcos viajan mar afuera, las fincas paren, paren, paren racimos para nuevos barcos que llegarán, seguirán llegando... Hasta cuándo?

•••••

Las fincas, los racimos y los barcos...
Los hombres...
Los indios también llegan...

•••••

Llegan, huelen, se inquietan...
Es que soplos antiguos los identifican:
soplos que vienen a la tierra, de tierra
propia que sienten en la sangre.
Y sonríen sin saber por qué.
Sonríen porque sienten...

•••••

El funcionario recibió el memorándum enviado por el jefe del departamento. Con él a la vista llegó ante el escritorio del superior.

—Recibí esto...— mostró el documento. Así haré como ordena, pero hay que darles el preaviso y lo demás... Usted sabe que ya la gente sabe qué hay que darle... Hoy, a la salida, les avisaré pero quería recordarle la cuestión ya que tiene tantas ocupaciones y podría olvidarse...

—No embrome pues... Usted no gana experiencia... Es lo que les digo siempre; la Compañía necesita gente de iniciativa, que comprenda, que sea capaz de entender cómo son las cosas... No ve cómo ascienden algunos, cómo mejoran... Aquí cerca tiene el ejemplo de Sorondorgo... De la serie mundial acaba de venir... Sus quinientos y ya no lo ahorcan por cualquier cosa... ¡Qué prestaciones ni pan bendito...! Por Dios, que no tiene imaginación: hablé con el Chieff Clair... Está de acuerdo con mi fórmula. Ponga un informe diciendo que robaron cuáles cosas o cualquier cosa que le parezca... Si reclaman, mándemelos y acá saco su informe... Vean esto, les digo... Les conviene más no reclamar que ir al juzgado o quedar con mal nombre y encima presos... y expatriados de aquí porque no habrá más trabajo para usted.... Falso de imaginación, ustedes... Y con el papelito que le remita al juez o al alcalde, se convencerán de que no es juego.... Dígame, ¿cuántos años lleva aquí sin ganar experiencia...?— rió con estrépito, inclinado hacia atrás, presionando los resortes de la silla, que traquea.

—Acá les vienen pues...— y salió sin despedirse.

Ya afuera, rumbo a la oficina, apesadumbrado y con el entrecejo arrugado, contempló el paisaje mustio, ardiente. Se detuvo al ver a un conocido que se acercaba en dirección a los talleres.

—¿Te duele la barriga, con esa cara...?

—Trago amargo... Todo por no tener plata y poderlos mandar a... Hijos de puta...

—Como el alacrán, que él mismo se mete la ponzoña...

—Tiene uno que soportar cosas que dan ganas de vomitar... Asco... Desde acá veía esta mañana en la puerta de la gerencia al maderero con su cheque gordo en el bolsillo, negociando la concesión que se sacó con su influencia... Tumbiar árboles que nunca ha visto, que son de todos, y acá me dicen que bote a unos infelices... y que los acuse de ladrones cuando no han hecho otra cosa que trabajar de más, todo para no pagarles miserables prestaciones... Semejante vaina...! Por eso tengo cara de pocos amigos... Y en los periódicos se atreven a hablar de agricultura, de protec-

ción, de las aguas y del porvenir... Lo único que consideran son los dólares del maderero, sin hacer nada, y de la empresa... Sin madera, sin agua, desierto es lo que va a quedar con esos negocios de tigre con burro amarrao... Claro que el burro es el país... Y no es tigre sino los tigres...— el funcionario.

—Es que eres mal alumno: con la lección que te ponen todos los días debías tener callo en el alma... Está visto que ser malo deja. Aquí deja... No es malo ser malo. Ponte a recordar tanto perverso que hay cerquita... Si te vuelves facineroso y atracador, con un empujoncito más te nombran diputao... Ahí tienes al vecino de abajo... y finqueros, mandadores y capataces y hasta apuntadores... De colgarlos... Y todas las garantías... El malo recibe premio. Por uno de esos me salí, para no tener que matarlo y buscarme una vaina más seria... Porque la razón siempre la tiene tu jefe...— Rito Palacios, alejándose y deteniéndose a conversar, más adelante..

Los cortes y embarques se suceden con febril actividad... Se trabaja intensamente todos los días, sin excepción, sin advertencias del calendario que clama por “los días de guardar”... Hay sed de ganancias que nadie logra mitigar. El obrero madruga a trabajar, trabaja de noche, a toda hora, no importan las horas... La comida se recibe más engullida que masticada, a prisa, con sobresalto, pendiente de la perspectiva del sobretiempo.

A las cinco de la mañana la sirena llamó a todos, a todos puso alerta y todos se pusieron de pie, apresurados.

La cuadrilla, a la vista de su capataz Pedro Quira, inicia el corte. Apenas ven donde colocar el pie, entran a las plantaciones. Callados, pacientes, maestros en la ejecución de la labor, cortan y transportan los racimos que las máquinas llevan hasta los sitios de limpieza.

Terminado el corte, trabajan copiosamente en las tareas de limpieza, forrado y transporte a los vagones.

Los carros circulan llenos, pesados primero, remolcados por las locomotoras locas, que no dejan de pitar, de pedir permiso,

mientras agregan nuevos carros al convoy semejando un fantástico cienpies amenazador...

Las máquinas corren en dirección al muelle para regresar y volver de nuevo, mientras los hombres acumulan horas en la misma faena. Aquí el reloj tiene una función limitada. No se usa para medir el tiempo y sus complicadas situaciones. Tiene la exclusiva función de robar tiempo... Medir el tiempo que no se reconocerá a los que lo hurtan al descanso y a la vida para producir millones a otros, millones para los que siempre descansan...

Los carros se llenan con rapidez para ser reemplazados por otros vacíos que se acercan, que esperaron turno mientras en el muelle el barco traga millares de racimos en su estómago ensanchado, grandote.

Los hombres sudan, tropiezan y resbalan bajo el peso de los racimos sanos, encima la mirada del capataz que fuma y grita.

—Cuidado con la fruta... Pedazo de bruto, no ves que así se estropea.— cuando el obrero tropieza y las fuerzas se van, agotadas.

Barco que dejaba el muelle, barco que se acoderaba.

—Ya... No aguanto...— la respiración precipitada. Diez y seis horas, desde las seis... Ocho horas de más y no resisto... Me rompo... Las ingles me traquean... ¿Será la obradera...— Jacinto Pacheco. Sacude el vestido manchado, estropeado, húmedo y se dispone a alejarse.

—¿Y eso...? ¿Qué le pasa a usted...?— Quira, el capataz Quira.

—Que no aguanto, reventao... Me voy... Lisiao voy a quedar si sigo forzándome.

—¿Con orden de quién? Eso es flojera... Si se va se queda del todo, sabe usted... Cuando más necesitamos hombres, cuando los barcos están apurados, esperando para meterse, usted se va... Eso es no importarle nada... Si se va lo saco de mi lista...

—Conque me apunte mi tiempo completo es suficiente... Mi cuerpo es el que me ordena que no aguante más. Me caigo desmayao, me pasa una máquina encima y entonces dicen que descuido, que la culpa es de uno..., y entonces ¿qué le dan? Vea

la empapazón... No aguanto, me reviento...

—¿Acaso es con ustedes...? Perdiendo tiempo, oyendo babosadas a este haragán... Falta de respeto. Haraganería pura... Echen fruta, que el carro espera, el otro barco espera también y aquí haraganiando... Y después se atreven a reclamar sobretiempos, a decir que no se lo apuntaron, carajos todos...

Amanece. Todo está somnoliento... La noche se trabajó con intensidad... Descansan sólo los que no resistieron... Dos barcos seguidos fueron despachados... Al amanecer se tranquilizan las líneas y silencian las máquinas, para volver tras breve tregua... Los hombres caminan entumecidos y silenciosos.

•••••

Oficina del Chieff Clear. Despacho severo. Calendario en la pared. Anaqueles, mesas de trabajo, algunas personas que esperan.

Detrás del escritorio míster Wisse despacha por turnos los asuntos del día. Aguardan, en el grupo, mecánicos, mandadores, capataces, apuntadores y obreros.

—A este hombre no lo quiero más por abusivo e irrespetuoso. Anoche, en lo más apurado, se negó a seguir y puso mal ejemplo a los demás. Se lo informo porque no lo quiero más en mi lista. Lo que le interesa es *cobrar* sobretiempos... que me deben tantas y más cuantas horas, es la cantaleta de siempre...! No lo quiero más, míster Wisse...—en su turno hablaba el Capataz.

—¿Por qué insistirrr, Quirrra, si él no querer trabajar más?

—Vea, míster Wisse, empecé a las seis, con el cuerpo malo. Usté sabe que el cuerpo no está todos los días en buenas condiciones... Sólo había parado para comer algo, cosita así... Después de las once, casi a media noche, no aguantaba, sin fuerza... y para evitar que me hiciera daño una máquina, me fuí... El lo que quiere es retirarme... Es todo... Usté me pasa a otra cuadrilla y ya...

—Mal ejemplo, haraganiando, flojera de mala intención,

míster... No lo acepto ni le reconozco más de las ocho horas, por el mal ejemplo...

Trabajé doble... ¿Acaso me va a pagar usted...?

No acepto eso...

Míster Wisse, lápiz en mano, ha escuchado con aparente interés, sentencia al final.

—Cobre su tiempo... La Compañía no acostumbra desautorizar su personal... Cobre su tiempo, cuando sea regrese... No hay transferencia... No posibilidad.

—Tengo más de un año de trabajo... ¿Las vacaciones, entonces?

—Parrra todo lo que falta entiédanse con el capataz. Lo que él diga. Lo otro no es asunto mío... Basta, retirese.

Los que todavía esperan para ser atendidos, se miran a los ojos. La protesta se adivina, se siente, sin expresarse.

Nervioso, el motorista Guerrero se encara al capataz.

—Oye, tú no eres panameño, verdad? Piensas con cabeza extranjera, sin contar con la injusticia que cometes tirándote a ése... Ni los centroamericanos... Te pareces al Hundureño... El mismo Hondureño. Consideran mucho más a las mulas que a los hombres. Y después le echan maldiciones a los gringos estos... Que lo haga un nica, un hondureño, otro cualquiera que no es de aquí, se explica, pase, pero que sea uno de aquí el que le arranque a un infeliz para darle al millonario, es tener alma negra... ¿Qué quieren que haga el de afuera?

Las palabras salen con rapidez, atropelladas, sin dar tiempo a la respuesta.

—Eso no es asunto de mecánica... ¿Acaso me meto en las vainas de ustedes allá?

—Pues coño, que hiedes... Mierda misma... Hasta las máquinas, y pregúntamelo a mí, hay que dejarlas enfriar... ¡Puñeta! Si fuera conmigo ya te rompiera la vida, cabrón... Amontonan injusticias y se cagan si ven un hombre encrespado... Joder...— el motorista Miguel Campomanes.

—¿Por qué no se lo reclama a míster Wisse?

El obrero despedido se retira, temeroso de las consecuencias de la disputa por su caso, resignado a su suerte, a su mala suerte.

•••••

Quira, Tuerto Vásquez, Manuel Sorondongo, el Hondureño y el Quema Rancho están muy activos, siempre acumulando méritos.

Con nuevos bríos, con eufórico entusiasmo, con vigor competente, regresan a sus cargos, pasadas las vacaciones en E. U. y Centroamérica. El Hondureño visitó Tegucigalpa; vió parientes cercanos y el hijo mayor, recluso en el seminario pues, como recordaba “se proponía dejar un fiel servidor de Dios”. De paso llegó a La Lima donde observó los últimos adelantos de la empresa en el ramo bajo su responsabilidad; aprendió nuevas cosas que poner en práctica acá. Más cerca, pasó sus días en San Pedro, donde hay tantas cosas interesantes que ver. Los otros lograron la temporada de *beis*, conocieron la Quinta Avenida, Brodway y el Rockefeller Center.

—¡Ayyy...! No te imaginas siquiera... No sé cómo contártelo. Tú vieras ésto... Ay, no...— exclamaría Sorondongo ponderando gozos, entre íntimos.

•••••

Movimiento extraño; agentes apresurados, llamadas telefónicas insistentes; motores a toda velocidad hacia el Distrito Quinto. ¿Qué sucede? ¿incendio será?— se preguntaban muchos.

—Sí, 24, métase en la línea auxiliar... Déja eso al carro especial de urgencia... Sí, ya la gerencia está enterada y para allá sale gente... ¿Levantamiento es?

En efecto, en finca 7 se producen sucesos nuevos para todos por lo inesperados y graves. El Tuerto Vásquez, que inspeccionaba los trabajos de la cuadrilla, ha sido violentamente desmontado, desarmado y agredido por trabajadores quejosos.

—Este trabajo no lo recibo... Quedan suspendidos... Eso es

robar... Hasta el fin de la quincena los mantengo en mi lista. ¿Qué se han creído...?

—Vea, jefe, no sea así... Usté acaba de venir descansao, pasiendo, y nosotros aquí pagaos a las matas... La chapia y el deshije, ¿cómo lo quiere si es así que se hace...? El bambino se puede meter de otro modo mejor... ¿Cómo vamos a perder tantos días y después borraos de la lista... Pa dónde nos vamos, jefe...? Cambie de pensamiento...— Samuel Zequeira habla por todos.

—No lo haga, le advierto, don...— Camacho acercándose.

—Me está amenazando... Recoja sus palabras...

Suspendan, que es ahora mismo... Hijueputas...

Todos callan. El hombre sobre la mula mira amenazador, habituado al insulto suyo y la sumisión de los demás.

—Suspendamos a éste... ¿Hasta cuándo jode gente...?— Como si se hubiesen transmitido el pensamiento unánime.

El grupo de los ocho asieron al hombre que intentaba sacar el arma; imposibilitado intenta huir, acicateando la bestia que se encabrita. Pero es tarde. Uno agarra con firmeza las riendas y otros despegan al hombre que inútilmente se aferra a la montura... El animal resopla, avanza y recula violentamente, aguijoneado por las espuelas que se clavan con firmeza, que se adhieren como uñas. La resistencia es vana porque lo desprenden, derriban y arrastran a un sitio claro, sin estorbo.

—Tomá por perro... Esto es por Mendive, al que espatriaron... y esto otro por los de arriba, de la otra vez...— y el hombre caía al impacto de cada golpe, mientras los otros observaban, en espera de turno.

—Déle cabe a los otros... ¿Acaso usté solo tiene que cobrar...? Que cobre Meléndez ahora... Apártese...— Indalecio Poveda dirige.

—Estas son las vacaciones del año pasao, robás... y éste el sobretiempo quitao... Párate como hombre, zambo, que hoy te cobramos el cuental que nos debes desde tiempales... No te cagues... ¿No eras tan hombre...?

—Ya, suspende... Ahora le toca a Becerra, que tiene cuenta larga...

Y faltan cinco que no han cobrao... Hay que dejar pa toos, que toos tienen su derecho viejo...— Poveda.

—Quita la sogá al macho... Pa que aguante mejor, de firme, amarrao... Pero vean cómo se mea solito... Y eso que falta lo mejor... Cagao primero y ahora miao... Por la jediondez hay que cobrarle... Encima... Y patá en el culo también... Parece que no comen ustedes puej...Le pasa la mujer al gringo pa tener fuerza contra nosotros...pa que crea too... Dale de verdá, con pulso, pa que sienta.

—Le faltaban estas vacaciones... Vino con tanta juerza...

Arrastraron al hombre hasta el poste cercano; ataron las manos unidas dejando el madero en el centro. El resto de la cuadrilla, alejado, contempla el desarrollo del proceso justiciero, seguros de la equidad del procedimiento. No participaban pero se sentían solidarios, representados en la escena.

—Así sí... Ya no se rueda en los almohadones de la paja... ¡Ajo!... Y volvió a cagarse... Apáñela con la penca y embárrasela en la *jupa*. Así, que se coma la misma... ¡Tan valiente con los pobres!... y quitador de vacaciones y sobretiempos... y botador de gente... Salió a aprender más jodedera... y flojos los muelles del puta... Y este es el remedio que hay que poner en toas las tincas onde hay tiranos... Pa comenzá, antes del otro remedio...

—Y trae esa otra sogá pal pescuezo... Después suspenderlo, que le bailen las patas... ¿Por qué los otros no cobran, antes...? Lenguaza ajuera... Ustedes sin cobrar, dejando pasar el tiempo, que es la ocasión... ¡Güevones...!— nuevamente comanda Poveda.

—Yo sí voy, que faltó... No he cogió parte... Pa que aprenda... Esta es la justicia de campo, de monte... Verdadera... y toma, canalla...— los golpes estallan tras leve pausa.

Sangran ojos, boca, nariz y orejas. Masa húmeda, sucia y hedionda.

—Suelten, que vienen...— uno del grupo, alejado, que observa.

A carrera, ya a muy poca distancia, los agentes se acercan, seguidos de lejos por funcionarios y empleados de la empresa, temerosos y desconfiados.

Sonaron disparos. Los hombres se separan del cautivo que mantenía la cabeza doblada. Al comprender que se acercan protectores, salvadores, trata de enderezarse y gime, acobardado.

—Aunque no cobre, por falta de tiempo, siquiera esto—...se acerca a pasos acelerados y golpea sobre la oreja, firme, al centro, contra el madero.

—No nos dejan acabar, pero algo hemos cosechao... Ahora, a preparar las costillas...— se separan, satisfechos.

—Todos detenidos... Cómplices éstos, que no evitaron. Esto es proyecto de asesinato... El que se salga lo mato... Esto es revolución, además... Y no son sólo éstos... Otros se esconden. Son el parapeto... Hay que buscarlos... Arrénlos a todos para el carro... Tiene razón míster Wata... Esto es comunismo... y disparan al primero que se salga...— ordena a los agentes que rodean, prestos, solícitos, armas a la vista, preparadas.

Otros transportan al herido que se desplomó, desligado del tronco y las ataduras.

—Bañarlo primero...— una voz del grupo.

—Arriba... Tirando los machetes al plan, y culata con el que desobedezca...— seguidos del destacamento y de los funcionarios, uno tras otro, callados, todos treparon al vehículo que se alejó.

•••••

Comentarios en todas partes... Los Ocho Machos son éstos. Ya no se habla de los indios que murieron electrocutados; de las publicaciones de afuera ni de la comisión del congreso. Ahora los Ocho Machos... Comunismo en las fincas; intento de revolución; influencia roja. “El oso enseña las orejas”, corresponsales, radios y periódicos clamaban.

—Esos no actuaron por su cuenta... fue bien pensado, con

cálculo. Detrás están otros... Procedimientos bien conocidos afuera... El Guerrero, el Juan, el Castro y los españoles esos... y quién sabe cuántos más, que no sacan la cara... A ellos no se les iba a ocurrir... Es un aviso. Hay que andar menos confiado... Por suerte me defiende ésta. La Virgen de Comayaguela, muy milagrosa con los cristianos... Y los que azuzan están en su ramo, me parece...— el Hondureño comenta con Sorondongo. Sígalas la pista y en la primera...

—Los hago vigilar... Sabe que cuento con mi gente....Son enemigos de la Compañía... Enemigos de todos porque esto es una familia... La familia compañüista... Por ahí los oye usted, en aquel pueblo, defendiendo a los que sacan por insubordinados y flojos. Aconsejan sindicatos, reclamos, huelgas... Nunca están conforme y se meten de abogados de los otros... Son los que hacen las cartas para que venga el Inspector a ver qué le pasa a los trabajadores, los obreros, dicen ellos... Por suerte éste tiene el buen juicio de averiguar primero en la *legal*... “Chismes”, les ha contestado varias veces delante de mí a los reclamantes, cuando se entera de la verdad... Déjelos estar... Y cómo hablan de los médicos... Están en la casa del jabonero... A mí no me cogen como al pobre Tuerto, machucado y con costillas rotas, desviado el esfínter... Los Ocho Machos los llaman allí abajo, en el otro pueblo... en el pueblo, que ésta es ciudad... Que los pudran y después espatriaos... Tenemos que hablar sobre eso con míster Walter... Armas y respaldo porque están instigando... A los médicos les echan la culpa porque no certifican como a ellos les interesa... Fíjese, meterse hasta con la ciencia... Que ayudan a la Compañía, que ayudan a los criminales, que son enemigos de los trabajadores...— Sorondongo.

—Esperemos, pensemos y pidamos... Cambiando, qué otra cosa de las vacaciones...?

—A mí, re-bien... Como había llevado tarjeta del viejo... Usted sabe cómo es él cuando se le mete y sobre todo cuando se mete sus *jai*... Se vuelve loco con Nenita, que quiere como

hija.. Me abrieron todas las puertas. Contacto con gente que vale, figúrese usted... Obligan esas cosas...;Gran viejo es...!

Golpes rápidos en el piso. Pasos que se acercan. Los hombres dejan de hablar un instante.

—Qué bien, Nenita... ¿Conque por el exterior con los papacitos?

—¡Y qué bien...! Supiera cómo gocé y conocí y el otro año no me las pierdo aunque tenga que hacer lo que sea.

Ya en las gradas se detiene bajo la caricia de las parras que sombrean la entrada.

—Ya viniste, no... ¿Cómo te fué...?— le gritan desde el frente.

—Rico... Después te cuento... ¿Y tú, cuándo sales...?

—El viernes... Pero aburridísima... Aquel es otro ambiente... Aquí me asfixio... Y los calores...

—¿Y en la universidad?

—Ya domino el inglés... ¡Qué profesorazos..! ¡Tú vieras...!

—Hablamos luego, que tenemos que contarnos montón de cosas.

Los hombres reanudan la interrumpida plática.

—Con las cosas que pasan hay que prepararse... defenderse...

—Hablemos con el viejo para las medidas... En mi departamento todo lo tengo en el puño... El que no marche a la par, ya sabe qué tiene que hacer... Como el cubano, “Candela al jarro”.

•••••

Al fin llegó la ansiada oportunidad a los propósitos vindicativos de Sorondongo.

—Lo sentimos mucho, señor. Tenemos que prescindir de su trabajo. No es queja sino que llegó gente que teníamos estudiando afuera y que estamos obligados a colocar... Se produce ahora cierto movimiento en el personal... En la primera oportunidad le avisaremos... Lo llamaremos de momento...— Sorondongo.

—Bueno, bueno, sin mucho lamento. Lo esperaba hace días, coño... Ustedes, usted no porque esto no es suyo. La Compañía no

quiere gente que le trabaje sino esclavos que le entreguen la última gota... y luego que le besen las patas... Gente que le produzcan mucha plata a cada paso que da, y con poco gasto... Hasta dormío hay que producir plata para estos tíos... Para eso paga por ahí a algunos buenos sueldos, hasta 500, para que les sirvan de prensa, de trapiche para comprimir a los otros... Me da el papel para cobrar todo junto: Preaviso, sobretiempo y vacaciones para irme al diablo— Campomanes habla con tono firme.

—Eso... Bueno, tengo que consultarlo... Usted sabe que cosas así hay que consultarlas... que uno no puede disponer...— nervioso.

—Lo que sé es que lo tienen aquí para que robe a los demás, pero conmigo cogió mal el paso... Firme y deme el papel que le dije, sin demora, ¿entiende?

—Tengo que consultarlo... Espérese mejor...— insiste.

Usted también roba para usted... Ya tiene finca... Y la Compañía lo sabe pero se hace que no ve, que no quiere ver porque más gana teniéndolo aquí para que robe por ella, para ella... Lo que usted se roba y roban sus socios no es nada, al lado de lo que ustedes, ¡camá de bribones!, le producen... y robando a los que de verdad trabajamos. A mí me da lo que me pertenece, que es lo que pido, de lo contrario, araña, no robas más... Coño y rápido, que no es ruego...

Sorondongo intenta coger el teléfono pero el motorista se lo impide violentamente; lo empuja, lanzándolo contra la esquina opuesta y luego le comprime el cuello, lo ajusta y trata de golpearlo contra la pared.

—El papel, cabrón, o te mato...

Suelto, la ropa estrujada y fuera de lugar, tembloroso y pálido, sin hablar, bajo la amenaza del hombre que vigila de frente, dispuesto, llenó el formulario y lo entregó sin proferir palabra.

—¡Mierdas...! Sólo así entienden. Te arranco la cabeza si no me pagan...— caminando hacia la salida.



Guerrero, Barrionuevo, Juan Cancio, Valle y otros.

—Liquidao... Y me come la araña se no hablo fuerte... Le apreté el pescuezo para que me diera la liquidación completa y cobrar lo que me corresponde... Como están en la lista negra también, ya saben el remedio cuando les toque, que será pronto...— refirió detalles del incidente.

—No hay que aceptar que le vengan con el cuento de ver al Inspector y que éste decida. Cuando viene va derechito a la *legal* a preguntar allá... Eso lo llaman investigación... Le sacan un papel en que está apuntao lo que puso el que te quiere joder y con eso se conforma y tú te jodes... Después, cuando te ve, si es que te ve alguna vez, te dice muy sonoro “no es como usted cuenta... ya investigué... busque abogao, si quiere pleitar”... Y después lo demás, lo que se ve pues... Es que él también fué del mismo concierto, de la familia, que ahora dicen... Les queda el fierro en la nalga... Lo que interese a la Compañía es ley... El trabajador nunca tiene razon... Ya saben qué tienen que hacer porque en la lista negra los apuntaron. Cualquiera día, manduco...— Guerrero.

—La Compañía se tragaría al país y más si la dejaran, pero creo que no cae en porquería... Son bellaquerías de los agentes de oficio para ganar mérito... Se acuerdan del mandador nica... saben al que me refiero... El Roba Ternero pues, como le pusieron. Muy considerado... Ahora es muy negociante y trata con la Compañía lo mismo que madera gruesa, de igual a igual... Ese es el porvenir de Sorondongo y socios... — Juan Cancio.

—Eso creía yo antes... Pero ya sé que la Compañía es como el Culebrón, que come de todo.

—Es que esta es escuela. Escuela que ellos pusieron cuando pusieron los cascos aquí. Son los jefes y no los ve usted... Se ve a los chupavelas... El Hondureño y las otras arañas... Enseñan a robar... y todos los días a ver cómo se roba más fino... Aquí no hay patria, ni país, ni frontera y nada así de serio. Sólo hay dólares que esconderse. Por plata soportan que los gringos borrachos les

baboseen las mujeres y las hijas y todavía se sienten honrados con eso. Eso de patria es cosa de tiempo viejo para estas basuras.

—¿Que frontera hay para la Compañía? Hay una cosa: fincas que paren racimos... ¿A donde ve la frontera, la otra frontera? ¿A dónde está la señal? La frontera son las plantaciones de este lado y del otro... El único gobierno que hay es el de la Compañía. Y la frontera? ¿dónde? No hay frontera... Hay plantaciones... Que no hayan aprendido a robar quedan muy pocos, los malos discípulos...— Valle.

Y dicen que viene comisión del congreso a investigar... Investigar como el Inspector, apuesto... y no quedo gacho...— Guerrero.

—Hasta tiendas se sostienen de cosa robada...— Cancio.

—Y oigo que el Quema Rancho se va afuera...

—¿Con tanto mérito que tiene?

—A pasear... a gozar... que también tiene derecho.

—Y pendejo el hijueputa... Cuando quemó los ranchos se puso a ver su trabajo en el patio, con el ayudante. Comenzaron a traquear los cartuchos que la gente tenía para cacería. Creyeron que eran los dueños que los atacaban para vengarse... Había que verlos cómo huían... El Quema Rancho cayó en un zanjón y casi se quiebra una pata y el otro se fue hasta el pescuezo en un lodazal... “Perdón, perdón, que fue orden de mister Haanaa” decían, creyendo que los alcanzaban para tumbarles la cabeza, como merecían... Como no vieron gente, y pasaba el tiempo, el secretario sacudió la tasca y con cuidado, mirando para atrás, le dió la mano, que estaba más golpiao y más asustao... Así lo sacó a la línea...— el maestro.

—Nos vamos... Mucha palabra y nada, con todo lo que hay que hacer. Ya saben la lección... No dejarse... Proceder con los consejos de Campomanes...— Guerrero.

El grupo se disolvió.

—Nos reunimos pronto para hablar en serio... Acuérdense, comisión del congreso...— Guerrero, alejándose, mirando hacia los otros.



Los carros, muchos carros, recorren las fincas y luego se estacionan.

Día de orden. Pagadores, agentes y obreros que esperan en torno a los carros estacionados en la vía.

—¿Su chapa y nombre...?

—El 33, Zacarías Monteza...

—¿Cuánto...?

—¿Serán quince...?

—Firme rápido, que son muchos hoy...

Los obreros atendidos se retiran contando el dinero. Se alejan de la inquieta y larga fila de los que esperan.

Algunos van directamente al comisariato.

—¿A cómo el *carta vieja* hoy, que es de mañana...?

No al precio de después de las seis, precio de verdad, que no es precio de cholo... Mire el sol antes de contestar... No el precio suyo, que usted puso...

Ssssssss. A tres y medio...— ¡Macho Segura!

—¿Verdá que cree que soy cholo? —Toribio Zambrano.

—Es de juego... pues...

A cambio de licor, en el comisariato de la Compañía va quedando gran parte del adelanto del *día de orden*. Otros grupos avanzan en dirección al barracón. Mujeres, hombres, chicos se apretujan formando barrera caliente y hedionda alrededor de los que juegan.

—Daos alegres...

—A cagarse... Ponga la gurbia si quiere puesto y no jale el cuero...

—La sena, que es mía... la senita... ¡buena mano...!

—Los ases son...

—Mano de puerca... Te chingaste, carajo...

Otros caminan apresurados, empeñados en no ser de los últimos, para enrolarse en las filas alrededor de los higueros del bajito, junto al arroyo.

—¿Y hoy no va...?— se preguntan conocidos, a paso nervioso y ágil.

—Mucha calor con este sol..

Desde la puerta de frente donde posa, contemplando el movimiento del *día de orden*, una señora llama, gritando.

—Luisitaaaa, antes de irte para la escuela, mándame a Joselito que vaya a comprar la azuucucar... Que venga por la libreeetaaa.

—Pero si está en la fila, con este sol, en la turriadera.

—Déjalo pues... como ya va pa hombre... Iré yooo.

Pasados los días de pago y orden con sus saldos y adelantos que proporcionan retazos de alegría en los comisariatos, en los juegos de dados o con las *turras* que vinieron más allá de la frontera, de la finca, su poblado, sus gentes, vuelven a la gris monotonía, a la tristeza habitual, a pesar de la bulla de los radios a todo volumen.

Y custodiado por el piquete bien armado, el otro día, bien temprano, pasará el carro, de comisariato en comisariato, en pos de los seguros sacos de dinero.

—Vaya la burrá.... Pesa... Peso mismo de quintal...— dirá el agente, complaciente y oficioso, al levantar la bolsa repleta.

Una semana después, frente al dispensario se formará otra fila, menos alegre que la de los días de pago y orden, pero íntimamente relacionada con aquella. Todos esperan callados. Las indirectas y bromas, a intervalos, parten el silencio.

—Y voss que hacés aquí, cagao baboso... ¿Metío en cosas de hombre?

—La enfermedá.. Pus y mal de orine...— Joselito.

—Y a usted, abuelito, ¿también lo picó...?

—¿Y qué le admira...? Acaso no soy hombre también... ¡Vida ajena...!

—Tener que caer en manos de éstos... Es la de mala... De barbero lo conocí atrás... y ahora criando gente... Buena, vea...

—El dispensarista abre la puerta, asoma a la tarima de madera y por un instante contempla la larga cola humana.

—Penicilina y sulfa... *Turras* frontereñas es...

—Pa bruto...— de la fila.

• • • • •

Caras de pesar, de abatimiento.

—Yo que pensaba salirme de este infierno... Quédé alcanzaos otra vez... Será en el otro... En la loquera de la chinga perdí lo del día de orden; mejor me lo hubiera puesto en las *turras*. Eso me quedaría...

— y el saldo lo debía en el comisariato... Y con Macho Segura que no espera...— Pedro Barría.

—Es que se amarra uno mismo... que los tragos en el comisariato, que el adelanto, que el juego, que las *turras* del otro lao... Faltedad de uno mismo es...— Ailipio Ríos.

—Es que somos brutos... La recoge otra vez... Se la lleva con ganancia encima... Su plata que nos adelantó... Sin contar lo que roban éstos del comisariato... Por sacaos mismos... ¡Hasta en la que le dejamos al puta! coge ganancia... Como lo conocen a uno, como es uno, así lo amarran... Borrachos, cansaos y pendejos, qué vamos a reclamar.

—Por la mala cabeza es...

—A los del sindicato no los dejan pegar... Como tigres los tienen remontaos... En el tallal es que se pueden juntar, tarde ya...

—Con los del otro lao no han podío... Esos sí le pueden. Chupan menos... Las *turras* se vienen pa este lao porque allá no ganan. Ca uno allá tiene su costilla onde recostar el pecho... Hasta huelga le han puesto y ganao... Y todos paran... Una vez las mismas mujeres se metieron. Hombre que no se metía, trozao... Na de aquello... Ca una cargaba su garrote... y hombre con pantalones que no ayudaba, palo con él... Cosa dura cuando la mujer se mete en pantalones, amigo... Cosa dura, le digo... Un animalito así tuve una vez, y si no le pongo la cara dura, hasta me mata, señor... Cosa dura cuando la mujer se propone... Y esa vez le pusieron la plana a los hombres... Hay que pensar, cosa dura... “Apre-

dan de las mujeres”, se oía... Cuando aquí paremos una así, tenemos que contar con ellas, pa darle juerza...

—Sólo por el lao débil se podrá...

•••••

La sirena se despidió del muelle con su largo y prolongado adiós. Terminada la dura faena del embarque, grupos de trabajadores, paso cansado y lerdo, invaden las cantinas. Se reparten entre LA NIÑA y LA ESCORA.

Muchos prefieren LA NIÑA porque con más frecuencia renueva su equipo humano... y es fama que siempre tiene agradables sorpresas. Por eso don Timoteo Pinzón es tan considerado y tan bien recibido en todas partes.

Los trabajadores del muelle, “los manchados”, mote que se explica por las manchas muy visibles en la estrujada ropa que dejan los racimos, y segura clientela, le tratan con familiaridad.

—Don Timo... o don Pinzon... — le tratan.

—Hombre bueno, pero rígido y severo... No anda con cuento cuando se trata de cumplimiento... — comentaban.

Mientras decían él parecía no haber oído, distraído... Apartaba al cantinero, alzaba las mangas y con sus manos servía los primeros tragos... Llenaba los vasos y advertía:

—Esto es a cuenta de la casa... Para su buena clientela...

—Raro, don Timo... Nada... y hoy que uno quiere descansar y dejar sus reales... Como pronto llega barco... ¿Y la Cheba...? No veo a la Prieta... y la Isa y las cositas nuevas que no le faltarán... ¿Dónde...? Don Timo, mucho hombre ufano... Y cuando monta ese carro amarillo nuevecito, que hasta que hace agua y donde se presente ta bien recibío... — conversaba el Flaco Alferesía.

—Búscalas, Fabricio... A la playa... Perdiendo tiempo y la plata acá... — Don Pinzón.

Desde el borde el agua.

—Llegaron los *anchaos* con plata... Don Timo las llama... que vayan, dice... — se retira volviendo la espalda.

—Dile que anoche trabajamos hasta el amanecer, con los del otro barco que se fue primero; que este tiempo es de nosotras, para descanso... —Cheba.

—También que se limpie los ojos, que vea el contrato que dice que de las tres de la tarde pa arriba... que no son las tres sino las doce... y que los *manchaos* se vayan a cuidar a sus mujeres que con el pitazo suspendieron la candeliá... que se apuren pa sus casas es lo que deben hacer... — la Ojo de Agua.

Los parroquianos siguen demandando servicio.

—Me vaneo...

—Esta canchera me la saco aunque no lleve na a la casa... Catorce horas sin parar... Mucho hombre... Falta ver el sobretiempo..

—Dicen todas que no son las tres, como está en el contrato... — el empleado, don Fabricio Aparicio, que entra con huellas arenosas.

—Van a ver contrato... Me acompaña, agente... Tómese esto primero... y le informa al alcalde que mañana le pongo la queja. No se respeta la ley... — sirve, del clavo desprende el látigo y a pasos largos, congestionado el rostro por la ira, sale, seguido del otro.

Desprevenidas, gozando la tibia caricia de la arena, tal vez la única sincera que han tenido en mucho tiempo, las mujeres descansan, tendidas, abandonada la ola traviesa que se aleja con presteza para volver muy pronto.

Esto es contrato, carajo... Contrato, sientan contrato... — y repartía golpes ágiles e hirientes sobre caras, espaldas y piernas desnudas. Esto es contrato, reputas...

—¡Ayyyyy! mi ojo... Vaciao lo tengo... y sin médico... Dios mío...

—Mi cara partida... ¡Cómo voy a trabajar ahora...!

El contrato dice que a las tres.

Débiles protestas, llantos copiosos, crueles lastimaduras causadas por la correa endurecida que hirió con fuerza.

Las ropas colgantes tomadas con abandono por manos húmedas salinas, en fila, inclinados los rostros, sobre el pecho, las mujeres caminan rumbo a la cantina, seguidas a distancias

por don Pinzón, que fue en mano sigue amenazador... Más atrás el agente se quedó mirando el juego de las olas inquietas.

—No da puntá sin dedal... Así es... Aquí vienen...

—Me lisiaba si no venían, don Timo...— Gancho Calambre.

—Hombre de rigor... Suena pa consejal... y cuenta con mi voto...— el zurdo Toribio.

—Y nuevas, ¿cuando...? Tuavía sirven... pero pa cambiar... Probar otra cosa... Aburre el mismo tasajo, la misma hilacha... —otro.

—Apoyo tengo de la Compañía... Con míster Wataaaa y míster Haanaa estos días toqué el punto... Okey, Pap, me dijeron... Cuento... Tú sabes que apetezco la mercancía nueva... El Pando Moreira me está trabajando una que sí es cosa buena.

—Pá nosotros será después... Cuando se canse... No importa su sobra.

—Tengo que cuidarme, que es menor... y también con la de la casa. Patuleco me tiene con los celos... que si no hubiera para todas... y sobra... Ahora está con la matraca de que me confiese. Hablé con el padre míster Guilbert, que ya me invitó a verlo... Yo que hablo poco inglés y él poco español, cómo será aquello... En el tren del sábado... El Pincho me las embarca... De arriba vienen inocentías, que no saben de nada, algunas sin el daño de la partera, que son las buenas... Enseñarles acá desde el abecedario...— don Pinzón celebra con estruendosas carcajadas, aliadas las risas de los otros.

—Y también él es míster...— el Flaco.

—De místeres vamos a quedar todos aquí... Hasta yo me voy a confesar... Míster Alferesía, míster Gancho, míster don Pinzón, míster Cutarro... Ta bueno, aha... Pero beba y no se aplane...— Cutarro.

—Se les ofrece trabajo primero. Buena plata... Y como acá el que viene tiene que poner su sombra... Sin plata, sin poder volverse, sin conocer... ¿Qué van a hacer las criaturas? Lo demás es parte de uno... y las más inocentes resultan las mejores después... Mucho llanto, que la mama, que la vergüenza, buena

señal...— don Timo ríe de nuevo.

Los manchados beben, bailan y gritan... Y el dinero abandona sus bolsillos.

En LA ESCORA la misma agitación. Manchados, mujeres, música.

Languidece la tarde.

—Que digan las muchachas cómo las trato... Aquí todas tienen sus garantías... Relife... Que miren, les digo... Sin descanso y luego rejías, como hijas de familia...— el dueño, míster Bob.

—Debía ser conmigo... ¡Tontas ellas! Mañana estaría en la oficina, si no me atrevía a rajarle la barriga, esa Panzona, que es lo que debieron hacer entre todas desde el reservado.

—¿Oficina...? No diga cosas, si son socios...— un empleado.

—María Purísima...— mujer.

Conforme la sentencia de que “el peor enemigo es el de tu oficio”, el moreno y redondo dueño de LA ESCORA lo había re-bautizado El Culebrón... La Culebrón, solía decir en su mal español. No sale del clus, la gerancia, en su carro amarilla ya se cree diputao. Cuando diputao llega, guindao de su manga... La Culebrón.

Doblemente se justificaba el apodo del negro Bob. Recién llegado, humilde sirviente, era alto, velludo, flaco sin vigor, las piernas como palos secos, delgadas; el resto parecía estar hecho de trapos. Anémico, vientre abultado, separadas las piernas, daba la impresión de que podía arrastrarlo el viento.

La cara, y en especial la boca, la hendidura plegadiza, tenía pariencia de reptil. La risa era seca, maderosa, sin flexibilidad ni armonía.

Antes de la prosperidad, antes de entrar en negocios, usaba pobre la ropa reparada, poblada de parches; zapatos sin forma precisa, agujereados.

Los que lo conocían y sabían los vericuetos de su conducta, diagnosticaban con brevedad:

—Come de todo.

Simultaneó las actividades de *oreja* y esbirro del influente político local de turno.

Colocado en el medio ideal para que él prosperara, prosperó, progresó. Lenocinio, cantina y relaciones útiles, le abrieron todas las puertas del éxito, le proporcionaron amigos influyentes.

Y él que estaba bien hecho...

Lustroso y elegante, carro color mantequilla, todas las puertas se le abren a don Timoteo Pinzón, don Timo, don Pinzón. Sin embargo, “para el enemigo de tu oficio” y para muchos otros, no dejará de ser El Culebrón.

•••••

Y afuera las gentes se preguntan, ¿qué se hicieron cuántas muchachas simpáticas tantas mujeres atrayentes, bien dotadas por la naturaleza para asegurarse un porvenir de justificadas promesas?

¡Terrible respuesta!

Se las tragó este otro canal; fueron engullidas por el monstruo, empujadas sin que una mano amiga se extendiera, sin que una moral protegiera, sin que una religión condenara. A pedazos se perdieron en manos de los Culebrones, en las fincas, en las *citys* de la empresa; fueron trituradas, desechas por las circunstancias que otros prepararon para obtener ganancia; fueron chupadas fibra a fibra, inmoladas en aras del monstruo, en el otro Canal...

•••••

En su reunión general la gerencia consideró los problemas presentados por el personal directivo, que maneja directamente cuestiones de diversa índole. Largas y detalladas fueron las deliberaciones. A ellas sólo tuvieron acceso personas de confianza, probadas, el diputado, los abogados y el representante en la Capital.

Después un grupo más reducido, de mayor intimidad, se retiró a discutir las conclusiones, a debatir las cuestiones más serias.

Al final se aprobó el documento que se transcribe:

1.—El elemento nacional no es el más conveniente en razón

de sus vinculaciones, reclamos ambiciosos y quejas que con frecuencia trascienden, en perjuicio de la empresa. *Limitarlo.*

2.—Insistir en los contratos individuales con trabajadores centroamericanos, en países donde las monedas nacionales son bajas con relación al dólar.

3.—Distribuir los trabajadores extranjeros en igual o mayor proporción que los nacionales, en las diferentes fincas, por razones de equilibrio. *Sindicatos, huelgas, etc.*

4.—Preferir extranjeros para los puestos de mando en las distintas fincas, salvo de que se trate de hombres bien probados, de confianza, leales. *Este aspecto es de extrema importancia.*

5.—*Problemas de la Enfermedad de Panamá.* La mayoría rehusa hacer el trabajo riesgoso de los medicamentos. Se autoriza probar hacerlo con indígenas. Se sabe que en otras zonas pagan solamente veinte centésimos (\$0.20) por día de trabajo a este personal. Se autoriza, así mismo, al Chieff Clair hacer gestiones pertinentes para conseguirlos en distritos de población indígena, aumentado los contingentes que ya hay en la zona.

6.—*Reducción de todos los gastos en todos los renglones.*

7.—*Evitar, hasta el máximo, el cumplimiento del Código de trabajo.*

NOTA: Entiéndase que los títulos subrayados reclaman máxima y permanente atención, hasta nueva orden.

•••••

Los indios vinieron por cientos primero y a miles después. La población de la sierra se reducía. En algunos lugares quedaban exigüos contingentes, ancianos, algunas mujeres y muchachos de poca utilidad. Familias enteras con todos sus componentes, abandonaron el hogar tradicional. Algunos que jamás habían salido de la sierra, retirados del contacto con otros elementos, se aventuraron a salir por primera vez.

—Los potreros se perderán, comidos por el monte...— clamaban los interesados al ver el diario éxodo.

—Se arruinaron las tiendas... ¿Ahora quién compra?— otros.

—¡Nada se gana...!— lamentaban los pobres tinterillos municipales.

Y gentes que hablaban a voz baja, en forma prudente, casi secreta, se hacían relacionar con caciques serranos que salían a los pueblos. Les ofrecían *presentes* grandes a cambio de colaboración: conseguir indios.

—Mucha plata... Aguardiente, ron... Mucha mujer buena y mucha cosa barata, argumentos convincentes que decían con aparente sencillez entre jóvenes que entendían español. Estos se miraban, interesados, mientras el propagandista cambiaba de tema, seguro de los efectos mágicos de sus palabras venenosas..

—Tíbige... Madare... Conenemagrógue...— reflexionaban.

Subsidiarias a la gran industria nacieron otras de menor cuantía, de igual moral, y, lo importante, que producían dólares. Proveer indios a las fincas, pagados a tanto por cabeza, y proveer clientela a prostíbulos y fondas.

Y con las industrias nacieron los industriales creados, hijos de las condiciones que emanaban de la gran empresa. Así nacieron, entre otros, El Culebrón, Matías Maldonado, el Cagón Matías, Crispín Moreira, el Pando Moreira.

Nica el último, vino adolescente en los primeros contingentes de trabajadores centroamericanos importados por la empresa. Analfabeto, probablemente de infancia abandonada, sin cariños, inclinado al vicio, sin experiencia ni guías desinteresados y afectuosos, pronto fue una de las víctimas fichadas en la larga contabilidad de los accidentes de trabajo que los médicos no certificaron. Durante las agotadoras faenas que soportan los trabajadores, lo atropelló una máquina hundiéndole costillas del lado izquierdo y fracturando pierna y brazo izquierdos.

Meses permaneció sobre un camastro en un rincón del hospital, entre quejidos que a nadie conmovían, privado de atención y habría muerto de hambre y abandono total sin la compasión de un sirviente de cocina que escondía raciones y, pasadas las horas de

comida, sigiloso y furtivo, esquivando ser visto, las llevaba al maltratado. Cuando se hacía imposible, reunía sobras de distintos comensales y aderezadas, acicaladas, alimentaba al abandonado.

La empresa pensó, siempre en función de dólares que con un trabajador de tan escasa fuerza, de tan frágil contextura, no se justificaban gastos de reparación, probablemente ni el yeso. Se calculó que abandonándolo sería fácil el trance final.

Sin embargo, como “la mala yerba”, Moreira ganaba a la muerte.

Alguna vez de visita el gerente detuvo sus pasos ante aquel guiñapo retorcido y astroso, vaciado entre trapo que se deshacía, maloliente, convertido en huesos, pellejos, pelos y ojos. Volviéndose al Director Médico, levante la cabeza.

—¿And this thing? ¿It is man...?

—Yes, mistaaaa...

Out Today... ¿Understood? That is true.

All right...

Y ese día obreros de la limpieza se encargaron de expulsarlo colocado en una tabla que hacía de camilla pues ninguno osaba poner su mano encima de tanta porquería.

Así fué vaciado en la otra ciudad, fuera de los límites de la empresa. De tal manera Moreira hizo otro doloroso aprendizaje utilizando las escasas fuerzas de su dañada contextura. Tuvo que mover partes mal pegadas hacia los sitios donde el instinto y la astucia ratonil le indicaron que podía conseguir sobras. Después forzado a decisiones heroicas logró, trabajosamente, ponerse de pie y trasladarse sobre las retorcidas extremidades, comprimido hacia el centro por los huesos que pegaron sin acomodo.

Los que gozan a expensas de la desgracia ajena, los que siempre tienen un calificativo para la extraña desventura, lo designaron El Pando.

Avalado de autorización oficial, solía apostarse donde pasaban tratantes y cobradores y tímidamente enseñaba el documento.

Toreando el hambre y habitando escondrijos, portales y andenes, sobrevivió los primeros meses de su tragedia, expulsado de

los dominios de la empresa. Ya la armazón endurecida, adaptada a las nuevas actividades, soportaba otras experiencias.

Conforme la ley de la empresa, El Pando también pudo progresar, aunque pocos solían darle.

Ahora no pedía limosna. Lo proveían sus habilidades y recursos... Robaba. Robó primero cuando pudo deslizarse a los dominios de la empresa. Tal vez robaba impelido por una inconsciente necesidad de reparación, compensación, guiado por el oscuro deseo de desquite por lo que no le dieron antes, durante y después del naufragio, cuando la muerte lo zarandeó de uno a otro lado.

Trozos de madera y tubería, llaves, mangueras, cuanto podía, lo arrastraba difícilmente hacia la tienda LA DELICADA. Entonces su semblante escamoso denotaba alegría en medio del esfuerzo superior que realizaba. Parecía ratón que hurtara comestibles. A cambio de míseras monedas dejaba su tesoro, estimulado por el cordial propietario.

—Coge cuanto puedas y ven... Busca de más valor... Plata caliente.

—Buena ésa, Pando...— le gritaban los enterados, graciosos y alegres, al verlo pasar bajo la carga desigual, impropia de sus débiles fuerzas.

Con mayores experiencias utilizó procedimientos más directos, libre de la tara de intermediarios desconsiderados que, como la empresa, se comía lo espeso del chicheme, que de antiguo dijera don Cruz Albán.

Olvidó la Compañía, a quien debiera sus desventuras, porque surgieron competidores mejor colocados, más hábiles, dentro de los dominios de la misma empresa. Cólera, vecina al odio sentía con aquellos que no se conformaban con los dones poseídos y le disputaban una área que consideró suya, en derecho bien ganado, a costa de su permanente lisiadura... Indignado, asqueado de tanta infamia, se retiró a otros campos, otras zonas que consideró más fructíferas. Los indios le parecieron la clientela ideal, la nueva industria, como hacía la empresa.



Entre los primeros indios que llegaron en manadas, como era habitual decir, estaba Cansarí.

Se distinguía singularmente por su poca disposición a la bebida. Rodeado de un silencio conspicuo, los días de ocio permanecía callado, observando, podía presumirse. Embargado de mutismo, parecía no enterarse de lo que sucedía en el contorno. Sin embargo, a la hora de trabajar lo hacía con ahínco, casi con desnudo, ajeno a tardanzas y pereza.

Para él la vida nueva no fué, como para los otros, un duro adiestramiento donde muchos fueron inmolados.

Acostumbrados a la anchura de las tierras silenciosas y frescas, tuvieron que confinarse en cuartos de doce pies cuadrados que albergaron hasta diez y ocho individuos; habituados a la vida libre, sin retenciones ni disciplinas, al descanso al momento que el cuerpo lo insinuara, tuvieron que trabajar de “sol a sol” y a veces mucho más, con el salario habitual, bajo el comando de capataces que esgrimían la palabra violenta y ofensiva que muchas veces no entendieron, cuando no llegaba el látigo encomendero.

Y en silencio fatalista y resignado soportaron todo, en espera del pago o el *día de orden*, cuando bajo los rigores de la embriaguez llevada al paroxismo, recuperarían la libertad perdida, perdida la sierra libérrima.

Así se obtuvo lo que se deseaba. Mansedumbre indígena en las plantaciones. Y el trabajo que otros rechazaban, el riesgo del caldo, la mezcla verde venenosa, encontró su hombre. El que no sospechaba la ponzoña escondida, la garra oculta de una muerte disimulada y envuelta, el que ante nada protestaba, el que no reclamaba sobretiempos, prestaciones y menos vacaciones que no lograba entender. Los accidentes los consideró naturales, como la pérdida del hijo bajo el influjo malévolos del brujo que chupaba la vida durante las noches frías y solitarias de la sierra o bajo el encantamiento fascinante de la Tulvieja.

El que no concedió importancia al tiempo, alertado ya por la sirena madrugona, temprano estaba de pie.

Apenas clareaba, provisto de su magro refrigerio que completaría con frutas maduras que las plantas le darían, se metía en los húmedos trillos de las plantaciones, envuelto en la serpiente de la manguera, *escopeta* al hombro, con andar cansino iniciaba la faena prolongada. Bajo las plantas, entre el suave rumor de las hojas movidas con dulzura, recuperaba la vieja libertad que le robó la malevolencia de los poblados, el choque con hombres más hábiles, que no supieron entenderle.

Cuando el sol podía penetrar entre las hendidias del techo de las hojas lozanas, se veía la nube vaporosa que lo rodeaba, que expedía la ropa mojada del día anterior, mientras él trazaba figuras fantásticas, verdes, sobre la blancura polvorosa del reverso de las hojas.

Y con la *escopeta* conectada a la manguera que como espléndida arteria daba paso al líquido inflamante corrosivo, rociaba, rociaba y rociaba horas, días, meses y años hasta sedimentar en pulmones y bronquios, residuos letales del líquido que también trazaba figuras, pero no de fantasía sino otras que preludiaban la muerte a seguro plazo.

El indio seguía identificado con las plantas que salvaba de la peste, para hundirse él. Nacía así un amor que no pudo dedicar a otros hombres, un amor vegetal pero sincero.

De nuevo las horas seguían cayendo en muda espera sin esperanza. Si agotado del esfuerzo sostenido alrededor de las matas empuñando el calibre, paraba un instante, asomaba el agrio rostro del capataz.

—Ehy... Flojo... Robando ya...

Verde el vestido, verdes las manos, verde el rostro, verdes garganta y pulmones; verde por dentro y por fuera, salía de las plantaciones hambriento, para encontrar cerrado el comisariato donde podía obtener licor y algunos víveres.

Requerido el vendedor, el Macho Segura, solía argumentar:

—Ya son más de las seis... Y trabajo hasta esa hora.... Pero si me pagan, abro... y ya saben que los precios son otros... han subido... Más caro todo... y cosas nuevas.

También podía ocurrir estar cerrada la puerta del establecimiento y hacerse el despacho a través de una ventana o de puerta trasera, pero tal dedicación había que pagarla en precios más altos o echando de lado los artículos de la empresa para preferir la existencia de los del vendedor, más caros, como condición de dar atención.

Pero los *días de orden* y pago, la tristeza de las plantaciones, la soledad de la *escopeta*, el silencio de siglos, se transformarían en alegría trágica, explosiva y rara. Golpes y gritos ancestrales reprimidos, encontraban escape. Entonces el cierre sería más diligente y puntual en pos de coima más apetecida.

—Fuera... fuera... Las seis ya...— diría el vendedor a los tardíos compradores indígenas... y los empujaría con insolencia. Y es que en cada vendedor había un aspirante a Inspector de Comisariato. Chalets, viajes afuera, lotes disponibles, cuentas bancarias, galoparían en las febriles cabezas atormentadas.

—Nosotros llegamos a tiempo...— insinuaría un incauto.

—Mi trabajo es hasta las seis... No tengo diez manos... No es mía la culpa... Me han visto lo atareado...

¿Cuánto el ron...?— apresurado, interponiéndose al vendedor que sale.

—Para tí, ahora, a tres y medio...

—Chacá... puej...

El adelanto del *día de orden* y el saldo del pago de las 14 horas diarias combatiendo la peste que sin el indio diezmaría millones de racimos y millones de otros millones, se licuaban en las uñas rapaces y filosas de vendedores y en las entrañas sin fondo de los comisariatos.

Los vendedores no olvidarían las palabras sabias del Inspector.

—No sean pendejos... Pueden ganar más...— Con sólo usar la cabeza... Saben lo que me pagan... Otros que ganan más, no

están a mi altura... Mis paseítos afuera... Mis casitas... Mis lotes... Mis otras cositas, pero buenas... Hay que progresar... Ahí ven al chombo Hary... Cómo está de acomodao... Años trabaja conmigo...— el vendedor recordaba invitación y lección.

Y reflexionaba.

—¿Por qué con el Inspector...? ¿Por qué no conmigo? No necesitar socios sería prueba de adelanto...— preguntas y respuestas juntas.

•••••

Cansarí era de buena estatura, vigoroso, melancólico, de ademanes desenvueltos y ágiles.

Mientras otros gastaban el dinero en *turras* y cantinas; cuando la embriaguez los impulsaba, vagaban a la deriva, chorreando baba, idiotizados, caían en callejones y solares. O se liaban a puñetazos, cabezazos y patadas, vitoreados por espectadores que gritaban y animaban, Cansarí quedaba silencioso, entristecido, inmerso en reflexiones.

Miraba avergonzado el espectáculo; miraba perder el dinero y ser mofa y escarnio. Y sufría bajo los efectos de los golpes que los otros se propinaban con locura y odio y que causaban regocijo a otros, los que no entendían la tragedia del indio ni le concedían valor humano aprovechable, sólo valor de bestia.

Todo lo valoraba Cansarí en sus reflexiones y pensaba en la inutilidad de tanto martirio entre hermanos, sujetos a verguenza y encono, cuando había tantos enemigos sobre quienes descargar la furia y el vigor, acreedores al odio y la violencia.

Y los perversos, enfermos de circo, no cesaban de vociferar y reír.

—Dale otra vez...

—Más duro...

—A la panza...

—Tira al ojo...

—Usa la pata, pendejo...

—No sea bruto, así no... ¡Mano de lana!

Cansarí padecía impotente, sin encontrar salida al problema, sin saber qué hacer... Pensaba en los que bajo los efectos de la embriaguez murieron en los desagües de poca profundidad; en los partidos y mutilados en las vías férreas; en los muertos sin atención durante las epidemias de influenza y sarampión, favorecidas por los cuartuchos donde debían hacinarse; en los carbonizados por la corriente eléctrica al tocar la *escopeta* los alambres de alta tensión cuya muerte no despertó otra nota de pesar del jefe cuando decía “cholo bruto”, pensó en los fichados por la tuberculosis, agujereados los pulmones combatiendo la *sitoca*; en la legión de tuberculosos que deambula hambrienta, en los barrios arenosos, esputando sangre cuando la hemoptisis le permite ponerse de pie, expatriados de la zona por mandadores y capataces que recibieron la *confidencial* del señor doctor, resumida en una palabra: *picao*; pensó en cantinas, comisariatos y fondas, obedientes a la ley fundamental: despojo. Pensaba que sus hermanos no entendían haber pagado suficiente tributo al dolor y la vergüenza.

En eso pensaba Cansarí, amarrado a su congoja, seguro de que miles de indios fueron sacrificados en aras de nuestro Padre Todopoderoso, sin que nadie, pero nadie, protestara.

Maltratados por inocentes, sin protectores porque todos se rendían, felices, a nuestro Padre Todopoderoso, Cansarí pensó en las sucias mentiras de las leyes; pensó en la sierra, en los que allá morían sin saber por qué, contagiados por los que abandonaban la zona de la empresa, inservibles, deshauciados por una ciencia que no cura al inocente pobre; pensó en los que regresaban, llamados por la tierra propia, maternal, ya fichados por la muerte; pensó en los cándidos que sin alivio allá, se proponían dejar el hogar tradicional, la sierra, en pos de una abundancia aparente, venenosa y traicionera...

Pensó que la raza se hundiría en abismos; pensó que era necesario actuar, dejar de contemplar, abandonar los brazos cálidos.

—Compra comida... compra ropa... Guarda plata... Suficiente

ron ya... Bastante ya... No peliar... Feo... ¿Por qué...? Allá, en la sierra, sólo en balsería...— Comenzó en forma paternal.

—Plata mío... Yo trabajar... Yo gané... Juerte... Plata mío... Por qué entonces...

—Ñagare... uuuuu— otro respondió.

—Uuuuuuuuuuu

Cansarí aconseja, arguye y mueve las manos ante el grupo.

De pronto tambalea bajo los efectos de fuerte golpe propinado por otro indígena, inconforme con la prédica juiciosa.

—Espera...— responde. Y se despoja de camisa y zapatos. Largo rato cambia golpes con el agresor hasta lograr dominarlo, tendiéndolo en el suelo. Sangrantes, mojados y manchados de lodo, siguen forcejando.

—¿Entiende ahora... entiende?— lo sostiene por el cabello firme y golpea con furia.

—Sí... sí... sí... déjame ya...— pedía, exhausto, vencido.

—¿Tú también...?— aflojando al primero. Ven... ven... Y a golpes efectivos, hábiles, lanza contra el suelo al nuevo contendor que se para con rapidez para ser barrido de nuevo por la singular destreza del luchador.

Otro indio joven habla entre dientes, apartado, inconforme con Cansarí.

—No hablar... Ven tú también... Hay...

—No miedo... También juerza...

Se miden, calculan, hasta que con rapidez los golpes comienzan a caer con furor. Reciben y devuelven golpes. Al fin Cansarí coloca un puñetazo firme en la mandíbula. El contrario rueda, Cansarí lo sujeta en el suelo y golpea largamente... y repite.

—¿Entiende ahora...? ¿Entiende...?

—Ahora sí... ya...— sin respiración.

Uno tras otro, todos cayeron bajo la mano invencible de Cansarí. Cuanto indio quiso desafiar en convicente puño experto, rodó, abatido.

Todos sangran, todos están sucios, mojados y descalzos, las

camisas tiradas, rotos los pantalones. Cansarí parece satisfecho, sin dejar de repetir:

—Venir todo el que quiera... Suficiente todavía... —resuelto a imponer norma donde sólo había embriaguez, brutalidad y sumisión.

Seguro de su poder, de la eficacia de sus métodos, crece la autoridad del líder.

Después de los sucesos narrados, Cansarí dedicó el tiempo libre a persuadir, organizar y consolidar. Donde se maltrataba al indio, donde brotaba queja justificada, donde estallaban conflictos, ahí estaba la voz de Cansarí, serena primero y violenta, si era necesario, después.

Y un día el capataz le dijo:

—Tengo orden de no recibirlo más...

La circular llegó a todas las fincas. Demasiado conocido sobre todo porque no se embriagaba, bien fichado, su nombre inscrito en la lista negra de la Compañía, no pudo, como otros indios, cambiar de nombre en otra finca.

Fonderos, cantineros y *turreros* lo declararon Enemigo No. 1 y pidieron al Padre Todopoderoso su extrañamiento de la zona de actividades de la empresa. Se le llamó agente comunista; se le apaleó, atropelló y encarceló largas temporadas, sin juicio... Pero se mantuvo igual porque sólo los seguros de sí mismos pueden doblarse sin romperse.

Y Cansarí no se rompió.

•••••

—¿Qué hubo, Matías...?— el Flaco Alferesía.

—Aquí perdiendo la plata, hijo... Tener que echar eso a los puercos por no haber indios que se lo coman... Ya ni cholos... Perdiendo plata... Así es la sal...— y el Cagón Matías se limpiaba las manos en un delantal que ensuciaba, atareado en el manejo de las latas repletas de desperdicios, adornado de moscas.



—Manos de cuchareta; buzo de bolsillo, ese Pando... —y se le miraba con una especie de conmiseración, de perdón anticipado de las fechorías, condolidos de la retorcida y maltrecha estampa donde lo único viviente eran los ojos vivaces, saltones.

Pero las oportunidades de trastear bolsillos, tocar intimidades de los indios caídos en lotes o bajo el muelle derruido, despertaron monstruosas apetencias. Una lujuria infame, insatisfecha, desviada y proterva, escondida en el martirio físico, hizo aparición.

El saqueo ya no sólo fué en bolsillos. Con la tragedia física que la muerte no logró resolver a tiempo, paralela afloró una siquis en permanente naufragio.

La alcahuetería también le rindió...

Y como el gallinazo en pos de la carroña, los días de orden y pago, con pasos enclenques, en altos exploratorios, iba a la vista del cholero borracho.

—Por ahí anda el Pando, manos en la cueva de los bolsillos, espiando, buscando ocasión pa picar tripa... Y ya no apetece sólo cholo... Cuídese, compa, le aconsejó...— era frecuente broma entre habituales bebedores.

—Carne, Pando...— algún conocido le gritaba, apuntando hacia el grupo apiñado alrededor del mostrador.



Cansarí volvió a la sierra, a su lugar, decidido a hacer algo por sus hermanos. Miró a todos lados, como buscando algo. Todavía le parecía mentira el regreso.

El solar antiguo del rancho, los escombros de las casas vencidas, el río donde tantas veces pescó; la brisa fresca le parecía la misma, la antigua brisa del campo que batía los árboles en el momento de su lejana partida. Acá, para este lado, Cerro Mosquito y, distante, solitario, Cerro Banco, altanero y hosco, como debían ser los indios, todos los indios.

Y recordó sentencias y refranes de su abuelo Matojo Goliat. ‘El hombre es hijo del cerro... Un cerro hijo de otro cerro’... Sin comprender aquel pensamiento del difunto, seguía pensando tantas cosas.

Sintió como si en ese instante naciera de nuevo; atado a la tierra, posado en lo suyo, pero todo desolado, sin voces, en su tierra, en su lejana vida libre... De nuevo se sintió hombre.

Pero en medio de tanta soledad, el recuerdo torturante. Los hermanos partidos por las máquinas veloces, pitadoras; las víctimas del arsénico y de los *caldos* en lucha contra la enfermedad de Panamá; los azotados por capataces, mandadores, comisariatos y cantinas; en los que en los amaneceres desolados, cuando la niebla comienza a disiparse, se sientan al borde de los caminos silenciosos, en espera sin tiempo, taladrados por una persistente congoja que no pueden explicarse, ven que las máquinas pasan y pasan en la profundidad de los horizontes.

•••••

Expulsado de la zona, decidió volver. Volver para pelear unido a Guerrero, a Juan Cancio, a Campomanes y otros.

Regresó dispuesto a pelear contra el monstruo.

LA NIÑA. Portal sombrío... Personas que pasan. Conversaciones.

—Tiempo malo... Nada... Con turras de finca en finca, llevadas y traídas en motores especiales, con consideraciones, días de pago y orden... ¿Qué se puede hacer...? Competencia que no se aguanta...— Ojo de Agua.

—¿Y la Isa Sánchez...? —Miguel Cutarro.

—En cama... Araña y cara hinchá...

—¿Pelió...?

—La agolpiaron... No quería, y como era la primera autoridad, se creyó facultao... Y como aquí le dan rejo a una, na pasa... y hay que soportarlo too... Insulto y golpe... Ahí está pues...

—Y la ley...? ¿Nada qué hacer...?

—Nada... ¿Cómo...? Soportar... Dejar que pase... ¡y hablan de la ley...! ¡Los oye usted hablando de la ley...!

—¿Y la Sierpe...?

—Ocupá... Con Paco Florete

—¡Con éso...!

—Cuando le piden la voluntá, siempre dice que sí... El nó jamás redondeó su boca...

—De ella... ¡Boquera...!

Hombres que pasan al frente, que conversan, animados.

—Campo... Ven acá, mi vida...— la Saravia.

—Anda... No jodas... Busca tu gente... desdeñoso.

—Ven... coge...— y puso en la mano el papel doblado y se alejó, mientras los hombres se miraron, perplejos.

Leyó:

“Aquí hablan de tí y de tus amigos. Dicen y el de aquí también, que los están siguiendo. Sospechan que están en algo malo contra la Compañía... No me divulgues que aquí les puedo servir de algo. Después pasa a ver si hay más que decirte. Aquí todo es *oreja*”.

Pasó el papel a los otros y comentó.

—A éstas aunque las han empujado a la mala, no dejan de ser buenas.

•••••

El grupo de los cinco hombres caminaba con dificultad, a pasos desiguales sobre la línea férrea. Caminaban callados y lentos. Previamente, antes de salir, acordaron objetivos propuestos por los invitadores. Tampoco estaban de acuerdo en que se trataran los problemas de los trabajadores indígenas. Creían que debían plantearse las cuestiones que afectan a todos los trabajadores de la zona.

Para discutir la cuestión en detalle y con posterioridad y ver cómo encajaban los asuntos que se plantearan, en el plan general de lucha del futuro, convinieron actuar como observadores solamente. Por otro lado, estaban seguros de que no faltarían *orejas*

en pos de las consabidas recompensas, y para los planes que ya esbozaban no convenía una identificación prematura, sin necesidad, y que perjudicaría de inmediato.

Al fin dejaron la vía y se internaron sobre el hilo retorcido del camino terroso que pronto los llevaría a su destino.

A poco de andar distinguieron desde lejos el grupo oscuro que hormigueaba alrededor de la plazuela frente a la estación ferroviaria, no lejos del comisariato.

—No hablar... Ver, oír, entender. Lo acordado —Compamanes volvía a recordar.

—Lo convenido.

Soló el fotógrafo se mantuvo en silencio. Parecía preocupado.

—Hola, Cansarí... —saludo del grupo.

—Denuncio los atropellos... ¿Me acompañan...? Los cholos son brutos y no entienden... Hay que hablar mucho...

—Venimos a ver y oír... Después te explicaremos afuera, cuando nos reunamos... — Juan Cancio.

Se mezclaron con grupos, dieron vueltas, caminaron alrededor del edificio, se acercaron al comisariato y finalmente se detuvieron en el local de la oficina del distrito de la empresa.

—Vean allá... Quira, el Quema Rancho y otros más...

Los *orejas* cumpliendo parte de su trabajo.

La reunión indígena les llegaba en oleadas de rumores, de cosas que se decían y que no podían entender.

—Uuuuuuuu— era la aprobación que los 500 reunidos daban a las palabras de los que hablaban guaimí desde la tarima que hacía de tribuna.

Al fin tocó turno a Cansarí.

“Mandador Quira, jefe grande ahora, insulta al indio. Mienta su mamá... Seguro él no tiene la suya... Mandador Quira cuerea indio si no sale a trabajar con mucha agua... Lluvia... Mandador Quira con policía armao echa afuera al indio enfermo con calentura. Indio enfermo, muerto... ¡Muerto...! Mucho indio muerto, culpable mandador Quira... Macho Seguro roba la plata del indio

en comisariato. Tempranito tranca la puerta. Cuando el indio sale oscuro así del monte, buscando comida y trago, Macho Seguro abre si paga mucha plata. Botella de ron entonces vale tres y medio... Si indio se queja, nadie oye, nadie entiende porque Macho Seguro conchabao con jefe Quira, todos enemigo del indio. El indio comienza a trabajar oscurito y sale oscurito. Cuando paga, plata igualita... Ná de aumento, aunque indio trabaje la noche enterita, completa. Es robo. Macho Seguro y jefe Quira enemigos del indio; seguro enemigo. Mucho matao con *escopeta* cuando topa con alambre eléctrico. Indio muertico... Mucho indio muerto así. Nadie paga na cuando indio muerto. Mujer, hijos del difunto pa afuera del cuarto por orden del jefe Quira... Aquí el indio maltratao, indio robao, indio muerto... Falta mucho, montón de cosa, montón así. Poquitica cosa yo dice ahora... Falta mucho... Pero indio mucha culpa... Indio aguanta too, indio muy borracho, indio golpiado con indio... Así no está bueno... ¿Indio tiene que peliar... Con indio...? Indio tiene mucho enemigo, verdá... ¿Entonces con quién debe peliar indio? Indio tiene mucha culpa... Indio bota su plata: por qué dar su plata a las turras? Esa mujer con gusano entonces el indio picao... Pero indio tiene que peliar contra enemigo... Indio enemigo del indio, pregunto— NO... Pero tiene que peliar, peliar bien...”

Oscuro murmullo de aprobación a las palabras de Cansarí, que corta el discurso, baja y se limpia el rostro con la manga suelta. Reanuda, para hacer una advertencia final.

—Góbe jaleta... góbe ari... Jamie mógre... móe na... suliá cuémia era... Cansarí mébro có dó blíte médre..

Separado de los compañeros, el fotógrafo se adelanta, en alto la mano.

—Compañeros indios...— comienza.

—Vine al lugar cuando tenía diez y nueve años. Ahora completo cuarenta y cuatro... Son veinticinco años de ver injusticias y calamidades contra los pobres. Los que los matan con el trabajo y les roban todos los días, son unos criminales y unos lambe

cascos de la Compañía, de los que tienen plata... Aquí hay mucho extranjero desalmao... y también mucho panameño que son iguales o peores que esos que vienen a martirizar al de aquí... Muchos panameños los superan... Para acabar con estos crímenes, compañeros indios, tienen que organizar bien su sindicato... y no se dejen... quéjense... denuncien los crímenes de estos bandidos... Echen pa alante, indios, que hay un código de trabajo que los ampara... Hace poco se ahorcó el mulero Rodríguez, perseguido por los jefes... Echen pa alante, compañeros indios...”

—¿Y lo acordao...? Tenemos que cumplir lo que se aprueba. ¿Qué arreglaste con discurso...? Igual que Tintín, no haces caso...—
Campomanes reprocha.

—Tú sentencia... Los *orejas* a todo conversar y apuntar...—
Guerrero.

•••••

Y una vez más, sumada a tantas anteriores, en cumplimiento de su itinerario siniestro, el camión trepaba el camino rojizo colgado desde el puente hasta la cúspide de la torturada cuesta.

Pronto regresaría presuroso y en deslizamiento con tendio, forzados los frenos, bajo el lastre de su terrosa carga humana: los indios de la sierra. Los indios, más indios que necesitaba la Compañía en la lucha contra la *sigatoca*.

A medida que el trabajo, los accidentes y los vicios gastaban a los hombres tornándolos inservibles; a medida que las puntuales epidemias ayudadas por la pavorosa promiscuidad de las viviendas hacían su letal cosecha; a medida que por mil circunstancias desgraciadas la muerte seguía reduciendo el número, conchabadores entendidos con capataces y fonderos, miraban a la sierra proveedora.

Los buenos *presentes* para caciques ligados a los principales, generalmente ejerciendo autoridad, y las consignas llamativas de:

Mucha plata
Mucho ron

Mucha mujer bueena
Mucha cosa barata,
decidían a los menos entusiastas.

—Allá va EL CHOLERO hasta que vuela, con su carga de indios pegados con goma... Despoblá quedará la sierra... No quedará cholo ni pa semilla...— comentaban viendo pasar el camión a todo escape, medio oculto en la nube polvorienta, cargado de indios zarandeados, revueltos, que vomitaban.

—Tan siquiera a los Valdés les queda la comisión de a peso por cabeza que les pagan... Mismito que animales compraos pa otro...— comentaban vecinos enterados.

•••••

Grupos que se reúnen... Comentarios... Planes... Proyectos... Palabras, siempre palabras.

Motores que pasan, sirenas que llaman y avisan. Movimiento.

—Sigo diciendo que lo que más puede es la plata y la influencia... La Compañía dijo que había comunismo... y ya viene la comisión a investigar... De la misma Capital, que no es poco... Digan...— el maestro... Influencia y plata... Sí... la verdad. Y pa influencia, el diputao... Por uno que nombraron andan sueltos y “con la ciudad por cárcel” los que forzaron a la hija de la Mariquita... Espernancá, deshonorá, y afrentá... Ha quedao lisiá de mal... A cada rato cae al suelo pataliando, espuma en la boca y gritando ¡socorro! ¡socorro!, que era lo que pedía cuando la forzaban en compañía... Tres años en la isla les echaron... Teoría... Muy orgullosos con “la ciudad por cárcel”... Y todo por influencia de diputao... Diputao nombrao...— Justino Melendez.

—Cuando venga la merma... Ya me dirán... Plata, influencia... ¡Mierda...! — Juan Cancio.

—Dicen que Cristo era bueno... Cristiano viene de Cristo... Pues aquí no hay nada cristiano... Ni un cristiano entre éstos...— el maestro.

—Y los médicos son piores... Con sus certificados la Com-

pañía nunca paga accidentes... y menos con los cholos... Contusiones y mallugaduras, certificó. Tres días de retiro, descansando, y al otro día el muerto... Descansando de verda, pero en el gueco... Matando y dejando morir gente y nadie les pide cuenta. Uno por ahí que hay que llamarlo diputao... Cuando pasa gritarle diputao... y se esconde... diputao, le vuelve a caer...— Pancho Madriguera.

—Y otro igual que médico... Uno pierde un brazo en la máquina. Viene derecho a la *legal*... Cómo es el caso de fulano, pregunta al de la Compañía... El otro va a una gaveta, saca una tarjeta, lee, enseña y dice: aquí está... cuando usted vuelve a hablar con él, le contesta:

“Qué va, ya investigué... Ya vi el certificado médico... No es como usted dice”... A este puta tendrías que llevarle el brazo o la pata mochaos y decirle: aquí está, guela”, pa que te crea... Así es que lo defienden a uno... El pión que sólo sabe trabajar, rendir, no tiene quién hable por él... Amarrao para hacer frente a la máquina completa de la Compañía. ¿Cómo va a tener derecho...?— Antenor Pérez.

—Pero es que aquí hay seis mil cabrones que se lo aguantan todo...— Campomanes.

—Se dice fácil... Se critica fácil... Usted conoce lo que pasa con los extranjeros... Muchos que entraron en mala forma... La Compañía los tiene cogios por la nariz... Si colaboraran con los de aquí, los aprietan por los papeles que no están en ley... Ella los trajo así sabiendo que hacía porque no dán puntá sin dedal... Al nica lo ponen de... y así, como convenga... Si hay pelea entre la Compañía y ellos... ¿Quién gana? Muchos han aprendido bien que si son perversos, ganan premios... Aumento, vacaciones, preferencia... Todo a robo... Entonces vea que vale ser malo... Paga... —otro.

—Miguel, usted conoce lo que hace su amigo que lo lleva a pescar. Cosita que queda por ahí, cosita que se va pa su casa... Carro reparao... Si le piden aumento, informa a la gerencia: “Bien

pagao... Suficiente... No se justifica”... Y tirándose sus quinientos y también a los demás... Si el empleo va después a hablar arriba, le contestan: “Que lo pida su jefe... él es el llamado, el que conoce si merece”. Y como el hijueputa te tiene antipatía te jode siempre... Y vengan los quinientos. Pagan bien a unos pocos para que jodan a los muchos. Vea que si paga ser malo... no ser cristiano...— Meléndez, de nuevo.

—La plana se la puso don Castro... Lo encargaron de mandador y al día siguiente corrió a todo el que no era su paisano... Está en su razón... Ya ve que no son seis mil cabrones, como usted cree... No es fácil...

—Todo se arreglará... Ya verán... La merma— Juan Cancio.

El diálogo se interrumpe.

Movimiento. Afanosos capataz y cuadrilla.

—¿Qué pasará...? ¡Tanta calentura...!— Guerrero, que ha salido del turno.

—Ahí viene Gertrudis Punto... Y es que han echao culo nuevo hasta los del arenal...? Usted cambiando bitoque de excusao, arreglando, empapelándolo todo y limpiándolo. Será que ahora no echan la legítima sino perfume... Conque culo nuevo todo mundo... Pa su jocico...!—Madriguera.

—Mandao no es culpao, usted sabe, Serapio Madriguera. Me pagan para trabajar, no para que me las rasque... ¡Vaina...! Poner hoy para quitar mañana... Grandes de visita... El jetón más grande, la dama, los ministros y mucho diputao... —¡Jueputería pura...! Mandao no es culpao, usted lo sabe, Serapio Madriguera...— el Capataz Punto.

Otros se agregan al grupo que sigue deshilvanando temas.

—¿No saben lo que pasó...?— uno que camina apresurado, deteniéndose. Que se colgó el fotógrafo... Dejó carta a la mujer...

¡Cómo...! Vamos...— todos levantándose.

—Estaba sentenciado... Lo vi muy triste la última.....— mientras caminaban a casa del muerto. Sitiao por hambre. Para él no había trabajo. Para ganar tenía que salir. Si salía a pie, lo atajaban

diciéndole: “ya va a revolucionar, a inquietar a esa gente”, si se metía en el motor para tratar en las fincas que era donde ganaba, le decían: “bájese, no puede ir, no puede moverse porque va a politiquiar y revolucionar... y aquí lo que se quiere es trabajo, que esa gente trabaje... No hay más código que la gente trabaje y la Compañía pague... ¿A dónde le pagan más a estos bagres?”... Y si resistía, manduco y cárcel porque conspiró contra la autoridad... Si se deslizaba sin ser visto, el finquero jala el hilo y le dice al jefe: “aquí está el hombre”. Ni averiguan porque el hombre puede ser el fotógrafo, el del sindicato, el cholo cabecilla o cualquiera que vean con mal ojo... El jefe sabe que tiene que mandar el motor con los agentes...— maestro.

—Y no era sólo con él: A otro sólo le dejan llegar a medio camino. En las fronteras de la zona, antes de llegar, lo bajan. Si en un descuidón se les mete, no ha enfriao la pata cuando ya lo andan alzando... y para afuera, espatriao en su misma tierra...— Pérez.

—Otro mismo canal... Se prestan...— Meléndez.

Hijueputería de oficio... No se lo han pedido y ya andan ofreciéndolo...! Para ellos todo es la Compañía... Hasta las mujeres dieran...— Campomanes.

—Hay que ver... Casa, cama, sillas, estufa, refrigeradora, plato, cuchara, sabana y hasta manta, todo lleva el fierro de la Compañía... Qué hacen si se quedan sin éso...? Hay que ver... hay que ver...— el maestro.

—Pasan otomías... Y todo es para tener... Sacan diploma...

—Y por eso andan diciendo que esto es una familia... La familia compañista... Los que comen grueso... Su patria es la Compañía y piensan con cabeza de gringo...— Guerrero.

—Aquí nacieron, se criaron... Piensan lo que interesa a la Compañía... Llevan el herrete en la nalga. “Compañía”, dice... El amo...— Juan Cancio.

—Que les pregunten a los cholos y a los trabajadores si también son de la familia...

Han llegado a casa del suicida.

Dolor... Llanto... Pobreza... Huérfanos... Viuda.

¡Cadáver...!

Viendo a los amigos.

—Dejó esta carta...— Lloro... Lloran.

—Y es que cuando la Compañía le toma carrera, apártese... O lo aplasta... Es peor que querer peliar con un tractor... Y usted no sabe por dónde le viene el golpe... Cuando acuerda está en el suelo... Como tiene tantos que saquean la cara por ella, ahí está la vaina...— uno, entre el grupo.

—Lee tú, Cristóbal...— Campomanes pide.

“María Vinicia:

Tomé la desgraciada determinación de matarme porque ya no puedo más. No aguanto más la vergüenza de verte a ti y a los seis hijos pasar no sólo necesidad sino hambre verdadera.

Tú sabes que no soy flojo y quería que ustedes no sufrieran, pero hace más de un año no puedo ganar suficiente ni para lo primero que es la comida. Desde que hablé en una reunión de cholos, me pegó la de mala. Yo me lo busqué porque me lo advirtieron Juan y Miguel.

Sabes que tenía mi clientela en las fincas, que tenía plata regada y que los sostenía a ustedes del negocio de los retratos. Desde esa reunión no me dejaron entrar a las fincas. Me acusaban de instigar y revolver. No trabajé más y la plata se perdió. Cada vez que cogía el motor me decían, “amigo, bájese. ¿Ya va a revolucionar? Es la orden que tengo”. Y si me iba a pie a coger el motor en otra estación, lo comunicaban acá. Los mandadores extranjeros y otros de aquí que tienen ojos y *orejas* en todas partes, me denunciaban. Un comerciante que entraba a vender y que hablaba conmigo, y que ahora es empleado, era de los que me denunciaba a otros, pues con el cuento de vender cosas en las fincas lo dejaban para que oyera, metiera conversación y contara después. A penas hablaba por teléfono, llegaba la plataforma con los agentes a buscarme, a sacarme a la fuerza.

Me han sitiado por hambre, como dicen.

Ahora sé lo que valían las palabras de los amigos cuando me dijeron “es tu sentencia”.

Te acuerdas de la vez que me agolpiaron y encima me echaron 90 días por “faltar el respeto a la autoridad?”. Todo porque protesté y quise irme a trabajar. Ya uno no tiene ni derecho a vivir, si disgusta con ciertas personas. Hay que prestarse para todo.

Tu sabes que no es a mí nada más. A Montiel y a algunos cholos tampoco los dejan entrar en las fincas. Los tienen desterraos, como a mí.

Esta es la triste verdad y como no se puede cambiar porque los que pueden están de acuerdo, sólo me queda morir ya que no les puedo servir.

Quedan sin nada. Los amigos te ayudarán a enterrarme, lo sé. Los chicos no van a la escuela porque no puedo darles libros ni las otras cosas que necesitan.

Vende la cámara por lo que puedas, que para algo te servirá.

Cuida, como puedas, a los hijos. Que ellos me recuerden cuando estén más grandes y comprendan estas cosas que ahora me veo obligado a hacer. No aguanto más. Estoy medio loco y los nervios no aguantan más. Pensé llevarme primero a algunos de éstos pero no pude toparme con uno de los principales, que deben ser de los primeros..

Adiós.

Arnoldo.

Conversaciones mezcladas con rezos.

—Con las últimas cosas que han pasado, hay que aprovechar el documento, agrandarlo... Hacer algo...— Guerrero.

—Ahora les digo: vine aquí con una misión que no he podido seguir, que tengo comenzá... que después les cuento... Vine aquí a estudiar el terreno.. y tengo que cambiar porque aquí la cosa es de otro modo... No se puede como antes... Complicao. Pero tengo que hacer porque tengo mi juramento y aquí hay mucha razón para hace...— Juan Cancio.

—No te entendemos... Tas muy profundo hoy...— Campomanes.

—La merma era mi ley... Mermar a los de afuera, que hacían daño, que son enemigos... Que hacen estas cosas...

—¿Cuándo nos reunimos...?— Guerrero.

—Lo antes mejor...

—Yo aviso día y dónde...— Cancio.

—Hay que peliar duro, debemos saber...

•••••

Carrera de vehículos sobre las líneas chirreantes; luces desde antes del amanecer en las oficinas de la gerencia; llamadas telefónicas en constante inquietud transmitiendo nuevas deplorables.

—Dejó una tendereta... Y en varias fincas reportan daños. Durante la noche, como a las nueve, fué...— conversaciones anónimas.

En efecto, como consecuencia del vendaval inesperado, de la entrada de un revoco en las plantaciones, se produjeron daños de valía importante.

Caminando a largos pasos sobre trayectos que quedaron despejados de los trillos de las plantaciones, mudos, sorprendidos, la boca abierta, la mirada alargada, con ansiedad, los dirigentes de la empresa, finalizado el recorrido exploratorio, estimarían en cien mil las matas sacrificadas por el meteoro... Cien mil racimos potenciales... En medio millón calcularían después el monto...

Y lo grave, lo más grave eran los pronósticos formulados por las oficinas consultadas. Nuevos fenómenos amesféricos incubados en matrices misteriosas, preludian nuevos desastres...

Pero también se diagnosticó el remedio... Destruir las nubes amenazantes.

Para salvar los racimos en nada se detendrían... En nada se detuvieron...

•••••

—Hielo seco...!

Habitados a su meteorología práctica, de siglos, los labradores prepararon las tierras a fines de marzo, seguros de que,

como todos los años, en muchos años, las lluvias ya rondaban.

El sol ardía, el calor apretaba y las hojas se arrugaban, marchitas. Las nubes negreaban más allá del lomo de la cordillera del este, confirmando el cálculo esperanzado de los hombres.

—Hoy sí... Seguro...— aseguraban con alegría.

Cuando el júbilo agranda el pecho de los labradores, seguros de los dones que esperan tan puntuales como las cosechas, resultado de las oportunas siembras, la paz reina en el campo.

Sin embargo, ahora sucesos raros contradicen y perturban lo habitual, lo llano de la vida campesina. Pasan los días y siguen pasando... y nada de lluvia mientras las semillas se retuercen angustiadas en los surcos.

Y los hombres se consultan, miran el cielo, preocupados.

—¿Qué sucederá...? ¿Será el día?

Cuando la nubazón envuelve el contorno, cuando las esperanzas parecen seguras de convertirse en promisoría realidad, en el cielo lejano; aparece un punto negro, movable, que se acerca. El zumbido también se acerca. Rectamente ataca a la masa oscura, próxima a licuarse.

Lo que parecía diluvio torrencial inminente, se desvanece y disipa trocándose en cándidas nubecillas blancas.

Nuevamente los cálculos de los hombres caían, estropeados contra el suelo; crecía la angustia en los corazones y el espectro de la ruina asoma su faz siniestra.

La sequía continuaba... La tierra se abría en grandes incisiones; los manantiales desaparecían, escondiéndose dejando sólo el lecho reseco y polvoriento; los cultivos ya crecidos y el monte languidecían, chamuscados por el resplandor candente; los animales, contraído el vientre, parecían en los lindes de la desesperación.

Y las nubes volvían a reunirse, a consolidarse como en alianza de ayuda al hombre, ya en las fronteras de la locura. Sólo faltaba el leve empuje del viento pasajero, el revoco que las acercara a la hondonada para precipitarse y revivir el mundo infinito que moría abajo, en la tierra calcinada.

Y nuevamente el ave de la desgracia, el punto negro maldito, aparecía en el horizonte; las nubes se disgregaban y otra vez el sol adquiriría dominio sin disputa.

Los campesinos se congregaban, abatidos por el infortunio, porque con la sequía también aparecían otras plagas: los ratones que sacaban las simientes, los tordos y otras aves que arrancaban las matas enflaquecidas.

—¿Cuándo sucedó ésto...?— apesadumbrados.

—Rogativa... parece que hasta Dios nos abandona...— clamaban las mujeres.

—Cada vez que el agua se acerca, sale el aparato y las nubes se cortan... Ya lo tengo bien visto... El es el de la culpa... Algo serio está pasando... ¿Algunos de ustedes les pegaron a sus tatas? Por algo serio tiene que ser.. Castigo parece...— Silvestre Caballero.

Y no sólo contra nosotros. El mismo clamor hasta abajo, lejos. Los pozos se secan y la gente tiene que caminar montones hasta el río... Nos van a matar de sed... Porque el aparato prieto es el de la culpa.. ¡Y no se cae!— otro.

—Ya pararon el otro trabajo... No quieren mas cholos... Lo que hacían ahora lo hacen desde arriba, desde el aire. Más barato, dicen... Es que ya no quieren gente para nada.

Pero una tarde, como maldición efectiva de tantos afectados, los trabajos sin hombres sucumbieron.

En las plantaciones, en los sectores no alcanzados por el líquido que esparcía la nave, la *sigatoca* tomó cuerpo.

También apareció la temible plaga de gusanos... Desde lejos podía oirse el ruido de la devastación, la comezón incesante que destruía matas sobre matas.

Así volvieron los indios con sus escopetas, los carrizos por donde les llegó la muerte a tantos bajo la circulación mortal de la corriente eléctrica o en el escondido verde del veneno porque aquí la esperanza no es color verde —de otro color es— ya que simboliza la muerte a plazo, pero segura.

Pero un día las nubes se rebelaron y la nave fracasó. Varias

veces se elevó a combatir la solidaridad de las que persistían en juntarse, en unirse y fusionarse, ya amenazadoras.

Todo negrea; la sombra se extiende sobre la tierra y el viento socava, victorioso. Revocos y remolinos retuercen todo. Y por última vez el aparato se elevó a cumplir su ruinoso tarea.

Las nubes se arremolinaron como movidos por impulso satánico desencadenando silbidos tempestuosos, lampazos de muerte. Y con los rayos, el agua y el ventarrón, descendió violentamente el aparato mandado por los que sembraron ruina en la comarca.

—Al fin... ¡Hasta cuándo esperarla!...— aunque tarde, la alegría tornaba a los campesinos.

En la gerencia míster Walker caminaba nervioso, preocupado. Se detenía y miraba en dirección a las plantaciones.

—¡Vendaval...! ¡Barrería...!— comenzaban a anunciar los teléfonos.

Y al siguiente día, con datos más precisos, se resumió la tragedia.

—Seiscientos mil boca arriba...— trabajadores y campesinos habían tenido una revancha que celebraban, clamorosos.

•••••

—Eso del vendaval tumbando matales, ta bueno... es señal; castigo de tanta otomía que hacen de perversidá...— Pa aquel lao de allá no les llovía, seco too mundo... Polvareda misma mandá a hacer; ahora aí tiene usté ese muerto... y con su mano, que es pior... Ya la mujer no sirve pa mujer... Ahora como finca: dar plata pa otro que tiene puesta la tienda... Cualquier día ponen a tanto la libra de mujer... y pese usté mujer... y sobre todo, cobre mujer... Ai ta ese que llaman la Culebra que ya seguro a pensao el negocio, tan adelantao que es... Y cuántos se han dañado en ese muelle... El pantión le pusiera yo... muelle de la muerte... La tumbá de ese tallal es seña... Ya nació ternero con tres ojos... Ya los hijos los pegan a los tatas y no se les seca la mano... Candela va a llover otra vez del cielo... Tumar el aguacero pa que la gente se

tueste abajo.. como que ya ni se bañan. ¿Agua de ónde? Cualquier día mula paría... Animal machorro que se apartó de la regla... Por ai anda el nalgón ese buscando marío... ¡Jesús... otomías! Aai tiene al Culebrón cotisao con místeres que no salen del clus y pegao al diputao... Candela del cielo, que ni el piojo se salve siquiera... ¡Pavesa!... y que pegue otro vendaval, que también debe venir, que voltee lo que falta que es culpá de tanta desgracia... Después, con el tiempo, too acabao que venga otra gente que no esté espiritituá a hacer lo que lace gente que es gente... Cultivar la tierrita y criar los alimalitos en paz de Dios... Que venga ligero el castigo de tanto otomía... Vea que secar esa gente, allá desbaratar los aguaceros... Que está apuntao, no sé en qué parte es, pero en libro es, que es cosa seria... Sidoma y Gomarra fue... Ai tiene la autoridad pagá pa que cuide, amarrando hombre y con su misma mano metiéndole fuego a la casa, el otro amarrao... y too pa complacer al rico. Candela del cielo hasta pal piojo... o vendaval que lo deje too pata pa arriba, es lo que debe venir con tanta perversidá. Candela del cielo y vendaval, que caigan juntos mejor, con la venía de tanto diputao que dicen que viene, que los arrase también, pa que se los lleve, que se vayan junticos en la misma maná... y a la paila... ¡Pa que más calamidá...!— Ña Octavina Saladaña conversaba, agorera, en la puerta de la casa de la vecina María Chua.

Los vientos volverían a pasar altos, de largo, en la Tierra Sin Viento...Otros vientos sacudirían la tierra.

Serían otros vientos, vientos raros... No serían vientos naturales...

•••••

Cediendo a instancias alarmantes que autoridades y prensa daban a conocer respecto a “la penetración roja”, y a la presión ejercida por la Compañía en las áreas de su influencia, el honorable Congreso designó comisión parlamentaria para investigar sobre el terreno alrededor de los hechos denunciados.

Fueron comsionados los honorables:

Valentina Palmito
Eustaquio Lomillo
Ailipio Carcache
Herodes Pomares
Susano Pitongo
Salomé Manganilla.

Antes de partir se les requirió a rendir “el informe correspondiente a la muy honorable Cámara”.

•••••

Recogidos por el gerente que conducía su automóvil, llegaron al club donde los comisionados volvieron a desayunar.

Ya en funciones visitaron diferentes dependencias de la empresa, gerencia —donde fueron informados en detalle—, oficina legal donde entrevistaron abogado y asesores, el hospital, talleres, viviendas de empleados y otras edificaciones.

—Mucho orden distingue todo... y limpieza que admira...— llama la atención el honorable Pomares. Yo que conozco, como que este es mi fuerte, verdad míster Walker... Diga ahí...

Terminado el recorrido que tomó dos largas horas, volvieron al club escoltados por el gerente, el Hondureño, Sorondongo, don Pinzón y funcionarios locales de las principales jerarquías. Posteriormente se agregaron otras personas de importancia.

—Todo por cuenta de la Compañía...— ordenó el gerente.

En camaradería que parecía vieja, rebosantes de regocijo, fueron referidos muchos chistes, se comió y bebió en abundancia, en exceso para algunos.

Pesados, sudorosos, avanzada la tarde, visitaron Black Town... Los laberintos arenosos que sirven de calles, retirada la basura, conocieron las siluetas de los ilustres comisionados.

—Gente grande... y con el gerente...— comentaban curiosos que asomaban medio cuerpo, retirándose tímidos y prestos.

—Veamos las instalaciones sanitarias...— invita a míster

Walker el honorable Pomares.

—¡Oh... oh...! Todo nuevo y limpio... Ojalá los tuviéramos así en todos los barrios de la capital... Magnífico, asombroso...! ¡De qué se quejan?...— el honorable Carcache.

—En todo es así, y siempre... y vean de qué población se trata! De las peores de la empresa...— de nuevo Herodes.

Así, apelonados, con pasos medidos, bajo el ciceronato de míster Walker, comandados por el honorable Pomares, desfilaron a lo largo del barrio proletario, mortificados por el sol ya en declive, que encendía el arenal. Se detenían a veces, instados por Pomares empeñado en poner de relieve la obra humanitaria de la empresa.

Así llegaron al límite de la zona, sorprendidos por el cambio.

—¡Ahhh! ¿Y esto es Panamá?...— admirado, desencantado, el honorable Pitongo.

—Otro mundo... Ver para creer... Santo Tomás, paisano de Bolívar, ya lo dijo...— filosofa el honorable Lomillo.

—¿Y es que andan así...? Yo soy experto aquí... Es mi fuerte. Diga usted, míster Walker...— el honorable Herodes.

Montado sobre la línea divisoria, el grupo contempla y compara las dos ciudades, los dos mundos, ambos creados por los mismos intereses.

—Tenemos que oír a los trabajadores... No olvidemos que aquí somos la representación soberana del pueblo mandante...-rojo, acalorado y rotundo, declamaba Managanilla. Propongo que sea enseguida.

—Quizás un poco tarde...— débilmente insinúa míster Walker.

—¿Y el grupo que allá asoma?

—Trabajadores que abandonan su faena...— el Hondureño.

—Acerquémonos... interroguemos... adelantemos. —Lomillo.

Entre tímidos y curiosos, los hombres acortan el paso para dar oportunidad a los extraños que avanzaban, de los que sólo identifican a míster Walker y a Pomares, viejos conocidos.

Otras personas que se agregaron al grupo que al fin se detuvo frente a los comisionados que también se habían detenido.

Desde días atrás oían hablar de los honorables próximos a llegar. Ahora se presentaba la ocasión de descubrir la deferencia, la honorabilidad, en relación con otras personas el distintivo tenía que fundarse en algo, obedecer a alguna razón de validez. Miraron de arriba abajo, de lado, detrás, de frente y nada lograron descubrir; no suspieron dónde se escondía lo buscado. Tal vez sería algo como una luz, una plaquita quizás, pero tampoco lo encontraron.

—Naá les encuentro a los putas...— decía una voz baja.

Se habían equivocado, sin duda, que otra sería la cosa, algo invisible como la bondad, la inteligencia, la conducta... Tontos, ahora sí, no haberlo pensado antes... Seguramente que ahí sí estaba la distinción... Entonces oírlos, cómo actúan, cómo hacen.

Del honorable Pomares no se ocuparon durante la observación. Tanto lo habían visto, oído y tratado, que nada quedaba oculto, por descubrir a la tímida curiosidad de los trabajadores. A míster Walker ni siquiera lo miraron... No lo vieron... Adivinaban su presencia...

—¿Muy contentos, hijitos, verdad? Trabajo suave, comidita a tiempo, buena platita y ahora a descansar con la conciencia tranquila del deber cumplido...— investigaba la dulce y maternal Palmito.

—Es que no tienen nada que contarnos; están satisfechos, contentos... ¿Qué van decirnos? ¿Dónde los tratan mejor? ¿Dónde tienen más garantías? Quieren descansar ya, para luego, después de cenar irse al cine, muy barato aquí...— se adelanta siempre el honorable Pomares.

—¡Tan graciosos...!— Palmito otra vez.

Los trabajadores miran el suelo, luego unos a otros, y guardan silencio.

—Están turbados... A lo mejor piensan que venimos a hacer cambios que transformen su felicidad actual...— Pitongo.

—Felices trabajadores, les aseguro les prometo por mi honorabilidad, que no venimos a hacer ningún cambio. No teman; todo seguirá igual las cosas van a seguir lo mismo... Estén seguros, por mi honorabilidad...— emocionado, el honorable Manganilla no había tenido mejor oportunidad para su elocuencia.

—Más bien seguimos... Pa lo que ganamos... Lo mismo que Herodes... la misma honorabilidad...— varios a la vez.

—Un momento, muchachos, tenemos que felicitarlos por la forma como cooperan con la empresa que les da trabajo, el pan diario, y que cuenta con el apoyo del gobierno... Esto debe ser como una familia buena y grande, donde todos se entienden como hermanos... Ustedes trabajan con honradez... y el trabajo es un don de Dios... y la Compañía les paga buen salario; les da buena vivienda, buen hospital con médicos y medicinas gratis... y a fin del mes buena cantidad economizada para esposas e hijos...— Todo bien, así... La honorable comisión parlamentaria los felicita al saber que son tan dichosos... Lo averiguamos bien esta mañana... —el honorable Limillo termina.

—Mismo que Herodes... —volvió a oirse.

—Más bien seguimos...— repitió. Y bien que conocían a Pomares...

—Si así fuera, bueno sería...— un trabajador se atrevió a insinuar.

Míster Walker y Pomares se acercan más a los otros. Conversan quedo, los brazos sobre los hombros de los demás. Se oye que dicen frases muy rápidas.

—Es de los agitadores... La tolerancia de la empresa lo mantiene en el trabajo... Pero lo que dice no es la opinión de otros..

—No hoy ninguna felicidad... Tiranía sí... En las fincas se trabaja de más y siempre hay plata de menos.

Y con esa venta de *guaro* en los comisariatos estamos desgraciados... Culpa también tenemos, no se niega...— otro mas.

—Al hombre se le estropea, se le maltrata; en el hospital el médico ve a cien en medio día... y las medicinas son aguitas que

no curan... Vayan a las fincas, a los dispensarios... pa que vean bonito... y conozcan la mentira y la verdá... Vayan...

—Y los extranjeros son los preferidos porque lo estropean a uno... No hay descanso con pago...

—Los invito a que duerman donde dormimos; a que nos acompañen un día de trabajo; a que coman lo que comemos; a que enfermemos juntos y vamos al dispensario al hospital; a que vengan día de pago. Entonces verían felicidad, dicha y cariño a quintales.

—Como querían oirnos, ya dijimos algo, alguito... Vean de verdá, que ojos tienen y no se dejen echar tierra, que aquí saben mucho...

El gerente, Herodes y también el alcalde, caminan y regresan, dan vueltas... Se abanicán y secan el rostro con frecuencia.

Los trabajadores permanecen tranquilos, deseosos de alejarse, pero esperan respuesta a sus palabras.

Silencio nervioso.

—Ahora si está claro... Lo que ustedes decían. Tenía razón la prensa... Es indudable la presencia de ideas exóticas... Incorporaremos estas cosas al informe. Son experiencias... —volviendo la espalda a los trabajadores y dirigiéndose a míster Walker, el honorable Carcache.

—Lo dicho tiene olor a comunismo... y falta de respeto...— Managanilla. Hay agitaciónn roja entre los trabajadores sencillos... La mala prédica es.

—No perdamos más tiempo...— el grupo en masa, junto, se retiró sin volver la cara, sin despedirse.

—Tanta honorabilidad pa mierda...— alejándose. Lo mismo que Herodes son...— trabajadores.

•••••

Acompañados del gerente y otros dignatarios, bajaron de los automóviles frente a LA NIÑA.

A una señal de míster Walker, don Pinzón hizo honores a tan

honorables clientes.

Brindis... Música... Parejas... Baile

Míster Walker y sus asistentes beben coca-cola, satisfechos, viendo como se divierten los comisionados.

Las horas pasan con celeridad... Han sonado las doce... y pronto la madrugada...

—Me estorban... Van a ver un hombre... — el honorable Carcache se despoja de los zapatos que coloca sobre el mostrador y en medias baila, feliz, en brazos de la Sierpe... La honorable Sierpe le llamarían al amanecer, después de la despedida.

Manganilla traza círculos concéntricos asido a la honorable Palmito.

Parando frente a míster Walker que contemplaba sonriente, el honorable reclama.

Quiero mujer... míster Walker, mujer... mujer...

—Está con dama, la honorable Palomita... No, Palmito...

—Quiero *turras*... las mentadas *turras*... ¿Dónde es su influencia que no tiene *turras* para nosotros?

—Yes... yes... — míster Walker rie.

—Desde luego, hay que poner que en las fincas hay agitación roja...— conversan los honorables Pitongo y Pomares.

•••••

—Adiós... Espero su report de la comisión para nuestros records... Recordar el red problem...— las últimas recomendaciones del gerente, a medida que alejan la escalerilla adosada a la entrada.

•••••

Ya la parte sustancial del informe rezaría, concluyendo:

“En consecuencia, vuestra comisión asienta:

1.—Hay penetración roja como consecuencia de las ideas exóticas introducidas por agitadores profesionales al servicio

de intereses no americanos.

2.—La Compañía es una agencia de bienestar y progreso, regida por principios humanitarios.

3.—La comisión consigna su reconocimiento a la empresa y autoridades por las facilidades proporcionadas para el fiel cumplimiento de su cometido.

Finalmente se recomienda: déense instrucciones amplias, especiales, a las autoridades administrativas para proceder en casos de agitación, conatos de huelga, igual que con agitadores y otros elementos que sustenten ideas contrarias a nuestro régimen democrático...”.

•••••

“Después de muerto saldré como los fantasmas, asociado a los árboles muertos, a asustarlos en los retenes, en los caminos, en las orillas del agua, a enfriarles la sangre, a pararles el corazón”.

“Juan Cancio, no te pareces a los demás... Sé que cumplirás mi mandato... Mi ánimo te dará fuerzas, te infundirá pasión... Ahora, muerte, para vivir con más vida, en vida joven...!”

•••••

Fiel al pensamiento de Cruz Albán, Juan Cancio ha respondido, confrontado a la nueva situación, frente a procedimientos más complicados. Separado del trabajo por revoltoso, como le calificaron, no cesa de estudiar y trabajar unido a Guerrero, Valle, Can-san y los otros, muchos otros que se han unido a sus propósitos justicieros.

•••••

Amigos y compañeros de luchas avisados por Juan Cancio conforme acuerdo el día del velorio del fotógrafo suicida, se reunieron en el sitio habitual.

—Me acabé de criar con un hombre muy hombre, que se llamaba Cruz Albán, que murió en su ley, cuando los extraños hun-

dieron su pueblo... Se negó a salir y prefirió morir apegado a su tierra... Entonces, antes de despedirnos, le hice un juramento, seguir pe.liando hasta que yo caiga contra los que le hacen daño a los de aquí... Así, en el juramento, me llevé a varios... Eso era la merma que ustedes no entendían cuando yo hablaba de la *merma*... Después que derrotamos a los invasores de otros terrenos, militares mismos, vine aquí a seguir... pero aquí no se puede así... Es de otro modo... por eso me meto con ustedes porque al final, para lo último, tenemos que mermar... Antes, cuando comencé, era sólo contra los extraños, los de afuera que nos perjudican... Ahora será con ellos y los socios, que ya son tan perversos como los otros, que es lo que pasa aquí... Me meto con ustedes para mermar al final... Los acompaño y me acompañan o hacemos una sola cosa, que es lo mejor... Buena puntería tengo, pero creo que aquí se necesita es otra arma... Tal vez sogá... Me parece que hasta de habla he cambiado aquí... Así no era antes. Más bruto, cuando sólo me dedicaba a mermar...— habló Juan Cancio.

—De acuerdo, pero hay que hacer otras cosas primero para que resulte. Eso, la merma como tú llamas, lo dejamos para lo último...— Guerrero. En verdad todos hemos cambiado bastante porque tenemos un propósito y ese propósito nos ha obligado a estudiar...

—Tenemos que hacer también lista negra... Ellos la tienen de nosotros. Tengamos una de ellos...— Campomanes.

—Así...

—Hablando de todo, ¿para qué se metería esa gente allá en esos cerros...— solitarios, a dejarse *suicidar*, cogios como venaos en bebedero? Aquí era donde debieron venir primero... Ya estaríamos a todo colgar...— Cansarí.

Descubrir amigos y dirigentes, allegar socios, explicar, explicar y siempre explicar... y hacerlo con sigilo, fué una de las tareas abrumadoras.

Se acordó un sistema anónimo para que las instrucciones llegaran, sin riesgo de caer en manos enemigas, a dirigentes y con-

tactos.

Y se agotaron meses largos en la consolidación de la organización en cada finca, en cada centro de trabajo, trabajando de noche, coordinando voluntades vacilantes, apuntalando ánimos decaídos, esclareciendo verdades difusas, comprendidas a medias. Todo había que hacerlo de noche para evadir la pesquisa de finqueros, mandadores y capataces alertados por frecuentes circulares que emanaban de la gerencia.

Había que trabajar toda la noche, muchas veces, en la profundidad de los tallales, alumbrados por la llama agónica de tarros de petróleo. También había que cuidarse de los *orejás*, disfrazados de vendedores ambulantes, que la empresa mantenía y que con el pretexto de un cliente en ciernes llegaban a todas las puertas en forma inesperada.

Después de mucho bregar, de amontonar palabras —¡siempre las palabras!— lograron neutralizar a los trabajadores extranjeros y, finalmente, conseguir su adhesión tibia, casi pasiva, a la gran causa. Comprendieron, al fin, que sus intereses, los de los nacionales y de los indígenas coincidían frente y en oposición con los poderosos de la Compañía.

En todas las fincas se establecían relaciones nuevas; se consumían menos licores y las peleas se hacían menos frecuentes. En todas partes se organizaba, se orientaba, se actuaba secretamente, en espera del gran día, del ansiado porvenir cercano.

—Algo extraño pasa... Como que algo se trama... como que todos se han puesto de acuerdo para ser diferentes...— Hasta las mujeres hablan menos, prudentes y atareadas en algo que les interesa mucho... ¿Qué se propondrán estos? ¿Qué será...—? Vaina grande debe ser porque de otra manera no se explica este cambio...— razonaban los funcionarios de las distintas dependencias.

Y cuando se hablaba de los asuntos de interés, al acercarse un extraño o alguna persona ajena al plan, alguien se tocaba una oreja simulando rascarla. Era la sencilla, fácil y efectiva consigna

generalizada.

—De noche ustedes se pierden... ¿en qué están metidos...?—
amigos les habían observado.

—Donde Cansarí, que vive afuera... a conversar...— respuesta
de inocente sencillez.

•••••

Al acercarse la hora, siluetas borrosas, difusas en la noche, desde distintos caminos confluyen al mismo punto, el tronco aprisionado en el arenal. En el madero tendido, mudo, encuentran cómodo asiento, en tanto que las olas que se destruían sobre el lecho de arena brillante y limpia, devoraban las palabras peligrosas que no llegarían a los orejas, siempre ávidos.

Total aislamiento.

—¿Todos...?

—Completo, los citados...

—Al asunto, entonces...— Guerrero, informar.

—En las fincas todo se ha desarrollado de acuerdo con el plan convenido desde el principio. Ahora debemos trazar otro plan, cumplidos los otros de la etapa anterior... Cumplir lo pactado... Nada de asuntos individuales que todos se sometan a lo que se acuerde. Nada a la bartola, a cuento de que nos creemos muy hombres, con muchos... Después ocuparnos de los individuos. La lista porque...— con sus pausas Campomanes insiste en criterios expuestos con anterioridad.

—Ahora hay que atraer a otros estudiantes que andan por ahí, ya chequeados... Saben algo, son nuevos, tienen entusiasmo y a lo mejor servirán bastante... Son dos los que propongo; algunas veces conversan con nosotros.... Valle, Casasola y otros más...

La reunión se prolongó hasta avanzada la madrugada, cuando, liquidados todos los asuntos concernientes a planes, detalles, y demás, los hombres desfilaron, arrugados por el frío, por caminos silenciosos que los llevaron a distintas direcciones.

Quintín Casasola era el estudiante palabrero, inconstante, im-

puntual, que sólo apremiado y de muy mala gana, cumplía los trabajos que involucraban calma, sigilo y esfuerzo organizado. Para él la figuración, el espectáculo; donde hubiera mucha gente y mucha palabra que decir, ahí estaba en su mundo, en su medio propicio, pleno y feliz.

“El revolucionario”, fué el título que le otorgaron. Allí viene el revolucionario, lo dijo el revolucionario, eran frases que no requerían explicación porque todos identificaban a Casasola.

“Porque nosotros, la juventud incontaminada, somos la reserva moral de la patria asaltada por la oligarquía reaccionaria, incapaz y traidora. Somos la vanguardia de la revolución; la revolución que es acción. Actuar, actuar, debe ser la consigna de los que no son revolucionarios de cartón, de gabinete, revolucionarios domingueros. Hay que echarse a la calle a hacer la revolución detrás de la mirilla del arma al frente... Pueblo y revolución, he ahí las grandes palabras...” — recitaba en toda oportunidad.

Contrario a Casasola, Valle, también estudiante, se destacaba por la oportunidad, medida y tino. Sus observaciones eran dignas y en las reuniones muchas veces sus puntos de vista fueron aceptados. A él se debió el aporte de recursos y unidades valiosas al movimiento en proceso de realización.

—¡Pura mierda...! — comentario resumido de Campomanes cuando oía las parrafadas discursivas de Tintín, modificación oportuna del nombre de Casasola.

Tin-tín, pura campana, ruido solamente.

—Ojalá fuera campana... Campanilla es... — Guerrero.

La universidad es la matriz de la revolución, la vanguardia, la juventud que piensa...

—¡Mierda...! — Campomanes vlovía a su calificativo. Empuja a ése, que no hable más payasás... ¡Cagao...! Mándalo a recoger basuras y a bañarse después para que se limpie de tantas carajadas. Hasta por la nalga echa palabra.

—Esto acá es cosa de hombres, no de baboso que sólo sabe echar palabrerío... Póngalo a hacer algo... Comisiónelo a hacer

algo serio y verá que le saca el cuerpo... Echar a éste por la borda... Nos vende por sólo hacer confidencias... Tocarse la oreja cuando se acerque...— Cansarí advirtió.

•••••

Las cosas se acercan al fin esperado.

El arenal, el tronco mudo, las olas estruendosas.

Y los hombres también, puntuales, convencidos, apasionados.

—¿La lista...?

—Hecha está...— A lo mejor faltan...

El papel circula entre todos, que leen alumbrados por la linterna de pilas.

—Creo que algunos faltan todavía, que vamos a ver...

Comentarios.

—Al Culebrón se le cuelga...— No es colgao del pescuezo, pero colgao sí... Así se le tiene tres días... Después se le lleva en bote afuera y se suelta en la mar...

—Así no... ¿No dicen que lagarto no come lagarto...?

—Pero es con tintorera...

—Para los otros, los místeres y los que están apuntados ahí, para qué mentarlos... Para éstos, manila... Lazo corredizo, que apriete de verdad...— Valle.

—Gazá travésá, sin riesgo de escafarse...— Cansarí.

—Así sí porque hay que tener seguridad... Mucha seguridad...

—Al fin tenemos lista, la lista negra de verdad, para cobrar. Cobrar la sequía que casi mata a la gente de aquel lado; que la paguen los comandantes de tanta desgracia, los jefes de esta camada de perversos.

—¿Y el cagón...? — Cansarí. Enemigo de los indios; ladrón.

—Matías Maldonado, el fondero, con esas caderonas de vieja gorda. En esa porquería de fonda que sólo los cholos se atreven a usar... Con ese hombre siempre peyéndose, flojos los muelles y maricón encima... Darle unos palos solamente para que se cure de esa gana de plata... plata...

—¿Y el Pando..?— insistía el indio... Hay que colgarlo también.

—Después. Primero a los principales. El es como la sarna: producto de lo que se esconde adentro. Se lo entregamos a los indios para que ustedes lo enderecen.

Ahora la vaina no es descabezarlo todo. Quemar, destruir, matar a cualquiera... No... Sino hecha la justicia, defender, cuidar para todos.... Y al que no se calme, se amarra para que se cure... y si no se cura, virarlo, echárselo, aunque duela...

—Y los de los otros lugares...?

—Todos listos, en espera de la voz, para que sea igual en todas partes.

•••••

Y se reunieron una vez más, en la calma solitaria de la noche, para conversar alrededor de los grandes asuntos en que estaban comprometidos.

—Que hablen pocos, pero bueno porque la hora se acerca... Hablen bonito porque cosas grandes tenemos por delante...— Campomanes dirige. Y el que vacila, ya sabe...

Estas olas se lo callan todo. La noche nos ayuda y no ve.

—Son cosas serias... Hacerlo es duro... pero...

—El que de verdad quiera al hombre, el que sienta hondo por aquellos que ni cariño tienen está obligado a no ver ni oír en esta hora grave, en el instante de resolver... Se impone limpiar la vía para que transite, holgado y sin tropiezo, el nuevo hombre, la nueva criatura que con sufrimiento y asombro, ayudamos a crear, a construir

Tapar oídos y ojos, actuar con corazón en nombre del amor, amor y realmente para el amor. Hay que preparar la futura alegría, vencidos tantos dolores innecesarios, apagadas tantas calamidades... Apura echar las bases del amor nuevo, del júbilo tierno... Tantos inocentes han naufragado en perenne amargura sin sospechar siquiera la posibilidad de la esperanza... Precisa ir al nacimiento de la desventura, a la raíz de la angustia del hombre, parti-

do, truncado, incompleto, envenenado por brebajes corrosivos satánicamente manejados por el egoísmo, el deseo de serlo todo en exceso, sobrante, a expensas de la aniquilación de los más, mediante una ruina esterilizadora que niega todo a los muchos para que todo, excesivo, lo tengan los pocos, los elegidos...— el estudiante Valle termina su explicación...

—Es más: los de aquí y en todas partes niegan diariamente a la mujer lanzándola al comercio inícuo, transformándola en máquina de vil rendimiento, son los mismos, obedecen a igual interés que los que hundieron pueblos para expandir su poder; los mismos que con fría infamia calculada, tabulada, succionan hasta las gotas finales de energía de los que ante una realidad de la cual tienen leve culpa, venden su vida, porque tal es, a cambio de condiciones afrentosas para el hombre, sin dejarle dónde se refugie la dignidad del ser... Son los mismos que obligados a servir y defender al débil y menos apto, promover el bien, amortiguar la injusticia, no tuvieron un instante de valor, de claridad para levantarse entre el mal y el inocente y, en cambio, participaron de dolor y perjurio... Hay que medir la gran desventura que aquí vive el hombre. Ha sido tan habitual, las perspectivas se le han cerrado tanto, se le ocultaron tanto los caminos de liberación, se ha acostumbrado tanto a no tener oportunidades y a comprobar el diario predominio del malvado, la felicidad continua del perverso, que ha terminado por negar su hombría y a tener como propias, perennes, la desventura, la falta de fe y de posibilidad total... Ha mandado tanto la maldad que ha establecido escuela moral, la escuela de la mentira, la moral venenosa de “cuánto tienes tanto vales”... Sin embargo, la negación total del bien y los resplandores de la agonía son signos que caracterizan esta hora de ocaso-aurora... Porque así es... ocaso-aurora...— otro estudiante.

—En nombre de la ley se niega la ley, se destruye lo legítimo; con la ley mistificada se protege lo ilegítimo...— Urge rescatar el bien y, por lo tanto, actuar con serena energía, alegremente, seguros de que al demoler los obstáculos que se oponen al pre-

dominio del amor, se abren todos los cauces para que el hombre renazca, crezca en la esplendorosa magnitud que le corresponde...— Guerrero.

—Procedamos como hemos propuesto... Seguros de que no hay verdad útil separada del hombre, por encima del hombre...— Juan Cancio.

—Y.....?— Cansarí.

—A la hora, a la hora que ya madura... con alegría... Sacudidos por la esperanza de un magnífico amanecer... Quebrar la servidumbre del hambre vieja... destruir la servidumbre del espíritu... Promover la convivencia del amor sepultando las razones de la desventura... A la hora, cuando toque la hora, todos listos, listos de verdad, cada uno en el puesto que se le dé... Con dureza, sin ver ni oír, listos a construir el amor y el júbilo permanentes... También filosofeo...— Campomanes.

•••••

Se borran las fronteras pero ya no las borran las fincas, las plantaciones extranjeras sino los hombres que al fin pudieron extender brazos solidarios, humanos, que echaron por tierra tantos horrores...

Y en la dulce Tierra Sin Viento, por encima de todas las fronteras, soplan vientos fraternales que preludian vientos más profundos que arrasarán las ruinas... y unirán a los inocentes y a los nuevos hombres...

Vocabulario

1. **Barrabá** Arbusto cuya resima blancuzca se utiliza en la pesca, vaciándola en los cursos de agua.
2. **Beis** Baseball.
3. **Caldos** Caldo borbelés y otros preparados usados para combatir enfermedades en las plantas.
4. **Canchalagua** Planta silvestre de flores azules a la que se atribuyen propiedades terapéuticas.
5. **Cangrina** Gangrena.
6. **Cañizo** Trampa para aprisionar peces que se construye sobre un muro de piedras que ataja un curso de aguas.
7. **Caraña** Tira de cuero o fibra que une los estribos bajo la panza de la bestia que se está domando.
8. **Carta Vieja** Ron que se elabora en la provincia de Chiriquí.
9. **Casa de Adentro** Casa principal de un hato o hacienda.
10. **Confidencial** Orden o información que se hace circular entre limitado número de funcionarios de una empresa respecto a persona o situación que le interesa a la misma empresa.
11. **Cortezo** Árbol silvestre fibroso cuya ceniza es rica en lejía.

12. **Creadillas** Testículos de toro.
13. **Currunco** Tucán.
14. **Chichica** Planta silvestre cuyas hojas come el ganado.
15. **Escopeta** Carrizo metálico conectado a una manguera que se usa para regar soluciones, caldos, contra enfermedades de las plantas.
16. **Espiado** Cascos suaves, sin callos.
17. **Extraño** Extranjero, de afuera.
18. **Guaro** Licor de mala calidad.
19. **Iguanear** Atrapar iguanas en nidos o árboles.
20. **Jabón de país** Pasta negra para lavar, que se elabora en los campos.
21. **Jabilla** Semilla del Espavé o cornonzuelo.
22. **Jagua** Árbol silvestre de fruta comestible.
23. **Jai** Jaibol, hielo, mezcla de whisky y gaseosa.
24. **Jáquima** Apero de cerdas que sirve para que el jinete guíe la bestia.
25. **Jupa** Rostro, cara.
26. **Las Claridas** Fiesta ritual de los indios guaymíes.
27. **La Legal** Oficina legal de algunas empresas inversionistas.
28. **Levantar la cama** Hacer la cama.
29. **Manchados** Trabajadores cuya ropa se mancha con la resina del producto vegetal que manejan.

30. **Majagua** Fibra que se saca de algunos árboles y arbustos, que se usa para atar.
31. **Mangas** Divisiones de potrero.
32. **Manos** Pieza de piedra o madera para triturar o descascarar cereales en piedras o monteros.
33. **Marca de sangre** Señal o figura que se hace cortando partes de las orejas de los vacunos.
34. **Mocha** Machete pequeño, especie de daga.
35. **Ñoma** Piedra
36. **Oreja** Persona que oye y cuenta: correveidile.
37. **Paira** Planta silvestre de la cual se alimenta el ganado.
38. **Palomo** Árbol silvestre cuya frutillas comen las aves.
39. **Picao** Tuberculoso.
40. **Pioler** Faja de cuero que se usa para amarrar animales.
41. **Platanilla** Guabilla de planta silvestre aromática.
42. **Presente** Obsequio interesado que se hace a los indios.
43. **Puerco muerto** Menstruo.
44. **Saca** Selección de animales que se separa del rodeo.
45. **Salvaje de Montaña** Hombrón fantástico que se ubica en montañas de Chiriquí.
46. **Sereta** Formaleta de madera o de hojas de pira para vaciar la cuajada.

47. **Sigatoca** Enfermedad de Panamá, que ataca el banano.
48. **Tabanco** Troje o granero.
49. **Tamuga** Envoltorio de sal hecho con hojas de bijao.
50. **Tapón** Tarugo de hojas que el conejo pone en una de las salidas de su madriguera para disimularla o esconderla.
51. **Tebujo** Especie de casa de avispas pegada a las ramas, de miel deliciosa muy apetecida en el campo.
52. **Tinaja mal curada** Tinaja cuya porosidad permite la salida, goteada, del agua. Alizar la tinaja, es sellar, con “ojo de venado”, los poros para impedir las gotas.
53. **Tuerce cabello** Abeja silvestre que hace el panal en huecos de los árboles. El insecto se mete en el cabello.
54. **Tumba** Piedra plana donde se quiebran cereales.
55. **Turra** Prostituta, en algunos países centroamericanos.
56. **Vino de palma** Bebida que segregan algunas palmeras, que se fermenta y causa embriaguez.

Tristán Solarte
El Ahogado



Introducción

Noche oscura, con fuerte viento del sur. Acaban de dar las once, pero ya las calles de Bocas del Toro están desiertas. Un grupo de perros vagabundos aúlla histéricamente su miedo al cielo tenebroso.

Rafael viene de regreso. El viento le ciñe la ropa al cuerpo. En la boca, un cigarrillo le ilumina intermitentemente el rostro pensativo. Tiene una mano metida en el bolsillo; con la otra se acaricia el pelo negro cortado casi a rape.

Apenas cuenta diecisiete años de edad, es poeta y se deja penetrar por el misterio de la noche, por los presagios que azuzan a los perros, por el soplo cardíaco del océano que, unos metros más allá, vigila al pueblo echado a sus pies como un perro enorme, negro y celoso.

Ni una lucecita en el cielo, ¡Dios mío!, ni una estrella; a este paso se quedará sola la tierra. ¿Cuál es el origen entonces de esta felicidad?

La tierra sola en el espacio una pelota agujereada que rueda ciegamente y rueda y rueda sin objeto y sin meta y rueda y rueda solitaria ceñida por una levísima gasa de oxígeno que se acaba y se acaba y acabará en las fauces del perro la pelota la pelota.

Juega con las sílabas sin sentido Rafaelito trisca trinos Trinidad trina tiros tira trinos. La noche todo lo permite. Se diría que la nostalgia ha tocado fondo; que las sombras van a devolverle el paraíso perdido de su infancia con sus callejones húmedos y retorcidos, sus tambos plagados de misterios y el patio de las revelaciones.

Se detiene debajo de un farol y, apoyando el pie izquierdo en la base de cemento, se ajusta los cordones del zapato. Ahora podemos verlo mejor. Es bajo de estatura. Labios ligeramente crespos, nariz respingona, pestañas tan abundantes que apenas si dejan entrever los ojos negros, luminosos. Cejas asimismo pobladas, frente tersa y no muy amplia; manos largas, dedos nudosos. En el anular izquierdo luce una sortija de plata.

Prosigue su camino, silbando suavemente una melodía popular. Ha dejado caer la colilla del cigarrillo en un charco formado por la lluvia en mitad de la calle. Sí; las calles de Bocas del Toro se hallan en muy mal estado: repletas de baches y de yerbajos que locamente se aferran a la miserable tierra arenosa de las orillas. La condición de las casas es simplemente desastrosa: despintadas, la madera carcomida por la polilla y por el vaho corrosivo del mar.

Pero nada de esto tiene que ver con un poeta adolescente que camina a las once de la noche. Y no por falta de amor a su pueblo natal, ciertamente; pero su amor abarca la decadencia de las cosas y, hasta cierto punto, de ella se alimenta. No hay palabras para describir la ternura que inspira la vista de un solar vacío, antaño ocupado por una hermosa casa de dos pisos y hoy cubierto de monte y de latas.

Ya está frente a su casa, su pequeña casa de madera con los helechos y flores del balcón, amorosamente cuidados por la abuela. Sube las escaleras decrepitas. Sonriendo maliciosamente, abre la puerta y entra con grandes precauciones para no despertar a la vieja. Al pasar frente al cuarto de ésta, su ronquido familiar le llega pleno y sonoro, como una señal de buen agüero, de que todo está en orden. Atraviesa de puntillas el pasillo, y abre la puerta de su cuarto, situado en el otro extremo de la casita. Enciende la luz.

Es una habitación relativamente amplia, amueblada con sencillez: una cama de hierro junto a la pared, cómoda, un armario.

En la pared opuesta, un pequeño escritorio y un taburete. Empotrada en la pared, una biblioteca con medio centenar de volúmenes, incluyendo varios ejemplares de las dos obras que lleva publicadas: “Canción de Amor” y “Falsos Testimonios”. En la cabecera del lecho un retrato de García Lorca.

Se desviste lentamente, sin dejar de sonreír. Apaga la luz y, completamente desnudo, se mete en la cama. Con los ojos cerrados espera pacientemente a que el poema que ha venido anunciándose todo el día se materialice en un soneto perfecto. Una a una se irán encadenando las sílabas embriagadoras. Conoce bien los síntomas. Aguarda. Aguarda...; pero el que llega es el sueño, con sus limbos grises y sus incoherencias.

En esa duermevela lo sorprenden. Siente, casi en sueños, los pasos que se acercan a su lecho, sigilosamente. Siente la mano que levanta el puñal; siente la ráfaga negra que irrumpe en su alcoba... siente... y sonríe en sueños...

A las dos de la madrugada se desató un violentísimo aguacero que se prolongó, con breves pausas y escampadas, hasta el amanecer.

El día nace turbio, húmedo y melancólico. Heladas ráfagas de viento se enredan en las esquinas. Calle Tercera, empozada por el deficiente sistema de desagüe, está intransitable. Algunos peatones, descalzos y con los pantalones subidos hasta la rodilla, cruzan chapoteando, desdeñosamente contemplados por oscuros gallinazos ateridos de frío en los techos de zinc.

El pueblo despierta lenta y perezosamente, bostezando y dando portazos. Un hombre sacude a su hijita de ocho años que se debate dulcemente en el centro de un sueño agradabilísimo... una vieja, con la canasta de hacer las compras colgándole del brazo, mira con rencor las calles anegadas... una joven pareja de amantes hace aún más ceñido el abrazo matutino; ambos tienen los ojos cerrados; en la misma cuadra, una madre calienta la leche en la cocina mientras desde el fondo de la casa su pequeño de tres meses arma una gritería de todos los diablos... el sastre y su rolliza esposa abren los

ojos a la primera mañana de matrimonio... el viejo pescador escruta ansiosamente el mar borrascoso que rodea la isla de Bocas del Toro y las otras islas de ese enorme y bello archipiélago situado al noroeste de la República de Panamá. **Imposible pescar hoy**, se dice; una vez más el clima le ha jugado una mala pasada.

A las nueve de la mañana, pese al obstáculo que le oponían las calles anegadas, la noticia había atravesado la ciudad de un extremo al otro. Y un terror indescriptible estrujó a sus habitantes.

El pasado del archipiélago es una cámara de horrores. De ahí que cualquier hecho de sangre reviva en los espíritus viejos miedos latentes. Algo quedó rezagado en las islas, prendido de las lianas del monte, acechando en los manglares, presto a irrumpir tumultuosamente en el presente. Hay un peso muy grande enterrado en el corazón, algo muy podrido surca la corriente sanguínea poblando los sueños de signos sin clave. Cualquier crimen hace surgir, aun en los hombres más sensatos, una horrenda sensación de culpabilidad, de complicidad.

Un pesado estupor descendió sobre Bocas del Toro.

Primera Parte

Apuntes del Doctor Martínez

Capítulo I

Voy a aprovechar estas noches de insomnio — interminables, delirantes — para ordenar mis viejas notas sobre el asesinato de Rafael. Después de pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que si recorro de nuevo, sistemáticamente, de principio a fin, “los viejos caminos”, quizás consiga neutralizar el veneno que destilan mis recuerdos. Todos mis recuerdos: los de mi madre, los de mi niñez, los de mis mocedades. Y, especialmente, los de Bocas del Toro, donde me hice hombre y médico. Recuerdos de las gentes de Bocas del Toro. Recuerdos de Carmen, la dulce Carmen, destinada a una muerte prematura. Recuerdos de Leonor: recuerdos de aquella joven extraordinariamente esbelta y bella, cuyos ojos verdes poseían la misteriosa cualidad de absorber y reflejar toda la claridad del paisaje marino. Recuerdos de la muchacha que fue mi primer amor. Amor no correspondido, es cierto, pero eso qué importa. Cuando el insomnio o el sueño me devuelven su imagen, la acepto con gratitud, humildemente. Recuerdos de Rafael. Recuerdos de un crimen que estuvo a punto de desquiciarme. Conservo varios recortes de prensa. Voy a transcribir los titulares escandalosos de uno de ellos: “MONSTRUOSO CRIMEN EN BOCAS DEL TORO. LA VÍCTIMA ERA UNA DE LAS MÁS DISTINGUIDAS FIGURAS DE LA LITERATURA PANAMEÑA”.

El texto, pese a estar redactado en la truculenta jerga del Oficio, recoge con bastante fidelidad lo ocurrido. A las ocho de la mañana la abuela de Rafael entró al cuarto de su nieto a llevarle, según tenía por costumbre, el desayuno. Al abrir la puerta, lanzó un grito y cayó al suelo desmayada. Al ruido acudieron los vecinos, y vieron espantados la causa de la conmoción: Rafael yacía desnudo en la cama, en medio de un charco de sangre.

La noticia recoge la perplejidad de las autoridades, y del público en general, por la aparente ausencia de móvil. Consigna, secamente, la simpatía y estima que todo el mundo sentía por el poeta; su vida ejemplar, consagrada exclusivamente a la realización de su obra. No tenía un enemigo. Algunos aventuraron la teoría de que sólo un loco pudo cometer el crimen.

“Rafael vivía en una pequeña casa del pueblo en compañía de su abuela, su único familiar. Los padres del poeta murieron cuando éste era un niño de corta edad”.

“La abuela ha sufrido un ataque al corazón, y el médico la está atendiendo”.

Siguen unos párrafos casi líricos que pretenden hacer el pánegírico del poeta genial de diecisiete años, que también se distinguió como pintor y como cantante. Los paso por alto, porque lo que Rafael era, prefiero decirlo yo mismo con mis propias palabras.

En una pequeña caja de cedro guardo algunos objetos preciosos. Ya hice alusión al recorte del diario. Mencionaré, además, una carta amarillenta y reseca, sin firma; un testamento, tres poemas inéditos, dos fotos: la primera es de Leonor, sentada en la playa, en traje de baño, con el mar de fondo. Como fue tomada desde lejos, no se le distinguen bien las facciones; pero éstas se hallan nítidamente impresas en mi memoria. La contemplo ahora, y siento que el viejo amor desesperado, aquel amor que nunca me atreví a confesarle — por tímidez, por miedo a que me rechazara, ¡vaya usted a saber! — no ha muerto del todo. Ignoro qué me intimidaba en la muchacha: si los ojos verdes o la piel curiosa-

mente dorada, o las manos largas o los labios llenos; o el aire de severa castidad que mantenía a distancia a la juventud masculina bocatoreña (a sus veintidós años, aún no se le había conocido novio).

La otra foto tampoco es clara. Una muchacha en calle cuarta. Sé que se trata de Carmen, porque yo mismo la tomé. Con Carmen sí me falla la memoria. Lo único que conservo de ella es su fragilidad y la dulzura de su carácter, y su paso de sueño por mi vida.

En cuanto a los poemas... ¡silencio! Si de mí depende, jamás se publicarán. Cuando sienta que la muerte se aproxime, los quemaré.

•••••

¡Dios mío! El espectáculo que ofreció Bocas del Toro a mis ojos de recién llegado. Las calles, los parques, las casas de madera: todo se derrumbaba.

Hace treinta y cinco años Bocas del Toro era la tercera ciudad en importancia de la república, gracias a los buenos precios del banano, próspera actividad que mantenía un elevado nivel general de vida. Súbitamente, una misteriosa plaga arrasó las plantaciones de tierra firme y, entre una cosa y otra, quedó reducido Bocas del Toro a un ruinoso pueblecito de dos mil habitantes, nostálgicos de **los buenos tiempos**. En el momento de tornmar posesión de mi nuevo cargo de Médico—Director del Hospital Provincial— el título pomposo no se justificaba: en realidad era yo el único médico del hospital y del pueblo— Bocas del Toro se hallaba en trance de muerte. De su época de oro sólo subsistían el recuerdo de los mayores y el simétrico trazado de una ciudad construida para albergar seis veces más habitantes.

Empero, tenía su encanto — y no me refiero sólo al paisaje maravilloso, sino al propio pueblo— un encanto melancólico hecho de nostalgia y de presentimientos. Durante un año jugué con la idea de establecerme allí definitivamente, idea alimentada por la amable acogida que me dispensaron los bocatoreños, por

mi relativo bienestar económico, y por las satisfacciones de orden espiritual que me proporcionaron el amor a Leonor y la amistad de Rafael, todo ello en contraste con la sórdida y triste vida de mi niñez y adolescencia, transcurridas en un cuarto húmedo y maloliente del Marañón.

•••••

Fue una infancia atroz la mía. Sombras, malhumor, hambre, lavaderos atestados de mujeres maldicientes.

A los cinco años de edad presencié, desde los brazos de mi madre, la masacre de octubre de 1925 en la plaza de Santa Ana con que se liquidó el movimiento inquilinario y la huelga de **no pago**. Mi madre, como la mayoría de los vecinos, participó activamente en la lucha, participación que aún hoy me enorgullece.

La pobre, a fuerza de lavar ropa, me costeó los estudios primarios y secundarios. Nunca olvidaré su mirada de triunfo cuando obtuve el bachillerato, y, más tarde, cuando le anuncié que me había ganado una beca para estudiar medicina en un país sudamericano. Tampoco olvidaré nuestra despedida: el abrazo estrecho de hijo y madre en el muelle, ni las promesas desesperadas de última hora. Acicateado por el recuerdo de su rostro moreno y por sus cartas semanales (trabajosamente escritas, llenas de faltas de ortografía y de manchones de grasa) estudié con un furor lindante en la locura. Ya próximo a recibirme de médico, llegó el cablegrama, cruelmente lacónico, anunciándome su muerte.

Después de la graduación regresé a Panamá, porque en realidad no sabía adónde dirigirme; pero nadie me esperó en el aeropuerto: yo era el último miembro de mi familia.

El último, el único miembro de mi familia, me repetí una y otra vez mientras los funcionarios de Aduana recorrían mis escasas pertenencias. Resignadamente cumplí mi año de internado en el Hospital Santo Tomás, al término del cual me citó a su despacho el Director de la institución para ofrecerme el cargo en Bocas del Toro. Más que ofrecimiento, era una orden.



Sí; me encontraba a gusto en Bocas del Toro. A gusto y enamorado. Leonor entró en mi vida en el momento más oportuno. Ahíto de soledad, de pensiones y cuartos de hospital, sentía la necesidad, la urgencia mejor dicho, de fundar familia y tener un hogar propio.

Conocí a Leonor, y en su rostro vi los hijos y los nietos hermosos que podría tener, y la sucesión de años y acontecimientos menudos y la plácida rutina de una existencia sin sacudidas, al cabo de la cual ella y yo compartiríamos el silencio eterno bajo las arenas del pequeño cementerio.

Pero una noche lluviosa descargaron una puñalada sobre el pecho de Rafael.



Del fondo de la cajita he buceado el protocolo de la autopsia que, por orden del fiscal, tuve que hacerle a mi amigo más querido. Y fue como si también hubiera buceado, del fondo de los años, el día más amargo de mi vida.

Capítulo II

Sobre una mesa de hierro yacía el cadáver de Rafael, cubierto de pies a cabeza por una sábana. El olor a formalina, la resonancia de templo, el silencio que oprimía los sonidos me devolvieron vívidamente horas que daría cualquier cosa por poder olvidar.

Y volví a experimentar aquella náusea que casi me hizo abandonar mis estudios, y que tanto me costó vencer. Náusea indisolublemente asociada a mi profesor de Patología, a sus bromas estúpidas, a su vulgaridad, a sus irreverencias. **Memento**, todavía lo oigo decir izando triunfalmente, ante la veintena de mozos enfundados en raídos guardapolvos, un hígado erizado de granulaciones: **Hermanos: recordad que morir habemos. Guardaos de la caña y de la grapa, del vino y de las cervezas.** A continuación, en su mejor acento lunfardo, expulsando las palabras por una esquina de la boca:

*Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando,
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte,
tan callando...*

Profanación que, agregada a la náusea y a mi nostalgia en carne viva, me hacen concebir una serie de desatinos, entre ellos el de embarcarme al día siguiente de regreso a Panamá. Tuve que poner en juego toda mi fuerza de voluntad para espantar los fan-

tasmas; pero las coplas de Manrique continuaron encadenándose por su cuenta en mi memoria:

*Después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero*

¿Cómo era, cómo era?

Vino la muerte a llamar.

Y también

*Cuando se presenta airada,
todo lo pasa de claro
con su flecha...*

Todo. Milagro poético y pureza de alma. Y aquella forma de recitar, como embelesándose en la contemplación de indecibles maravillas, mientras las manos jugaban prodigiosamente al juego de las palabras; la forma de cantar, entrecerrando los ojos, aquellas canciones bellísimas.

Así que todo ha terminado. Aquel meteoro cegador se había consumido, y el viento ahora dispersaría sus cenizas por el archipiélago.

Avancé resueltamente y, haciéndome enorme violencia, descubrí el rostro del muerto. Tuve que retroceder un paso. Aquella cara, otrora tan animada y expresiva, lucía amarillenta, indiferente, afeada por la palidez grisácea de la mañana.

—¡Dios mío— supliqué— dame fuerzas para realizar esta asquerosa tarea!

Las pestañas intrincadas de Rafael habían caído definitivamente, como un telón. Los labios crespos eternizarían en adelante — imposible pensar en la podredumbre— un silencio carente de significación y de contenido. No hay otra forma de expresarlo. Conforme lo miraba, el rostro del poeta se tornaba más pétreo, más inanimado y vacío. Comprendí que la cosa no iba a ser tan tremenda como había temido. Un cadáver más, entre los miles que me había tocado abrir. Un cadáver más. Mi pulso recuperó su ritmo normal, y las manos adquirieron mayor firmeza. A

la vez, sin embargo, el rostro del poeta vivo se posó en mi memoria al lado del muerto. Y a pesar de que así no hacía sino contrastar más agudamente lo poco que ambos tenían en común, ahí, en mi recuerdo en carne viva, sí que la imagen resultaba dolorosa.

Entrecerré los ojos. Una ráfaga de aire preñado de lluvia se coló por la ventana poniéndome la carne de gallina. Los abrí; el muerto seguía aguardando.

Y en el mismo instante recordé cómo ese mismo rostro, de rasgos más bien comunes, solía transfigurarse cuando su dueño recitaba. Cómo entonces, sumido en una suerte de embriaguez poética, las pupilas desaparecían detrás de la pestañas. Cambiaba el marco, los versos — suyos o ajenos — el auditorio. Una noche de luna en el balcón de mi casa situada a la orilla del mar, frente al hospital. Rafael hundido en un sillón, con las manos trenzadas detrás de la nuca, en casa de Carmen, en la Sala brillantemente iluminada. La penumbra acongojante de una apartada callejuela por la que paseábamos los dos solos a altas horas de la noche. Un atardecer lluvioso un atardecer dorado y sereno, en una de las islas vecinas, o en el bote cuando volvíamos de una de nuestras excursiones fantásticas.

Pero era preciso apartar los recuerdos, y volver a la desolada realidad de la Morgue. Si aquéllos continuaban afluyendo desordenadamente, no podría poner manos a la obra. No podría rajar el pecho y el vientre de mi amigo para echarle una ojeada a sus vísceras.

De un aparador saqué el par de guantes destinado a las autopsias. Empecé a ponérmelos, abstraído, mirando por la ventana las tapias musgosas del cementerio, situado a unos cincuenta metros de distancia. Algunas cruces sobresalían recortándose contra la arboleda que cierra la ciudad. El mar clamaba enronquecido, cerca, muy cerca.

Seis meses atrás, Rafael, Carmen y yo habíamos paseado por las vecindades del hospital. Hablábamos de todo un poco, disfrutando el aire fresco del atardecer después de un día sofocante.

Sin que nos lo hubiésemos propuesto, al rato nos encontramos en el cementerio.

El cementerio de Bocas del Toro es un lugar aterrador. Pocos metros lo separan del mar. La mayoría de las tumbas consiste en humildes montoncitos de tierra, invadidos por la maleza y por florecillas silvestres de indecentes colores. El cementerio es, también, una ciudad de cangrejos (**cancerópolis**, le decía Rafael) que pululan por todas partes, profanando las tumbas con su grotesco caminar, el carapacho ruidoso centelleando al sol o a la luna. El canto del mar adquiere allí sus notas más lúgubres.

Después de consagrarle unos minutos de respetuoso silencio, salimos del cementerio. En el camino de regreso, Carmen se colgó del brazo de Rafael. Caminábamos lenta y pensativamente, sin decir palabra. A la altura del hospital, en Avenida “G”, Rafael nos detuvo. **Quiero que oigan esto, dijo, lo escribí ayer. Se titula “Sermón en un Cementerio”.**

Y se puso a recitar. Y fue como si hablara el mismo cementerio para contar la historia de sus principales inquilinos. Nos enteramos de la trágica suerte de Garza y de sus nostálgicas visiones: una perspectiva de cactus y de arenas calcinadas. Oímos a Tadeo Brown llorando la pérdida de una mulata. Y confusas querellas de piratas, y el robo de un alambique, y una batalla campal por la posesión de un mango estéril. Y una muchacha inhumada con el traje de novia puesto. Y alguien cuyo único deseo era volver a escuchar el canto del capacho en una noche sin luna. Conforme avanzaba el poema crecían los rumores y las quejas, enlazándose en un melodioso contrapunto que en mi interior se enriquecía con mis penas personales. Los versos eran, también, una elegía a Bocas del Toro y un treno anticipado por la muerte del propio poeta. Los ojos de la muchacha se humedecieron, y no pude menos que notar la forma desesperada en que oprimía el brazo de Rafael. Largo rato guardamos silencio, tocados por las palabras del poeta y por el crepúsculo que abrasaba el poniente.

Toma el bisturí; inicia la autopsia. No pienses en Car-

men; no pienses en esa muchacha delicada. No pretendas imaginar siquiera lo que debe estar sufriendo en este momento, ella que admiraba y quería a Rafael más que nadie en el mundo, y a quien Rafael profesaba una suerte de veneración. Carmen era algo muy especial para él. Con ninguna otra persona se mostraba tan solícito y amoroso.

Carmen... a los dos días de estar en Bocas del Toro, se organizó un paseo a una isla vecina para despedir al médico que vine a reemplazar, y a la vez para darme la bienvenida. De eso hacía más de un año, ya había conocido a Rafael. Durante dos horas habíamos caminado por la playa, descubriéndonos mutuamente. Cansados de vagar, nos sentamos sobre la hierba que bordeaba la playa, bajo un arbusto de almendra. Cerca, los otros miembros del grupo — en su mayoría jóvenes de ambos sexos— se bañaban en el mar, jugando y gritando,

—¿Conoce usted a Carmen? — me preguntó inesperadamente Rafael.

—No recuerdo... —respondí.

—Pues debe conocerla. Vale la pena. Es la que está sentada debajo de la sombrilla.

Una muchacha vestida de verde, pequeña y delgada. No pude distinguir sus facciones.

Entonces el poeta, bajando confidencialmente la voz, dijo una cosa rarísima. Dijo: **me hubiera gustado que fuera mi madre**, y mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos, él agachó la cabeza, como avergonzado de sus palabras.

Hundí vigorosamente el bisturí en la carne muerta de Rafael.

Capítulo III

Cuando, a las cuatro de la tarde, llegué a la iglesia abarrotada, ya se habían iniciado los servicios. Abriéndome paso a punta de sonrisas, empujones y disculpas, logré situarme cerca del ataúd, al pie del cual el padre González, deshecho por la pena, oficiaba las honras. Llorando a lágrima viva, tembloroso, ni siquiera se esforzaba en disimular su emoción.

Era natural. En una de sus raras y reticentes confidencias, Rafael me contó que **a él se lo debo todo. Él me dio mis primeras lecciones de música y de canto, y me enseñó Preceptiva, y me descubrió a los clásicos españoles, y ocupó el lugar de mi padre. Por más lejos que remonte el curso de mi vida, me encuentro con él. Mis primeros recuerdos no son de mi abuela, sino del padre González. Lo veo leyéndome en voz alta a San Juan de la Cruz, o denunciándome un alejandrino cojo de mis primeros poemas.**

Sobre el ataúd, una gruesa corona de flores. Otras coronas, más modestas, se amontonaban contra la pared.

La tarde seguía amenazando lluvia, y aparte del círculo trazado por la luz de los cuatro candelabros, el templo estaba sumido en la penumbra.

Al lado del padre González, dándome la espalda, la cabeza tocada por una vaporosa mantilla negra, Leonor. La imagen sugería auténtico dolor, bien que mitigado por la característica reserva de la muchacha.

En torno del ataúd se apretujaban varios conocidos, singularmente tristes. La luz vacilante de las velas acrecentaba esa triste-

za. Y de repente, como un relámpago, me hirió la idea de que uno de los presentes podía ser el asesino. Valía la pena observar con mayor atención los rostros compungidos que tenía enfrente.

Ahí estaba el padre de Leonor, rechoncho y bonachón, impecablemente vestido de blanco. Al lado, su esposa. Los años aún no la habían despojado por entero de sus encantos. Viéndola, no era difícil adivinar de quién había heredado Leonor su belleza. Junto a ella, vago y lejano, don Hernando, alto empleado público. Su presencia allí era de pura fórmula. Era un hombre enjuto y envejecido, muy dado al licor. Su vida social estaba circunscrita a la cantina y a unos cuantos amigotes, compañeros de parranda. Vivía amancebado con una robusta y atrayente dama negra que, según las hablillas, era de fuego y le ponía los cuernos, descaradamente, con varios a la vez. Las relaciones de don Hernando con Rafael, se reducían a una distraída inclinación de cabeza cuando se encontraban en la calle; pero había venido, como tantos otros, impulsado por ese curioso sentimiento, mezcla de solidaridad y culpabilidad, que se había adueñado de todos los bocatoreños. Detrás de él, Orlando. La luz mortecina le arrancaba a su rostro una expresión de reconcentrada malignidad. Nunca pude explicarme la gran amistad que lo unía a Rafael. Imposible imaginar dos personas más diferentes. Orlando era el reverso de la medalla: mozo de veintidós años, de regular estatura, pelo muy crespo, ojos castaños, labios finos y nariz perfilada. Borrachín, pendenciero, insigne jugador de billar, de póker y dados. Sumamente afortunado con las mujeres, en especial las negras y mulatas. No obstante su corta edad, tenía un record policial imponente que incluía una condena de seis meses por haber apuñalado a un marido celoso. ¿Qué podía ver en él Rafael? El poeta no era jugador. En cuanto al licor, nunca pasaba de un par de copas. Nada tenía en común con ese mozo repulsivo. Y sin embargo, no era raro verlos juntos sentados en una banca del parque municipal en animada conversación, o recorriendo de arriba abajo calle tercera. En varias ocasiones vi entrar a Rafael en la destartalada casa de

Orlando. Obviamente, era su confidente. Me ofendía que el poeta hubiera escogido a un sujeto tan poco recomendable para hablarle de sus cosas íntimas, cuando en mí habría encontrado a un interlocutor más atento y comprensivo. Porque debo confesar que, a pesar de nuestro trato diario, Rafael jamás me descubrió su intimidad. Cuantas veces intenté arrastrarlo al terreno de las confidencias, él se evadió hábilmente. ¿En cuánto a los sentimientos, qué le inspiraba Rafael a Orlando? Bueno, aún los seres humanos más bajos añoran la luz. Es de suponer, también, que se sintiera honrado de que alguien tan querido y admirado y famoso le dispensara su amistad.

El nombre de Orlando era uno de los que con más derecho cabía asociar al crimen. Estaba en la psicología del personaje dar un golpe tan brutal como aparentemente injustificado; pero era preciso evitar que mis prejuicios y antipatías me arrastraran a una injusticia.

La actitud de Orlando, ahora, resultaba chocante. Los ojos duros, inexpresivos, se encontraron con los míos, y sostuvieron la mirada sin parpadear. Sus labios lucían más finos aún, contraídos por una casi imperceptible mueca de crueldad y de cinismo.

Otras personas, sin mayor interés para el caso, se agrupaban en torno del ataúd. Faltaban algunas. Faltaba Carmen, demasiado quebrantada para hacer acto de presencia. Y la abuela de la víctima, a la que acababa de dejar en cama, después de aplicarle una inyección de cafeína, la cuarta de ese día.

El cura terminó de mascullar sus oraciones, y luego de cerrar el libro de cubierta negra, se lo guardó en un bolsillo de la sotana.

Capítulo IV

Cerca de las cuatro y media se puso en marcha, lentamente, el cortejo encabezado por el padre González. Detrás, el ataúd sobre un grotesco carretón empujado por **Guinyín**, loco limpiabotas del pueblo que, entre sus muchas rarezas, tenía la de conducir a todos los muertos, gratuitamente, al cementerio. Era un hombrecillo sesentón, de barba cana enmarañada, cabello ralo también blanco, frente estrecha y cejas hirsutas bajo las cuales bailaban unos ojillos negros brillantísimos. Tenía dos grandes pasiones: los relojes y los entierros. En cada bolsillo del pantalón y de la camisa guardaba un reloj sin cristal o sin manecillas o sin cuerda. En cuanto a los entierros, vivía al tanto de las enfermedades y defunciones para dar una mano en el acarreo del muerto. Su respuesta invariable a cualquier ofensa era *aguarda un poquito, yo te empujaré*.

El ruido metálico de la carreta sobresalía sobre el de las pisadas y conversaciones en voz baja de los acompañantes. Detrás del carretón, Leonor y sus padres; luego, Orlando con varios jóvenes. Seguíamos don Hernando y yo. El cortejo se alargaba por espacio de dos cuadras.

Caía una fina y helada garúa. El viento remecía la vegetación de los patios. A mano derecha, por entre los espacios que separan las casas alineadas a la orilla del mar, veíanse trozos borrosos y grisáceos de agua. También, ocasionalmente, los abigarrados palmares de las islas vecinas. La punta de Brown, expuesta

al mar abierto, se empenachaba de olas espumosas.

Así es el mar en Bocas del Toro. No conoce términos medios. O está en calma, una calma sobrenatural no turbada por la más leve arruga, y entonces, a través del agua verdosa y perspicua, es posible escrutar a voluntad sus entrañas; o esta malhumorado, ceñudo, bronco, surcado por veloces vientos que le arrancan quejidos desgarradores, y con un color que hiela la sangre.

La historia de mi amistad con Rafael, pensaba yo, se había desarrollado contra este fondo cambiante. Cada escena evocada traía consigo, inevitablemente, su cielo claro o su atardecer tormentoso.

La mañana que lo conocí, por ejemplo, en el *pic-nic* ya mencionado. Era una fiesta pagana el sol esplendoroso, el verde refulgente del follaje, el centelleo metálico de la arena.

En la playa, cerca del gramófono de manivela y las canastas de comida, Leonor me presentó a Rafael. Estrechaba distraídamente la mano que me tendían, cuando reconocí el nombre.

—¿Cómo? ¿Usted es Rafael, Rafael el poeta?

—El mismo, si usted no dispone otra cosa — fue la sonriente respuesta. Los ojos negros me miraron con intensa curiosidad.

Traté de remendar la plancha diciendo que era un gran admirador de su poesía, y que jamás habría imaginado que el autor fuera un niño.

—No tanto como un niño. Acabo de cumplir diecisiete años— replicó con dignidad—. Además, mi caso no tiene nada de particular. Guardando las distancias, hay que recordar a Neruda, que escribió su “Crepusculario” a los diecisiete. Sin hablar de Lorca, Rimbaud y de todos los otros.

Y extendió la mano como abarcando una multitud de poetas adolescentes. Leonor asistía regocijada a la escena mirando alternativamente a los interlocutores con sus grandes ojos verdes que desde el día anterior me tenían como sobre ascuas.

—¿Así que usted es el nuevo médico?— preguntó Rafael, sin otro propósito que el de entablar conversación.

Cruzamos varias frases siempre bajo la deliciosa vigilancia de Leonor. A menudo rayaba los ojos verdes un relámpago de orgullo regionalista. Fuimos interrumpidos por una muchacha que venía a buscarla para algo relacionado con las bebidas.

Una vez solos, el poeta me invitó a caminar por la playa.

Conversamos largamente.

Ante todo, el muchacho me pidió, con la mayor indiscreción, detalles de mi vida. Me hizo relatarle minuciosamente mi infancia en el Marañón, el barrio más populoso, promiscuo y miserable de la ciudad de Panamá. Le conté los principales sucesos del movimiento inquilinario; mis estudios de medicina. Cuando le referí la muerte de mi madre, en vísperas de mi graduación, el poeta se detuvo y me miró con los ojos muy abiertos. Luego bajó la vista, y proseguimos el paseo en silencio. Alentado por su interés y presa de una exaltación desconocida, me entregué a una ebria evocación de mi madre.

Esta había sido lavandera en el corazón mismo del barrio. Una mujer morena, de cabello negro y lacio arreglado en moño a la altura de la nuca. Corpulenta; manos callosas. El color de la piel hacía resaltar aún más una dentadura perfecta, blanquísima. Los ojos eran negros y, a pesar de la vida triste y dura que siempre llevó su dueña, no carentes de dulzura. Calzaba chancletas, y el ruido que hacían al andar es uno de mis recuerdos más vivos.

Si alguien tomara en sus manos mi cédula de identidad personal, vería que en el renglón correspondiente al nombre del padre del portador está escrita la palabra **desconocido**. Martínez es el apellido materno. Pero, al fin y al cabo, estas son cosas que no tienen importancia cuando se vive en la miseria.

Habitábamos un cuarto estrecho, húmedo y maloliente, situado en una enorme casa de inquilinato, rodeado por un vecindario bullicioso y mal hablado. La pobreza acentúa las dificultades inherentes a la convivencia. Solía despertarme a medianoche, sobresaltado, porque en la habitación contigua un borracho apaleaba salvajemente a su mujer. O porque en otro cuarto una mujer y

su hija adolescente reñían a gritos a propósito de una olla estropeada o de un aliento que olía a alcohol. En el primer piso alguien era sorprendido por una hemoptisis. Al lado, cuatro hombres jugaban al dominó descargando con innecesaria violencia las fichas sobre la mesa. Enfrente, un coro aguardentoso y desafinado entonaba canciones obscenas. Cerca, o tal vez lejos, un solitario consumía con frenética ansiedad su nocturno cigarrillo de marijuana, consumiéndose, él también, de ensueños, de fiebre, de hambre.

Compartíamos un catre desvencijado. Cerrando los ojos, enloquecido de miedo, el niño se ovillaba junto al poderoso y confortante calor de la mujer que roncaba exhausta, sorda a la miseria circundante.

Callé muchas cosas. La sospecha, por ejemplo, de que mi madre hacía un poco de prostitución clandestina en sus horas libres para poder aumentar el contenido de la olla; pero ello no logra empañar una imagen nimbada de ternura. Y cuando, hombre ya, recibo la noticia de su muerte, mi pena no tiene límites.

Recuerdo infinitamente dulce, infinitamente conmovedor. La madurez ha llegado prematuramente, y el hombre comprende y disculpa las flaquezas de la madre. Con una objetividad que lastima a fuerza de ser clara, se explica todas las turbulencias que la arrastraron, las caídas y el pecado. Las arrugas son un objeto de veneración. Y el gran amor, purificado, se nos revela en toda su hondura y luminosidad. Y al pensar cuánto la habría complacido este diploma que ahora yace en el fondo de un baúl, este estetoscopio descuidadamente hundido en el bolsillo del saco, las lágrimas afluyen con fuerza incontenible a los ojos empañándolos.

En el silencio que siguió a mis palabras la imagen evocada parecía flotar sobre las aguas, frente a nosotros.

—Su madre debe haber sido una mujer admirable— dijo Rafael al cabo—. Me hubiera gustado conocerla. Me parece muy bien que usted la recuerde con tanto afecto y que se sienta orgulloso de ella.

En ese momento nació nuestra amistad. Él seguía, hablando:

—Es curioso que sea la muerte la que nos revele íntegramente la dulzura de un rostro y la intensidad de un amor. Es el aspecto positivo de la muerte...

Había entrecerrado de nuevo los ojos.

—Un cutis ceniciento— dijo— y áspero. Y de pronto, al despertar de un sueño especialmente claro, daríamos la vida por sentirlo de nuevo apegado a nuestra mejilla, ondulando bajo las yemas de los dedos. Una noche de fiebre, y el deseo de sentir la mano callosa en nuestra frente nos quema las entrañas.

Con uno de sus gestos característicos se pasó la mano por el cabello antes de continuar:

—Por desdicha yo no conocí a mis padres, y he debido fiarme, para construir esta sombra de recuerdo, de testimonios ajenos...

Luego se apresuró a desviar la conversación. Una mueca de repugnancia le desfiguró la cara. Esa mueca pronto me sería familiar. Con ella contenía mis asedios a su intimidad.

Discutimos la poesía contemporánea. Rafael tenía ideas muy definidas sobre el tema. Con suma sencillez expuso su credo estético, ilustrándolo con ejemplos de los clásicos y de su propia obra.

El sol se aproximaba al cenit. Sobre las aguas tranquilas cruzaban lentamente unos botes. La estela que dejaban tras ellos era lo único que turbaba la inmovilidad del mar. Las islas de enfrente dormitaban en el sopor. Y con todo, la belleza del paisaje era imponente. Hice en voz alta la observación. Bocas del Toro, agregué, es hermosísimo.

—Sí— dijo Rafael, pero tarda uno en darse cuenta. Hay que conocer bien el lugar; hay que familiarizarse con todos sus rincones. Hay que verlo al amor de todas las luces y sombras antes de opinar. Debe usted contemplarlo bajo la luna llena, bajo el sol rabioso de marzo o en los atardeceres de octubre. Hay que sentirlo crujir dolorosamente ante la embestida del viento del sur. Hay que sobrecogerse frente al silencio que a veces le sube desde el tiempo, desde un tiempo anterior a la vida.

A pesar de la sonrisa y del tono de broma, me di cuenta, con sorpresa, de que hablaba en serio.

—Sí, doctor— prosiguió—, tiene que descubrir nuestro paisaje. Yo me le ofrezco de cicerone. Nadie más bocatoreño ni más indicado para la tarea. Voy a revelarles un mundo maravilloso.

Acepté. Tan pronto mis ocupaciones lo permitieran, iniciaríamos la investigación.

Después nos separamos. Un grupo de bañistas se llevó a Rafael, y yo me incorporé a Leonor y a Carmen que conversaban a la sombra de un almendro.

Rafael era el centro de la fiesta. Iba de grupo en grupo, prodi-gando chistes y sonrisas. Comía cuanto se le brindaba con gran voracidad. La gracia y finura se aliaban en él a un natural retozón para producir un resultado que obligaba a la gratitud. Así quiso Dios que fuera el hombre.

Después del baño de mar y de la merienda, nos sentamos en semicírculo al pie de un frondoso árbol. Varias voces pidieron a Rafael que cantara.

—Sí, ¡que cante! ¡Que cante!— corearon alegremente todos los asistentes.

Alguien le alargó una guitarra.

La voz bien timbrada, llena de sentimiento y de íntima tristeza, se elevó en el aire tibio del mediodía. Conforme avanzaba el canto—una cueca chilena, muy de moda a la sazón— mi admiración iba en aumento. ¡Qué bien cantaba! Lucía transformado, desusadamente grave.

“... la palomita en su nido...”

Tenía los ojos entrecerrados.

“... poniendo el pico en la rama...”

Mi mirada resbaló de su rostro al de los oyentes. Caritas femeninas suavizadas por la atención, cuando ésta es atraída por algo bello y triste.

“... ¡ay! ¡ay! ¡ay! . . . mi palomita...”

Facciones masculinas alisadas por el abandono. Leonor exa-

minaba el suelo con extraña fijeza. Al fondo, el golpear intermitente y desmayado de las olas. Volví los ojos al cantante. El corazón empezó a latirme violentamente. ¿Dios mío, cómo es posible este milagro? ¿Cómo es posible que este ser sagrado viva entre nosotros?

“...me ha robao toitica el alma...”

•••••

El cortejo pasó frente al hospital. Unos metros más allá termina el pueblo y comienza la carretera iniciada años atrás con intención de atravesar toda la isla y conectar la ciudad con Bocas del Drago, aldea de pescadores entonces —y ahora— casi deshabitada, situada en el otro extremo de la isla. A los cuatro kilómetros se suspendió la obra, cuya utilidad, por otra parte, era discutible. Salvo las dos o tres fincas beneficiadas, carecía de sentido.

A mano derecha, en el nacimiento de la carretera, el cementerio, cuyo enorme portón de hierro se encontraba abierto en ese momento esperando el cortejo. En su calidad de anfitrión, el sepulturero se unió al cura cuando éste, seguido del carretón, cruzó el umbral.

El abandono del lugar era impresionante. En Bocas del Toro llueve todo el año, y la hierba estrangula los montoncitos de tierra que son las tumbas de los pobres. En compensación, también se llenan de flores silvestres que atenúan la desolación del cementerio. Salteados entre los montoncitos de tierra se levantan algunos sepulcros pretenciosamente recubiertos de mosaicos de concreto, los que la cercanía del mar les da un tinte herrumbroso.

Hay cruces de madera y de mármol, con inscripciones borrosas y brazos ceñidos por las trepadoras.

El sitio reservado a Rafael quedaba al fondo del cementerio. Cruzamos el delgado espacio entre dos hileras de tumbas. La asociación con un campo de labranza era inevitable. Un campo de batatas, lamentablemente descuidado. Había que pisar con gran-

des precauciones, sorteando cangrejos y montoncitos de tierra.

Las gotas de lluvia arreciaron, y el viento se levantó del mar desordenando los cabellos y haciendo que muchos hombres doblaran las solapas de sus sacos. Alcé los ojos al cielo con desesperación. La atmósfera estaba recargada de elegía; subrayaba la importancia de esa muerte y la aterradora ruina que rodearía al poeta para siempre. Para siempre. O, tal vez, hasta que un huracán o una tromba cavara la tierra y esparciera los huesos. Ya había ocurrido en una ocasión, cincuenta años atrás. Esta posibilidad, ignoraba por qué, era consoladora.

Dos fornidos negros sacaban las últimas paletadas de tierra de la tumba recién abierta, sudando copiosamente. Cuando el cura y el enterrador llegaron a su lado, suspendieron la tarea enjugándose la frente. Al arribar el carretón, los mozos tomaron el ataúd en hombros y lo depositaron al pie del hueco aguardando, indiferentes, el momento de arrojarlo dentro. Guinyín se desentendió de la carreta y, con una rápida y desdeñosa mirada a los concurrentes que se aglomeraban en torno de la tierra excavada, ansiosos de no perder detalle, se retiró. Ya su misión había terminado. El compromiso era dejar el carretón al pie de la fosa. Él no establecía diferencia entre un muerto y otro, y no tenía por qué hacer una excepción con Rafael asistiendo a su entierro. Lo vi salir por el portón y, doblando hacia la izquierda, desaparecer en la carretera rumbo al pueblo, detrás de las tapias negruzcas del cementerio.

Mientras tanto, el padre González había sacado de nuevo el librito de oraciones. Las palabras en latín sonaban particularmente fúnebres en medio del coro angustiado de las olas y de las ráfagas heladas. El cura había recobrado el dominio de sí mismo, y su voz no podía ser más impersonal, más profesional. Los acompañantes se estrujaban con el mismo aire solemne de la iglesia, ahora al descubierto más aterrados y silenciosos. Casi no se atrevían a mirarse unos a otros por miedo a encontrar claramente expresado en ojos ajenos lo que en ellos no era sino un vago malestar con un pavoroso trasfondo centenario.

Retrocedí unos pasos, y aguardé alejado del grupo. Contemplando aquel conjunto asustadizo, recordé las teorías que sobre la vigencia del pasado había tejido Rafael a la sombra de Jung. Descontando lo que había en ellas de mentira poética y de exageración, quedaba siempre una verdad de amargo sabor. Aquel bosquejo histórico de Bocas del Toro, arbitrario y caricatural, me dejó una impresión indeleble. En la isla de Bastimentos escuché, fascinado, lo que en boca de otro hubiera movido a risa.

Los hombres que a lo largo de los siglos han recorrido el archipiélago, tuvieron que luchar contra dos poderosísimos sentimientos opuestos: uno de seducción ante la belleza de las islas, y otro de pavor, inspirado primordialmente por los bruscos cambios de humor del mar. Cristóbal Colón —Rafael aseguró saberlo de “buena tinta”— fue la primera víctima de esa contradicción cuando descubrió a Bocas del Toro a principios del siglo XVI. La palabra **descubrió** era exacta en más de un sentido, no sólo el histórico-geográfico. Descubrió infinidad de cosas de orden sentimental.... Aquí conoció la paz, pero también el miedo y la soledad. Su primer impulso fue quedarse en las islas a olvidar la redondez de la tierra y el mal aliento de Isabel la Católica; pero una noche, algo lo hizo cambiar bruscamente de planes. Después de bautizar la bahía en su honor, levó anclas.

Luego de esta visita, cae una oscuridad total sobre el paisaje, de varios años de duración.

Posteriormente aparecen algunos capitanes españoles de importancia que establecen sucesivamente en Bocas del Toro su cuartel general. Es una etapa de traiciones; de codicia desmedida, de asesinatos por la espalda, de orgías bestiales. Es la etapa de los tesoros escondidos en profundas cavernas; de naufragios criminalmente provocados; de sádicas venganzas. Es la etapa de la más espantosa promiscuidad sexual; de doncellas indias que corren por la playa perseguidas, azotadas, sangrando hasta el deseo; de misioneros católicos quemados o enterrados vivos en el seno de la montaña por sacerdotes indígenas, guardianes celosos de

las divinidades del maíz. Es la etapa de la cuchilladas; de blasfemias que ni el diablo se atrevería a proferir; de agudos ataques de misticismo; del arrepentimiento y el perdón que llega con los años y la impotencia.

Hasta que todo desaparece barrido por la bocanada gélida que de tiempo en tiempo limpia el archipiélago. Siguen años apacibles.

A continuación el escenario es invadido de nuevo, esta vez por los piratas. Y el destino de Bocas del Toro reencuentra su hilo conductor. Jefes de bandas feroces que se cañonean de barco a barco, en el centro de la bahía, por el súbito recuerdo de una traición amorosa de veinte años atrás. Compañeros ayer no más de abordaje y de barbarie que se decapitan por un quítame allá esas pajas. Ejércitos de piratas con ojos vendados, patas de palo, pañuelo en la cabeza que se baten a muerte contra una tribu indígena por un mero error de traducción, por un saludo mal interpretado, por un plato de repugnante comida rehusado. Finalmente, el paisaje también los expulsa.

Pero quedan los indios. Quedan los indios que le han tomado el gusto a la violencia; que han probado la sangre, comprobando que no hay en el mundo placer comparable. Hombres de desnudo torso moreno enloquecidos por los demonios invocados. Comienzan entonces los acuchillamientos masivos; el incendio de aldeas por un gusto puramente neronesco; las violaciones colectivas; los amores incestuosos, los nuevos edipos cegándose con leche de ceiba en la soledad de cualquier camino. Cuando estas tribus se sienten hartas de devorarse las propias entrañas, se desbordan tumultuosamente por las fronteras hacia Costa Rica, hacia el Talamanca, y arrasan los soñolientos poblados de los térrabas, les roban las mujeres y queman vivos a los hombres.

Pero más al norte se está gestando un nuevo horror. Es lo que la historia ha recogido bajo el nombre de los zambos-mosquitos. Del norte, pues, llegan estas bestias feroces aullando como posesos y expulsan a los indios bocatoreños de sus islas. Después de diezmarlos, los empujan al seno abrupto de la cordillera.

Y la lista sigue: el negro Frederick ciñe la corona del fugaz imperio de Mosquitia. Embutido en un uniforme de Almirante de la marina británica, resplandeciendo bajo el sol rabioso, recalca en las costas de Bocas. La tradición oral asegura que es el hombre más hermoso que haya existido. Harto de tortuga y de doncellas, es destronado. Huellas muy borrosas quedan de su paso bajo este cielo.

La lista se enriquece. En 1804 la fundación definitiva de la ciudad de Bocas del Toro, destinada a ser para los contrabandistas lo que fue “Las Tortugas” para los piratas. Diversas circunstancias frustran el proyecto. Lo único que se sabe de cierto es que se producen nuevas violencias en el antiguo escenario; nuevos crímenes y crueldades. Hombres que se presentan de improviso, sin que nadie sepa quiénes son ni de dónde vienen. Y una mañana amanecen cosidos a puñaladas en un cayuco; mujeres que dan a luz monstruos de pesadilla; fantasmas de españoles y de piratas que se mezclan en la vida diaria y en los asuntos privados de la gente, que abofetean a los viejos y arañan a los niños; pulpos que arrastran barcos con todos sus tripulantes al fondo del mar; **meros** de varias toneladas que se tragan a los hombres sólo para vomitarlos enseguida y divertirse arrojándolos, vivos aún, al aire, peloteándolos de **mero a mero**, de boca a boca; tiburones anfibios; lagartos y culebras domésticos; un viejo, dueño de un harén integrado por sus quince hijas; perlas del tamaño de cocos; diamantes diminutos, únicos perdigones capaces de matar al **chivato**.

Repentinamente, vuelve a hacerse el silencio. Retorna la paz. El último tercio del siglo pasado es idílico. Pocos habitan las islas, y esos pocos desean llevar una existencia tranquila. Son, en su inmensa mayoría, pescadores poco ambiciosos que se contentan con llenar la olla de verduras y pargos.

Pero el paisaje permanece agazapado, añorando sus tiempos heroicos. Exige una vida digna de su grandiosidad. Y la *United Fruit Company* viene a proveerlo de un sucedáneo. Hacia los últimos años del siglo pasado inicia la plantación en gran escala

del banano. El bienestar económico barre la tranquilidad. Empiezan a correr otra vez el dinero y la sangre; se levantan hermosas casas de madera; pavimentan las calles; instalan la luz eléctrica. Todo va a pedir de boca, a pesar de las ocasionales efusiones de sangre. Ocasionales, porque la altura del tiempo ya no permite abandonarse libremente a las demandas del instinto y del pasado. Entre otras cosas, la policía es más eficiente, más entrometida y al menor signo de exhumación de **aquellos tiempos** interviene frustrando hermosas empresas de la carne. Sólo de tarde en tarde es posible cruzar un par de machetazos o de puñaladas en el curso de un baile, un día de pago. Sólo de cuando en cuando puede enviarse al otro mundo a un rival amoroso o a alguien que se cree más macho que uno.

¡Pero todo eso parece ahora tan lejano! Aún recuerdan los mayores, como una pesadilla, las extrañas plagas que arrasaron las plantaciones: *sigatoka*, *iron rust*, *Panamá disease*; nombres que suenan como malas palabras en los oídos de los bocatoreños que hoy viven en un pueblecito de dos mil habitantes del que han huido, como por ensalmo, el trabajo y el dinero. La ciudad se precipitó cuesta abajo. Hoy se pasean sus habitantes por las calles averiadas por el tiempo y la indiferencia gubernamental, las manos en los bolsillos, rememorando los buenos tiempos y soñando que un acontecimiento providencial — petróleo, o algo por el estilo— traiga una nueva época de oro.

Ese pasado, sostenía Rafael, tiene que agobiar a los bocatoreños contemporáneos por mucho que ignoren sus negruras. Todos llevamos dentro una carga de dinamita próxima a estallar. Y los dos sentimientos contradictorios que suscita el paisaje — atracción y repudio— también conviven **en nosotros**, desgarrándonos interiormente. Mis paisanos, yo incluido, afirmaba Rafael, se pasan haciendo planes de largarse para siempre. Y cuando lo hacen, viven atormentados por el quemante anhelo de volver. La nostalgia es nuestro placer y nuestra agonía. Tenemos que quedarnos a esperar. Nosotros siempre estamos esperando, es-

perando que de un momento a otro el pasado haga una inesperada incursión en el presente para conmover nuestra existencia hasta sus cimientos.

Sí, me dije alzando los ojos, todos esos que se agrupan en torno del ataúd están esperando. Están esperando el desencadenamiento de la bestia. También Leonor, frente a mí, espera. Con entrambas manos se sujetaba la mantilla que quería arrebatarse el viento. Más que tristeza, sus facciones delataban un helado estu-
por. La imagen era tan patética, que se me oprimió el corazón de amor, de atormentado amor. **Leonor, Leonor** murmuré, sintiendo un desgarramiento interior. Casi me vence la imperiosa necesidad de proclamar a gritos lo que había callado tanto tiempo. Y en el mismo instante (inoportunamente, pues aquellas palabras perfectas agudizaban a la vez el dolor por la muerte de Rafael y mi amor tumultuoso y tierno por Leonor), mi memoria tornó a manar más coplas de Manrique:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar...*

No al mar, sino a la orilla del mar, al borde de una nivelación no buscada. Con el rumor intermitente y monótono de las olas acompañando es otra vigilia tensa que nos aguarda al final de ésta. Hay, sobre la marcha, el terror de ese terror que es la inmortalidad. Terror invencible, a pesar de las palabras consoladoras del Salmo 23:

*“Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno; porque tú estarás
conmigo: Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.”*

¿Y si nos dejara caminar solos el camino aterrador, atravesar sin guía ese valle y ese apegotamiento de sombras impenetrables? ¿Si permitiera que camináramos completamente solos, buscándolo en esa noche y en ese valle desconocido? Pero las coplas insistían:

*Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero...*

Cinco minutos de vida, de canto. Rafael puso su mano en el fuego mientras duró su canto en prueba de sinceridad:

*Después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero...*

Servida con pasión, con abnegación. También servida y lustrada y hasta aumentada con innumerables piedras preciosas entre las cuales brillaría, por siempre, cegadora, aquella de la “Canción de Amor”.

Habiendo cerrado el libro, el padre González contemplaba ahora hipnotizado la tierra amontonada al borde de la tumba. En torno suyo la multitud había fundido sus rostros en uno solo, desfigurado por el miedo. Los mozos bajaron el ataúd que tocó fondo con un golpe seco. Leonor se estremeció como si la caja de cedro hubiese chocado contra su espina dorsal. Cerró los ojos como para resistir el impacto.

La voz del cura volvió a elevarse, recitando unas palabras en latín al tiempo que con la mano derecha arrojaba en el interior de la fosa un puñado de ceniza. No logré penetrar el significado de la frase, pero su sólo sonido tuvo la virtud de conmoverme extraordinariamente.

Los mozos empezaron a palear vigorosamente, rellenando el hueco. El ataúd iba a ocuparle un buen espacio, y la tierra sobrante vendría a acumularse encima formando una prominencia más, otro montoncito entre los muchos que ya erizaban el camposanto.

Ya había concluido la ceremonia, y los concurrentes iniciaron la retirada volviéndole la espalda a los restos de Rafael. Se desbordaban despaciosamente por todas partes, sobre las tumbas, buscando el camino de regreso, súbitamente, conscientes de la necesidad de volver a las benditas incomodidades del diario vivir. Volvió a oírse rumor de conversaciones apagadas, en las que resonaba una especie de alivio. Todos estaban contentos de poder escapar de ese sitio afligente, plagado de trágicos tes-

timonios de nuestra finitud. Seguro algunos hombres iban pensando en lo bien que les caerían unos tragos de ron.

Encendí un cigarrillo y aspiré ávidamente el humo. Orlando surgió en ese momento detrás de una cruz de mármol, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Al pasar a mi lado, de nuevo se cruzaron nuestras miradas; pero esta vez Orlando desvió la suya, y creí notarle los ojos enrojecidos.

—¡No me dejes formular acusaciones sin pruebas, Dios mío! —recé. Y dando vuelta, me encaminé también hacia el portón de hierro. No bien lo había traspuesto, sentí el peso de una mano en mi hombro izquierdo. Volteé la cabeza, y me encontré cara a cara con Leonor. Los ojos verdes se hundieron en los míos.

La mantilla caíale ahora debajo de la nuca, plegándose alrededor del cuello blanco, y ella sujetaba las puntas a la altura de los senos dándoles, de vez en vez, nerviosos tironcitos. El rostro había retomado su expresión usual, serena y orgullosa. Al menos en apariencia: porque, observándola con mayor detenimiento, comprendí que la serenidad no era más que una máscara. Ella también había sido sacudida por la tragedia. Los labios llenos y bien formados se entreabrieron dejando escapar un susurro casi inaudible:

—¿Me acompaña a mi casa, doctor?

—Con mucho gusto, Leonor— dije. Me preguntaba en dónde estarían sus padres, cuando en eso los divisé al fondo del cementerio con el padre González.

Hicimos en silencio el camino. Yo sentía que la mujer que iba a mi lado se había cerrado como una dormidera sobre su propio dolor. Algo obsesionante y terrible se agitaba detrás de su frente tersa. Y me dolía su rostro, tocado por la proximidad de la noche.

Siempre en silencio pasamos frente al hospital. Una cuadra más allá ella se detuvo y me puso de nuevo la mano afilada sobre el hombro. Los ojos verdes se hundieron otra vez en los míos con acusadora fijeza. Por lo visto los labios se negaban a darle salida a las palabras que sopesaba en su interior, porque luego de

ligeros temblores y contracciones volvieron a sellarse. La extraña luz estuvo vacilando en sus pupilas hasta apagarse. Fue sustituida por aquella exasperante indiferencia que tanto me hacía sufrir. Durante un lapso que no estoy en condiciones de precisar, calló limitándose a observarme con profunda atención. Al cabo, en voz muy baja, preguntó:

—Doctor Martínez, ¿qué significa esto? ¿Por qué han asesinado a Rafael?

—No lo sé, Leonor. Daría lo que me resta de vida por saberlo.

—¿Quién pudo, doctor...?— La indiferencia había desaparecido. Las pupilas se aguaron, adquiriendo increíble transparencia.

—Desde esta mañana no pienso en otra cosa, Leonor. ¿Quién? ¿Por qué?

—¿Por qué, Dios mío, por qué?— y la mano aumentó la presión sobre mi hombro.

¿Por qué? En esa pregunta se concretaba toda la estupefacción. Y con cuánta angustia la formuló. Una especie de blasfemia contenida corría sordamente por entre las palabras. Incliné la cabeza sobre el pecho, incapaz de sostener la demanda de los ojos verdes.

¿Por qué, Dios mío?, insistí en mi fuero interno. Y en seguida, una vocecita burlona respondió, también en mi interior, con otra pregunta: ¿y por qué no? ¿Con qué derecho debe colocar la vida a ciertos seres a salvo de la violencia, fuera del alcance del absurdo? Hablando con cierto rigor: ¿la tormenta debe discriminar, escoger a sus víctimas?

—Leonor —exclamé en voz alta, ahogando la importuna vocecita—, soy un hombre resignado, fatalista. Antes acostumbraba aceptar los golpes sin torturarme tratando de descubrir su sentido; pero esta vez siento que me sería imposible seguir adelante sin entender. Siento que a la vida se le ha ido la mano ahora.

Fue una tirada incoherente; desde que rompí a hablar me di cuenta de ello; pero no pude contenerme. El momento no era como para preocuparse de ser claro. Me disponía a continuar,

cuando vi que se aproximaban los padres de la muchacha. Ya estaban por darnos alcance, de modo que me vi obligado a bajar la voz para pronunciar las últimas palabras:

—Leonor: le prometo no descansar hasta haber aclarado completamente este horror.

•••••

Eran las nueve de la noche. El viento había puesto en fuga los nubarrones de lluvia. En el cielo brillaban, tímidamente, unas cuantas estrellas. Si bien el mar continuaba nervioso, ya se había desvanecido la amenaza de tormenta.

Me senté en una mecedora del balcón, de cara al mar. Tenía necesidad de estar a solas para saborear a mis anchas, sin interrupciones exteriores, mis recuerdos del poeta. Me arrellané en el asiento y, encendiendo un cigarrillo, dejé vagar los ojos por la pálida inmensidad que tenía enfrente...

Capítulo V

Los recuerdos eran, en su inmensa mayoría, insignificantes, triviales, naturalmente. E inefables. Es el carácter, la esencia de todo lo verdaderamente íntimo, lo verdaderamente personal. Las experiencias que se pueden compartir dejan de ser nuestras.

Sí; ahí reside la gran pobreza del recuerdo sentimental, y su fantástica riqueza también. Es nuestro, enteramente nuestro, únicamente nuestro, y por eso lo defendemos celosamente de la curiosidad ajena.

Por fortuna, es imposible leer el pensamiento. Porque sería muy embarazoso que nos sorprendieran regodíandonos morosamente con las tonterías que constituyen lo más precioso de nuestro acervo sentimental. Desván repleto de juguetes despedazados, de muebles rotos, de cartas y facturas amarillentas, de viejas y tostadas páginas deportivas, de disfraces deshechos por la polilla, de baúles que un día recorrieron medio mundo con nosotros. Y de *souvenirs* inconfesables.

¡Qué diría la gente, por Dios! ¿Cómo justificar el enorme espacio que en nuestra mente ocupa el espectáculo de unos patos que se bañan en un charco formado por la lluvia? ¿Qué hace ahí esa muñeca sin cabeza, esas hojas secas desprendidas por el viento del sur? ¿Y esas golondrinas que contemplas con Rafael? ¿Qué buscan esos perros que se persiguen frenéticamente por la playa alentados por los ojos del poeta? ¿Por qué ha venido a quedarse en ese fragmento verde-azul del océano esa estrella de mar? ¿Por qué pierden el tiempo un médico y un poeta, en el apogeo del

crepúsculo, contando las aves migratorias que a gran altura y en ceñidos escuadrones cruzan el cielo dorado rumbo a un valle que sólo ellas conocen?

Pero hay que poner un poco de orden en la memoria. Hay que recordar con sistema, a ver, si del pasado surge una pista.

•••••

Al mes de estar en Bocas del Toro, inicié con Rafael el proyectado estudio del paisaje. El padre de Carmen nos facilitó su bote con motor fuera de borda. Salíamos del muelle fiscal a las dos de la tarde, para regresar en el crepúsculo.

Empezó entonces la etapa más extraordinaria de mi vida. No tanto por lo que veía, de suyo extraordinario, sino por las explicaciones fantásticas de Rafael. Se notaba que el pequeño había consagrado mucho tiempo a hurgar en los secretos de las islas. No había paraje ni rincón que no se supiera de memoria. A veces, ya exhaustos de caminar por la maleza, desembocábamos en un claro paradisíaco y entonces, a la sombra propicia de un mango, Rafael procedía a hacer sus revelaciones. Yo, al principio, las seguía con una sonrisa en los labios, con cierta condescendencia a la manera de un adulto que simula tomar en serio los juegos de los niños y sus extravagantes personificaciones.

Y un atardecer inolvidable, vi. Vi un orden debajo del orden, como en un palimpsesto. Vi las palmeras inmóviles perfiladas contra el poniente; las sombras condensándose por entre los claros del ramaje; el enmarañamiento alusivo del manglar; el ascenso regular y rítmico de la marea. Oí el envolvente paso de la noche, las crujientes vestiduras, los desgarrones del aire, la materialización de mil metáforas escuchadas y leídas miles y miles de veces, sentí el peso que se apoyaba en mis hombros, el aliento fétido; percibí una certidumbre de castigo en las márgenes del tiempo; vi al tiempo buceando en el fondo del mar constelado de estrellas, lo sentí discurriendo, por vez primera, por las cosas y mi cuerpo como si al fin se hubiera soltado, para hendir mi carne como un cuchillo

amellado. Entonces, alzando los ojos del hechizo cegador, vi el rostro de Rafael, lívido y exangüe, muriendo de verdad y belleza, recortado contra un fondo de oro de aguas en paz y lejanas islas. Comprendí, entonces, el porqué de ese rnilagro poético llamado Rafael. Comprendí... y me entraron ganas de rezar.

En otra ocasión, el programa trazado de antemano nos condujo a la intimidad húmeda de una caverna en Macca Hill. Con una linterna de mano nos abrimos paso través de la oscuridad y del vuelo despavorido de los murciélagos. Rafael, entonces, desenterró una antiquísima pistola de piratas y una pequeña urna vacía. Me las mostró triunfalmente, y volvió a enterrarlas. En el fondo de la cueva, dos esqueletos carcomidos relumbraron vagamente al contacto de la luz.

—Son Tranquilino Segundo y Pete el flaco— dijo Rafael con el tono de voz que se emplea para designar a dos personas que cruzamos en la calle; pero el eco recogió sus palabras y las restregó furiosamente contra las paredes, aumentándolas de volumen:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Una fracción de segundo, y de nuevo:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Hasta que el sonido encontró la puerta y abandonó el recinto, dejándonos estupefactos.

Cuando salimos al aire libre, el poeta estaba pálido como la muerte.

En otra ocasión, el bote avanzaba por un mar en calma. La brisa agradable nos daba en pleno rostro. De pronto, oscuras aletas emergieron a poca distancia. Unos peces enormes se pusieron a saltar graciosamente en el aire. Yo los miré con aprensión, pero Rafael se entusiasmó:

—¡Son delfines!— gritó, aplaudiendo ruidosamente. Parecía una señal, porque los peces se acercaron al bote en marcha, a fantástica velocidad, pegándose a ambos lados de éste. Empezó entonces una regata disparatada. Rafael le dio al motor toda la velocidad, y los delfines aumentaron proporcionalmente la suya.

De cuando en cuando Rafael daba órdenes absurdas:

—¡Salten!— gritaba.

Y, cosa extraordinaria, los delfines, como si no esperaran más que el permiso, lo hacían.

—¡Son unos niños! — exclamaba Rafael, loco de alegría—
¡Salten muchachitos, salten!

Y el cuerpo flexible trazaba una pirueta en el aire para zambullirse de nuevo. Hasta que los niños se cansaron del juego, y se alejaron rozando la superficie del agua.

Otro caso, relacionado también con peces. Habíamos pasado toda la tarde anclados en lo que suponíamos ser un **banco de patíes**; pero los animales, o se habían mudado, o no tenían hambre porque no picaron una sola vez. Finalmente, cuando ya nos disponíamos a irnos, el poeta sacó una **grupa** como de tres libras de peso. La había extraído del anzuelo y la examinaba con infantil detenimiento, suspendiéndola a la altura de sus ojos. El pescado se debatía furiosamente, tratando de liberarse. Rafael hizo ademán de devolverlo al agua cuando en eso, inesperadamente, sin hacer el menor ruido, un pájaro marino de esos que llaman **tijeretas**, surgido no se sabe de dónde, se lo arrebató de las manos sin darle tiempo a defenderlo. La sorpresa dejó al muchacho mudo. Se miraba las manos vacías, miraba los círculos que trazaba el ave mientras engullía el producto de su robo. Por último, me miró con ojos llenos de preguntas y también de un confuso temor. Luego, ambos rompimos a reír a carcajadas.

Otra vez, salimos de Bocas del Toro con la tarde bastante avanzada. Unos pacientes me retrasaron. Llegamos a Bocas del Drago sobre las cuatro y media, luego de rodear por agua toda la isla de Bocas del Toro.

Bocas del Drago es, como ya declaré una pequeña aldea de pescadores situada en el extremo opuesto de la misma isla en que se levanta Bocas del Toro. Es un lugar lleno de pasado. En la actualidad, apenas consta de unas diez o doce casuchas ruinosas, distantes las unas de las otras y habitadas por no más de treinta

personas; pero, tiempo atrás, fue escenario de incontables violencias. De la historia no sobreviven más que algún rostro torvo; una que otra riña a navajazos cuando el alcohol alumbra el camino recorrido; ciertos relatos debilitados por el cansancio de los viejos que los refieren.

Gigantescos riscos se yerguen amenazadoramente cerca de las puntas que cierran la ensenada. Miles de pájaros revolotean encima, sacudidos por el viento que permanentemente azota el caserío y agita el mar. La aldea comienza donde termina la playa. Detrás de la aldea, impenetrables moles de maleza la incomunican por tierra. En el seno del monte, millares de culebras, escorpiones y tigres acechan crispados de rencor. Kilómetros y kilómetros de pantanos pestilentes envenenan la atmósfera, por si acaso la flora y la fauna no fueran suficientes para contener y aislar a esos pobres hombres que se sienten vivir de espaldas al mundo, de cara al infinito, ya que no se distingue más allá de los arrecifes tierra alguna. Sólo el mar implacable se ofrece a sus ojos ensombrecidos por la soledad, por el silencio y por los amagos de un pasado que no se ha ido del todo ni se irá jamás.

Dios mío: ¿cómo pueden resistirlo? ¿Cómo es posible que exista semejante sitio?

Rafael caminaba junto a mí, deteniéndose a contemplar los cangrejos de vivos colores, las hormigas que trabajaban afanosamente, un árbol de almendra abatido por el comején y los hongos, una palmera descabezada por el rayo, indiferente a la inquietud y al miedo que me helaban los intestinos. Las primeras casas se hallaban abandonadas, a juzgar por los gallinazos que recorrían los balcones y asomaban la cabeza por las ventanas. Habiendo conocido mejores días, eran ahora una caricatura de sí mismas.

Tropezamos con niños semidesnudos que huyeron al vernos. En el patio de la primera casa habitada que encontramos, un anciano centenario tejía una enorme red de pescar. Las manos rugosas anudaban con desesperante lentitud el hilo. No contestó el saludo del poeta, ni siquiera levantó los ojos para ver quién lo

saludaba. Cincuenta pasos más allá, otra casa: una vieja se balanceaba en una mecedora, en el balcón; canturreaba extrañas melodías, adormeciéndose con el vaivén y el ritmo de su canción. Tampoco contestó nuestro saludo.

Nos detuvimos, por fin, frente a una pequeña casa de madera, en mejor estado que las anteriores. El poeta gritó cordialmente:

—¡Auntie Rose! ¡Auntie Rose!

Una matrona negra, cincuentona, de rostro lleno y agradable, salió al corredor. Al reconocer al poeta, se iluminó, prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas y gritos de bienvenida. De la amplia boca, poblada por dientes blanquísimos, brotó un torrente de palabras en guari-guari, el dialecto de las islas.

Rafael le habló en la misma jerga y con parejo entusiasmo. Yo no entendía ni jota.

—Nos invitan a entrar— me explicó Rafael.

Subimos unas escaleras en relativo buen estado. Estreché la manaza que me tendía la mujer.

Su cara era algo digno de verse. Una nariz achatada, hecha especialmente para colgar argollas. Ojos negros, brillantes, rebosantes de vitalidad y de júbilo. Mejillas abultadas. El pelo ensortijado le caía en largas trenzas sobre los hombros. Gran papada, flácida y movediza. Cuerpo entrado en carnes. No sé por qué pensé en una diosa de la fecundidad. Tampoco sé por qué me recordó a mi madre, ya que no se parecían en nada. Tal vez fue por la chancletas, o por la adoración con que miraba a Rafael.

Después de nuestro apretón de manos, la mujer abrió sus fornidos brazos y estrechó al poeta contra su pecho voluminoso. Acto seguido le estampó un sonoro beso en la mejilla, que el poeta devolvió con la misma efusión.

Nos sentamos en el corredor, sobre unos taburetes, y la charla de aquellos dos seres tan distintos se extendió escandalosamente a lo largo de una hora. Yo no entendía una palabra.

Al cabo llegó un hombre negro y robusto, de edad indefinible, sin camisa, dueño de una imponente musculatura. Nuevos

abrazos, nueva presentación. Entendí que se trataba del marido de Auntie Rose. Acogí la mano callosa en silencio. Volvimos a sentarnos, y la conversación prosiguió a gritos y carcajadas.

De pronto empezaron a acumularse densos y negruzcos nubarrones en el cielo. El viento aumentó bruscamente su velocidad. Pesadas gotas de lluvia cayeron horizontalmente sobre el caserío. El mar alzó la voz, golpeando iracundo la playa y los arrecifes. Relámpagos brillantísimos incendiaron el horizonte.

Ahora los truenos restallaban encima del techo de zinc, que se estremecía. Y la tormenta descargó su locura sobre el paisaje, doblando las palmeras, levantando una doliente protesta del bosque.

Tuvimos que meternos en la casa y asegurar puertas y ventanas, mientras aquel odio sin límites golpeaba con puños de hierro las paredes, barría las cosas, derribaba los esqueletos de las viviendas abandonadas, aullaba rabiosamente en las hojas de zinc...

Ya las sombras de la noche habían sumido el contorno de los objetos, cuando amainó el ataque. Demasiado tarde para regresar a Bocas del Toro. Tendríamos que pasar la noche allí, y emprender viaje en la mañana. La dueña de casa nos ofreció alojamiento, disculpándose por no poder brindarnos cama. Dormiríamos en el suelo. Rafael acogió alegremente la noticia, y yo traté de hacer lo propio mostrándome animoso y despreocupado.

A las ocho de la noche nos sentamos alrededor de la desnuda mesa de madera y sorbimos en silencio la sopa de pescado en que consistía toda la cena. A continuación el anfitrión encendió una pipa, nosotros sendos cigarrillos, e hicimos una sobremesa que se prolongó hasta pasada la medianoche.

Yo participé algo en la conversación, auxiliado por Rafael que actuó como traductor. El peso de la conversación recayó en el negro, quien subrayaba sus frases escupiéndolo con liberalidad en el piso.

¿Qué dijo?

Habló de la pesca de tortuga y de sus múltiples problemas. Contó, gráficamente, la pesca de un enorme mero, años atrás,

proeza que aún lo enorgullecía. Refirió un naufragio, mar afuera, y cómo, cogido de una tabla, había sido arrastrado por la corriente hasta la costa, desde una distancia de cinco millas. Recordó su infancia; el agotador aprendizaje de la pesca junto a su padre, hombre de verdad, asesinado por la espalda en un baile a principios de siglo. Habló de un singular duelo entre su padre y un tiburón, cerca de la orilla. De cómo el viejo, sangrando por todo el cuerpo, arrastró al monstruo, que se debatía con tremebundos coletazos, hasta la playa misma, donde, luego de apuñalarlo vengativamente, el hombre cayó desmayado sobre el cadáver de su rival.

Rafael no apartaba la vista de los labios carnosos. El dueño de casa, alentado por su interés, habló ya de continuo, apenas interrumpido por las exclamaciones de sus huéspedes.

Completó el retrato de su padre con unos cuantos trazos vigorosos. Imagino que su memoria le había agregado, retrospectivamente, cualidades.

Pronto el relato empezó a correr por sendas inusitadas Culpo por ello a la noche crispada de advertencias. Una atmósfera de fiebre envolvía los recuerdos:

Luces fosforescentes recorren el agua. Su padre y él pescan en alta mar, rodeados de silencio y de oscuridad. De súbito, un barco pirata, con varios siglos de retraso, cruza cerca de ellos con las luces encendidas y las velas hinchadas. La tripulación, en plan de combate, desenfunda los cañones, carga los fusiles. En el puente de mando, una figura gigantesca, cuajada de sombras, da órdenes en francés con voz retumbante. Los hombres, enardecidos por la proximidad de la lucha, gritan hasta enronquecer. El barco se pierde de vista a gran velocidad. A la media hora el horizonte se iluminó de fogonazos, de fulgores sangrientos. Es posible que fuesen relámpagos —poco después cayó una tormenta— o bien...

La mano que sostenía la pipa tembló ligeramente.

En otra ocasión se había internado —solo— en la selva, cazando:

El monte eleva los mil ruidos perturbadores que hacen sus noches tan terribles. Tiene rato de caminar dificultosamente, enredándose los zapatos en las lianas, hundiéndose en los pantanos, guiado por una lámpara de carburo.

De pronto, de un matorral sale una serpiente gigante dispuesta a atacarlo. Él, hecho a todos los peligros, apunta y dispara. Unas cuantas sacudidas espasmódicas y contorsiones desesperadas, y el animal se inmoviliza. En ese preciso instante, se apaga la lámpara, dejándolo a oscuras. Entonces siente que alguien se arroja a sus pies y, tomándole ambas manos, se las besa con infinita gratitud.

El hombre aún nos tenía reservadas otras sorpresas:

Explicó, por ejemplo, el trabajo que tienen los muertos antes de poder descansar en paz:

Deben, según él, restituir a la naturaleza todas las cosas que le han tomado, transformado o movido de sitio. La cosa no es tan sencilla, porque el hombre vive alterando la sabia ordenación del paisaje. De niño se divierte arrojando piedras a los ríos o a los pájaros. Priva a los árboles de órganos importantes sólo para hacerse de juguetes. Quema hojas secas. Atrapa inocentes **bimbines** en diabólicas trampas; les saca los ojos, las entrañas. Ya mayor, y so pretexto de trabajar, derriba laureles y los convierte en casas, en botes. Saquea cocoteros, ahueca calabazas para hacerse vasijas. Corta la hierba, desordena el bosque. Libera demonios de las fieras. Le roba al mar peces indispensables para mantener el equilibrio de sus aguas. Transforma en humo el tabaco y las ramas secas de los árboles que derriba. No bien muere, tiene que trabajar sin pausa, gimiendo, con el fin de volver los objetos a su sitio y forma originales. Cada piedra arrojada debe colocarse en el lugar preciso de donde la tomó. Hay que levantar de nuevo los árboles; prender los cocos en la cima de las palmeras; devolverle al humo su compleja forma primera; tejer en el fondo del mar la delicada estructura celular de los peces. Muchos objetos desaparecen entonces, inexplica-

blemente, de la vista de los vivos. Los que están en el secreto, saben adónde van a parar.

Pero a veces ha causado tal desorden que el tiempo no le alcanza, motivo por el cual la naturaleza, compasiva, le da una mano. Es una ayuda sobremanera embarazosa para los sobrevivientes. Se producen entonces esas gigantescas inundaciones, esos violentos temblores de tierra, esas marejadas escalofriantes. El viento, cuando menos lo espera uno, se suelta de las islas, del horizonte, y arrastra montañas de hojarasca.

La cosa es tan difícil, contó, que su padre, con más de cuarenta años de muerto, recién aquella tarde había terminado.

—Tendremos buen tiempo mañana— nos aseguró, sonriendo maliciosamente.

Sobrevino un largo, opresivo silencio. Un estremecimiento exquisito me dobló el espinazo. Miré a Rafael, pero éste se hallaba tan distante, a pesar de la proximidad física, que experimenté la sensación de contemplar a un muerto.

Pasada la medianoche, el negro y su mujer fueron a acostarse. El poeta y yo nos tendimos sobre el piso duro. Siempre en silencio, fumamos un cigarrillo. A los cinco minutos, Rafael dormía a pierna suelta.

A mí me era imposible pegar los ojos. La dureza e incomodidad del suelo y el recuerdo de las palabras del negro me desvelaron. Ya próximo el amanecer, un pesado sueño me oprimió los párpados.

Volví al cuarto del Marañón; estaban los muebles distribuidos en su antiguo orden. Me acosté en el viejo catre. De pronto, el sonido familiar de unas chancletas y un olor muy conocido hicieron que me incorporara; los ojos querían salirseme de las órbitas. La puerta rechinó...

Un brusco cambio de escena. Ahora me vi en la plaza de Santa Ana, reviviendo el mitin inquilinario. Los mismos hombres enardecidos, las mismas mujeres arreboladas gritando a voz en cuello su miseria y una humillación ya insoportable. Me vi en Santa

Ana, pero esta vez no de espectador. De pie en la tribuna, hacia esfuerzos desesperados por arengar a la gente; pero de mi boca abierta no salía el menor sonido. Mi madre, en medio de la muchedumbre me miraba angustiada; de pronto, el ruido de las ametralladoras. Ella cayó en un charco de sangre. Yo quería asistirle, pero estaba paralizado. Inesperadamente, el cadáver de mi madre se convirtió en un tiburón ensangrentado.

Ahora estaba yo en alta mar, arrogantemente parado en el puente de mando de un barco pirata, rodeado de caras patibularias, de cañones y de la noche color de sangre. A estribor apareció un pequeño bote anclado. Rafael y el dueño de la casa pescaban. Ambos agitaron las manos cordialmente al reconocermelo pero yo les quité la cara con desprecio. Un asombro doloroso le demudó las facciones a Rafael. Me gritó, levantando el puño:

—SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO.

Las olas corearon estreduosamente el grito:

—¡SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO!

Acodándome a la barandilla, con voz de trueno ordené:

—¡FUEGO! ¡FUEGO A DISCRECIÓN!

Pero los miembros feroces de mi banda me miraron burlescamente y respondieron:

—¡SON TRANQUILINO SEGUNDO Y PETE, EL FLACO!

La dueña de casa soltó una carcajada infernal:

—*YES: THEY ARE TRANQUILLINO AND SLIM PETE ALL RIGHT. OH! JA, JA, JA ...!*

Estallé en sollozos convulsivos. Rafael tomó el mando de la nave y cantó:

Oh los Piratas oh los piratas

El tatarabuelo aquel que dizque era pirata

*que dizque enterraba rubíes debajo del excusado
de hueco*

que dizque violó a la tatarabuela

y le chamuscó los huevos al tatarasuegro

La muchedumbre respondió a voz en cuello:

—AL TATARASUEGRO.

—AL TA TA TA TA TA TA,

Y otra vez la ametralladora y la sangre derramada en la plaza de Santa Ana. Los **marines** yanquis venían galopando montados en enormes serpientes que de pronto se convertían en delfines y de pronto en tiburones y aun en golondrinas en grupas o en jazmines.

Leonor se arrodilló en la sombra y me besó las manos.

Leonor.

Desperté sobresaltado. Un rayo de sol me tocó los párpados. A mi lado, en pie, sonriendo, me contemplaba Rafael:

—¿Qué tal durmió, doctor?

—Bastante bien, Rafael, gracias —mentí—. ¿Qué hora es?

—Van a ser las siete. Tenemos que apurarnos. Ya yo estoy listo, de modo que cuando guste...

El aire de mar, en el viaje a Bocas del Toro, aventó todos los fantasmas y aprensiones de la víspera. El sol brillaba en un cielo sin nubes sobre un mar inmóvil. A gran altura se distinguían varias tijeretas planeando, revisando minuciosamente las aguas transparentes.

Atrás quedaron los ecos, las sombras y resplandores del pasado, el horror del océano sin límites, el miedo y el silencio. Juré no volver jamás a ese poblacho condenado.

•••••

Sobre la una de la madrugada me levanté. A tientas, me encaminé al dormitorio. Le di vuelta al conmutador de la luz. Tuve que cerrar los ojos, cegado por la claridad. Me sentía gastado. En una de las gavetas del tocador buceé un frasquito de amital sódico. Estaba seguro de que de otra manera no lograría dormir. Mientras tragaba dos comprimidos del barbitúrico, me desvestía y **ponía** el pijama, tomé mi decisión. **Tengo que aclarar este misterio.**

Soy demasiado modesto y sensato como para desempeñar el papel de detective; pero algo podía hacer. Podía interrogar a los allegados del poeta. A lo mejor uno de ellos me daba una pista, un

indicio. Las personas que se destacan en cualquier terreno, por buenas que sean, suelen tener enemigos ocultos, envidiosos desequilibrados capaces de llegar hasta el homicidio. **Mañana hablaré con el padre González y con Orlando.** Más adelante, cuando se hubiera repuesto, con la abuela de Rafael.

La posibilidad de desenmascarar al asesino era consoladora. No tardó en hacer su efecto el barbitúrico.

Segunda parte
Los testigos

Capítulo I

A la una de la tarde del día siguiente le hice una visita profesional a Carmen. Tenía mucha fiebre y dolor de cabeza. La examiné cuidadosamente; pero no le encontré nada. Sin duda era uno de esos trastornos psicofísicos, comunes en las personas nerviosas. Le di un antipirético y un sedante. Luego me senté en el borde de la cama. Entonces descubrí a Leonor, en el rincón más oscuro de la pieza, acomodada en una mecedora de paja.

Era obvio que habían estado discutiendo el crimen. Mientras hablábamos ahora de cosas indiferentes, la personalidad de Rafael gravitaba sobre nosotros, temblaba en el aire.

Insensiblemente, la conversación recayó en el tema ineludible. Carmen, con una dolorosa lucidez exacerbada por la fiebre, fue la que más habló.

Leonor se limitó a escuchar en un silencio grávido de preguntas. Aquí estamos, parecía decir, aquí estamos tú y yo, médico presuntuoso; aquí estamos, cerca de una enferma. Su derecho a la vida, el tuyo, el mío son muy discutibles. Nosotros fuimos hechos de un material grosero. Nuestras penas, nuestras alegrías brillarán un instante no más en la ciega noche para, sin pena ni

gloria, extinguirse definitivamente. ¡Definitivamente! Nuestras pobres vidas dejarán un leve rastro; un rastro como el que dejan las ruedas de un automóvil en la carretera polvorienta. Pronto otros automóviles, la lluvia o el viento lo borran para siempre. **¡Para siempre!** Tú me amas, eso lo sé desde hace tiempo. ¿Te correspondo? Nada de eso importa. Dentro de algunos años, cuando este lujo primaveral que ahora enciende mi carne se haya apagado, la respuesta a esa pregunta no ha de interesar a nadie. Tú y yo estamos destinados a pudrirnos, a deshacernos al pie de la eternidad. Dios no se dejará ver por nosotros. Nada de lo que hagamos o dejemos de hacer pesará a la hora de ajustarle cuentas a la especie. Pero Rafael ¡ay! en él la divinidad prendió una señal y la vida se remozó. Su gracia dulce estaba hecha con la sustancia de un sueño mítico, de un anhelo inmemorial. Su pureza era una garantía de salvación. Sentíamos que no todo estaba perdido. Había una esperanza para mí, para la pobre Carmen, para ti mismo, mientras vivía. Todos confiábamos en que por la fuerza de su juventud seríamos rescatados. Y ahora se encuentra allá, hundido en el fondo de un estupor sin nombre, desmoronándose. Alguien abrió la trampa secreta del infierno. Y ese alguien se pasea insolentemente por el pueblo, duerme, copula, come con los carrillos hinchados. Ese alguien anda por ahí. **Ve a buscarlo, ve a buscarlo, amigo mío.**

—¡Hay que buscarlo!— dijo Carmen suspirando.

Se hizo de nuevo el silencio. Un camión cruzó la calle bamboleándose pesadamente.

—¡Hay que buscarlo!— insistió Carmen, rompiendo a llorar.

•••••

En su oficina —una habitación luminosa, decorada con sencillez y buen gusto— me acogió amablemente el padre González.

Discutimos el crimen. No; él no creía que fuese obra de un loco. **Un loco no se hubiera tomado tanto trabajo para no dejar pistas.** No; no tenía la menor idea de quién pudiera ser.

Desde ayer no pienso en otra cosa. Me parece mentira que tanta gracia, tanto ingenio hayan sido segados por esa puñalada sin sentido. Yo también he perdido mi paz interior. Sin cesar me pregunto: **¿quién? ¿por qué?** Le he pedido a Dios que me ayude a entender esta cosa tan negra que me ha deparado en mi ancianidad. Me pregunta usted si sé de algún enemigo secreto de Rafael; pero —¡cielo santo!— ¿quién podía odiarle? No, doctor. Ojalá pudiese ayudarlo a descubrir a ese monstruo. Nada haría con mayor placer. Desgraciadamente... ¿Cómo dice? Sí, desde luego, fuimos amiguísimos, desde los primeros años de su infancia. ¿Cómo? No; nunca me hizo confidencias de carácter personal. Nuestras conversaciones, sobre todo en los últimos tiempos, eran intelectuales. Teníamos muchos amores en común: la música, la poesía, la pintura. Él venía a menudo a escuchar música a mi casa. Tengo un magnífico tocadiscos. Antes también solía cantar en nuestra iglesia. ¡Todavía no me he recobrado del golpe! Me parece una horrenda pesadilla de la que no puedo despertar.

Hundiendo el rostro en las manos, permaneció un minuto en silencio. Profundamente avergonzado, decidí emprender la retirada. ¡Qué imprudencia la mía! Debí suponer que la entrevista sería penosa para el cura. Después de todo, ¡eran tan amigos y la cosa había sido tan reciente!

—Bueno, padre, me voy; lamento haberlo perturbado.

El sacerdote levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Y yo lamento que su visita haya sido infructuosa —dijo—. Y le ruego perdonar esta efusión que no he podido contener. Ya me estoy haciendo viejo. Si en algo más puedo servirle, ahora o más adelante, no tiene más que decirlo...

Nos estrechamos las manos. Me sentía muy emocionado; pero de pronto tuve la injustificable impresión de que las palabras del cura ocultaban un secreto aterrador.

El testimonio de Orlando

Capítulo II

Encontré a Orlando acodado en el mostrador de “La Copa” —cantina sobre un muelle— tomando cerveza y charlando animadamente con el cantinero. Aceptó mi invitación sin dejar traslucir el asombro que debe haberle producido. Nos sentamos en una mesa, a la orilla del mar.

Tomamos la primera cerveza a grandes tragos. Durante la segunda hablamos sobre el tiempo borrascoso, sobre la mucha lluvia y sobre unos dolores de espalda que venían mortificándolo. A la tercera, agotados todos los temas de conversación, sobrevino un prolongado e incómodo silencio que llené fumando, mirando el agua, mis uñas, los círculos húmedos que en la mesa formaban vasos y botellas, carraspeando. Hasta que Orlando me espetó bruscamente:

—¿Por qué no habla con franqueza?

Me sobresalté:

—¿Cómo! ¡Qué dices? No entiendo— tartamudeé.

—Sí que me entiende —dijo Orlando— y sabe bien de lo que estoy hablando. Usted vino a la cantina expresamente a buscarme. Sabía que yo estaba aquí.

—Bueno... este... yo...

—Usted quiere hablar de Rafael. Déjese de rodeos, y pregunte lo que quiera saber.

Aliviado por su brutalidad, decidí mostrar el juego:

—Mira: te busco porque sé que eras uno de los mejores amigos del difunto. El caso me ha desconcertado y horrizado como tú no tienes idea. Mis noches están llenas de preguntas sin respuesta: **¿quién? ¿Por qué?** Me subleva pensar que el asesino quede sin castigo. Ahora bien, no soy detective ni nada que se le parezca, y tampoco quiero serlo. Mi único propósito es aclarar el enigma, por egoísmo tal vez, para recuperar la paz. Por eso voy a acudir a todas las personas que puedan hacer luz sobre el crimen.

—Comprendo— dijo Orlando—, yo también... —pero se arrepintió de lo que iba a decir. Cambiando de tono, preguntó—: ¿y en qué forma cree usted que puedo ayudar?

—Hablando, simplemente. Contándome cosas de Rafael, aunque en apariencia no tengan importancia; cosas que probablemente nadie más las sabe porque noté que te tenía mucha confianza: seguro te hacía confidencias. En algún punto de esas confidencias puede que esté la clave de este horror. Por el amor de Dios, Orlando: ¡ayúdame!

Los ojos de Orlando se suavizaron.

—Sí—dijo—, yo estaba al tanto de muchas cosas íntimas de Rafael, y me gustaría ayudarlo; pero, en realidad, no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Por el principio... — repitió Orlando —. Bueno, si no le resulta claro, usted me pedirá que le explique las partes oscuras. Soy amigo de Rafael desde hace... a ver... desde hace cuatro años. Es decir, desde que él tenía trece de edad. El asunto comenzó así: él y un amigo estaban pescando más allá de los faros. Yo andaba en una panga con una tipa, por ahí cerca. De pronto, el bote de los muchachos empezó a hacer agua y a zozobrar (era viejo y remendado, y el mar estaba un poco picado). Yo no me había dado cuenta, porque estaba distraído enamorando a la fulana. En eso un grito atrajo nuestra atención. El cayuco se había hundido. Así como lo oye: no se volteó, ni nada: se fue directamente al fondo del

mar. Rafael no nadaba muy bien y comenzó a ahogarse. Yo remé a toda velocidad hacia los muchachos, no por tratarse de Rafael ni del otro (aún no sabía quiénes eran. Además, en aquella época ni siquiera me había fijado en Rafael: para mí era un chiquillo de tantos). El otro, que nadaba mejor, logró subirse solo a mi embarcación. Rafael, en cambio, se ahogaba, hundiéndose y volviendo a salir a flote y dando manotadas al aire. Sin pensarlo mucho me tiré al agua y, después de una corta lucha, lo subí a la panga. Tenía la barriga hinchada, y los ojos enrojecidos. Lo obligué a vomitar el agua que se había tragado. Cuando se sintió mejor, remé a tierra y lo llevé a su casa. La abuela salió a recibirlo; recuerdo que me miró con odio, como si yo hubiera tratado de ahogarle el nieto.

“Estuve una semana sin verlo. Ya casi me habla olvidado del incidente. Una mañana conversaba en el parque con unos amigos, cuando se me acercó Rafael y dijo que quería hablarme a solas. Caminamos hacia Calle Segunda. Yo le pregunté en son de burla:

—¿Cómo va el ahogado?

“Pero él me respondió muy serio:

“—Bastante bien, gracias. Quería darte las gracias por haberme salvado la vida —y tomándome la mano me puso en la palma una moneda de un balboa, y salió corriendo. Mi primer impulso fue salir detrás de él para devolvérselo. Probablemente se lo había robado a la abuela. Pero yo también era un muchacho en esa época (tenía dieciocho años) y, al fin y al cabo, un balboa es un balboa. De modo que me lo guardé en el bolsillo.

“En adelante, siempre que me veía se acercaba a conversar un rato. No digo que fuéramos amigos, por la diferencia de edad; pero me caía bien, y la gratitud es algo que no desagrada.

“Ese año marchó a Panamá, la capital, a hacer la escuela secundaria. Seis meses después de su partida, en el correo me entregaron un paquete: un regalo de Rafael. **Espero que te quede bien la camisa**, decía la carta. Debajo de la camisa venía una revista estudiantil. Creo que se llamaba “Preludios” o algo por el estilo. La hojeé sin mayor interés, aunque estaba conmovido por

la atención. En la página central había un poema de Rafael. Se titulaba: “Del Fondo del Mar”. La dedicatoria decía **A Orlando, que sabe mucho de estas cosas**. Debo confesarle que no entendí los versos. Seguramente usted los conoce; se han hecho muy famosos. Después los han reproducido muchas revistas y periódicos, aunque casi siempre omitiendo la dedicatoria. Claro que a mí eso me trae sin cuidado. Lo que vale es el gesto.

“Tres meses más tarde, Rafael vino a pasar las vacaciones. Al día siguiente, me buscó. Me traía otro regalo. Esta vez una hermosa estilográfica.

“Durante los tres meses de vacaciones él iba todas las tardes a mi casa a practicar la guitarra conmigo y a enseñarme las canciones de moda en Panamá. Nos hicimos amiguísimos. Él contaba poco más de catorce años; pero hablaba y se conducía como si fuera mucho mayor. En mi casa fumábamos cigarrillos (cosa que él aún no se atrevía a hacer en público) y charlábamos. A veces también nos veíamos de noche. Yo le ayudaba a... bueno, mire, esto tal vez le asombre; pero usted me pidió la verdad, y yo voy a decírsela por mucho que duela. Yo le ayudaba a agenciarse muchachas... sobre todo negritas, a las que era sumamente aficionado”.

Apuré de golpe el vaso de cerveza, y miré con incredulidad y con ira el rostro que tenía delante. Ya iba a decirle que se dejara de embustes y porquerías, cuando me contuvo el temor de irritarlo y cortar la confesión. Orlando debió leerme el pensamiento, porque preguntó:

—¿Quiere que siga? Puede que las cosas que he dicho y seguiré diciendo no sean de su agrado.

—¡No!— lo atajé con vehemencia—. Sigue, por favor. ¡Te lo ruego!

—Puede que yo le hable de un Rafael que usted no reconozca y que es distinto del que la mayoría de la gente recuerda. Puede que este Rafael le resulte un plato demasiado fuerte. Usted dirá...

—Continúa— insistí con firmeza.

—Pues bien— prosiguió Orlando—, las vacaciones tocaron

a su fin. Rafael regresó a Panamá. La víspera de su viaje tuvimos una gran parranda en mi casa (vivo solo, como usted sabe) en compañía de dos muchachas. Por cierto que la que le había destinado a él, al principio se negó en redondo a dejarse tocar por ese **chiquillo**; pero usted sabe cuán persuasivo era Rafael cuando se lo proponía, y a la media hora la tenía a su merced.

“Pues como le iba diciendo: Rafael se embarcó a la capital. Debo admitir que me acostumbré tanto a él, que me hizo una falta enorme. A mediados de año, por julio más o menos, tuve que viajar a Panamá. Naturalmente, le escribí a Rafael avisándole mi llegada con bastante anticipación. Fue a recibirme al aeropuerto; parecía muy contento de verme.

“En la capital pasé en total una semana, la más extraña y extravagante de mi vida.

“Me alojé con Rafael en su amplio departamento de la Avenida Perú: dos recámaras (diría que lujosamente amuebladas, cosa que me asombró, pues la abuela, si bien no era pobre, no podía mantener ese tren de vida).

“En el tocador de una de las habitaciones había varios artículos femeninos, cuyo origen no me animé a preguntar.

“Esa noche cenamos en un restaurante cercano. De vuelta en el departamento, Rafael sacó una botella de coñac. Nos pusimos a tomar y a conversar. A las dos de la madrugada, Rafael me preguntó si me gustaría una muchacha. Como le dije que sí, se levantó y fue a llamar por el teléfono comunal del pasillo. De nuevo en la sala me aseguró que todo estaba arreglado, sin darme más detalles. Consultando el reloj del aparador, dijo que aún disponíamos de hora y media.

“Ya me había olvidado del asunto de la chica cuando, a las cuatro, llamaron a la puerta. El poeta fue a abrir, y vino acompañado de dos mujeres, ambas muy guapas. Una era rubia, alta, de formas generosas. La otra, morena, también de buena estatura y abundantes carnes. Rafael me las presentó como “la flor y nata del cabaret **Happy Land**”. Luego sacó dos vasos más y les sirvió

sendos tragos a las recién llegadas. La rubia se le pegó a Rafael, y comenzó a acariciarlo impudicamente. A mi lado, su compañera parecía preguntarse qué demonios hacía allí; pero al cabo el coñac y el ambiente disiparon las reservas. Fue una noche de locura.

“Eso ocurrió la madrugada del sábado. Pasamos el día entero con las mujeres. Por la noche, se despidieron; tenían que trabajar. En la puerta, la rubia besó al poeta y le dijo tiernamente:

—Nos vemos más tarde.

—No— replicó Rafael, terminante—, no vengas, que tengo que levantarme temprano.

“Aparentemente acostumbrada a esos plantones, se limitó a suspirar:

—Está bien.

Por nuestra parte, fuimos al cine. A las once nos acostamos. Al día siguiente, domingo, Rafael me despertó tempranito, a pesar de mis protestas. Me rogó que me pusiera saco y corbata, sin decirme adónde íbamos. Caminamos por las calles semidesiertas, rumbo a Bella Vista. Nos detuvimos frente a la iglesia de Cristo Rey. Me dijo con la mayor naturalidad:

—Entremos.

“Yo, furioso:

—Pero ¿no me habrás levantado a esta hora para ir a misa?

“Y él:

—Tengo que cantar. Siéntate devotamente en una de las bancas, y espérame. No te vas a aburrir: las mujeres más bellas y ricas de Panamá vienen todos los domingos. Yo subo al coro. Nos veremos a la salida.

“Desapareció por una puerta lateral. No sabía qué hacer. En ese momento ya se estacionaban frente a la iglesia buen número de lujosos automóviles de los que descendían damas y señorones muy elegantes. Me miraban por encima del hombro, como preguntándose qué haría en su iglesia semejante fascineroso. Opté por seguir el consejo de mi amigo. Cinco minutos después comenzó la misa. La voz de Rafael tenía un timbre angelical. Me

parecía mentira que fuera la misma voz que apenas ayer vertiera tantas obscenidades en los oídos de las muchachas. Ahora se escuchaba límpida, pura, descarnada. Disimuladamente miré a los otros feligreses, más atentos al canto de Rafael que a las maniobras del cura en el altar.

“Terminada la misa, me situé en el atrio a aguardar que saliera Rafael. En vista de que demoraba, fui a buscarlo. Me detuve a discreta distancia: una bellísima mujer, treintona, muy bien vestida, cuchicheaba con el poeta al pie de la escalera. Resolví esperararlo afuera. A los minutos salió la dama, y se dirigió a un automóvil en el que ya estaba sentado un señor sumamente distinguido, sin duda su esposo. Le abrió la puerta, puso el motor en marcha y desaparecieron a gran velocidad.

“Yo estaba cada vez más sorprendido. ¿Cómo era posible que un muchacho de apenas quince años tuviera tal cantidad de líos amorosos? Porque con toda seguridad la rubia y la dama encopetada no eran las únicas. En eso apareció Rafael; tomándome del brazo me preguntó: ¿te gustó mi canto?

“Por la tarde me dijo **tengo un compromiso. ¿Por qué no vas al cine?**

A medianoche, pasos en la sala me despertaron. Entreabrí la puerta, sin hacer ruido: Rafael se quitaba la camisa, descubriendo un pecho cubierto de moretones y mordiscos. Al darse vuelta, pude verle la espalda surcada de arañazos sanguinolentos.

“Bueno, para no alargarle el cuento: al día siguiente seguimos la juerga. Esa noche con las mismas del viernes. El martes, con otras dos de otro cabaret. El miércoles con dos peruanas que andaban, según ellas y Rafael, “en gira cultural por la América”. Debo advertirle que a todo esto Rafael no dejaba de asistir a clases, a pesar de que las parrandas se prolongaban hasta casi el amanecer. Dormía un par de horas y se levantaba y marchaba a la escuela, fresco como una lechuga.

“La tarde del jueves me encontraba solo en el departamento, descabezando un sueño sobre el diván, agotado de tanto trajín,

cuando sentí unos golpecitos en la puerta. Me puse los pantalones, y fui a ver quién era.

“Frente a mí estaba, muy asombrado, un señor cuarentón, pulcramente vestido, bien afeitado y peinado. Su fina mano derecha empuñaba un bastón. Había algo raro en él, pero no me di cuenta de lo que era hasta que abrió la boca para hablar:

“—Este... perdone... creí que aquí vivía Rafael.

“—Sí— le dije— aquí vive, pero ahora mismo está en la escuela.

“—Bien, regresaré mañana —y levantó la mano izquierda en un ademán equívoco. Parecía cada vez más sorprendido por mi presencia en el departamento. Sospecho que me tomó por un rival, porque creí percibir un fulgor de odio en sus ojos negros y brillantes.

“—Si quiere dejarle un recado.

“—No, no hace falta. Volveré mañana. Adiosito... —dándome la espalda, se alejó con paso rápido, diría que taconeando si sus zapatos no hubiesen sido, desde luego, masculinos.

“De nuevo solo, me puse a pensar en el extraño visitante. De pronto monté en cólera. Decidí que en cuanto llegara Rafael lo regañaría enérgicamente. Los excesos con las mujeres pase, a pesar de que no le hacían ningún bien; pero ese tío era ya demasiado. Él debía cuidarse, y cuidar un brillante porvenir. A sus quince años, era conocido no sólo en Panamá. Las revistas extranjeras reproducían sus versos. En una nota de introducción a “Desde el fondo del mar”, una revista argentina sostenía que era la personalidad poética más atrayente de Panamá y la de más futuro. Ahora bien, esa notoriedad prematura le resultó muy dañina, sobre todo por el prestigio que le daba a los ojos de las mujeres.

“Pero pensándolo bien, no era asunto mío, y lo más prudente era callar. A lo mejor Rafael interpretaba mal mi interés. ¡Vaya uno a saber lo que ocurría en su cabeza!

“A las seis se presentó Rafael con un envoltorio bajo el brazo. Lo abrió en mi presencia: eran los primeros ejemplares de su

primer libro. Triunfalmente, me mostró el título: *Canción de Amor*. Era un solo poema, muy largo, pero no hay necesidad de hablarle de él porque ya usted lo conoce, y sabe de estas cosas más que yo.

“Me dijo que lo celebraríamos los dos solos con una cena especial.

“—Nada de mujeres esta noche. Ya han dejado suficientes huellas en el poema. Cenamos, nos tomamos unas cervezas en el departamento y ¡a la cama! Mañana tienes que levantarte temprano para el viaje.

“Así fue. Eran las nueve y media (¿se ha fijado con qué precisión recuerdo las horas? ¿Por qué será?) De vuelta en el departamento, comenzamos a tomar cerveza. Rafael estaba muy comunicativo esa noche. Me hizo una descripción maravillosa de su naufragio y de todas las emociones que experimentó mientras se ahogaba. Fuimos interrumpidos por la sirvienta de uno de los departamentos vecinos:

“—Señor Rafael, el teléfono.

“El poeta hizo un gesto de fastidio, pero salió. A los tres minutos estaba de regreso. No queriendo pecar de indiscreto, no le pregunté de quién era la llamada. Seguimos conversando animadamente. Al rato, cuando menos lo esperaba, me dijo:

“—La rubia loca se tomó un frasco entero de píldoras para dormir.

“—¡¿Cómo?!— grité saltando de mi asiento.

“—Sí— fue la calmosa respuesta— la llevaron al hospital. Tu morena acaba de avisarme.

“—¿Y no piensas ir?

“—¿Para qué?— preguntó encongiéndose desdeñosamente de hombros—. ¿Acaso soy médico? Estoy seguro de que está bien atendida— y luego, con el mismo tono de voz: —Cuando llegues a Bocas, me haces el favor de decirle a mi abuelita que...

“¿Cómo era posible? Aquella pobre mujer a lo mejor agonizaba en ese momento, y el culpable de su terrible determinación

hablando de cosas indiferentes, como si lo ocurrido nada tuviera que ver con él. Ah, Rafael — pensé —, me parece que no te conozco ni un poquito.

“En la mañana partí para Bocas del Toro.

“Pasaron los meses, y con ellos se acercó la fecha del retorno de Rafael...” al pueblo. La semana de Panamá me había dejado un gusto amargo en la boca y una gran aprensión. Presentía que iba a ocurrir una desgracia. Él no me escribió una palabra durante todo ese tiempo; yo tenía noticias suyas por la prensa, por la enorme resonancia de su libro. Recuerdo “El milagro de Rafael”, un artículo ilustrado con un excelente retrato del poeta. A menudo los diarios informaban “esta noche dará un recital de poesía y canto el gran poeta nacional y cantante Rafael”. La gente del pueblo se maravillaba de estas cosas, especialmente las muchachas que ahora lo recordaban más encantador. Yo miraba el rostro de esas incautas, y me decía **Pobrecilla, no sabes lo que te espera si tomas en serio lo del “halo angelical”**.

“Sólo una vez estuve tentado de ponerlo en evidencia, y de revelar su juego. Fue una tarde en que conversé largamente con Carmen. Me habló de Rafael en forma tan elogiosa, que me dieron ganas de gritarle la verdad. No lo hice porque soy incapaz de traicionar a un amigo y, además, porque no me habría creído. En todo caso, me dije, ni el mismo Rafael se atrevería a hacerle daño a esa muchacha.

Rafael llegó a principios de febrero del año siguiente. Ésa, como usted sabe, es la temporada más alegre del pueblo; todos los estudiantes bocatoreños vienen a pasar sus vacaciones, que transcurren bulliciosamente en excursiones a las islas vecinas, baños de mar, paseos en lancha a la luz de la luna, serenatas y bailes casi todas las noches. Rafael, por contraste, se portó muy comedidamente rehuyendo las oportunidades, que se le presentaban a montones, de seducir a sus candorosas compañeras. De ahí, en parte, deriva la leyenda de su pureza. Cuando la carne apremiaba, se hacía de una mujer de la calle en cualquier rincón discreto.

“Nos veíamos casi a diario en mi casa. Como no soy bien visto en su círculo, no lo acompañaba en sus correrías estudiantiles. Él venía a verme.

“Una tarde (las vacaciones estaban por finalizar), le pregunté **“¿cuándo te marchas?”** Me contestó que ese año no pensaba volver al colegio. **¿Cómo?** Entonces dijo estas palabras:

“Estoy hasta la coronilla de esos babosos. En mitad de una clase de álgebra me pregunto: ¿y todo esto para qué? ¿Qué hace aquí Rafael-Moisés, el salvado de las aguas, perdiendo el tiempo, cuando ya la muerte le guiña un ojo y le acaricia las caderas? ¿Qué tienen que ver conmigo los romanos y las leyes de la República y la fórmula del agua y el monte Everest y los gerundios y el propio Mío Cid? **Yo soy el engendrado a la orilla del río, el ahogado, el que busca y llama sin cesar la mujer desgredada a gritos. Un llanto desvalido a la orilla del río...** En las alturas no hay diploma que valga, y una pila de libros estúpidos no va a salvarme. ¿Acaso me conocen los adolescentes y las muchachas que recitan mis versos en sus tertulias insípidas entornando los ojos? ¿Con qué derecho hablan de mí y me citan esas damas protectoras del arte, que se extasían en las bancas de Cristo Rey y tiemblan con las revelaciones de mi “Canción de amor”? ¡Ay! No hay más que una verdad, y ya la conozco. No quiero saber nada; no quiero escuchar más historias. Nada podrá librarme de mi destino. Yo soy el favorito de...

“Calló, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Nunca lo había visto así, y estaba un poco asustado. Encendió un cigarrillo y se entretuvo contemplando las manchas del cieloraso. Cuando se hubo calmado, prosiguió ya en otro tono, ligeramente exasperado:

“—Además, Panamá se ha hecho invivible para mí. Siempre encuentro en mi camino gente que se cree obligada a fastidiarme. ¡Ay! Yo lo único que quiero es que me dejen en paz. Primero fue la rubia del cabaret. Después el abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se envenenó. A las pocas semanas la dama encofetada (la de Cristo Rey ¿te acuerdas?) que se mató en un acci-

dente de tránsito junto con su marido. Accidente... como si yo no supiera la terrible escena del día anterior. Como si yo no estuviera enterado de los gritos histéricos, de las súplicas arrebatadas y espantosas de él, así como del cinismo iracundo y lívido de ella. Como si ella no hubiera venido, inmediatamente después del altercado, al departamento, en un gesto de supremo descaro a proponerme, con voz y ademanes de extravío, una serie de insensateces: que nos fugáramos, que nos suicidáramos, que lo matáramos a él. Yo traté de calmarla, lo que acabó de enloquecerla. ¡Ay! Nadie me comprende, nadie sabe cómo comportarse contigo. Todos los actores de esas comedias se contentan con la idea de que lo ocurrido nadie, sino los principales intérpretes, llega a saberlo. Ángel por fuera, diablo por dentro. Doctor Jekyll y Mr. Hyde, pero yo...

“Estas revelaciones me las hizo como si yo estuviera al tanto. El abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se mató... Claro que estaba enterado: era un hombre prominente, y los periódicos armaron un gran escándalo; pero jamás me pasó por la mente que Rafael tuviera nada que ver en el asunto. En cuanto al **accidente** de tránsito, recordaba vagamente, haber oído algo. Naturalmente, tampoco lo asocié a Rafael, ya que los nombres nada me decían. Sólo conocía el caso de la rubia.

“Debo decirle que Rafael actuaba, por así decirlo, sin esconderse. No ocultaba sus cosas deliberadamente. Si alguien se enteraba, allá él. Y tuvo la gran fortuna de que, ignoro por qué circunstancias, por qué razones, casi nadie supo de su doble vida ni del fangoso fondo de su alma.

“Una desgraciada casualidad me permitió averiguarlo. Él nunca me pidió silencio, nunca me encareció que guardara el secreto de sus abominables andanzas. Yo era para él —ahora lo veo claro— el que lo había sacado del agua y, en cierto modo, el responsable de que las fuerzas turbias que acechaban en su corazón se desencadenaran sobre el mundo de la noches.”

Orlando se interrumpió para tomarse de golpe un vaso entero

de cerveza. Yo sentía la cabeza pesada. Algunos versos aislados de aquel prodigio melodioso que se llama “Anochecer” resonaron en el fondo de mi estupor con un significado enteramente nuevo.

No habíamos dejado de tomar y Orlando y yo estábamos bastante borrachos. Su voz se había quebrado. Tal vez por las cervezas, tal vez por el peso de su confesión. En el cielo oscurecido corrían densos nubarrones, y el viento golpeaba con fuerza nuestros rostros. Luces mortecinas brillaban, muy espaciadas, en la isla de enfrente. Me embargaba una sensación de desamparo. Me sentía perdido y solitario, con una soledad hecha de incompreensión y de incomunicabilidad. Todo se alejaba, todo era distancias, espacios interestelares, bruma sideral. En la mano sólo tenía un cigarrillo; pero de pronto sentí como si un estetoscopio, particularmente valioso, se me hubiese caído al suelo y hecho añicos. Extraña idea, pensé, y ¿por qué razón un estetoscopio?

Pero Orlando volvía a hablar:

—Lo demás es historia reciente. Sólo voy a darle los toques finales a este retrato de Rafael. Pasados dos meses volvió a las andadas. Sé de dos pobres muchachas seducidas. Luego una gringa, empleada de la *United Fruit Company*, que se dio al licor y tuvieron que enviarla a los Estados Unidos en lamentable estado, sin que nadie sospechara la causa de su súbito alcoholismo. Y, como para desvanecer cualquier duda que hubiera podido abrigar sobre la naturaleza del estrambótico visitante que interrumpió mi siesta en Panamá, mantuvo una larga y sostenida intimidad con... ya sabe usted con quién. Parecía resuelto a no dejar de descender hasta tocar fondo. Simultáneamente, engañaba a don Hernando con esa negra depravada. Por cierto que el marido estaba al tanto del enredo, pero se hacía de la vista gorda.

“Un día, por culpa de los tragos y de una provocación, me vi envuelto en tremendo lío. Herí al tipo aquel con una cuchilla, la que —claro— me había regalado Rafael para mi cumpleaños. Quedé preso.

“Soy pobre; vivo un poco del juego y otro poco de milagro. Me resigné a lo peor, ya que no tenía dinero para pagar el abogado ni para cubrir la fianza de excarcelación mientras se efectuaba el juicio.

“Rafael fue a verme a la cárcel y, a insistencia suya, le hablé de mi angustiada situación. Necesitaba una suma para mí fabulosa: ¡quinientos balboas! Rafael se quedó pensando un minuto, y luego se despidió. Eso fue a las nueve de la mañana; a las tres de la tarde yo estaba libre, Rafael depositó la fianza y le pagó al abogado sus honorarios por adelantado. La cosa me asustaba, aunque yo sabía que Rafael, con todos sus defectos, era incapaz de meterle mano a dinero ajeno. Confirmé mis sospechas de que andaba tras algo grande y gordo de verdad. Eché mis cuentas, y saqué la conclusión de que ninguna de sus aventuras conocidas por mí pudo haber suministrado el dinero. En este pueblo, contados son los que pueden disponer de semejante suma. Mis indicios no eran suficientes para identificar a la nueva víctima. Me mordía la curiosidad por averiguarla. Realicé una breve investigación, pero ésta fue interrumpida por el juicio y la condena: me echaron seis meses de cárcel, tiempo durante el cual Rafael me llevó diariamente comida, cigarrillos, libros, revistas y golosinas. Al salir libre, estaba excesivamente amargado para interesarme por nada. Por otra parte, estaba la gratitud hacia Rafael. Todavía hoy me pregunto quién sería. Descubra usted, doctor, su identidad, y tal vez... ¿quién sabe?

“En cuanto a las preguntas que se hace usted, también me las hago yo sin cesar. Peor todavía, porque yo sabía estos hechos, y usted los ignoraba. ¿Quién lo mató y por qué? El porqué no es difícil de adivinar. El quién ya es otra cosa; pero antes de seguir adelante, hágase estas otras preguntas: ¿qué razón habrá tenido el asesino o la asesina para hacer lo que hizo? ¿Vale la pena castigar a quien, seguramente, ya fue castigado con creces y de antemano por nuestro pequeño y dulce monstruo? ¿No será mejor premiarlo por habernos librado de él y haber ahorrado a quién sabe quié-

nes cuántos futuros sufrimientos y crímenes? Hágase estas preguntas fríamente, y búsqúeles respuesta. Que no nos ciegue el cariño y la admiración...”

Orlando desvió los ojos llenos de lágrimas. Parecía haberse extraviado. Se pasó la mano por la frente como para dispersar los negros pensamientos que lo acosaban. De repente, apurando el resto de cerveza de su vaso e incorporándose, exclamó bruscamente:

—Bueno, doctor, me voy a dormir. ¡Buenas noches!

Y sin esperar la respuesta se alejó con pasos inseguro.

Después de cobrarme lo que habíamos consumido, el cantinero consiguió un taxi que me condujo a mi casa. Casi no podía tenerme en pie de la borrachera.

El testimonio del padre González

Capítulo III

A las cuatro en punto de la tarde oprimía el timbre de la casa cural.

La sirvienta me hizo pasar directamente a la oficina del sacerdote. Mientras lo aguardaba, traté de poner un poco de orden en el caos de mi pensamiento. Y, para colmo, los efectos de la resaca sobre mis nervios y digestión agravaban aún más el panorama, enmarañándola hasta la locura.

Encendí un cigarrillo, y recosté la cabeza sobre el filo del espaldar.

Cuando desperté esa mañana después de dormir larga, pesada y delirantemente, creí haber soñado la conversación con Orlando; pero a medida que avanzaba el día y retrocedía mi embotamiento, fui recordando con nitidez los incidentes de la noche, y ya no me cupo duda alguna sobre su terrible realidad.

Después de almuerzo me acosté y, fumando cigarrillo tras cigarrillo, analicé cuidadosamente los hechos. A las tres había llegado a la conclusión de que la historia de Orlando era una sola mentira vil y asquerosa. Y si mintió, sólo pudo hacerlo por una razón: porque era el culpable. Esta conclusión se me impuso con fuerza irresistible luego de comparar su relato con el testimonio de los otros conocidos de Rafael y con mi propio recuerdo. Nadie, me dije, es capaz de ocultar su verdadera naturaleza a tal ex-

tremo. Y si fueron tantas las aventuras eróticas de Rafael y tantas las víctimas de su perfidia, era imposible que ni siquiera un rumor hubiese llegado nunca a mis oídos, ni a los de mis amigos y conocidos. Sobre todo en un lugar como Bocas del Toro con sus dos mil habitantes, donde el chisme y la maledicencia constituyen la principal diversión. Todos se vigilan continuamente, menos por maldad que por aburrimiento. Todo se sabía en el pueblo, y jamás la más leve sombra empañó la reputación del poeta.

Ahora bien, sería un error descartar a priori las palabras de Orlando. Debía investigarlas a conciencia antes de rechazarlas. Y el único que estaba en condiciones de confirmarlas o desmentirlas era el cura, el más próximo a Rafael. El recuerdo de mi visita anterior y la curiosa impresión final me rozaron de nuevo. No siempre las conversaciones de Rafael con el sacerdote debieron girar en torno de problemas intelectuales. Dos cerebros no entablan amistad; tienen que participar el corazón y demás receptores y transmisores de la simpatía.

El curso de mis especulaciones fue interrumpido por el cura, que venía hacia mí sonriendo cordialmente.

—Bienvenido, doctor. ¡Qué agradable sorpresa! Dos días seguidos recibir su visita— me rogó con un movimiento de la mano que volviera a sentarme y él, a su vez, se acomodó en la silla del escritorio—. Como siga así, doctor, no voy a perder la esperanza de devolverlo al redil.

—Lamento mucho importunarlo, padre, y robarle tiempo.

—No, mi amigo, usted no me roba tiempo. Acabo de terminar el breviario; no tengo nada que hacer hasta la hora del rosario.

—Me alegra saberlo, padre, porque esto quizás nos tome un buen rato.

—¿Sí?— el ceño se le contrajo.

—Sí, padre. Hay algunos puntos que quiero aclarar. Anoche sucedió algo que pone el caso de Rafael bajo una nueva luz. Por eso he regresado.

—¡Qué me cuenta!— exclamó el cura levantando entrambas manos.

—Tengo la impresión de que usted puede ayudarme. A menos, claro está, que se sienta en la obligación de callar.

—Pregunte usted y veremos.

Le hice un prolijo relato de la noche anterior, repitiéndole, casi al pie de la letra el relato de Orlando. A medida que avanzaba, el rostro del sacerdote se hacía más inescrutable.

Terminé de hablar, y escruté ansiosamente sus facciones. El cura se revolvió inquieto en la silla. Luego cruzó las piernas y sostuvo mi mirada anhelante. Entonces habló:

—¡Caramba, caramba! — y en su voz percibí un cansancio, un tono de renuncia que nunca le había notado—. No sabía que el jovencuelo estuviera tan bien enterado, ni que fuera tan lenguaraz.

—Quiere decir entonces, padre, que... — sentí que el suelo cedía bajo mis pies y que un peso enorme me caía encima. Me entraron ganas de echarme a llorar como un niño.

—Sí, mi amigo. Todo es, fundamentalmente, cierto; pero no tan sencillo como parece creer su nuevo amigo— cerró los ojos—. Usted quiere saber la verdad, pero ¿acaso yo mismo la conozco? ¿La conoce Orlando? ¿La abuela de Rafael? —abrió los ojos—. ¿El mismo Rafael, que nació para perder a los otros y para perderse? ¿La verdad! ¿Quién la conoce? ¿Quién es tan vano para intentar siquiera buscarla? ¿Sospechaba usted todas las ruinas que hay que revolver en este caso para dar con un puñado de cenizas que nada ha de revelar? Conservo muchos poemas del difunto que jamás verán la luz. En uno de ellos dice... pero no... no voy a recitárselo... deben permanecer rigurosamente inéditos... usted no debe oír el rumor delicioso... pero su contenido es éste, más o menos: **“de todos los pecados que he cometido, ninguno más pestilente e imperdonable que el de la palabra. Ninguna infamia me ha manchado tanto como la belleza que me han puesto delante de los ojos.** En otro poema nos cuenta que una noche los muertos se desprenden de su muerte y se re-

vuelcan furiosos en sus tumbas. El fulgor menstrual de la luna llena empapa el paisaje marino de presagios sin nombre, mientras los perros se lamen, aullando, el sexo que les arde como una brasa. Los dioses climáticos se vuelven iracundos contra el sacerdote despavorido. De pronto exclama el poeta: **¡no me toques, padre mío, desde tanta ausencia! ¡No levantes tu mano contra mí! Tus posesiones están intactas, con el tiempo adormecido en las colinas. Aquí tienes tus pantuflas, tu bata, tus anteojos y tu viudez doliente renovada.** El poema culmina en ráfagas de locura, de tristeza única, de adulterio y alaridos. Que nadie lo lea nunca, ¡nunca!

Se pasó la mano por la frente. Una infinita languidez se había adueñado de toda su persona. Cuando habló de nuevo, tuve la sensación de que su voz salía de otra habitación:

—¿Recuerda a Hamlet? *There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dream't of in your Philosophy.* Antes de nacer Rafael se decidió su destino ¿Nadie le ha contado la historia de sus padres?

—No— dije, emergiendo del doloroso fondo de mis reflexiones—, sólo generalidades: que ambos murieron en la infancia del poeta...

—Pues bien, yo voy a contarle todo; pero tiene que prometerme que se lo guardará para sí. Nunca le hubiera relatado esta historia espontáneamente. Pensaba llevármela conmigo a la tumba; pero Orlando se ha ido de la lengua y, en cierto modo, ya usted participa del secreto. Mejor será que acabe de revelárselo. A lo mejor eso le facilita su tarea; pero una vez más debo rogarle que guarde el más absoluto silencio sobre lo que va a escuchar. A nadie le dirá nada.

—Se lo prometo, padre— afirmé gravemente.

—Entonces comencemos— dijo el cura, trenzando las manos sobre el regazo—: Al principio, mi amistad con Rafael fue una prolongación de la que me había unido a sus padres. Ambos eran buenos católicos. Desde que eran novios nos veíamos con

frecuencia, y yo los alentaba a casarse y a llevar adelante sus modestos planes. Después de varios años de sacrificios y esfuerzos, él había instalado una abarrotería. El negocio iba bastante bien. Cuando se casaron, ya se había trasladado a un local mayor y obtenido la representación de algunas casas importadoras de la capital. Por su parte, ella era una muchacha de veinte años, bella, hacendosa y honesta. No había razón para que no fueran felices. Y así fue al principio; el primer año fue satisfactorio; pero recién iniciado el segundo — y la voz del cura adquirió una inflexión apagada— se produjo un cambio asombroso. Al comienzo, discusiones violentas provocadas, invariablemente, por ella. Luego, los celos infundados. Noches de insomnio; llanto amargo con el menor pretexto o sin pretexto alguno; crisis de histeria; ataques de ira ocasionados, por ejemplo, por la forma en que él cortaba la carne, chupaba una naranja o se peinaba. Otras veces ella le echaba en cara la esterilidad de su unión, lo acusaba de haberla engañado simulando ser un hombre cabal. Éste parecía ser el eje del problema: no haber tenido un hijo todavía. Con esa ceguera frecuente en los neuróticos, nunca le pasó por la mente la posibilidad de que ella fuera la responsable.

“Las cosas iban de mal en peor, pero él —también se llamaba Rafael— aún creía posible que se normalizaran.

“Pero una mañana, mientras é conversaba en un rincón de la tienda con un comprador, se apareció ella desgredada, los ojos relampagueantes, y lo atacó. Le arañó las mejillas, le mordió las manos. Con ayuda del dependiente logró reducirla a la impotencia y sentarla en una silla. Cuando se hubo calmado, buscó un automóvil y la condujo al hospital, donde permaneció una semana, al cabo de la cual se había repuesto visiblemente. Pidió excusas a su marido, asegurándole que no volvería a ocurrir; pero el médico aconsejó una larga separación. **Necesita un buen descanso.** Josefina —era su nombre— accedió después de protestar un poco. Escogieron para ella la finca de una pareja amiga de ambos, situada en tierra firme. Ofrecía múltiples ventajas: era un

lugar retirado y tranquilo, con buena alimentación; cerca de la casa fluía un río de aguas limpias y mansas, ideal para bañarse y calmar sus nervios enfermos”.

El cura personalmente la condujo a la finca en la lancha que utilizaba para recorrer las islas en los asuntos de su ministerio; pero sigamos oyendo sus palabras:

—A los tres meses estaba de vuelta. Era otra persona, rozagante encarnación de la salud y de la paz interior. Lucía más morena —lo cual le sentaba muy bien— por la vida al aire libre que había llevado. Reasumió sus deberes conyugales y domésticos con evidente alegría. Al mes quedó encinta. Rafael venía en camino. Todo marchaba admirablemente. El embarazo no fue más penoso de lo corriente. Ella sobrellevaba su nuevo estado con dignidad y contento.

“Rafael nació. Un niño hermoso y sano: los padres estaban transfigurados de orgullo, un orgullo que yo compartía desde el fondo de mi alma.

“Y un atardecer, bruscamente, estalló la catástrofe. Josefina enloqueció completamente. Como no fue precedida por ninguno de los síntomas habituales, la crisis nos cogió a todos por sorpresa. La cosa vino de golpe: ella acababa de darle de mamar al niño y de acostarlo en su cuna. Se sentó a cenar con su esposo. De repente lanzó un grito desagarrador, y cayó al suelo desmayada. La llevaron precipitadamente al hospital. Cuando despertó, el médico que la atendía comprendió que todo estaba perdido.

“Lo que siguió es muy penoso de contar. Solía despertarse a medianoche, gritando desaforadamente:

“—¡Mi hijo se ahogó!

“Y estallaba en sollozos convulsivos que duraban hasta el amanecer. Era inútil tratar de demostrarle lo contrario. Incluso le llevaron el niño para que se convenciera de que estaba vivo. **"Ese no es"**, aullaba hundiendo el rostro en la almohada.

“Cosa curiosa: apenas salía el sol, se calmaba. Pasaba el día

entero durmiendo a pierna suelta. La alimentaban a la fuerza sin que ella saliera de su sueño profundo.

“En cuanto se iniciaba el crepúsculo de la tarde, empezaba a inquietarse. Se revolvía en la cama, crispaba las manos. Con la caída de la noche, comenzaba a quejarse. Al principio débilmente, con voz animal, con la voz de un perrito apaleado. Daba grima oír-la. Los lamentos iban aumentando hasta alcanzar su clímax espantoso a medianoche. Se daba de golpes en el pecho; se arañaba las mejillas con sus uñas afiladas; se exprimía los senos rebosantes de leche, siempre gritando, gritando esas palabras incomprendibles:

“—¡Mi hijo se me ha ahogado! ¡Ay! ¡Ay! ¡Aaaaaaaay...!

A los tres días tuvieron que ponerle camisa de fuerza para que no se hiciera daño; pero los gritos no había forma de contenerlos. El médico se declaró impotente, y aconsejó trasladarla al hospital psiquiátrico de la capital, paso que el esposo se resistía a dar. Me pidió consejo; me rogó que fuese a verla, que a lo mejor mi presencia la calmaba. Accedí de buena gana.

“Llegué al hospital a las cinco pasadas. Al principio no me conocí; se quedó mirándome fijamente largo rato, entrecerrando los ojos, haciendo esfuerzos desesperados para localizar mi rostro en sus recuerdos. De pronto sonrió débilmente, y me alargó la mano. Se la tomé; por espacio de varios minutos permanecimos en silencio. Entonces ella comenzó a hablar. Confusamente primero; luego, a medida que pasaba el tiempo, con mayor coherencia. Profundos suspiros entrecortaron la historia que me refirió.

“A las seis fue de nuevo anegada por la locura. Sus ojos se nublaron y dejó de conocerme. Empezaba a gritar cuando abandoné la habitación.

“Al pronto, sus palabras se me antojaron hijas de la demencia; pero de todos modos me dejaron muy preocupado.

“A los dos días hubo que enviarla a Panamá, en cuyo Retiro Matías Hernández permaneció recluida un año escaso, al cabo del cual murió sin haber recobrado la lucidez.

“Poco después de que la mandaran a la capital, mi trabajo me llevó a la finca donde Josefina había pasado sus vacaciones. Recordando la extraña confidencia de la loca, hice algunas averiguaciones entre la gente del lugar. Fue la anfitriona de Josefina —compañera de infancia e íntima amiga de ésta— la que me confirmó el relato. La infortunada compartió su secreto con ella, diez meses antes de perder la razón.

El cura, escogiendo cuidadosamente su vocabulario, repitió la historia.

—¿Conoce usted la leyenda de “La Tulivieja”— fueron sus primeras palabras.

—De niño oí hablar algo de ella, pero hace tanto tiempo...— respondí.

—Pues bien, conviene recordarla. Es una de esas leyendas que se han arraigado en estas tierras después de atravesar medio mundo. Con pequeñas variantes se cuenta en todos los rincones de la república. La versión que circula por acá es la siguiente:

“Una guapa muchacha campesina, recién casada, va al río a lavar la ropa de su marido. Se presenta un desconocido, y la seduce. Ella vuelve a su casa, y por la noche hace el amor con su esposo. Al día siguiente se dirige al río a buscar a su seductor. No lo encuentra. Todos los días acude al mismo sitio con la esperanza de verse con su fugaz amante. En vano: pareciera que se lo ha tragado la tierra. Mientras tanto, queda encinta. A los nueve meses da a luz a un hermoso muchacho. Pasa el tiempo. El niño tiene casi un año; una mañana lo lleva al río a bañarlo. Apenas ha terminado de bañarlo y de envolverlo en una manta, se presenta el desconocido. Se deja engañar nuevamente. Mientras hace el amor, el río se lleva a su hijo. Ella no se da cuenta, arrebatada como está en el placer. El desconocido se despide con la promesa de verla al día siguiente en el mismo lugar. Ella lo sigue con la vista y lo ve perderse por entre la maleza. Cuando llega al sitio donde había dejado al niño, no lo encuentra. Enloquece de ansiedad. Una voz retumba en las alturas:

“—¡Maldita, en adelante buscarás a tu hijo por el resto del tiempo, llorando y gritando a la orilla de todos los ríos del mundo!”

“Una fuerza incontrastable la impele a caminar. Inexplicablemente, anochece de golpe. Y así pasan las horas en esa noche sin fin. De la garganta le brota un grito horrendo que no reconoce como suyo.

“Pasan los días. Mejor: las noches. Mejor aún: no pasa esta noche lóbrega y sin fin. Transcurren las horas pero la sombra permanece. En tanto, un espantable cambio se va operando en su apariencia. Los zarzales y las espinas le desgarran las vestiduras y las carnes. El pelo, desgredado y áspero, le cubre la cara, una de cuyas mitades envejece y se arruga de golpe. El seno derecho se le pudre: fangosa y repulsiva protuberancia; el izquierdo conserva intacta su belleza. De un tobillo le brota una garra de águila.

“Transcurren los siglos de esa noche eterna, y el grito se hace cada vez más espeluznante y frecuente:

“—¡Ay! ¡Aaaaaaaaaay...! ¡Aaaaaaaaaay...!”

“Busca, llama a su hijo sin perder las esperanzas, sin conservar ninguna, para siempre, para siempre”.

Yo había cerrado los ojos, dejándome enlutar el alma por el encanto sombrío de la leyenda. Con temor esperé que el otro continuara hablando, explicando cuál era la relación de esa historia campesina con la madre de Rafael, con Rafael mismo, con el asesinato. Preparé el ánimo para recibir nuevos golpes. Me dije que ya nada debía causarme extrañeza en aquel extraño asunto. El cura prosiguió:

—Se preguntará usted, sin duda, qué tiene que ver esto con el caso. Pues bien, he aquí lo que pude averiguar, lo que me contó la madre de Rafael y me confirmó su amiga:

“Durante su estancia en la finca, Josefina acostumbraba pasar casi toda la mañana bañándose en el río. Un día como a las nueve, al salir a la superficie del agua después de una prolongada zambullida, nota que en la orilla hay un hombre silencioso con-

templándola con impertinente complacencia. Ella se vuelve iracunda por la intrusión, y lo apostrofa con acritud. El otro se ríe; una sonrisa encantadora. Josefina siente desvanecerse su cólera: el mirón es un adolescente, casi un niño, de muy buen ver. Sale del agua y se acerca. Conversan inocentemente. No sabe a ciencia cierta cómo ocurre. En el próximo minuto están haciendo el amor bajo el agua. Un placer de locura, como nunca antes lo ha experimentado, le enciende la carne. El otro se va, prometiendo regresar muy pronto, dejándola extenuada sobre los guijarros arenosos de la ribera. Al llegar a la casa, cuenta a su amiga la aventura y pregunta quién es el mozo: pero ninguno de los conocidos de su anfitriona responde a la apasionada y minuciosa descripción de Josefina, quien, en las dos semanas que restaban de vacaciones, acude al río todos los días; pero el desconocido parece haberse esfumado. Vuelve a Bocas, convencida de que ha soñado o imaginado la aventura. Al tiempo, los trabajos y molestias del embarazo la ocupan por entero. Cuando Rafael cumple un mes de edad, el recuerdo de la mañana, del desconocido y de la seducción retorna, con redoblada claridad, a su memoria, ahora asociado a la leyenda de “La Tulivieja” que seguramente ensombreció una buena y decisiva parte de su infancia.

“Cuentan los que la vieron en el manicomio, que aulló salvajemente noche tras noche durante el año de su reclusión. Su rostro era el de una anciana. Los cabellos grises le caían en desorden sobre el rostro; se desgarraba la ropa y mostraba sus senos a todo el mundo. Su voz, de noche, dominaba la de los otros alienados con su grito monótono y horripilante:

“—¡Mi hijo se me ha ahogado! ¡Ay! ¡Aaaaaaaaaaay! ¡Aaaaaaa-aaaaaaaay! ¿Dónde está mi hijo?

“Hasta que la muerte vino a liberarla.

“Seis meses después de su muerte, el padre de Rafael tan católico, tan devoto se pegaba un tiro introduciéndose el cañón del revólver en la boca, luego de escribir una nota a su suegra rogándole que se hiciera cargo del niño. Le dejó una considerable suma

en efectivo y la tienda, que ella no tardó en vender.

“La abuela cuidó de nuestro poeta, criándolo dentro de las normas más rígidas de nuestra fe y vigilándolo con una abnegación que no puede ponderarse. Yo, como es natural, la ayudé activamente. Primero, en recuerdo de sus padres y, segundo, por la lástima y ternura que me inspiraba el huérfano.

“Desde que Rafael empezó a articular las primeras palabras, reveló una inteligencia poco común. Pronto revelaría una disposición para la música, el canto y el dibujo verdaderamente extraordinaria”.

Sabe usted que antes de ser llamado por Dios a su servicio, me entregué a la música, apasionadamente pensando que era mi vocación. Entré al sacerdocio, pero no obstante renunciar a la música como carrera jamás me abandonó la antigua afición. Yo le enseñé al niño las primeras nociones del arte y, ante su asimilación prodigiosa, llegué a pensar que nos hallabámos frente a un nuevo Mozart. ¡Dios me haya perdonado!

“¡Cuántas horas le robé a la compañía de la abuela! ¡Cuántas horas de éxtasis gastamos sentados al piano, al órgano, entonando a dúo la o los madrigales españoles del siglo XV! ¡Con qué unción escuchaba su vocesita maravillosa modulando esas viejas melodías!

“Acababa de cumplir sus nueve años de edad cuando una mañana, me dio otra gran sorpresa. Yo le había puesto, el día anterior, como tarea, una composición. La mañana de que le hablo, me presentó un cuaderno abierto diciéndome:

“—Aquí está la tarea.

“Casi me caigo de espaldas al ver que había escrito en verso la composición. Así como lo oye: en versos demasiado perfectos para su edad. Yo, claro, le había dado lecciones de métrica con el fin de ayudarlo más en su canto. Nunca imaginé que él utilizaría esas nociones para darle salida a una inquietud que ya empezaba a escocerlo por dentro y que terminaría por desplazar, o relegar a segundo término, a las otras. En vista de ello, decidí

darle también, a fondo, clases de Preceptiva.

“En adelante viví en un estado permanente de éxtasis. Cada mañana me traía un poema nuevo, escrito la noche anterior. Llegaba muy serio a mi oficina, y con voz solemne me decía:

“—Anoche pensé mucho en la comunión y se me ocurrió escribir esta **recitación**.

“Y, sin esperar mi consentimiento, me la leía acompañando la lectura de ademanes y gestos muy expresivos. Luego se quedaba mirando en el vacío, como preguntándose por qué razón se le **ocurriría** escribir esas cosas. Me ponía a continuación el papel en el escritorio y, sin aguardar mis comentarios, se retiraba. Al día siguiente se repetía la misma escena.

“Yo nunca quise publicar esos pinitos literarios por miedo a que la vanidad me frustrara al poeta, si bien le confieso que guardar el secreto de tamaño prodigio se me hacía cada vez más difícil. Tenía ganas de proclamarlo a los cuatro vientos.

“Pasaron cuatro años. Hasta entonces sólo conocía la existencia del ángel, del lado angélico de Rafael.

“Una noche estábamos ensayando en el coro con un grupo de Hijas de María. El sacristán me avisó que alguien deseaba verme en la oficina. Les rogué a los muchachos que me aguardaran un rato. La cosa me tomó bastante tiempo. Cuando venía subiendo de regreso, me sorprendió un susurro de voces. Resolví investigar; baje de nuevo sigilosamente. Acurrucados en un rincón, debajo del nacimiento de la escalera, Rafael y una de las muchachas mayores se besaban apasionadamente. La indignación me dejó sin habla; pero opté por hacerme el desentendido. Los culpables no me habían visto.

“Inútil sería decirle la cantidad de pensamientos, emociones contradictorias y dolores que me conturbaron en los próximos días. Al cabo, con una de esas simplificaciones a que son tan dados los que aman, resolví el conflicto. Me dije que él era inocente; que la chica lo arrastró. Él, claro, por candor, por una bondad mal entendida, se dejó llevar sin saber lo que hacía. ¡Vea cuán

ingenuo soy! Esperé a que Rafael me contara el suceso espontáneamente en la próxima confesión. Esperé en vano, por supuesto.

“Otros dos hechos aislados me hirieron el alma con la revelación de que mi niño no era tan niño, ni tan bueno. Uno, particularmente, me dejó un sabor muy desagradable. Perdóneme si lo paso por alto; hay cosas que vale más callar. Bastará con decirle que el incidente provocó entre nosotros una violentísima discusión. Confieso que perdí los estribos. Por último le grité:

“—¡No vuelvas más por aquí!

“Naturalmente, a los tres días yo mismo me encargué de buscarlo para hacer las paces.

Nuestra amistad prosiguió sin mayores alternativas, aunque él empezó a mostrarse innecesariamente cortés en mi presencia. Sentí que algo delicado y sutil se había roto para siempre entre los dos. Aquellas horas de abandono delicioso, del purísimo amor que nos unía en el arte y la belleza habían terminado; pero algo mucho más grave y profundo apuntaba ya a lo lejos...

Él se marchó a proseguir sus estudios en la capital. No tuvo siquiera la cortesía de escribirme. Un buen día recibí una revista en la que apareció el primer poema de Rafael que se publicaba. Aun cuando consideraba prematuro su **lanzamiento**, me alegré. Le escribí entonces una larga carta paternal, felicitándolo y poniéndolo en guardia contra los peligros de la vanidad. Su respuesta me dejó estupefacto. Se mostraba asombradísimo de que yo lo felicitara, cuando yo sabía perfectamente cuál era el origen de todos sus dones. Seguía una oscurísima alusión a su madre. En cuanto al peligro de la vanidad, me notificaba, en caso de que no estuviera enterado todavía, que ni los halagos ni los insultos podían hacer mella en él. “No estoy hecho —decía— para las voces que corren por el mundo. Todo lo que es, se me ha dado, y se me ha dado no porque yo lo haya buscado o rehuido, sino porque tenía que ser así. Lo que di, lo que doy, lo que daré no estaba en mi mano darlo o negarlo ya que no es mío y, sin embargo, **es lo que me hace ser lo que soy**. Su atento y seguro servidor, etc...” ¿Qué le parece?

“Entonces le escribí a un sacerdote de la capital, viejo amigo mío. Después de contarle lo indispensable, le rogué que lo cuidara y vigilara en la medida de sus posibilidades. Mi amigo lo tomó a su cargo: lo inscribió en el Conservatorio, y lo llevó a cantar a las principales iglesias de Panamá. Al tiempo recibí una carta del buen padre, rebotante de indignación. **En adelante tu pupilo tendrá que arreglárselas sin mi ayuda. No estoy dispuesto a tolerar ciertas cosas. ¿Crees tú, amigo mío, que es posible convencer al diablo de que vaya a misa?** Le escribí de nuevo pidiéndole que me contara lo ocurrido; pero no me contestó.

“Cuando Rafael vino a pasar sus primeras vacaciones, lo acoché a preguntas; pero me respondió con evasivas, y no quise insistir porque ya estaba irritándose y alzando la voz.

“Durante las vacaciones no me visitó con la frecuencia que yo hubiera deseado. Se dedicó a andar por todas partes con ese perdido de Orlando. Sospechaba algunas de las cosas que hacían. Una tarde lo llamé a capítulo y él, con el mayor descaro que cabe imaginar, me contó todas las porquerías en que andaba metido, con gran lujo de detalles. Tuvimos otro disgusto; perdí la cabeza y lo cubrí de improperios. Estuve una semana sin verlo. Tan cansado y decepcionado me sentía, que hasta pensé en cortar por lo sano nuestra amistad; pero luego de reflexionarlo, llegué a la conclusión que eso sería faltar a mis deberes de sacerdote.

“De nada valían los sermones, porque él era tan inconsciente que éstos no lograban atravesar la gruesa corteza de indiferencia que lo recubría. La palabra **inconsciente** es de dudosa propiedad en su caso. Yendo al fondo de las cosas, se da uno cuenta de que él era perfectamente consciente de todo. Era consciente y, sin embargo, una suerte de fatalismo le impedía oponer resistencia a las fuerzas que lo empujaban hacia la oscuridad. Y, cosa curiosa, cuanto más se hundía más puros eran sus ojos; más fresca y limpia su poesía y su voz; más amable su persona. ¡Ay, mi pobre ami-

go! ¡Cuán impotente fui, cuán inútil! ¡¿Cómo no pude defenderlo de su propio horror!

“Él volvió a Panamá a continuar sus estudios. Su fama empezó a correr de boca en boca. Yo sentía las manos que me lo arrebatában implacablemente. Mi alma se manchaba con los pecados que él estaba cometiendo en Panamá. Llegué a sentirme impuro, a renegar de la vida. Maldije mi incapacidad, la limitación de mi fuerza. Transido de pena y de miedo, pensé en su madre y en la noche de la tormenta que se extravió. Recordé a su padre, olvidando su deber supremo para con Dios, para con su hijo. Lo vi llorar la suerte de Rafael; sentí cómo las ondas de la locura invadían en círculos concéntricos su cerebro; lo pensé lleno de premoniciones, de presentimientos, de sueños asfixiantes. Y en mi suprema impiedad llegué hasta justificar su suicidio.

“Por fortuna mi fe posee raíces muy profundas, y pude reaccionar a tiempo. Mentalmente le reproché a Rafael la intranquilidad y las dudas que su vida arrojaba en la mía.

“Al año vino ya para quedarse a sufrir su suerte. Después de una breve pausa, prosiguió su orgía secreta y satánica. En sus peores momentos acudía a mí, para vaciar su corazón en el mío. Tenía tiempo de haber perdido la fe en las confesiones religiosas. Venía a buscar el padre que le faltaba. Largas horas hablaba contándome su perfidia, su ausencia de remordimientos, su incapacidad de experimentar angustia por lo que estaba haciendo. También me traía sus versos más íntimos, aquellos que no se atrevía a publicar. Anegado en llanto lo escuchaba ahogándome interiormente al no poder encontrar las palabras de consuelo o de perdón. En un paroxismo de impotencia lo oía en silencio, y en silencio lo dejaba partir. Por otra parte, él nada esperaba de mí. A mi casa lo empujaba diría que la necesidad de tener un testigo calificado de su infamia. En esas horas de silencio mi corazón rozó todos los tormentos que puede rozar el corazón humano con su reducidísima capacidad de sentir. ¡Para qué darle detalles de nuestras sesiones! Con lo que le ha contado Orlando puede

usted hacerse una idea. Yo, todo lo más, podría enriquecerle el panorama, no variarlo en sus líneas fundamentales. Hay más todavía, pero me obliga el secreto de la confesión a reservármelas. Aún no se ha agotado esta lista de horrores. Sólo voy a agregar estas palabras que deben parecerle abominables: cuando me enteré del crimen, pese al dolor que es fácil imaginar, no me asombré. Casi diría que lo esperaba. Era el final lógico de su vida. Otro desenlace habría roto el orden interno de la trama...”

El cura se incorporó. Tenían los ojos llenos de lágrimas. Con voz temblorosa suplicó:

—Y ahora, si me hace el favor de retirarse...— y con las manos en el rostro desapareció en el interior de la casa.

Una vez en la calle, encendí un cigarrillo. Un crepúsculo grandioso cubría el cielo. El campanario de la iglesia expulsaba centenares de golondrinas. A lo lejos, un inmóvil océano de oro, surcado por soñolientos botes. Un grupo de niños jugaba frente a la iglesia, en un solar vacío, gritando y riéndose a carcajadas. Me paré a contemplarlos. Aquél de allá se ve un poco pálido. Debe tener anemia. Luego apuré el paso, sintiendo que en las últimas veinticuatro horas había envejecido veinte años por lo menos.

Un curioso testimonio

Capítulo IV

En la mañana, la mujer de don Hernando fue al dispensario a hacerme una consulta médica. ¿Una casualidad, o es que, enterada de mi investigación, prefirió que nuestra entrevista se llevase a cabo en terreno neutral, y no en su casa, donde mi presencia podía despertar la curiosidad del marido? Sea lo que fuere, allí estaba con sus carnes firmes, su piel tersa, el revoleo lascivo de los ojos y los húmedos labios pintados sin medida. Mostraba, al sonreír, varios dientes de oro y una lengua muy roja. El pelo, negro y lustroso, se lo habían alisado en fecha reciente.

Después del examen la retuve a fuerza de chistes y de un sutil coqueteo, si bien a esta altura yo tenía la absoluta seguridad de que la consulta no era más que un pretexto, lo que se vio confirmado por la ansiedad con que se arrojó sobre mis preguntas. Por otra parte, su naturaleza apasionada y su nivel moral no la inclinaban, por cierto, a la discreción en materia amorosa.

Era una historia sórdida, carente de interés objetivo; pero tenía para mí la no despreciable virtud de ser el primer testimonio directo de una de las víctimas de Rafael.

Comenzó por relatarme, con una pasión que no justificaba la vulgaridad de los hechos desnudos, su primer encuentro con Rafael, en el curso de una fiesta de cumpleaños al término de la cual

durmieron juntos en el cuarto de una amiga. Ella había cedido más por curiosidad que por verdadero deseo. Resultaba original la idea de acostarse con un muchacho, un muchacho, además, que había alcanzado tanta notoriedad. En una mujer de su temperamento, el sexo ni es pecado ni es misterioso. El instinto presiona, y se aceptan sus demandas sin muchos aspavientos. Los remordimientos, los temores religiosos no rezaban con ella.

Y, sin embargo, en brazos de Rafael descubrió una nueva dimensión del placer, una dimensión deleitosa y aterradora. Ninguno de los muchos amantes que había tenido en el curso de una vida centrada en el amor le había revelado, con tanta fuerza, su condición de mujer; ninguno la había hecho tan consciente de sus propias posibilidades como dispensadora y beneficiaria del goce sensual. Algo tremendo ocurrió también esa noche: por vez primera asoció su espíritu a una empresa de la carne. Por vez primera, aquél participó activamente en la ciega función animal. Gozó con alma: un alma destinada a las tinieblas que ascendían de la sima insondable del instinto.

La lascivia y animalidad agradables de su cara habían desaparecido. Ahora sólo existía miedo, incompreensión, perplejidad. Una vida más, entre las muchas marcadas por la de Rafael. Machacaba, machacaba con insistencia cansona los detalles de aquella noche, tratando de justificar su arrebato.

¡Cuántas cosas me contó! Cosas que no quiero registrar, porque pertenecen al dominio más sombrío de la condición humana. Únicamente voy a consignar aquí dos recuerdos que me llamaron la atención.

Habían alquilado una casita en el campo, como a dos kilómetros del pueblo, en donde solían encontrarse siempre que podían. Por lo regular, Rafael la utilizaba como taller de pintura. Frecuentemente, pasaba días enteros encerrado en ella, con sus colores y pinceles. A unos cincuenta metros de la casa, corría una quebrada de aguas lentas y turbias.

En una ocasión, aprovechando la circunstancia de que don

Hernando había viajado a la capital en asuntos oficiales, fueron a pasar la noche en la casita.

Las doce. El mar, presa de una amenazadora inmovilidad, contiene la respiración. Ella se despereza, con la característica languidez del deseo satisfecho. Rafael fuma cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, impaciente, como quien está a la espera de algo. Súbitamente —de la arboleda o de la orilla del arroyo— brota un grito como de pájaro asustado. Una especie de bú, breve y seco. Rafael se incorpora en el lecho, sobresaltado, y presta atención. De nuevo se eleva el grito:

—Bú...

Una pausa, y de nuevo:

—Bú ...

Y el grito se va repitiendo con intervalos de quince segundos, cada vez más alto. Da la impresión de que el pájaro —o lo que sea — se está acercando.

—Bú... Bú... Bú...

El poeta salta de la cama y corre a asomarse a la ventana. Nada puede ver, porque es una noche oscurísima. Sin embargo, comienza a cerrar los puños violentamente y a llevárselos a la frente presa de gran agitación. El grito ya resuena al pie de la casa. Rafael saca la cabeza por la ventana y vocifera:

—¡Perra! ¡Perra cochina! ¡Perra! ¡Sucia, puerca asquerosa: ¿qué vienes a buscar, desgraciada?

En las tinieblas estalla un grito enloquecedor. Un lamento como el de los gatos cuando copulan, sólo que más escalofriante, sostenido y agudo. Simultáneamente, sienten el rastrillar de unas uñas gigantescas contra las paredes exteriores de la casa. Paralizada por el terror, la negra no se atreve ni a respirar.

En una confusión horrenda, se mezclan ahora los aullidos, arañazos, sollozos, con los insultos de Rafael:

—¡Perra! ¡Perra del demonio!

Al cabo de tres minutos eternos, la negra por fin entiende. Inmediatamente, extrayendo fuerzas de su pánico, entra en ac-

ción. Busca la bacinilla bajo la cama, la levanta en el aire y con el palo de la escoba se pone a aporrearla salvajemente. Lo que se halla afuera, se aleja aullando:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay...! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay...!

Rafael gira sobre sus talones y, tambaleándose como un borracho, corre a arrojarla a la cama. Tiembla de pies a cabeza y los dientes le castañetean como en un paroxismo palúdico. Abrazándose a la negra, cae en un sueño profundo del que despertó quince horas más tarde.

El otro recuerdo tenía el mismo escenario. Una mañana sintió la necesidad de ver a Rafael, y fue a la casita. Estaba vacía. Desilusionada, se disponía a retirarse, cuando un caballete arrinconado a la pared atrajo su mirada. El cuadro se hallaba cubierto por una sábana llena de manchones de pintura. Recordó en ese mismo momento que nunca había visto un cuadro de Rafael. Vencida por la curiosidad descubrió la tela, y sus ojos vieron un espectáculo extraordinario: por el centro de la tela corría un río cristalino pintado con mucho realismo. En la orilla, de frente al espectador, una bruja espantosa y desgreñada, de uñas como garras y senos podridos, contemplaba **el cadáver de Rafael inmerso en el agua**. Nada lo indicaba explícitamente, pero el rostro del poeta era el de un ahogado. Los ojos, vacíos de expresión, reflejaban pasivamente el cielo claro. Detrás de la bruja, y apoyando la mano en el hombro de ésta, un adolescente, muy parecido a Rafael, miraba la escena con ironía y satisfacción. Este otro personaje era muy parecido a Rafael; pero no era Rafael. Se diría que era un hermano de él o algo así. En sus pupilas ardía el mal. Y, sin embargo, era encantador. Como sólo Rafael sabía serlo.

Ella volvió a cubrir el cuadro, y se alejó despavorida. Estuvo varios días sin verlo. Lo evitaba cuidadosamente. La carne se le ponía de gallina cada vez que recordaba el cuadro. Un miedo enorme se asoció en adelante a la imagen de Rafael.

Pero una tarde él la poseyó de nuevo, y todas las sombras se disiparon ante aquel rostro luminoso.

Fragmentos de un testimonio (La tarde de ese día)

Capítulo V

—**N**o, no lo sé. Ni siquiera tengo una sospecha definida.
—Entonces hábleme de sus relaciones con Rafael. No es necesario que me dé los detalles íntimos.

—La verdad es que estoy desorientado. No me sobran motivos para sentirme satisfecho de mi vida. La naturaleza me ha dado, al par que mi defecto, un fino sentido moral, una conciencia muy aguda. Por lo mismo, mi envilecimiento no ha sido total. En medio del arrebato, una luz cruel me ha puesto en evidencia a mis propios ojos. Por eso me duelen las simplificaciones ajenas. **Fulano es así**; pero ¿qué sabe él de las manos que lo empujaron a su presente condición? ¿Qué sabe de la corriente interna que lo arrastra a uno a pesar de la resistencia, del bracear desesperado, de la voluntad de no mancharse? No pretendo mitigar mi culpa. Quiero, sí, ofrecerle elementos de juicio para que el suyo no sea demasiado severo. Algunos creen que a todas horas del día y de la noche andamos tras la satisfacción del ansia que nos define a sus ojos. Nada más falso. Tengo muchos intereses. Soy hombre culto. En mi juventud viajé mucho por Europa y Norteamérica; en un colegio colombiano hice

mi bachillerato. Estudié varios años la carrera de medicina. Tuve que abandonarla porque me sabía indigno de ella. Usted que, según mis noticias, es un buen médico, entienda lo que quiero decir.

—Sí, me doy cuenta.

—Pues bien, en el curso de mis andanzas tuve oportunidad de conocer todos los tipos de nuestra especie. Gente extraordinaria se cruzó en mi camino. Los años y los viajes me habían curado de espantos; pero la lección final me la dieron en Bocas del Toro. ¿Usted llegó a tratarlo a fondo?

—Creí haberlo tratado a fondo. Las revelaciones de estos últimos días me han convencido de que no lo conocía ni siquiera superficialmente.

—Comprendo... ¿Pero al menos esas tres personas le habrán pintado un buen retrato?

—Hasta cierto punto.

—Dice usted bien: hasta cierto punto. Porque hay que desconfiar del testimonio humano, siempre fragmentario y controvertible. Nadie, sino Dios, puede pintar el cuadro completo. Nadie, sino él, ha visto la escena desde todos los puntos y perspectivas.

—Me he dado cuenta de ello en estos días.

—Por eso hay que hablar con humildad y prudencia de lo que son y hacen los otros. Yo he renunciado a juzgar, a condenar. Cuando vienen a contarme cualquier infamia, cierro los ojos y rechazo la tentación de comentarla. A la hora de la verdad, cada quien pondrá en orden sus asuntos, y los actos en apariencia más absurdos pueden encajar perfectamente dentro de ese orden. Nadie nos autoriza a decidir si la acción era justa, si tenía razón de hacer lo que hizo. Le pido perdón por estas reflexiones, que son producto del cansancio, del mucho vivir y ver. Usted ha venido a plantearme un problema cuya solución jamás encontraré. Me pide que le hable de Rafael. ¿No sabe usted lo que me

pide! Cabría preguntarse si mi testimonio es válido, si no es demasiado parcial. El afecto —o como se llame el sentimiento que nos unía— no conoció estados intermedios, equidistancias. O era todo luz o pura sombra. Me sería imposible situarme en la perspectiva exacta para mirar con claridad, objetivamente, el corto trecho de camino que recorrimos juntos. ¿Juntos? Bueno, por lo menos al lado uno del otro. No creo que Rafael llegó a disfrutar de ese estado que se llama **compañía**. ¿Quién era capaz de acompañarlo? ¿Orlando, la abuela, el cura? Esos pobres diablos asustadizos carecen del coraje necesario para aventurarse en la oscuridad a solas con alguien tan inquietante como Rafael. No; él caminó solo, completamente solo. Los otros no éramos más que siluetas al borde del camino. En alguna mujer abrevó para calmar su sed, reponer fatigas y proseguir viaje. Lastimó a muchos, sin lugar a dudas. Pero ellos estaban condenados a ser heridos por él. No podía dejar de lastimarlos, aunque hubiera querido. Ellos fueron los responsables, por salirle al paso. Es a ellos a quienes hay que pedir cuentas por haberle dado ocasión de maltratarlos. Varios se suicidaron por él. Con toda el alma los maldigo por haberlo hecho. Usted debe considerarme un monstruo por hablar así, ¿no?

—En manera alguna. Le suplico que prosiga. Procuero entender.

—Bien; recordemos. Digamos con Calderón de la Barca: “y pues que la vida es tan corta, soñemos, alma, soñemos otra vez”. Soñemos... permítame que cierre los ojos, no aguanto la luz del día. Soñemos... así, en esta penumbra que me he creado, me parece verlo, sentado en la misma silla que ocupa usted ahora, leyendo con su voz aniñada y solemne el poema central de su segundo libro: *Falsos Testimonios*. Una mano lánguida, envuelta en la luz crepuscular, hace señales en el vacío a la terminación de cada estro-

fa. Los dedos subrayan la intención del ritmo. Tersos y límpidos se suceden los versos, evocando diafanidades profundamente reales. Algo, largo tiempo esperado por el aislamiento humano, está a punto de irrumpir en la alcoba. Su presencia ya se siente; el aire ralo del anochecer nos trae sus pasos y su fragancia. Yo estoy tumbado en la cama, esperando, esperando. Todas las frustraciones de mi vida se sedimentan, formando un asiento compacto e inmovible. Los ojos de Rafael arden con la luz que él ha extraído de su noche. La voz se eleva clara y distinta y, sin embargo, un silencio de muerte nos rodea. Al terminar, sus ojos buscan los míos. En los de ambos hay lágrimas. Quisiera hallar las palabras para perdonarlo, para consolarlo por tanta belleza; pero mis labios permanecen inexplicablemente sellados. No se despegan, no hacen el menor movimiento para permitir la salida del tumulto que me oscurece el corazón. Rafael, entonces, se incorpora y, guardándose el librito en el bolsillo, abandona la habitación sin despedirse. Yo cierro los ojos, aprieto los puños y colmo la soledad de imprecaciones, de preguntas blasfematorias... ¡Ah, doctor! Soñemos otra vez... remontemos el sueño hasta su cabecera. Soñemos la vocecita que entona en la iglesia *Panem et Angelicum*. El maldito está allí arrodillado, pensando en las tinieblas asfixiantes de la carne. Helo ahí, en un banco, deplorando las concesiones que debe hacer para calmar su tormento; helo ahí hundido en el hondón de un desconsuelo sin nombre. Vívidas imágenes de podredumbre relumbrian al fondo de sus ojos cerrados. De pronto, se eleva la vocecita. Al principio, el maldito cree estar soñando. Cree haberse vuelto loco; cree que Dios, en su infinita misericordia, ha escuchado al fin sus plegarias y enviado a alguien a rescatarlo. Y es Rafael el que, a punto de marchar por senderos aún más sombríos que los recorridos por él, nos entrega la pureza que no es suya, que nunca podrá al-

canzar. Hay un resquicio en el Paraíso; hay una puerta mal cerrada, y el maldito sabe ahora que es posible abrirla. Ese día me fue revelado... soñemos, doctor, soñemos estas escenas inocentes antes de que el sueño degenera en pesadilla y nos pierda. Soñemos, doctor.

—Lamento en el alma haberlo apenado obligándolo a revolver estos fantasmas.

—No se preocupe, doctor: aún sin estímulo exterior vivo revolviéndolos calladamente. Me hace mucho bien tener a alguien inteligente y comprensivo con quien compartirlos.

—Gracias. Prosiga.

—Bien. Continuemos. Volvamos la mente y el corazón al momento que hemos estado rehuendo, y que ni por un segundo se ha apartado de mi cerebro en el curso de esta conversación. Ahí reside todo el horror, toda esta espantosa equivocación cometida ignoro por quién. Pero ante todo, doctor, ¿Me creerá usted si le juro que al comienzo, y durante el tiempo que precedió a esa noche me había propuesto mantener limpias nuestras relaciones? ¿Que me había prometido no permitir que se ensuciaran? Mi conciencia puede atestiguar que cumplí mis propósitos, y que lo ocurrido no fui yo quien lo provocó. Yo alejé hasta lo último una escena que siempre gravitó —aún antes de tener lugar— sobre nuestras cabezas. Yo resistí hasta el final. Él fue el culpable. Él me arrastró abismo abajo... entonces supe que me había sido denegada la salvación. El infierno abrió de par en par sus puertas, y esa fuerza incontrastable que albergaba Rafael en su pecho me empujó adentro a empujones. La muerte se hizo carne. Esa noche comprendí qué gran desventura es haber sido señalado. ¡Oh, noche! Noche adversa: en tu regazo bebí hasta la muerte la sangre envenenada del cordero. La sombra se cerró sobre mi cabeza impura. Rafael, Rafael, vuelve a mí esta noche para revivir aquel momento. Vuelve, para nuevamente perder-

nos juntos. Vuelve, vuelve, Rafael, a la gruta, a la guarida del vampiro. Vuelve a leer en el silencio crepuscular de mi alcoba tu *Falsos Testimonios*. Para callar a la terminación de su lectura los dos. Vuelve... el corazón anhela volver a morir con la noticia de tu muerte...

—Le ruego que no se exalte, puede hacerle daño.

—Ya nada puede hacerme daño, doctor. Estoy más allá del sufrimiento y de la alegría. Indiferencia, desgano, son los únicos sentimientos que ahora soy capaz de experimentar. Ya nada podrá tocarme, jamás. ¡Nada, nada!

—Desde que inicié esta desgraciada investigación no he hecho más que lastimar a la gente exhumando viejas historias, desenterrando cadáveres convertidos en polvo por los años. No tengo palabras con qué expresarle mis sentimientos.

—No hace falta, doctor. Sé casi con exactitud lo que piensa. Usted es un hombre bueno y honrado. No debió meterse en estas honduras pestilentes. Sólo dolor y sorpresas desagradables puede traer la indiscriminada investigación del pasado. Al pasado hay que dejar que lo absorba la eternidad. Mire los hombres de este pueblo. Vea los estragos de un pasado latente. Mírelos a los ojos; observe el desvelo que apaga las miradas. El remordimiento puro, sin objeto ni contenido concreto. Escuche con ellos el jadeo que no les da reposo. Contemple el paisaje saturado de viejas cuentas por saldar. Medite en este crimen del que todos se sienten responsables directos o cómplices de pesadilla.

—Es cierto. El aire es irrespirable. Algo se gesta en la sombra.

—¡Es la misma sombra! Es el llanto sin causa, el llanto que perdura solo, más triste porque no se sabe qué lo ha originado. Es el llanto por el llanto.

—Es cierto: dentro de nosotros se llora algo irrepara-

ble. Algo nos hace falta; algo ha roto el precario equilibrio de nuestras vidas.

—Y ese algo ha cobrado muchas víctimas. Ese algo se ha llevado a Rafael para siempre.

—Sí; se lo ha llevado para siempre...

Apagué la luz de la mesita de noche, y, con los ojos cerrados, aguardé a que los dos comprimidos de amital sódico me trajeran el sueño. No podía dormir espontáneamente. Lo único que podía procurarme el descanso que necesitaba con urgencia eran los barbitúricos.

El fantasma de Rafael me había trastornado. Reflexioné que las bases de mi existencia eran sobremanera endebles. Mi mundo era frágil, y bastó un leve encuentro para que saltara en pedazos.

En este asunto cada vez aparecían nuevos cantos, y la madeja se desenrollaba y se alargaba hasta el **infinito**.

Con la palabra infinito resonando locamente en mis oídos, me dormí.

La marea en ascenso golpeaba mi sueño, socavando sus cimientos. El cementerio cercano relucía a esa hora, sin testigos, cubierto de afligentes fosforescencias.

La vida allegaba a la paz de las tumbas torpes avanzadas, tímidos intentos de recuperación. La hierba proliferaba en la tierra arenosa; los cangrejos cavaban ciudades profundas al lado mismo de los huesos. Cadáveres de ayer, cadáveres de hoy juntaban sus silencios para contener la invasión.

Una ola cubrió cierta tumba con espesa y crepitante espuma.

Dejemos, pues, el silencio y el cielo oscuro y, los cangrejos plateados, el moho y la humedad, y la tensión y la densidad del aire y las margaritas descoloridas y los montoncitos de tierra y las lápidas despintadas y de nuevo el silencio, el silencio aterrador.

Esa noche vi el rostro de Rafael en sueños. Volví a ha-

cerle la autopsia. Con una pinza diminuta descapsulé los riñones como si se tratara de un pequeño y delicado animal. Vi el buque fantasma y al pescador y a su mujer y al padre del pescador y a los arrecifes azotados por el mar. Se me apareció la serpiente y el tiburón ensangrentado en la playa, tendido a los pies de un negro gigantesco, y vi a los muertos trabajando febrilmente a la orilla de los ríos y en las copas de árboles y palmeras y en el centro de un mar tormentoso y bajo la lluvia y los truenos, y, de pronto, en la oscuridad, alguien me besó las manos.

En el cuarto de Rafael

(Al día siguiente)

Capítulo VI

Brutalmente, le hice un resumen de mis entrevistas con Orlando y con el cura. Comprendí, a medida que avanzaba en mi relato, que no estaba haciendo ninguna revelación. La abuela de Rafael lo sabía todo.

Imposible deducir por sus facciones el parentesco con Rafael. Era una viejecilla insignificante, encorvada por los años, arrugada, encanecida, de nariz ganchuda y labios finos. Sus ojos castaños tenían una expresión curiosa. **Casi todos se han muerto**, parecían decir. De cuando en cuando carraspeaba ruidosamente.

De la mortal angustia que había provocado el problema cardíaco no quedaba rastro. Parecía resignada. Tal vez había comprendido.

—En una palabra: ¿usted ha venido a mi propia casa a decirme que mi nieto era un monstruo? —me sorprendió el tono de absoluta indiferencia con que hizo la pregunta.

—Torpemente balbuceé una serie de excusas atropelladas. Hablé del ángel y la bestia que conviven en el hombre; repetí el lugar común de que el genio y la locura son hermanos; de que la vida de Rafael en nada afectará su obra, que ésta ha de brillar eternamente, confortando con su luz pura a los hombres.

—¡Ésas son puras pendejadas!— me interrumpió roncamente. Y, como siguiendo en voz alta el hilo de un discurso mudo—: Yo se lo había dicho a Josefina, que ese hombre no le convenía, pero

ella era tan terca. Yo le advertí que no se casara con ese alocado. Ahí estaba Hermenegildo, que tenía su buena finca con vaquitas y todo... nada de esto hubiera pasado si me hubiera hecho caso; pero estas muchachas de ahora no le hacen casos a sus mamás... ese muchacho era el demonio... no lo parecía... fue el río, la finca donde fue a temperar lo que tuvo la culpa... desde que el niño nació yo me di cuenta de que no era cosa buena... tenía algo en la frente... y toda esa cantadera y esa pintadera y esas cosas que escribía... y llegaba a casa siempre de madrugada. Él creía que yo no me daba cuenta porque nunca le dije nada... ¡toda esa plata gastada en el colegio en balde! Mejor la hubiera regalado o se la hubiera prestado a Tomás para el negocio de los puercos que pensaba hacer. ¡A cuarenta centavos la fibra la venden esos ladrones del mercado! Josefina jamás sufrió de los nervios de soltera... casarse y enfermarse... es que hay hombres que no sé lo que le hacen a las mujeres, como ese Aparicio, el de doña Hermelinda, cualquiera diría que las ojea... y luego se mató sin pensar en nadie. ¡Claro! Para eso estaba la idiota de la suegra, para cargar con el hijo, para cargar con ese... ¿ya le conté lo que pasó una noche, hace como dos años?

Fue un relato apasionado e incoherente. De aquel cúmulo de interjecciones, de pausas significativas, de guiños y carraspeos, logré sacar en claro lo siguiente:

Una noche, bien tarde, ella despertó sobresaltada. Del cuarto de Rafael venían unos estertores angustiosos. La vieja se levantó a prisa y echándose una sábana encima, atravesó corriendo el pasillo. Abrió la puerta. En la cama, el muchacho se debatía furiosa y desesperadamente, emitiendo un quejido de asfixia. Nada pudo distinguir en la oscuridad, pero daba la impresión de que Rafael sostenía una lucha a muerte contra un ladrón o un asesino. Ella le dio vuelta al conmutador de la luz. Rafael se inmovilizó simultáneamente con la claridad que inundó la habitación. Estaba solo. Ella, entonces, pensó tranquilizada que se trataba de una pesadilla. Rafael la miró angustiada. Al cabo, murmuró débilmente:

—Abuelita...— y le alargó los brazos en un ademán infantil.

La abuela se acercó al lecho y lo rodeó con sus brazos. Él dejó caer la cabeza en el regazo de la vieja, que se había sentado en el borde de la cama. Entonces ella le notó las marcas del cuello: huellas de unos dedos largos pintadas alrededor de la garganta evidenciaban el intento de estrangulación. La abuela, llena de ternura, le dijo acariciándole la frente:

—Hijo de mi alma, ¿quién...?

Pero él reaccionó y, tomándola por los hombros, la sacudió violentamente al tiempo que exclamaba con voz amenazadora:

—¡Ni una palabra de esto a nadie! ¡Oyó, mamita?

En seguida le rogó que lo dejara solo y que apagara la luz al irse.

Lo más curioso de todo, según la vieja, eran las partículas de barro adheridas a las marcas de la garganta.

—Nadie había entrado en el cuarto. Puertas y ventanas estaban cerradas. ¿Me quiere hacer el favor de explicármelo usted, ya que se cree que sabe tanto?— y me miró desafiantemente—. Cuando le digo que no era cosa buena... —prosiguió—. Otra vez, como a las dos de la madrugada, vino a mi cuarto y me despertó. Dijo que tenía miedo de quedarse solo en el suyo. Pasó el resto de la noche sentado en una mecedora junto a mi cama, fumando como un condenado. ¿Por qué tenía miedo, ah? Hum...“el que la debe, la teme”.

A continuación se ocupó del pasado, de la prehistoria de ese episodio que colmó su vida sencilla de emoción y que había culminado con la muerte de Rafael. Una vez conocido el desenlace, por supuesto, resulta relativamente fácil unir los hechos de modo que forzosamente desemboquen en aquél. Todo suceso, por insignificante que sea, adquiere insospechada importancia visto a la luz del desenlace.

No es de maravillarse, pues, que para la anciana el noviazgo de su hija con el padre de Rafael tuviera el carácter de una advertencia. Todo era un aviso: las llegadas de Josefina a altas horas de

la noche; las veces que los había visto besuqueándose por los rincones de la casa; los papelititos amorosos que había sorprendido en la cartera de Josefina.

Lo que más sublevaba a la vieja fue la forma truculenta en que habían llevado a cabo sus planes; el engaño de que se valieron para precipitar el matrimonio. **Me dijeron que ella estaba encinta.** La anciana, claro, tuvo que darles su consentimiento. Pasaron los meses, y como nada ocurría por ese lado, comprendió que se habían burlado de ella.

¿Por qué se opuso a aquellas relaciones? Bueno, era difícil explicarlo. Ese hombre no le inspiraba confianza. Se comportaba con extrema corrección; pero en su presencia la anciana experimentaba un sentimiento próximo al asco. Asco, ésa era la palabra. Asco cuyo origen nunca pudo determinar ya que, por lo demás, no era de mal parecer y vestía con mucha pulcritud y propiedad.

Yo escuchaba en silencio, presa de una molesta impresión de irrealidad, probable consecuencia de los barbitúricos que tomaba todas las noches. Lo cierto es que la cháchara de mi anfitriona no podía ser más incoherente e irresponsable. Saltaba de una cosa a la otra, confundía lastimosamente el tiempo de los verbos y la identidad de las personas. La mayor parte de su historia, apenas sí la insinuaba.

—Josefina, Josefina: ¡ten cuidado con ese bicho! — solía advertirle diariamente.

Pero Josefina, despreciando el consejo sabio y bien intencionado, fue a buscar la locura en sus brazos.

Cuando Josefina perdió la razón, al mes de nacer Rafael, la vieja, a pesar de que había vaticinado todo lo que iba a ocurrir, sintió renacer su amor de madre. Solícitamente, la rodeó de cuidados. Pasaba las horas en el cuarto del hospital confortando a Josefina. Todo en vano: su hija no la reconocía, ignoraba quién era esa mujer que sacrificaba el sueño para velar el suyo.

Sólo una vez, durante medio minuto, llegó a reconocerla. Sólo una vez interrumpió sus alaridos de posesa para dirigirle la pala-

bra. Fue en vísperas de que la enviaran a Panamá. La vieja arribó al hospital, como de costumbre sobre las seis de la tarde. Una vez en el cuarto, se sorprendió al ver en los ojos de su hija una mirada lúcida. **Me ha reconocido**, pensó llena de esperanza avanzando hacia la cama. A punto de abrazarla, vio otra expresión en los ojos de Josefina: el odio más feroz, un odio que temblaba también en las palabras con que la acogió:

—¿Qué vienes a buscar? ¡Ya me has hecho suficiente daño!

—¿Qué dices, hija mía. . .?— replicó la anciana, aconcojada.

—¡Tú sabes bien lo que le has hecho a tu hija!

—Pero no te entiendo.

—Sí me entiendes. ¡Vete de aquí, maldita! ¡MONSTRUO! ¿Sabes lo que has hecho? ¡TÚ HAS PARIDO A LA TULIVIEJA!

Y, con gran inquietud de mi parte, los ojos de la anciana se desorbitaron.

—¿Qué me dice usted de eso, ah?

Pero yo no tenía nada que decir.

—¡Las cosas que puedo contar!— exclamó—. ¡Podría hablar día y días!

Después que se llevaron a Josefina, la vieja fue a vivir en casa de su yerno para cuidar al niño, durante año y medio suegra y yerno vivieron como extraños bajo el mismo techo, rehuyéndose mutuamente. **Nunca hablamos, ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos la cara.**

Un día vino aquello, lo inevitable: el suicidio. El hombre que se casó con su hija valiéndose de un engaño que ella calificaba de tentación al diablo, y que se había visto recompensado por la trágica secuela de hechos— se pegó un tiro. Cuando llegó a su lado, aún estaba con vida. Estas palabras brotaron de su boca horriblemente desfigurada y ensangrentada:

—Quién lo... tra... jo...

Expiró sin tener tiempo de completar la pregunta, sin oír la respuesta que a ella le quemaba los labios.

A continuación, la carta del suicida trabajosamente leída jun-

to al cadáver todavía tibio; la carta apresuradamente redactada, en que le legaba sus bienes y le echaba encima ese peso mortal que se llamó Rafael.

—Dígame usted ahora, doctor, ¿qué culpa tenía yo de lo ocurrido? ¿Fue culpa mía que ella se hubiera vuelto loca, que él se pegara un tiro? ¿Qué tenía yo que ver con el nacimiento de Rafael? Yo no engañé a nadie fingiendo estar encinta. Contésteme, doctor. ¿O es que usted opina que sí tengo culpa?

Por un momento el rostro arrugado perdió algo de su ferocidad. Una sombra de nostalgia le endulzó las facciones consumidas por los años. Prosiguió con menos aspereza:

—¿Por qué cree usted que pasarán estas cosas?

Me encogí de hombros. La vieja continuó:

—Ni ella ni yo merecimos esa suerte. Ni él. A veces me pongo a pensar que ni el mismo Rafael merecía ser lo que era, merecía que le pasaran las cosas que le pasaron.

Una angustia indescriptible se apoderó de su voz:

—Nadie es libre de ser lo que quiere ser. Nadie puede...— y el dedo índice señaló en dirección al poniente.

Una pregunta que venía atormentándome acudió espontáneamente a mis labios:

—Dígame una cosa, señora, con toda sinceridad: ¿Rafael se parecía a su padre? Físicamente, quiero decir.

—¡Hum... quién sabe! —fue la cansada respuesta—. Y además, ¿qué tiene que ver eso en el asunto?

Luego se desvió para ocuparse directamente de Rafael. Manifestó que no tenía objeciones de principio que hacerle a las ocupaciones del muchacho. Que cada cual haga lo que debe hacer. No todos han de ser comerciantes o agricultores. Al fin y al cabo, alguien tiene que escribir los libros y la música que anda por ahí. No; a ella no le quitaba el sueño la poesía de Rafael. Lo malo, aseguró, era el origen turbio de la claridad. Lo peor era que la vocación del muchacho estaba vinculada con la locura de la madre, con su muerte, con el suicidio del padre. Es más: la pure-

za que todos ven en sus escritos, apoyábase en la depravación de Rafael. En realidad no podía explicarlo bien; pero resultaba evidente —para ella, al menos— que Rafael se veía obligado a hacer su negra vida para conservar limpia su poesía.

Pensé en Goethe, pensé en *Werther*. Sí, el caso era idéntico, sólo que a la inversa. Goethe ennegreció su obra para aclarar su vida y Rafael encharcó su vida para purificar su obra.

—Fíjese bien— dijo la voz cascada—, él se escondía para escribir sus cosas. Como si estuviera haciendo algo vergonzoso.

Sí; la creación poética en el fondo se emparenta trágicamente con el onanismo...

Cada vez que Rafael escribía, se preparaba increíbles cerros de emparedados, como si el desgaste físico fuese enorme y tuviera que compensarlo con mucho alimento. Frecuentemente trabajaba hasta la madrugada; cuando ella se levantaba a hacer sus **necesidades**, veía la luz filtrándose por las rendijas de su puerta cerrada. El ruido de la pluma al correr sobre el papel rasgaba el silencio de la casa. Y lo más asombroso era que al día siguiente se veía como repuesto: el rostro fresco, los ojos negros más luminosos que nunca. Probablemente había pasado la noche en claro, pero nada en su aspecto lo indicaba.

—Usted que es médico, ¿podría explicarme eso?

No; no podía, y no lo intenté siquiera.

Lo más penoso era que entre nieto y abuela existía un tácito acuerdo de no hablar de estas cosas, ni del pasado. La vida hogareña transcurría normalmente, como si ella nada supiera; pero sí sabía, y Rafael no ignoraba que sabía. No obstante, ambos callaban su amargo conocimiento.

—Pues, sí. Como le iba diciendo...

No sólo trabajaba hasta altas horas en sus poemas, sino que, muchas veces —estaba segura— lo hacía después de haberse hundido varias horas en el calor animal de un lecho femenino.

—De la cama a las nubes, como quien dice.

Rafael también pintaba mucho. Casi todas sus telas —salvo

dos o tres paisajitos inofensivos que iluminaban otras tantas salas —las guardaba en un baúl mohoso y herrumbrado. **Nadie llegó a verlas.** Nadie, ni ella misma. Rafael conservaba siempre la llave en el bolsillo. Muchas veces, en los días de limpieza general, le había suplicado al poeta que le permitiera sacar el baúl, desempolvarlo y exponerlo al sol; pero él se indignaba cada vez que se lo proponía.

—¡No quiero que nadie lo toque, abuelita!

Pues bien, una semana antes de su muerte, a horas avanzadas de la noche, la abuela oyó ruido de pasos, y se levantó. Por la ventana alambrada, presencié la siguiente escena que se desarrollaba en el patio:

Rafael vaciaba el contenido del baúl sobre la hierba. Hizo una pila informe de telas pegajosas, la roció con querosén y le prendió fuego. Por último, con un hacha, despedazó el baúl.

—¿Qué cosas pintaba Rafael?

La anciana propuso a mi consideración tres problemas:

1) ¿Por qué razón quemó sus cuadros apenas una semana antes de su muerte? ¿Acaso sabía que iba a morir y se preparaba para el evento?

2) De ser así, ¿qué relación tenía el contenido del baúl con el crimen?

3) Las pinturas, ¿tenían algo que ver con la identidad del asesino? **¿Acaso Rafael estaba interesado en que su asesino no viera los cuadros? A lo mejor éstos delatarían al criminal, y Rafael no quería que eso sucediera; no quería que la justicia les echara mano...**

Estas cuestiones no me las planteó con tanta claridad; las deduje de las palabras sibilinas que se atropellaban en su boca.

La vieja se acomodó en su mecedora en la actitud de quien aguarda una explicación solicitada; pero yo me limité a revolverme nerviosamente en mi asiento. Luego encendí un cigarrillo, siguiendo con los ojos el camino que recorría el humo al ser liberado. Por otra parte, era obvio que la vieja en realidad no espera-

ba ninguna respuesta. Las preguntas se las formulaba a sí misma. Ni una sola de las respuestas que se le ocurrían la satisfizo, porque de pronto exclamó:

—Qué enredo, ¡cada vez lo entiendo menos!

Después de otra media hora de penosa conversación, logré que me permitiera ir al cuarto de Rafael. Cuando le comunicé mi deseo, saltó literalmente de su asiento y me clavó una mirada iracunda; pero al final vencieron mis dotes de persuasión. La vieja me acompañó hasta la puerta, donde me dejó con las siguientes palabras:

—Entre solo, doctor. Yo no quiero mirar más ese cuarto.

Vacilé en la entrada. Sentía una gran opresión en el pecho, como si fuese a darme un infarto. Tuve que forzarme a franquearla.

Emoción indescriptible. El aire estaba lleno de Rafael. La cama desnuda mostraba los resortes; habían quemado el colchón ensangrentado. Avancé unos pasos. Me puse a examinar los libros de la pared. Una ráfaga de pureza familiar me dio en pleno rostro, obligándome a entrecerrar los ojos. Ahora el armario. Como si cometiera una profanación, abrí la puertecilla. Dentro se alineaban los trajes de Rafael. Lucían particularmente vacíos. Registré bolsillo por bolsillo sin hallar más que los objetos corrientes: un cortauñas, una cajetilla de cigarrillos, otra de fósforos. Volví a cerrar.

Hacia la cómoda. Caminaba en puntillas, por respeto a la presencia que aún no había tenido tiempo de ir a reunirse con su dueño. El espejo del mueble me devolvió mi imagen, turbiamente. Las primeras dos gavetas albergaban la ropa interior y las camisas del poeta. En la última se juntaban su infancia y su adolescencia: una pelota de tenis, vieja y sucia; una cuerda de pescar; unas canicas rotas; un cortaplumas herrumbrado; partituras de música, navajillas de afeitar, desodorantes.

La fotografía de García Lorca atrajo mi atención. Extraño mundo éste, pensé, en que los poetas mueren de muerte violenta.

Ahora el escritorio. La gaveta del centro estaba cerrada con llave. Tuve que violarla valiéndome de un destornillador que hallé

en la mesita de noche. Apareció un cartapacio lleno de hojas de papel escritas a máquina. Eran poemas, algunos en prosa. Un título llamativo: “Sermón Nocturno”. Me prometí leerlo más adelante. Ahora debía consagrarme exclusivamente a la búsqueda de pistas, por más ridículo que me sintiera en mi papel de detective. Otro título... un escalofrío me recorrió el espinazo. Me entró un miedo infantil. “El Llanto de la Tulivieja”. No me atreví a leer el texto.

Con manos temblorosas repasé hoja por hoja el contenido del cartapacio. La última página había sido escrita a mano, con letra casi dibujada. Se llamaba “Testamento”. Decía:

“Si acaso la muerte me sorprende sin darme tiempo a poner en orden mis cosas, deben tomarse las siguientes disposiciones:

“1) La parte de mi obra poética aún inédita, hay que quemarla. Las cenizas, dentro de una urna, se arrojarán al Río...

“2) Mi ropa y demás artículos personales deben incinerarse también. Quiero que las cenizas descendan a la tierra conmigo. Y los retratos. Por ningún motivo se le permitirá a nadie conservar algo mío como recuerdo;

“3) Es mi voluntad que mi tumba consista únicamente en un montoncito de tierra. Nada de lápidas, ni de inscripciones, ni de fechas, ni de cruces. Una prominencia anónima. Si alguien de la capital llega con intenciones de visitarla, no le indiquen su ubicación;

“4) Cualquier rincón del cementerio me vendrá bien, excepción hecha de la vecindad de la tumba de mi padre. Deseo que me entierren lo más lejos posible de ella;

“5) Nada de aniversarios, nada de discursos ni de elogios póstumos. Si algún imbécil de anteojos pretende leer un estudio crítico sobre mis restos, deben impedirselo empleando la fuerza si fuere necesario.

“Y nada más. Que estas disposiciones se cumplan al pie de la letra.

Rafael”.

No tenía fecha. La miré largamente, preguntándome ¿qué significa, al fin y al cabo, este testamento? De modo que el poeta sabía que iba a morir. Y pronto, a juzgar por las recomendaciones. Ahora bien, según mis noticias y según el examen post-mortem que le practiqué, revisando órgano por órgano, Rafael no padecía ninguna enfermedad que pudiera poner en peligro su vida. Sí; la muerte que esperaba era violenta. Un asesinato, porque las palabras iniciales “si acaso la muerte me sorprende” descartaban la posibilidad de que estuviera pensando en el suicidio.

Doblé la hoja, y me la guardé en el bolsillo. Luego devolví al cartapacio el resto de su contenido. Lo puse a un lado, y seguí registrando. Encontré una libreta. Su contenido era muy diverso: apuntes a lápiz del paisaje; rostros expresivos de negros, rostros hieráticos de indios; versos sueltos; citas de los clásicos. En el centro de la libreta, cuidadosamente doblada, una carta escrita con tinta verde y letra primorosa. La fecha correspondía a la semana anterior. Voy a transcribirla:

“Amado mío: sentí en el alma que no acudieras a nuestra cita de ayer. Te esperé más de una hora, al cabo de la cual me fui a casa furiosa contigo (y conmigo, por hacerte caso); pero hoy en lo único que pienso es en volverte a ver. Si no vienes esta tarde, me moriré y tú serás el culpable. ¿Por qué me habré enamorado de ti? ¿Por qué serás tan ingrato? Te adoro con locura. Ven, por caridad...”

Eso era todo. Empero, estrujé el papel violentamente como esperando algo más. No tenía firma. Una nebulosa danzaba frente a mis ojos irritados. Mi memoria quería asirse de algo. Miré de nuevo la letra. Y de pronto, como un relámpago cegador, se hizo la luz en mi cerebro. La sangre acudió a mi rostro en oleadas ardorosas, y la vista se me nubló. Las rodillas iniciaron un loco temblor por su cuenta. El corazón me latía sin ritmo, desordenadamente, punzantemente.

Haciendo un esfuerzo desesperado, logré echar mano de la

silla y me dejé caer en ella, abrumado por la súbita revelación. Abrazándome las piernas, apoyé la frente sobre las rodillas.

—¡Dios de mi vida! ¡Dios mío, Dios mío!

Inesperadamente, desde el fondo de mi amargura, una vocesita formuló esta frase:

“Rafael: ojalá no hubieras muerto para tener el gusto de asesinarte personalmente, con mis propias manos”.

•••••

La vieja me contempló con ojos risueños mientras que yo, blanco y tembloroso como una hoja de papel, abría la puerta. Ya estaba yo en la calle, cuando la voz cascada me preguntó en un tono imposible de describir:

—¿Encontró lo que buscaba, doctorcito?

Epílogo

“...mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor y fenecieron sin esperanza. Acuérdate que mi vida es viento, y que mis ojos no volverán a ver el bien...”

JOB 7: 6 y 7

Es una mañana resplandeciente. Nubes blancas se apelotonan en el cielo, separadas por enormes espacios de un azul purísimo. El sol ha vuelto a salir después de muchos días de lluvia, de vientos huracanados, de relámpagos cegadores y de truenos. Luce más poderoso que nunca, irradiando un calor acariciante que llega hasta el alma y la conforta.

El invierno, los aguaceros torrenciales, el viento del sur desatado obran un efecto especial sobre el ánimo de la gente. Todos se reconcentran en sí mismos, se hunden aún más en sus penas personales. Las relaciones humanas se reducen entonces a una serie de monosílabos, de gruñidos impacientes. Recuerdos negros que yacían enterrados en el poso de la memoria brotan a la superficie profundizando las arrugas del rostro, empañando las miradas. Es entonces cuando las frustraciones y los amores contrariados; las ofensas inferidas; la palabra dicha a destiempo; el silencio inoportuno, el callar cuando no se debía nos cobran desde el fondo de los años su deuda en noches de insomnio o en sueños color de sangre poblados de gritos y de pausas asfixiantes.

Sí; el invierno es mal asunto. Mujeres acodadas al balcón contemplando la lluvia, absortas en el ruido que hacen las gotas so-

bre los techos de zinc al levantar soñolientamente la herrumbe acumulada. Hombres con las manos en los bolsillos, frías más que por la humedad, por la sensación de lo que han hecho o dejado de hacer con ellas. La fatal pesadumbre del paisaje se impone a todos por igual, irresistiblemente. En tiempos normales, los bocatoreños son ciegos y sordos. Oyen al viento enloquecido de miedo en las copas de los árboles como quien oye llover. Miran sin ver los reflejos ardientes del sol sobre la bahía (porque cuando ese prodigio, ese milagro increíble se repite día tras día, deja de asombrar), el acrecentamiento del verdor de la vegetación, la luna llena que trepa hasta la almohada advirtiéndoles en vano la existencia de Dios.

Mas con la llegada del invierno, el paisaje avanza hasta el proscenio, relegando hacia un remoto segundo plano todo lo demás. Nos duele entonces la niebla que sofoca la cordillera. Nos duele el sostenido duelo que libra el mar con las leyes de la naturaleza. La frente se empaña ante el vaho mortal que flota sobre los manglares.

La súbita revelación de la belleza del paisaje es casi tan terrible y sobrecogedora como la súbita revelación de Dios. Algunos privilegiados disponen de consuelos; pero los que carecen de ellos, deben enfrentarse inermes y solos con una tremebunda realidad para la que no están hechas sus pobres almas.

La belleza del paisaje, interpretada por un pintor, nos toca el alma con un sentimiento dulce, a lo sumo melancólico. Sentimos que el encanto de la tela reside, no en lo que representa, sino en su interpretación. Lo que nos entenece no es del árbol o del río, sino una añadidura del artista. Pero la belleza del paisaje mismo, ¡Dios mío! ¡qué emoción misteriosa y arrebatadora!

Sí; es el invierno el que nos trae esos quebrantos. Las aves marinas desaparecen como si se las hubiera tragado el cielo turbio. De noche los gatos, mientras copulan con furia infernal sobre los tejados, dejan en libertad a los niños que llevan dentro, prisioneros. No es raro, entonces, que la adolescente se ponga a llorar pensando en

la crueldad incomprensible de la vida y en la indiferencia de ese galancete presuntuoso del bigotito recortado...

Pero, a Dios gracias, todo eso ha quedado lejos, muy lejos. El sol ha vuelto a salir, y los pensamientos y emociones molestos han ido a esconderse o se han refugiado en el pecho de los locos, de los dos o tres locos que deambulan por las calles del pueblo, invernados para siempre.

La vida ha vuelto hoy por sus fueros. El sudor, contenido por el frío pegajoso de los días pasados, sale de nuevo por todos los poros de la piel. Los cuerpos han recobrado sus viejos olores.

Los niños van a clase, demorándose en las esquinas, maravillados por las hormigas que, en fila india interminable, arrastran su botín de hojas verdes. Semejan animales prehistóricos en miniatura con esas gíbas artificiales. En aquel poste, un perro levanta la pata, indiferente a la joven maestra de escuela que apura el paso. La niña que durante tres semanas se ha debatido con una tifoidea, abre los ojos soñolientos al día que nace al pie de la ventana del hospital. Está débil, pero es una debilidad dulce y placentera. Una fragancia exquisita de mangos le hiere la nariz. Ha sonreído; hoy se inicia su convalecencia.

El pescador se hace a la mar, contento de reanudar —después de tantos días— su trabajo; por la noche tomará su buena sopa de pescado, y luego podrá ingerir unas cuantas botellas de cerveza helada en compañía de ese maestro de escuela retirado que es tan buen amigo suyo y tan buen conversador.

El panadero extiende sobre la mesa humeantes hileras de pan recién asado.

El conserje municipal amontona a la orilla de la calle las hojas secas y basura del Parque Bolívar. Debe darse prisa, porque de un momento a otro pasará el camión de la basura.

La joven esposa del sastre anoche dio a luz unos mellizos, y ahora sonríe, perdida en un cielo de tierna bobería. La noche de dolor, la tormenta, los alaridos de posesa parecen tan lejanos como si desde entonces hubieran transcurrido quince años.

El portero del juzgado esta mañana desayunó apenas con una taza de té hecho con hojas de limón y un pedazo de yuca hervida; pero es una estampa de la alegría y del optimismo. De bruces sobre la ventana del despacho, situado en el piso alto del Palacio Municipal —la única construcción de Bocas del Toro que merece el título de edificio— contempla con ojos rientes la calle animada por la algarabía de los niños y los gritos de los adultos que conversan de acera a acera.

Nuestra historia se acerca a su fin, y quisiéramos que un poco de la claridad y de la luz que inunda al pueblo cayera sobre ella. Lo deseamos de todo corazón, pero. . .



Hoy, precisamente, se cumple el primer aniversario de la muerte de Rafael. Algún amante exaltado de su poesía ha publicado, en una página literaria, un ditirámico artículo conmemorativo. Un poeta amigo ha escrito unos versos en su honor que pálidamente recuerdan el ritmo único de los que solía escribir Rafael.

En la ciudad de Panamá, una dama elegante, recostada lánguidamente en un diván de cuero, se llena de nostalgia mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo. Cerca, o lejos, su marido se hunde en un mar de guarismos para sacar en limpio el monto total de las utilidades del negocio que sostiene el lujo de la casa, los elegantes silencios y las crisis neuróticas de su mujer.

Muchos otros —muchas otras— en la ciudad capital recuerdan este aniversario con los sentimientos más encontrados.

Aquí, en Bocas del Toro, una negrita adolescente, de cuerpo escultural y dulce rostro, se dejará llevar por el mismo dolor que la atormentó hace justamente un año. Se hará de nuevo las mismas preguntas una y otra vez, contemplando el árbol de fruta de pan que se alza en el patio de su casa.

Pero, en general, son pocos los que saben que hoy se cumple un año. Ni el gobierno, ni el municipio han expedido decreto alguno invitando a guardar el día. Hace tiempo que el estupor del

pueblo fue absorbido por los cuidados de la vida diaria, por la marcha de los asuntos públicos y privados. El caso no se ha olvidado del todo. En las conversaciones de sobremesa o de cantina, surge inesperadamente, se le concede un minuto de pensativa atención y desaparece de nuevo. Lo mejor es no hablar de estas cosas horribles, lo mejor es olvidarlas. Alguien dirá de improviso, en una tertulia, provocando un murmullo general de asentimiento, que Rafael era un muchacho muy simpático, muy inteligente. Después, todos hablarán de la pesca de la tortuga o del campeonato interprovincial de baseball o de las aspiraciones políticas de Fulano. A pesar de que el crimen ocurrió apenas el otro día, ha ido a engrosar el pasado, la historia, a la par de las otras atrocidades cuyo recuerdo de nada sirve conservar porque arrojan una sombra desagradable sobre la reputación de Bocas del Toro. Sí; son muy pocos los que en esta mañana esplendorosa recuerdan a Rafael.

En el cementerio, un grupo de los que fueron sus amigos se reúne alrededor de su tumba. Son los testigos; los que podrían decir unas palabras de cargo o de descargo.

Sí, Rafael. Tu tumba no ha podido permanecer, como era tu deseo, en el anonimato. Son muchos los que saben que esa prominencia es la que cubre tus huesos. Fácil le resultaría a cualquiera dejar caer sobre ella una lágrima o una maldición. Alguien ha evitado piadosamente que la maleza se cierre sobre el montoncito de tierra. Una corona de vivos colores acaba de ser depositada sobre el sitio donde deben reposar tus pies. En ella, entrelazados a rosas, margaritas y dalias, hay unos cuantos jazmines deshojados y marchitos.

Sí, Rafael. También hay jazmines sobre tus restos. Hay jazmines, Rafael, la flor que tú tanto amaste hasta convertirla en un símbolo de todo lo que te era extraño, lejano e intensamente añorado. La flor que ahora mismo querrías aprisionar en tu boca descarnada en lugar de polvo y de perdón: Tus dedos ya no podrán sentir en sus yemas esa sedosidad exquisita; pero allí están, so-

bre este túmulo en torno del cual se agrupan ahora tus amigos. ¿Tus amigos? Bueno...

Ahí está, las manos trenzadas a la altura del pecho, el padre González. Sus labios se entreabren en silenciosa plegaria. Sus ojos lacrimosos vagan sin objeto. Cuando camina, su paso es vacilante y pesado. Se ha transformado de golpe en un anciano. Ya le cuesta mucho madrugar. Cuando los domingo dice su sermón, la voz no encuentra el tono indicado, y su pensamiento suele extraviarlo por las selvas más sombras de su fe. A veces no se sabe si habla para el público o si reza para sí, tal es de bajo el tono que emplea ahora. Las confesiones lo dejan indiferente. Con un bostezo ahogado administra la penitencia. A veces ésta es completamente desproporcionada a la falta. O excesiva, o insignificante. Es como si hubiese extraviado el sentido de la culpa. Le cuesta tasar el mal y establecer una escala equilibrada entre el pecado y el castigo. Su pobre corazón sólo late con cierta vida cuando el crepúsculo implacable le trae tu recuerdo lleno de sombras. Sólo entonces logra conversar con Dios.

All est también Orlando, de pie, con las manos irreverentemente hundidas en los bolsillos de su pantalón. Anoche tom más de la cuenta, y hoy tiene los párpados hinchados, la lengua saburral, los ojos enrojecidos, el rostro abotagado. Este último año ha sido fatal. Se ha vuelto a ver en ls con la policía. Le levant la mano a una mujer en una cantina; le echaron quince días de cárcel. Después fue una riña de juego; otros quince días. Ese camino lo llevará al presidio; pero, por el momento, all est, con ganas de hundir el rostro en tierra y echarse a llorar.

A su lado, Carmen. Esa palidez que fue lo único que te contuvo, evitando que sobre ella cayeran tus ansias nocturnas, se le ha acentuado en forma increíble. Profundas y anchas ojeras hacen de su rostro algo sumamente penoso de contemplar. Trae puesto un vestido, blanco, cuyo cuello almidonado le irrita la piel. Una mantilla, también blanca, le tapa los cabellos. Un temblor incontenible le bate los labios exangües. Es la única que llora sin to-

marse la molestia de disimularlo. La mano derecha, casi transparente, estruja convulsivamente un pañuelito rosado, húmedo y oloroso. Se diría que lleva su sombra, esa extraña compañera que nos dio la vida, por dentro, apagada y cenicienta. Está agazapada en su interior, a la altura del diafragma. Cuando se alce unos centímetros, y la cascada tenebrosa de la cabellera se extienda sobre el corazón, morirá. El doctor Martínez, a su derecha, lo sabe. Por eso la mira con disimulo, despidiéndose silenciosa y desesperadamente.

Allí está también Leonor. Como de costumbre, es imposible deducir por su rostro los pensamientos que revuelve.

Perdóname, Rafael, que abandone ahora este semi-diálogo, este truco literario. Me importa aproximar más aún al lector a la intimidad mental de esta encantadora mujer.

Los ojos verdes tienen la expresión normal, un poco intimidante como vimos al principio, y no permiten leer en ellos otra cosa que no sea un respetuoso recogimiento. A veces contempla a Carmen con afectuosa solicitud, con cierto aire protector. Su mirada roza ocasionalmente, como por casualidad, el rostro pensativo del doctor Martínez.

Acerquémonos aún más, abusando un tanto de nuestra privilegiada posición de narrador. Pensemos los pensamientos de Leonor. Dejémosnos llevar con ella por ese ensueño en que la sume el recuerdo. ¿Qué pasa por su mente cuando los bellos ojos se detienen en los otros?

Recuerda a Rafael. Recuerda la forma peculiar que tenía de sonreír, mostrando los dientes pequeños y regulares. Recuerda las pestañas larguísimas, defendiendo los ojos del resplandor del sol. Recuerda los dedos largos, de articulaciones nudosas, los ademanes asombrosamente parecidos a las palabras cuando una frase exigía especial claridad. Recuerda la cabeza bien conformada; los cabellos negros y cortos. Recuerda la cabeza que dejó caer en su regazo por primera vez hace ya cuatro años (Cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo!). Recuerda los labios in-

fantiles pegados a los suyos en el beso más raro y delicioso del mundo.

Fue en una tarde calurosa, a pleno sol, a pocos pasos del mar, sobre la arena quemante. En una isla vecina...

Recuerda el baño de mar; el gozo indescriptible de Rafael al arrojarle contra las olas espumosas que venían a morir con gran estruendo en la playa; los gritos alegres y el temor que sigilosamente acechaba en sus pupilas. Recuerda la admiración infantil ante el arrojamiento de ella.

A la media hora el muchacho estaba exhausto. Se acostó boca arriba sobre la arena, negándose a dar un paso más. Ella se le acercó, sonriendo burlescamente.

Recuerda el silencio que los envolvió, únicamente turbado por los chasquidos del océano, Y volvió a verse sentada junto a Rafael quien, con los ojos cerrados, aparentaba dormir.

Recuerda vagamente el inicio de la conversación. Recuerda los ojos negros horadantes; recuerda la delicadeza con que él le tomó la mano, inocentemente, como obligado por un giro de la charla. Luego el ademán de abandono, de cansancio con que apoyó la cabeza sobre sus muslos. No olvidará el hondo impulso maternal que la impulsó a acariciar su frente. Y cómo, inmediatamente, sin poder contenerse, bajó la cabeza y pegó su mejilla a la del poeta, estrechando los ojos, dejándose arrebatar por una ternura que nunca se creyó capaz de sentir. El entonces la miró con ojos en que ardía una luz ardorosa e implorante de niño enfermo. Recuerda las manos que aprisionaron su rostro suavemente, forzándola a buscar sus labios infantiles. Recuerda la escena que tuvo lugar a continuación, en un pequeño claro entre dos rocas gigantescas...

Recuerda la fragancia que les traía el viento, fragancia de **ilán-ilán**, y el rumor sedante de las olas y la absolución del cielo y la poesía profunda...

Sus ojos miran ahora al padre González, descubriendo arrugas y años que nunca le había notado. ¡Cómo ha envejecido!, piensa.

Y bajando la vista, busca entre las flores de la corona el resto de sus recuerdos.

Ahí está también el doctor Martínez. Este año también le ha dejado su huella en las sienas. Tiene un aire grave, de pensativa madurez. Los ojos llevan una dolorosa luz de comprensión a todo lo que miran. Han adquirido una expresión dura. Hay como un reproche en la amarga fijeza con que considera a personas y cosas. Sólo cuando se posan en Carmen se aclaran, se suavizan, se cargan de solidaridad humana.

Ha aprovechado debidamente el año, excepción hecha de aquellos días primeros en que anduvo perdido en una selva inextricable en la que se internó solo, sin armas y sin guía. ¡Cómo fue herido, entonces, por las zarzas y las serpientes venenosas y los animales repulsivos de un submundo de pesadilla! Le desgarraron en girones la carne y el espíritu. Aunque viva cien años, no logrará restañar las heridas.

Pero desde entonces es mucho lo que ha aprendido en sabiduría del corazón y del cerebro. Está ahora mejor equipado para vivir y entender la vida. Está mejor preparado también profesionalmente. Es mucho lo que le ha enseñado esta malsana zona tropical. Después de la borrasca sentimental, se puso a estudiar de firme, con absoluta dedicación. Lo menos cuatro horas diarias le dedica a la lectura de los voluminosos y abstrusos libros de su profesión. El servicio médico y quirúrgico que presta a la población el hospital de Bocas del Toro mejoró visiblemente. Por eso todos lamentan que se vaya mañana definitivamente: al mediodía, un avión se lo llevará a Panamá, donde lo aguarda una buena posición en el hospital Santo Tomás. Martínez quisiera quedarse, pero sabe que eso es imposible. Ya nada lo retiene en estas islas melancólicas. Hay otra razón para que apresure su viaje: no le gustaría asistir a la muerte de Carmen. En un par de semanas, todo habrá terminado para ella. El médico la mira de nuevo, ahogando un sollozo en la garganta. . .



Han emprendido el regreso. El doctor Martínez va a la cabeza con Carmen, que se apoya en su brazo, seguido de cerca por los otros. Caminan en silencio, lentamente, mirando el suelo arenoso, la punta de sus zapatos, las piedrecillas ásperas, la hierba alta.

Cuando el portón del cementerio se cierra detrás de ellos, rechinando, el médico le propone a sus compañeros:

—¿Qué tal si vienen a mi casa? Los invito a tomar una taza de café.

¡Se han ido, Rafael! Te han abandonado en este primer aniversario. El año entrante serán menos. Tal vez nadie visitará este montoncito de tierra.

Ahora sólo quedo yo, Rafael. Pero una muralla insalvable separa mi mundo del tuyo. No puedo penetrar en él. La distancia es inconmensurable, a pesar de la proximidad en el espacio. Me es imposible llegar hasta tu tumba; pero si pudiera hacerlo, me arrojaría al lado de tus huesos y estamparía un beso largo y compasivo en tu frente descarnada...

Índice



Cesar A. Candanedo
LA OTRA FRONTERA

- 5 El consejero.
51 Falso título español.
69 Aparece un míster.
113 Tierra sin viento.
193 Vocabulario.

Tristán Solarte
EL AHOGADO

- 199 Introducción

Primera Parte

- 203 Capítulo I: *Apuntes del Doctor Martínez*
209 Capítulo II
215 Capítulo III
219 Capítulo IV
237 Capítulo V

Segunda Parte

- 251 Capítulo I: *Los testigos.*
253 Capítulo II: *El testimonio de Orlando.*
271 Capítulo III: *El testimonio del padre González.*
287 Capítulo IV: *Un curioso testimonio.*
291 Capítulo V: *Fragmentos de un testimonio (La tarde de ese día).*
299 Capítulo VI: *En el cuarto de Rafael (al día siguiente).*

- 311 **Epílogo**

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.